

A woman with blonde hair, wearing a strapless, floor-length yellow gown with a full skirt, stands on a stone staircase. She is holding a bouquet of flowers and looking over her shoulder. The staircase and the building behind her are heavily covered in dense, dark ivy. The scene is in black and white, except for the woman's dress which is a vibrant yellow.

SAGA ORDINALES
EL TERCER
SECRETO

PHAVY PRIETO

S A G A O R D I N A L E S

EL TERCER SECRETO

PHAVY PRIETO

A mi querida abuela, Agustina.

*La mujer que me enseñó humildad y generosidad,
capaz de ofrecer todo cuanto tenía a los demás
y que ahora brilla en el cielo con intensidad.*

Por siempre en mi corazón.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Agosto 2024

ISBN: 9798335148368

Sello: Independently published

“El amor es eso: cuando alguien, aun conociendo tus cicatrices, se queda para besarlas”

Benjamin Griss

ACERCA DE LA AUTORA

ANTECEDENTES

La Novena Hija del Conde

La Octava Condición

El Séptimo Pecado

El Sexto Sentido

La Quinta Esencia

La Cuarta Institutz

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

EPÍLOGO

LA SEGUNDA CONSORTE

AGRADECIMIENTOS

ACERCA DE LA AUTORA

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, a esta joven andaluza siempre le han apasionado los libros.

En 2017 decidió probarse a sí misma en una plataforma de lectura, comenzando a publicar sus obras de diversos géneros y adquiriendo un público que, hoy día, supera los doscientos setenta mil seguidores.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Serie Ordinales, destacando "La novena hija del conde" o "El séptimo pecado". Entre sus publicaciones más conocidas destacan "La Belleza de la Bestia" inspirada en el cuento de Disney o "De Plebeya a princesa por una noche en las vegas" una historia monárquica con toques de humor y romance.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o próximas obras, síguela en sus redes sociales.



[phavyprieto](https://www.instagram.com/phavyprieto)



[Phavy Prieto](https://www.facebook.com/PhavyPrieto)



www.phavyprieto.com

ANTECEDENTES

La Novena Hija del Conde

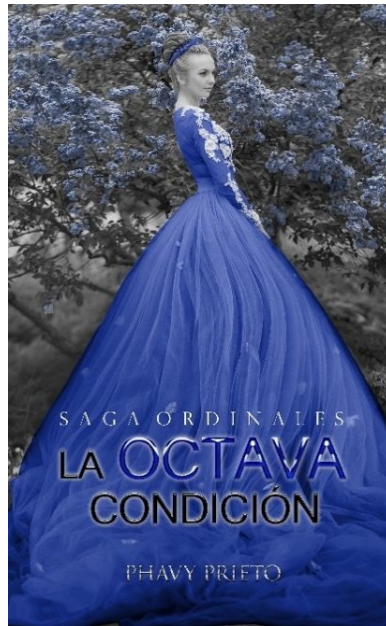


Lady Emily Norwing es la novena hija del reciente fallecido Conde Ashby, arruinado por las cuantiosas dotes que ha tenido que ofrecer para casar a sus ocho hijas, queda huérfana y bajo la tutela de su cuñado. Es consciente a sus diecisiete años, que una joven sin dote no tiene posibilidades para contraer matrimonio, pero ella desconoce su increíble belleza e ingenio por los cuales sorprende a todos.

El duque de Sylverston queda gratamente sorprendido con la belleza que irradia la jovencísima señorita Norwing. Algo en ella le despierta cierto instinto haciéndole recordar sentimientos que él creía no volver a sentir. Aunque entre ellos no existe ninguna posibilidad, él hizo un juramento y su honor no le permite quebrantarlo.

A pesar de sus diferencias y los dieciocho años que les separan, ambos se enfrentaran a lo inevitable. La atracción que sienten el uno hacia el otro.

La Octava Condición



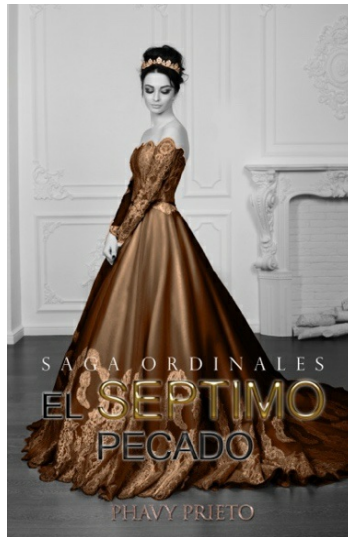
David Clayton, cuarto Duque de Lennox es un joven libertino, maleducado y endiabladamente apuesto que solo quiere disfrutar de la vida sin esforzarse en absoluto.

Catherine Wells es la única hija legítima del Vizconde de Grafton y su única acaudalada heredera. Aunque su fortuna sea grandiosa, su belleza es todo lo contrario, además, su madrastra y hermanastra se encargan de recordárselo a cada instante.

Pero... ¿Y si ninguno de los dos es realmente lo que aparentaba ser en un principio?

Sus destinos están irremediablemente vinculados. Sus familias han acordado su matrimonio y deben acatar ocho condiciones si no desean verse en la ruina. Aunque la octava condición sea la más difícil de cumplir.

El Séptimo Pecado



La señorita Julia Benedict es una joven brillante llena de cualidades que no cualquier hombre sabría apreciar. Su picaresca, audacia y su intrépida personalidad son algunas de ellas, pero lo que hace que Julia sea especial sin duda alguna, es la devoción que siente por ayudar a los demás.

Es consciente muy a su pesar, de que jamás se casará por amor; puesto que el hombre del que siempre ha estado enamorada nunca pondría sus ojos en ella, es más, no los pondría en ninguna joven respetable porque el señor Richard Hayden nunca osaría contraer matrimonio.

El primer error de Julia fue pedirle un beso, un solo beso que atesorar en el más infinito y recóndito de sus pensamientos, pero aquella maldita petición trajo consigo consecuencias desastrosas y tras ser descubierta por su hermano junto a media sociedad londinense solo podía terminar de una forma para salvar su reputación.

Si había algo que detestaba Richard Hayden, era el matrimonio. Preferiría morir antes que atar su vida a una misma mujer, pero si no le quedaba más remedio que hacer a la señorita Benedict su esposa, se aseguraría de que se arrepintiera de ello y de que su vida fuera un auténtico infierno.

El Sexto Sentido



Susan Brandon es una joven de gran belleza que sueña con encontrar el verdadero amor desde que era pequeña y a pesar de recibir numerosas propuestas de matrimonio se ha negado a todas ellas por su persistente búsqueda de ese sentimiento conmovedor. Prefiere ser una solterona antes que estar al lado de un hombre por el que no siente absolutamente nada, solo que su razonamiento no coincide con el de su padre que está viendo como su única hija esta al borde de convertirse en una florero.

El duque de Buccleuch ha perdido dos esposas, las cuáles han muerto en circunstancias atroces mientras daban a luz a sus hijas... porque tenía dos hijas, ese era su principal problema y por el que debía volver a casarse. Necesitaba un heredero al ducado y la hija de su vecino, el señor Brandon, le parecía una candidata tan válida como otra cualquiera. Después de perder a dos esposas, no estaba dispuesto a volver a sentir algo por otra dama, no se permitiría encariñarse de nuevo para después perderla. Solo necesitaba un hijo de la señorita Brandon y era lo único que iba a obtener de ella.

La Quinta Esencia



Robert Benedict es un joven apuesto que desea crecer en el mundo de los negocios y aspira a convertirse en uno de los caballeros más influyentes de la sociedad inglesa. El azar y el destino se unirán para convertirle en el siguiente heredero al ducado de Savegner, un título ligado a bienes completamente en ruinas, pero quizá no todo esté perdido, puesto que la fortuna de la familia reside en la dote de la única hija con vida del duque.

Lady Violette Andersen ha pasado toda su vida recluida en un convento. No conoce el mundo exterior y jamás ha recibido una educación propia de una dama. Solo desea que algún día su infierno termine y un apuesto caballero acuda a rescatarla, pero a veces los sueños no se manifiestan de la forma en la que uno desea.

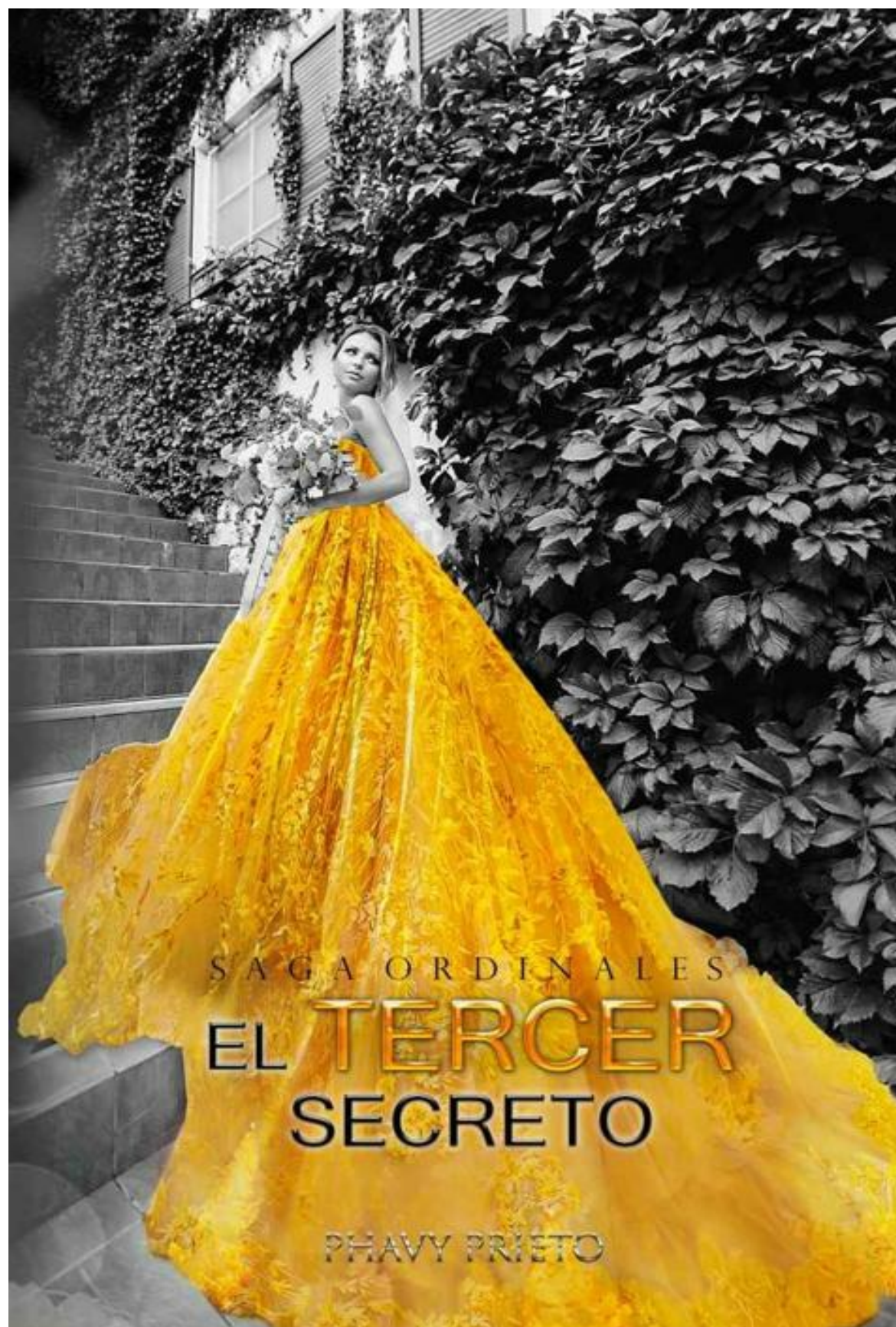
La Cuarta Institutriz



Lady Amelia Barston es una joven de gran belleza que ha decidido entregar su vida a la enseñanza convirtiéndose en una joven institutriz. Oculta bajo un aspecto sencillo y modesto decide aceptar un empleo lejos de su ciudad para huir de las cicatrices del pasado que la atormentan.

Lord Edward Leinster, regresa a casa tras la trágica muerte de su hermano mayor teniendo que ocupar su lugar como heredero al ducado de Leinster. No solo debe afrontar los pormenores de su herencia, sino que también se convertirá en el tutor de sus rebeldes sobrinas. Desesperado por encontrar alguien que se haga cargo de las pequeñas, acepta a una joven institutriz sin referencias cuya belleza le deja sin aliento.

Él sabe que ella oculta su pasado. Ella es consciente de que jamás podría amarlo, pero la atracción que despiertan el uno hacia el otro se vuelve cegadora para ambos.



SAGA ORDINALES

EL TERCER
SECRETO

PHAVY PRIETO

Capítulo 1

Marzo de 1772. Ducado de Toscana.

Lady Camelia Vassati se colocó una capa de color marrón que cubría por completo su vestido primaveral, aunque precisamente esa era la intención por la que la había cogido prestada a su doncella, para que nadie pudiera darse cuenta de que existía una dama bajo la prenda en lugar de una sirvienta.

Descendió sigilosamente las escaleras que conducían desde su habitación hasta el piso inferior de su residencia, tratando de no emitir ni un solo ruido que pudiera alertar que se hallaba despierta. No era la primera vez que se escabullía de casa de esa forma antes del alba, ni tampoco sería la última, aunque sus intenciones lejos de ser ilícitas eran completamente honorables.

Ni tan siquiera el servicio estaba despierto aún y esperaba que así continuara a su regreso. Como cada jueves que se escabullía entre las sombras directa a su cita con el conocimiento.

El acceso a la gran librería de Florencia estaba vetado para de su condición, es decir, mujeres. Por eso era una suerte que su mejor tuviera las llaves de las puertas a ese mundo que le fascinaba desde que aprendió a leer.

Filosofía. Ciencia. Arquitectura o Geografía eran sus grandes pasiones, pero había llegado a leer libros sobre medicina, literatura o historia que la dejaban noches en vela debiendo fingir a la mañana siguiente una enorme jaqueca.

Sujetó fuertemente la bolsa, cargada de los últimos libros que se había llevado consigo la semana anterior con la disposición de cambiarlos por otros nuevos que comenzaría a devorar esa misma noche.

Si su padre fuera consciente de ello estaba segura de que la castigaría por el resto de su existencia, aunque probablemente para él, la consideraba un caso perdido.

Lady Camelia, a diferencia de sus hermanas no estaba interesada en el matrimonio, ni en los bailes y mucho menos en los cortejos. Tal vez a sus veintitrés años de edad podría

considerarse casi una solterona, pero no había nada que le interesara menos que el matrimonio.

¿Amoldarse a las condiciones de un caballero que le dictaminaría que hacer en cada momento?

¡Ni hablar!

Al menos con su padre obtenía cierta libertad.

Su hermana mayor lady Alessia estaba casada y le había dado dos sobrinos a los que adoraba. Por otro lado, su hermana menor lady Georgia no tardaría en hacerlo dado el éxito que había provocado en su presentación hacía solo seis meses, seguramente antes de que finalizara la temporada social ya estaría comprometida, puesto que tenía varios pretendientes muy interesados y ella estaba encantada con la idea de prometerse antes de que llegara el verano.

Camelia, sin embargo, no tenía ningún pretendiente, las pocas propuestas de matrimonio que había recibido las había rechazado de forma contundente. Esos caballeros ni se habían molestado en acercarse a ella, solo la veían por la dote que su padre ofrecía en matrimonio y las ventajas de unirse a la familia Vassati, una de las más influyentes por los contactos que su padre tenía con el gran duque de Toscana.

El matrimonio no era para ella, sin embargo el conocimiento era todo cuanto anhelaba y deseaba en su vida.

Coger el carruaje a esas horas era impensable, así que debería ir a pie para no hacer ruido ni levantar sospechas. Se escabulló entre las sombras que arrojaba la edificación florentina formada por calles de piedra y pasadizos ocultos aunque el sol aún no lucía resplandeciente, pero la poca luz que iluminaba su recorrido era más que suficiente.

—Recordadme porqué hago esto —dijo su querido amigo Carlo en cuanto llegó a la puerta lateral del gran edificio donde se alzaba la librería más grande de toda Florencia.

Estaba enormemente agradecida a los Médici por haber predispuesto todo un edificio en el que albergar una cantidad inmensa de libros y que la familia de su amigo estuviera entrelazada con ellos era magnífico porque le daba pleno acceso.

—Porque soy tu mejor amiga desde te salieron los primeros dientes —contestó Camelia, adentrándose tras el gran portón de madera y sumergiéndose en la oscuridad de aquellos pasillos.

No necesitaba ningún candil que le iluminase el recorrido, solo había que seguir el pasillo hasta girar tres veces a la derecha, subir unas escaleras y torcer a la izquierda para llegar a la sección que deseaba. Había aprendido de memoria la disposición de aquel lugar.

—Un día de estos te pillarán y a mi se me caerá el pelo por tus locuras —continuó su mejor amigo.

Carlo y ella tenían la misma edad, probablemente su padre no había perdido la esperanza de que algún día se prometieran, pero nada más lejos de la realidad. Carlo era ese hermano que nunca tuvo y con el que había compartido fechorías, travesuras y confesiones desde que tenía uso

de razón puesto que su madre y la suya habían sido grandes amigas y lo seguirían siendo de no ser porque hacía seis años que falleció.

—Deja de preocuparte por cosas que no van a pasar y ayúdame a colocar estos libros en los estantes que corresponden o se nos hará tarde y será cuando realmente nos descubran — abdujo Camelia entregándole dos tomos y cogiendo ella los otros dos que devolvería a sus huecos correspondientes.

Se había quedado abstraída en la sección de poesía decidiendo que autor le apetecía leer en esta ocasión cuando el ruido de unas risas la devolvió a la realidad e instintivamente se agachó.

¿Había alguien más en el edificio aparte de Carlo y ella? No era posible. ¿O sí?

En todo el tiempo que llevaba acudiendo fielmente cada jueves antes del alba, aquel imponente edificio había permanecido en completo silencio, pero ahora aquellas risas cómplices le daban a entender que había alguien más.

Solo la familia de Carlo poseía las llaves de ese lugar. ¿Se habría dejado su amigo la puerta abierta?

—Sois verdaderamente perverso, lord Guicciardini, ¿Qué diría mi marido si supiera que me habéis traído aquí? —decía una voz femenina que Camelia no logró identificar, pero desde luego, sabía a quien hacía referencia la dama.

Ese estúpido engreído de lord Guicciardini.

Le detestaba con todas sus fuerzas, quizá porque él representaba en un caballero todo lo que ella despreciaba.

Soberbio. Petulante. Engreído y adulator sin límites.

¿Cómo podían ser Carlo y él primos? Desde luego no se parecían en nada.

Le encantaría salir de su escondite y arruinar lo que a todas luces era un encuentro ilícito entre ese descarado y una mujer casada, pero hacerlo significaba exponerse a sí misma, ya que una dama de buena reputación como se suponía que lo era ella no debería encontrarse fuera de casa a deshoras y, además, completamente a solas.

Aunque no estaba realmente sola, Carlo estaba con ella.

¡Carlo!, ¡Si aparecía su amigo les descubrirían!

—Es una suerte que no se encuentre en Florencia estos días lady Barbara, así podremos dar rienda suelta a nuestras pasiones —oyó que contestaba lord Guicciardini a la dama y tuvo ganas de vomitar.

Al decir su nombre sabía quien era la dama. La baronesa di Rosso, considerada una beldad, aunque ya no gozaba de sus años más dorados. Su dudosa reputación la llevó a casarse con el barón por su fortuna, un hombre mayor que su propio padre, algo que a Camelia le parecía deleznable.

El tiempo jugaba en su contra y debía marcharse de allí o sería descubierta de un modo u otro, así que se echó la capucha encima y se alzó lentamente viendo como lord Guicciardini se abalanzaba sobre la dama para besarla, momento que aprovechó para alzarse la falda y comenzar a correr pese a ser descubierta, solo que sería imposible que la identificaran.

—¡Ey!, ¡Deteneos de inmediato! —La voz de lord Guicciardini la perseguía por los pasillos mientras ella corría con aquellos libros nuevos—. Esta es una propiedad privada, ¡No podéis estar aquí! —continuaba con lo que Camelia intuía que estaba aún más cerca.

Pensó que lo lograría, que finalmente llegaría al portón lateral de salida y cuando estaba por saltar los últimos peldaños, sintió como tiraban de la bolsa donde llevaba los libros y aquel mequetrefe la atrapó arrinconándola en la pared comprobando que ambos mantenían una respiración agitada por la carrera.

—¡Soltadme! —bramó Camelia tratando de quitarse las manos de aquel inútil de encima.

Ni siquiera recordaba cuando había nacido su desprecio hacia lord Guicciardini, puede que comenzara el día que le escuchó decir que ella no era una dama deseable a diferencia de sus hermanas.

Nunca le habían atraído los vestidos a la moda que exaltaban las curvas y atraían la atención de los hombres, quizá porque ella misma no deseaba dicha atención, su cabeza estaba en otros menesteres mucho más interesantes.

—Así que sois una mujer... y estáis robando —jadeó lord Guicciardini sin poder ver su rostro gracias a la capucha que tapaba casi por completo sus rasgos a excepción de los labios—. Sabéis que la entrada está prohibida para cualquier mujer.

—¿Si? Pues me pareció ver que había una junto a usted —increpó Camelia y sintió como este cambiaba su gesto al oír su voz.

Lord Guicciardini tiró de un empujón su capucha haciendo que su rostro se descubriera por completo y alzó el mentón orgullosa.

—¿Qué demonios hacéis aquí a estas horas Vassati? —exclamó llamándola por su apellido de un modo despectivo como hacía siempre.

—Podría preguntar lo mismo Edmondo —bramó ella del modo en que solía denominarle.

—Voy a matar a Carlo... —susurró dando por sentado que habría sido su primo quien le facilitara la entrada al edificio.

—Yo no me meteré en vuestros asuntos si vos no os metéis en los míos. Os recuerdo que la dama que os aguarda en el piso de arriba está casada —arremetió Camelia haciéndolo enfurecer.

Lord Guicciardini fue consciente de que había abandonado a la dama en cuestión y expresó su fastidio por la interrupción.

Esa niñata consentida le sacaba de sus casillas, ¿Quién se iba a imaginar que estaría allí

robando libros?, ¡Ella!, ¡Una mujer!, ¡A las mujeres no le interesaban los libros! Al parecer lady Camelia Vassati era una excepción, bueno, toda ella lo era si se ponía a analizarlo.

—¿Qué queréis enana? —exclamó con uno de los tantos apodos que utilizaba para dirigirse a la muchacha y que a ella le fastidiaba.

Por alguna razón le encantaba hacerlo.

A pesar de ser considerada una solterona, él le llevaba más de diez años y precisamente se había pasado los últimos diez llamándola de ese modo aunque hubiera alcanzado una estatura adecuada.

Camelia estaba cansada de que continuara mofándose y dirigiéndose hacia ella en aquel tono vejatorio, pero era la primera vez que estaban realmente a solas sin la presencia de parientes o amigos más que acostumbrados a sus insultos mutuos.

No se soportaban, era una evidencia.

Aprovechándose de la situación agarró fuertemente la bolsa con los libros y le dio una patada en su entrepierna que él no vio venir y desde luego no esquivó.

El gemido de dolor hizo que ella comenzara a caminar tranquilamente hacia la salida de aquel portón escuchando como él maldecía con una ristra de improperios que una dama inocente como ella no debería oír.

—Si os atrevéis a mencionar que me habéis visto aquí, yo mencionaré vuestro furtivo encuentro con la baronesa di Rosso, ¡Mendrugos! Así que estáis advertido —soltó la amenaza antes de cruzar la puerta sin dar pie a una contestación por su parte.

Ese petulante mujeriego no iba a mencionar que la había visto. Por supuesto que no, él era quien más tenía que perder en aquel asunto si su affair con la baronesa salía a la luz.

Bueno, como si la baronesa fuera la única que caía en sus redes... hasta su propia hermana pequeña había hecho alusión a lo atractivo que resultaba lord Guicciardini y teniendo en cuenta que pertenecía a la familia más adinerada de la ciudad, le convertía en uno de los mejores partidos.

¡Ni en sus peores pesadillas dejaría que su hermana se acercara a ese mequetrefe!

Gabriele Edmondo de Guicciardini tardó un momento en recomponerse antes de poder caminar sin torcerse, ¿De verdad Vassati le había propinado una patada en la entrepierna y después lo había amenazado? Carácter y tenacidad a esa mujer no le faltaban, eso no lo ponía en duda, pero lo que necesitaba era mano dura.

En el momento que llegó hasta el lugar donde había dejado a la baronesa di Rosso comprobó que esta se había marchado, probablemente para no ser descubierta en su relación extramarital.

¡Maldita sea Camelia Vassati! Por su culpa no solo había perdido una noche de placer, sino que además se iba con un dolor en la entrepierna insoportable.

Si esa enana pensaba que saldría indemne de su fechoría es que no le conocía realmente. Le iba a demostrar lo que era adentrarse en el infierno hasta que le suplicara clemencia y es posible que ni aún así le diera tregua.

Capítulo 2

En el momento que Camelia atravesó el portón lateral que usaban los sirvientes de entrada a su propia casa, supo que el tiempo se le había echado encima al escuchar el movimiento junto a las voces provenientes de la cocina, si no tenía especial cuidado la pillarían. Echó la bolsa que contenía los libros en un bidón, afortunadamente vacío, ya que solía contener la harina con la que amasaban el pan cada día y ocultó en el mismo la capa que había cogido prestada a su criada.

Por suerte para ella, no había nadie en aquel zaguán que usaban como almacén, así que se aseguró de que lucía lo mejor posible antes de colocar erguidos sus hombros y adentrarse en la cocina con su mejor sonrisa.

—¡Buenos días! —exclamó con un tono inocente de quien no ha roto un plato en su vida.

La cocinera emitió un pequeño grito por la inesperada entrada y la miró sintiéndose más tranquila al reconocerla.

—¿Es que quiere que se detenga mi corazón del susto lady Camelia? —exclamó la mujer con confianza—. ¿Y que hace despierta a estas horas? Por no decir que es evidente que acaba de entrar en casa —aseguró la mujer observándola detenidamente sin perder detalle.

Camelia aprovechó para coger uno de los bollos recién horneados que estaban calientes y que su cocinera, la señora Rita, trató de impedir sin darle tiempo a evitarlo.

—Escuché el lamento de un gato cerca de mi habitación y salí a investigar, pero desafortunadamente no le encontré —mintió descaradamente con algo que sabía a la perfección que podrían creer.

A lo largo de su vida había rescatado infinidad de animales domésticos para cuidarlos, darles alimento y después buscarle un buen hogar, esa era la norma de su querido padre Massimiliano, podía acogerles un tiempo, pero después debía buscarles un sitio en el que estar.

A veces se preguntaba porque era tan distinta a sus hermanas. No compartía las mismas inquietudes, ni los mismos gustos o pensamientos, padre solía decir que ella era la que más se parecía a él y en parte llegaba a comprenderlo puesto que era la única persona de su hogar con la

que podía mantener una conversación que no fuera trivial.

—Afortunadamente —respondió Rita mientras preparaba en una bandeja el desayuno que identificó sería para su propio padre—. La última vez ese chucho que trajo rompió la mitad de la conserva de mermelada de fresa.

—Dudo que fuera su intención crear algún mal, solo trataba de evitar que le bañara, de todos modos, la próxima vez lo haré en el jardín y así no volverá a suceder —atajó Camelia sonriendo y robando otro bollo ante la mirada furibunda de la cocinera mientras corría hacia su habitación, donde sabía que su doncella debía estar buscándola desesperadamente.

El rostro pálido de su sirvienta le comunicó que era evidente que había estado tratando de encontrarla por cada rincón de la casa y sintió alivio al verla.

—No sabía que tardaría tanto —susurró entrando en su habitación con la intención de asearse y dejarse peinar por esta.

—Si vuelve a darme un susto similar, se lo comunicaré a vuestro padre, lady Camelia —advirtió Franca.

Era la doncella más joven de la casa y la que atendía de forma personal a su hermana Georgia y a ella, aunque la que absorbía la mayor parte de su tiempo era su hermana menor, ya que casi nunca estaba satisfecha con el resultado de su peinado o cambiaba varias veces de opinión en cuanto a las joyas y el vestido que luciría. Camelia sin embargo era más habladora y se conformaba con cualquier decisión que su propia doncella iniciara, incluso le pedía que no perdiera el tiempo en peinados elaborados o eligiendo los vestidos, menos aún en lo referente a joyas puesto que apenas lucía alguna.

—Solo estaba buscando a un gatito que sentí maullar desde mi ventana —dijo restándole importancia.

—¿Y para eso habéis cogido mi capa? —inquirió la doncella dándole a entender que no creía fiable su respuesta, pero que tampoco quería indagar en sus asuntos.

—No volverá a suceder. Os lo prometo —admitió frente al espejo donde veía el reflejo de su doncella—, pero no se lo digáis a padre, por favor.

Escuchó como su doncella suspiraba y después asentía. Lo último que necesitaba es que su padre se enterase de sus ausencias furtivas cada jueves y los motivos por los que se escabullía a escondidas.

Ya había sido nefasto el tropiezo con Lord Guicciardini, ese petimetre de tres al cuarto que no dejaba de burlarse de ella cada vez que tenía la oportunidad.

Le odiaba con todas sus fuerzas y eso que había intentado que no fuera así, tolerarle solo por el hecho de que era familia de su mejor amigo Carlo y lo quisiera o no, tenía que verle a la fuerza por la gran relación que mantenían sus familias.

Ese hombre era creído, petulante, engreído, presumido e insolente. ¡Y aún así las mujeres

acudían a él como las abejas a la miel!

Ver para creer.

Podía reconocer que sus rasgos eran afables y poseía belleza, pero ella había aprendido a mirar mucho más allá de la apariencia y desde luego, Edmondo distaba mucho de las cualidades que ella apreciaba.

Ese embaucador no solo se había atrevido a fastidiar su único momento de libertad, sino que encima estaba en ese lugar con una mujer casada siendo consciente de su infidelidad.

No le extrañaba su fama en toda Florencia, de hecho, no le extrañaba nada que la propia madre del duque, lady Lucia, estuviera deseosa de que su único hijo al fin se desposara.

De algún modo imaginó que la futura esposa de Guicciardini sería de rasgos perfectos y con una belleza sublime, solo había que ver el historial de amantes de ese charlatán que con su palabrerío conseguía atraer a todas las damas de la corte para saber que su desconocida prometida sería indudablemente bella.

Por suerte, ella no entraba en los cánones de belleza que pudieran atraer su atención, de hecho, su cabello castaño oscuro, ojos ambarinos, una nariz pronunciada y labios finos distaba mucho de ser esa beldad rubia de ojos claros y piel pálida que se consideraba el culmen de la belleza.

No le disgustaba ser como era, tal vez porque sus prioridades eran muy distintas a las de sus propias hermanas que solo aspiraban a casarse y tener hijos para cumplir su labor como damas de la alta nobleza.

Ella quería más. Quería ser independiente, quería descubrir el porqué de muchas cosas y sobre todo deseaba tener pensamiento propio y no el que un hombre le impusiera que debía tener solo porque le debía ser fiel.

Y quizá por eso nunca se casaría. Sería una solterona eterna y que la gente la observara con lástima o pena era algo que había aprendido a sobrellevar.

—He pensado que el vestido verde os sentaría bien para la fiesta de esta noche — irrumpió finalmente su doncella sacándola de sus pensamientos sobre el encuentro inesperado con lord Guicciardini.

¿El vestido verde?, ¿Una fiesta?

De pronto recordó que esa noche precisamente, los Guicciardini daban una fiesta en su casa para su círculo de amistades más cercanas y como no podía ser de otro modo, tanto ella como su hermana menor estaban invitadas.

Tendría que ver de nuevo a ese petimetre, aunque también vería a su amigo Carlo, ¿Dónde se habría metido?, ¿Se habría preocupado al no encontrarla?

En ese momento vio como su doncella sacaba el vestido verde, no era un color que le sentara especialmente bien, ella prefería los tonos claros o dorados, quizá era porque el verde le

hacía resaltar más entre la multitud, pero aún así no puso objeción a la elección de su doncella.

—El verde estará bien —dijo pensando en que reacción podría tener Guicciardini cuando la viera después de haber irrumpido su encuentro amoroso.

Un brillo de maldad brotó sin esperarlo, en realidad, sí había fastidiado aquel encuentro y entonces recordó que no solo había estropeado su momento álgido con la baronesa di Roso, sino que además le había dado un rodillazo en la entrepierna.

No pudo evitar sonreír y aquel gesto no pasó inadvertido para su doncella.

—¿Vuestra sonrisa es porque veréis a Carlo en la fiesta? —preguntó Franca con tono de interés.

—Por supuesto —mintió, aunque ver a su mejor amigo era algo que siempre la llenaba de alegría, puesto que era el único que conocía sus más íntimos secretos, esos que ni siquiera sus amigas, su hermana o la propia Franca conocían.

Era posible que esa misma noche le preguntara a lord Guicciardini si aún sentía *incomodidad* en alguna parte de su cuerpo.

Lady Camelia aguardaba pacientemente mientras leía uno de los libros que había cogido prestados de la biblioteca y que cuidadosamente había forrado en tela para ocultar su contenido. Dudaba que alguien le preguntara que novela romántica estaba leyendo en aquella ocasión ya que parecía que una mujer no podía considerar otro genero que no fuera este, destinado para un pasatiempo como lo era la lectura.

—¿Dónde está tu hermana? —La voz de su padre Massimiliano la alertó y ella ni se inmutó por si este podía leer el contenido del interior del libro, puesto que en los últimos años necesitaba anteojos para que le aumentaran el tamaño de las letras.

—Creo que ha rechazado su quinto vestido —bufó sin apartar la vista de las letras y escuchó a su padre resoplar.

—¿Podrías ir y decirle que llegaremos tarde? —inquirió su progenitor con esperanza.

—Si sirviera de algo lo haría, pero me temo que tardará exactamente lo mismo y después nos culpará de su indecisión por haber ejercido presión —respondió Camelia sin apartar la vista de su libro.

—Rezo porque se case este verano, mi paciencia no soportará otra temporada.

De soslayo, Camelia vio como su padre acudía hasta la licorera que había en el salón y se servía apenas un dedo de aquel licor con un color similar al de sus propios ojos.

Massimiliano Vassati no era un gran bebedor, ni tan siquiera en reuniones sociales, solo cuando verdaderamente estaba agitado podía vérselo tomando aquella bebida y siempre lo hacía en cantidades mínimas.

Aquella aclaración por parte de su padre, daba a entender a todas luces, que una vez que su hermana lady Georgia se casara, no tenía ninguna intención de continuar con aquellas fiestas y bailes para acompañarla. Siempre había respetado su decisión y nunca la había presionado ni a ella, ni a sus hermanas para contraer matrimonio con ningún hombre y debía agradecersele porque no todas las damas en su misma consideración tenían padres que respetaran su voluntad, sino que muy contrariamente a ella, concertaban matrimonios destinados a un fracaso colosal.

No dijo nada en referencia al comentario de su padre y su deseo porque su hermana menor contrajera matrimonio pronto, nadie más que ella estaba deseosa de evitar aquellos bailes y cortejos absurdos que solo la hacían perder el tiempo salvo por la compañía de sus amigas Elisabetta y Sophia, además de Carlo por supuesto.

El ruido atropellado de las escaleras bastantes minutos después, hizo que Camelia cerrase el libro y lo colocara en el fondo del cesto de costura del que en ocasiones fingía trabajar algún bordado. Su hermana Georgia hizo su aparición en el gran salón y a pesar de que era una dama hermosa, Camelia tuvo que llevarse una mano a los labios para reprimir una sonora carcajada, puesto que parecía un pastelito rosa.

Su opción muy al contrario de la suya que era un sencillo y elegante vestido verde sin

apenas adornos, el de su hermana menor tenía todas las cintas, bordados y encajes que probablemente había encontrado en la mercería, de hecho, ni siquiera podía encontrarse una sola costura que no llevase adornos.

—¡Ya estoy lista! No es demasiado, ¿Verdad, padre? —inquirió su hermana dirigiéndose a este con los ojos brillantes.

Que no le preguntase a ella no la afectaba, a fin de cuentas, la moda en general era algo que jamás le había atraído, si no fuera porque era la hija del gran conde Massimiliano Vassati, vestiría como una doncella en cada momento del día.

No era hipócrita, apreciaba el lujo de la vida acomodada que tenía y gracias a el, podía permitirse pasar horas sumergida en sus libros o placeres intelectuales, algo que de no pertenecer a la alta sociedad le resultaría completamente imposible.

—Por supuesto que no, pequeña. ¡Démonos prisa o no nos dejarán entrar esta vez! —aclamó su padre y Camelia estaba completamente segura que, si hubiera decidido vestirse con un saco de patatas le habría dado la misma respuesta con tal de salir de casa de una vez.

Puede que la amistad de su padre con los Guicciardini fuera estrecha, pero eso no disculpaba su evidente retraso ya que con toda probabilidad, los invitados se estarían quejando de que la cena no comenzaba debido a que ellos aún no habían llegado y a pesar de la estrecha relación entre ambas familias, no quería abusar de la confianza que lady Lucía y su padre mantenían.

Y así fue.

En cuanto se bajaron del carruaje e hicieron su aparición, la propia lady Lucía acudió a su encuentro sofocada.

—¡Oh menos mal que ya estáis aquí!, ¡Los sirvientes ya no sabían que excusa poner para demorar el inicio de la cena!, ¿Está todo bien? —preguntó directamente al padre de las damas.

—Disculpe lady Lucía, tuve un pequeño accidente y llegamos tarde por mi culpa —admitió Camelia con pesar para expiar las culpas de su hermana.

Ella era la favorita. La belleza de los Vassati, la que tenía probabilidades de contraer matrimonio a corto plazo y precisamente para que eso ocurriera, Camelia asumía todos los inconvenientes de su hermana solo para favorecerla.

Lady Lucía la miró con cierto aire de nostalgia, como si en el fondo sintiera lástima hacia ella e hizo un leve asentimiento aceptando su disculpa, a pesar de que Camelia odiaba generar esa sensación en los demás, optó por ignorarla y desecharla de sus pensamientos.

Ella sabía muy bien quien era y cuales eran sus dotes, quizá estaban muy lejos de ser cualidades apreciadas en una dama, pero no pretendía encajar en aquella sociedad marcada de estrictas normas, ella ya había trazado como sería su futuro y en él no estaba ningún hombre, ningún matrimonio, ni ser un florero en una bonita casa cuya única función era la de conceder

herederos.

—¡Lady Georgia!, ¡Estáis realmente preciosa! —exclamó entonces—. Venid conmigo, he escogido personalmente vuestro asiento, creo que os vais a sentir realmente cómoda cerca de mi hija y por supuesto del duque —comenzó a decir la mujer y Camelia rodó los ojos.

Un matrimonio entre los Guicciardini y los Vassati sería más que bienvenido por ambas familias, de hecho era algo que llevaban años esperando para unir con mayor razón sus lazos, pero antes muerta que permitir que ese ser mezquino y engreído pusiera un dedo encima a su querida hermana.

Ni hablar.

Su hermana Georgia podía casarse con el hombre que quisiera, menos con el duque de Guicciardini.

Y hablando del petulante de Florencia.

—Llegan tarde —bramó con aquella voz que sacaba lo peor de si misma.

—¿De verdad? Y nosotros que pensábamos que seríamos los primeros... —ironizó Camelia sin sorprender a ninguno de los presentes.

Todos sabían que Camelia y Carlo eran inseparables, tanto como de incompatibles lo eran ella y Gabriele.

—Gabriele, acompaña a lady Georgia hasta su asiento —intervino lady Lucía para evitar que su hijo pudiera responder a la respuesta sarcástica.

Camelia observó aquella mirada intensa que le dedicaba su mayor rival, ni siquiera recordaba el momento exacto que había iniciado ese odio hacia Edmondo, eran tantos años que ya formaba parte de sí misma y le resultaba imposible pensar en él de otro modo que no fuera el rechazo.

—Mejor acompaña a lady Camelia, madre. Parece que esté cansada, ¿Tal vez no ha dormido bien esta noche?, ¿Ha ocurrido algo que le hiciera perder el sueño? —inquirió provocándola y quizá esperando nerviosismo por parte de ella al poder delatar su hazaña, pero ella parecía completamente serena.

—A decir verdad, me desvelé muy temprano —reveló sin incomodarse y de forma que todos los presentes pudieran oírla—, pero no hace falta que me acompañe lord Guicciardini, He podido notar que parece una ligera molestia en su modo de caminar, no quisiera incomodarle con mi paso ligero —afirmó mordazmente sintiendo como el fulgor en los ojos de aquel petulante bramaba con fuerza.

Sabía que no podía revelar su encuentro porque el primero en perder dadas las circunstancias era el propio Guicciardini, así que Camelia se congratulaba de salir vencedora al menos en aquella ocasión.

Camelia uno, Edmondo cero.

—Insisto —refutó Gabriele cogiendo en contra de su voluntad el brazo de la dama y comenzó a caminar junto a ella alejándola de sus parientes de modo que no pudo exponer otra excusa con la que disuadirle.

—¡Soltadme zoquete! —bramó sin levantar demasiado el tono para no llamar la atención de la mayoría de invitados.

Al fin había divisado a lo lejos a Carlo, que aún no se había percatado de su presencia, pero tenía muy claro con quien pasaría el resto de la velada ya que sus amigas no estaban entre la selecta selección de invitados que había realizado la matriarca.

—Si creéis que pasaré por alto lo de esta mañana, estáis muy equivocada —indicó Guicciardini .

—¿Os referís al hecho de que os he descubierto en una situación bastante comprometida con una dama casada? —exclamó en voz baja Camelia—. Yo diría que sí lo pasaréis por alto Edmondo, sobre todo porque os conviene hacerlo —susurró Camelia disuadiéndose de su maldito agarre para poder apartarse de ese petulante que emanaba un perfume demasiado agradable para su propio gusto.

Capítulo 3

Lady Camelia ni siquiera miró atrás cuando al fin llegó hasta su amigo Carlo que la observaba con el ceño fruncido y finalmente esta emitió una sonrisa y se ciño a su brazo fuertemente importándole muy poco las habladurías que aquel simple gesto pudiera generar en los invitados.

Todos sabían que entre ella y Carlo existía una relación estrecha y a pesar de que aguardaban impacientes un enlace, lo cierto es que nunca podría ver a su mejor amigo de ese modo, para ella Carlo era como un hermano y él sentía lo mismo hacia ella.

—¡Te marchaste sin decir una palabra!, ¿Puedes imaginarte mi preocupación? Hasta pensé que te había podido ocurrir algo —Le dijo nada más acercarse a él.

—Hubo una visita improvisada y tuve que salir corriendo —Camelia se encogió de hombros mientras se enganchaba a su brazo.

—Lo sé, escuché pasos y algunas voces, incluso perseguí a una dama, pero se esfumó antes de que pudiera distinguir su rostro y después no encontré rastro de ti en la biblioteca.

—Esa mujer era la amante de tu querido primo —confesó Camelia entre susurros y este alzó una ceja no muy sorprendido.

—Ahora entiendo todo, pero eso no te disculpa de marcharte sin avisarme. No cuentes conmigo para abrirte las puertas la semana que viene y hablando de mi primo, ¿Alguna vez dejarás de discutir con él? —exclamó sin dejar de fruncir ese ceño.

—Por supuesto —aclaró esta emitiendo una sonrisa aún más grande—. El día que se muera —añadió buscando con la mirada al susodicho y su sonrisa se apagó cuando vio como se acercaba a su hermana pequeña Georgia que lucía encantada con la compañía de aquel petulante idiota.

¡Maldito fuera Gabriele Edmondo!

—Pues parece que su compañía sí es agradable para algunas damas Vassati, tu hermana está encantada y mi tía Lucía está impaciente por que contraiga matrimonio, si es con tu hermana aún mejor —susurró Carlo consciente de que aquella información sacaría de sus casillas a su

mejor amiga.

—Por encima de mi cadáver —bramó Camelia—. Bastante tengo ya con aguantarle por ser tu primo, si ese engendro del demonio se convierte en mi cuñado, le lanzo al río maniatado.

A pesar de que Carlo trató de contener la risa, no pudo evitar que se le escaparan algunas carcajadas que atrajeron la atención de más de un invitado, incluyendo su hermana Georgia y el petulante de Edmondo.

—Pues vete acostumbrando a su presencia, mi tía le ha dejado caer lo favorable que sería para la familia una unión con los Vassati y le ha constreñido a mostrar interés por tu hermana.

La revelación de aquella información por parte de su amigo Carlo hizo que comprendiera el interés de lady Lucía hacia su hijo por acompañar a su hermana hasta su asiento en la mesa. Con toda probabilidad habría sentado a Georgia cerca de Edmondo y eso le irritaba aún más.

¿Por qué entonces había decidido ofrecerse a acompañarla en lugar de a su hermana? Dudaba que fuera una contradicción hacia lady Lucía, seguramente solo era para aclarar lo sucedido esa misma mañana, algo que desde luego ella daba por zanjado puesto que ambos tenían mucho que perder si alguno de los dos hablaba. La cuestión era otra, ¿Estaría dispuesto Edmondo a obedecer a su madre y contraer nupcias con Georgia?

Solo había que observar a Georgia para deducir que aceptaría sin pestañear una propuesta de ese maldito arrogante, ¿Por qué las damas no se daban cuenta de su verdadera faceta como adulator?

—Te puedo asegurar que esa unión jamás tendrá lugar —afirmó Camelia segura de si misma observando como el vanidoso de Edmondo acompañaba a su hermana hasta su asiento con su típica sonrisa de adulator—. Sigo sin comprender que le ven todas las damas —continuó Camelia sin ser consciente del todo que estaba dando voz a sus pensamientos.

—Puedo asegurar sin equivocarme, que eres la única dama capaz de resistirse a sus encantos —agregó Carlo sacándola de su fijación hacia la pareja para acompañarla hasta su asiento, tan solo a dos asientos de distancia de Edmondo, pero desde el cual podría apreciar perfectamente a la parejita que lady Lucía quería construir.

Dada su animadversión recíproca hacia Gabriele Edmondo de Guicciardini que era más que evidente frente a todos, tenía la gran ventaja de que jamás la colocarán a su lado. Solo hubo una ocasión en la que sentaron a ambos uno frente al otro para que quedara constancia que sentarles en posiciones cercanas era un presagio de arruinar la velada. Sin embargo, siempre permanecía a su lado Carlo, como en aquella ocasión.

—Y sigo sin explicarme que demonios logran ver. Solo hay que observarle un instante para determinar que es una masa de músculo sin cerebro al que le ha tocado un buen aspecto —bufó sentándose de mala gana al ver como su hermana pequeña coqueteaba descaradamente con su enemigo mortal.

Iba a tener una larga charla con Georgia cuando regresaran a casa y esta vez la iba a escuchar.

Ese petimetre de tres al cuarto no le convenía, a menos que quisiera ser el hazmerreír de todas las damas de Florencia cuando pasara más tiempo en el lecho de sus amigas que en el suyo propio.

A saber cuantos hijos ilegítimos tendría el muy maldito.

Las risas de su mejor amigo hicieron que la mirada furibunda de su primo le observara y de inmediato se dirigió hacia ella como si supiera que era la causante de aquel escándalo.

¿Qué culpa tenía ella de decir la verdad?

—Querida lady Camelia, ¿Por qué no nos revela a todos el motivo de la evidente diversión de mi primo? —mencionó el susodicho sabiendo a la perfección que estaba hablando de algún comensal e incluso con gran probabilidad de él mismo.

Decidida a no dejarse amilanar por ese patán, Camelia evocó una leve sonrisa.

—Por supuesto lord Guicciardini —respondió recatada—. Solo le indicaba a Carlo la evidente falta de nutrir sus cerebros que algunos caballeros poseen y que a pesar de ello, algunas damas no lo consideran de ese modo, muestra evidente de que a la mujer no se le permite el conocimiento —menciono altiva.

—¿Y para que desearía una mujer ese conocimiento? —exclamó jactándose de ello—. El lugar de una dama está en casa cuidando de sus hijos, solo sería una pérdida de tiempo.

—Solo un lerdo podría dar una respuesta similar —soltó ante la conmoción de todos los presentes que podían oír la conversación al dirigirse de ese modo hacia lord Guicciardini.

—¡Camelia! —gritó su hermana menor para reprenderla y aunque era consciente de que tal calificativo quedaba totalmente fuera de lugar, lo cierto es que no se arrepentía lo más mínimo por haberlo mencionado en voz alta, aunque eso la dejara en mal lugar.

Ese hombre sacaba lo peor de sí misma, estaba claro.

¿Cómo podía decir que una mujer solo servía para procrear y estar en casa cuidando de sus hijos? Ella estaba convencida de que cualquier mujer poseía la misma determinación e inteligencia que un hombre, pero estaba claro que don ignorante solo deseaba a las mujeres para una única función y lo había constatado esa misma mañana con sus intenciones hacia la baronesa di Rosso.

—La falta de modales de vuestra hermana no me afecta querida —mencionó lord Guicciardini dirigiéndose hacia Georgia—. Como tampoco nubla vuestra belleza por más que intente llamar la atención —continuó con aquella voz halagadora provocando el sonrojo de la hermana menor de Camelia y un odio profundo en ésta.

¿Ese retrograda de pacotilla acababa de decir que ella deseaba llamar la atención?

Se iba a enterar quien era lady Camelia Vassati el muy bastardo.

—Y lo dice el mayor adul... —sus palabras murieron en su boca ante un pisotón por parte de su amigo Carlo avisando de que su tía, lady Lucía se acercaba hacia ellos.

Lo que faltaba para terminar de hundirla en la miseria. Esa mujer la detestaba y era evidente que solo toleraba su presencia por el apellido que ostentaba, de lo contrario sabía que tendría la entrada vetada a su casa.

—Si vuelvo a oír de nuevo un tono despectivo por parte de alguno de vosotros dos, me encargaré personalmente de que paséis el resto de la temporada al lado del señor Carusso —amenazó altivamente sabiendo que nadie en su sano juicio desearía sentarse a su lado.

El aliento de aquel hombre podía olerse a veinte pasos de distancia y lo peor de todo es que no dejaba de hablar llenando todos los silencios existentes. Sentarse a su lado era la peor pesadilla existente.

Ninguno de los dos puso objeción a la amenaza de lady Lucía, pero estaba claro que el ambiente estaba tenso y que lord Guicciardini se deshiciera en halagos y le diera conversación a su hermana Georgia solo incrementaba la furia de Camelia.

—Deja de mirarlos o todo el mundo creerá que estás celosa —susurró Carlo provocando que la cuchara de la sopa de pescado que habían servido como primer plato cayera provocando un ruido ensordecedor.

Genial. Ahora todo el mundo la observaría de nuevo. Al menos estaba casi vacío y no tenía que lamentar haberse manchado aquel horrible vestido verde.

Nunca le había importado ir a la moda, como tampoco que color le sentaban mejor a sus mejillas, hasta que el metomentodo de Edmondo le había dicho a su hermana menor que aquel rosa hacia juego con el color de sus mejillas y que estaba deliciosamente hermosa.

¡Maldito fuera ese engendro bastardo!

Si creía que obtendría algo de su hermana pequeña ya podría despedirse, fueran buenas o malas intenciones, no permitiría que se tomara ninguna licencia hacia ella.

¡Por encima de su cadáver!

—Si —afirmó Camelia—. Celosa de no estar igual de cerca para clavarle el cuchillo de la carne —susurró mientras se disculpaba o sabía que sería capaz de lanzárselo a través de los comensales para ver si tenía la suerte de pincharle un ojo.

¿Desde cuando ella se había vuelto así de violenta? Se consideraba pacífica, amable, ¡Si hasta salvaba a todos los animales que encontraba por la calle!

Pero era pensar en lord Gabriele Edmondo de Guicciardini y su sangre bullía de una cólera sin precedentes.

Detestaba a algunos hombres por sus prejuicios o por su falta de inteligencia, pero les toleraba porque se consideraba una dama respetable y educada ante todo. Sin embargo el primo de su mejor amigo era la excepción hacia cualquier regla y le resultaba incapaz de contenerse en

su presencia.

—¿Estás molesta por sus atenciones hacia tu hermana o porque ha ocurrido esta mañana algo que no me has contado? Me dijiste que le viste, pero no si él también te vio a ti.

En aquel momento Camelia vio como Edmondo se disculpaba con su hermana para levantarse de la mesa aprovechando que había finalizado el primer plato y ella hizo lo mismo con su amigo sin responder siquiera a su demanda.

No tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo, pero le iba a decir cuatro verdades a ese metomentodo sin ningún tipo de recato.

¿Qué sería una completa imprudencia estar a solas con ese hombre?

Desde luego.

¿Qué tenía miedo de ello?

Estaba muy lejos de eso.

Capítulo 4

Le siguió a distancia, lo último que pretendía es que se dieran cuenta de que le estaba siguiendo a pesar de que no tenía la menor idea de hacia donde se dirigía.

Lo cierto es que le daba igual si su intención era la de ir al excusado, a tomar el aire o a un encuentro furtivo con otra dama. Aprovecharía la oportunidad para decirle que le deseaba bien lejos de su hermana y si tenía que amenazarle con revelar su encuentro a altas horas de la madrugada con cierta dama casada, estaría dispuesta a hacerlo.

Tenía que proteger a Georgia de ese cerdo con patas.

—¿Le han dicho alguna vez que perseguir a caballeros por pasillos desolados no es un comportamiento adecuado para una dama, Vassati? —exclamó aquella voz que tanto la irritaba.

—Para ello debería existir un caballero y usted podrá serlo en título, pero desde luego dista mucho de su comportamiento —instó no teniendo ningún inconveniente en acercarse de entre las sombras para que la luz de los candelabros que iluminaban con pobreza aquel pasillo mostraran su silueta.

Si Guicciardini se ofendió, no pareció notarlo en su rostro, aunque sí hizo una ligera mueca de desagrado.

—No me interesa su compañía Vassati y desde luego no supone una tentación apetecible a mi gusto, así que, si está celosa por mis atenciones hacia su hermana, le aconsejo que se vaya acostumbrando —dijo en aquel tono tan neutral que la sacó de sus casillas.

¿Celosa?, ¿Por él?

—No es más que un zopenco asno rastrero con ínfulas de brabucon y adulator. Manténgase alejado de mi hermana Guicciardini o no tendré ningún inconveniente en hacer una visita al barón di Rosso a su regreso —contestó tan segura y altiva que sentía como la sangre de su cuerpo burbujeaba.

—¡Hágalo y todos sabrán donde estaba esta mañana! —vociferó él dando un paso para acercarse a ella—. El personal de la baronesa e incluso alguna de sus amigas atestiguará que ella estaba en casa, pero nadie la salvará de una condena por infracción y no solo lo pagará usted,

sino también vuestro padre y vuestra hermana, el apellido Vassati no la salvará en esta ocasión.

De pronto Camelia se sintió pequeña y le detestó aún más.

—Aléjese de Georgia —insistió con menor valentía que antes.

No temía por ella, pero desde luego sí lo hacía por su padre y hermana. No quería ser la ruina para ambos por su imprudencia, menos aún que tuvieran que pagar las consecuencias de sus locos actos de rebeldía.

—No lo haré —contestó éste y de un modo inteligible Camelia sospechó que lo hacía para provocarla.

Aunque tampoco dudaba de sus intenciones hacia su hermana teniendo en cuenta su fama.

—No permitiré que haga daño a mi hermana —adujo ella insistente.

—Le puedo asegurar que jamás he causado dolor alguno en una dama, más bien todo lo contrario —advirtió con aquella sonrisa provocadora que derretía a casi todas las damas.

Menos a ella.

Era inmune a sus encantos y desde luego no respondió a dicha sonrisa adulatoria.

—Puede hacer lo que le plazca con el resto de las damas, desde luego es algo que carece de mi interés, pero bajo ningún concepto permitiré que se acerque a mi hermana pequeña. —En esa ocasión Camelia afianzó sus palabras con tesón y una seguridad carente en su ser, le daba igual el coste, pero protegería a Georgia de ese mal nacido, aunque tuviera que ahogarle con sus propias manos.

—¿Y que hará? —inquirió Gabriele—. Porque sus amenazas como ha podido comprobar, no sirven.

Camelia no sabía que responder, de hecho, no tenía ni la menor idea de que utilizar para mantener las atenciones de ese cerdo lejos de su inocente hermana, la que con toda seguridad caería presa en sus maléficas redes.

Un brillo inusual cruzó los ojos de Camelia y Lord Guicciardini supo que la astucia de aquella mujer era inusual a la de otras damas. Toda ella era distinta, comenzando por su horrendo atuendo y continuando por la poca gracia de su peinado unido a aquellas facciones que, a pesar de no ser desagradables, no la convertían en una beldad en la cual él posara sus ojos.

Nada que ver con su dulce hermana lady Georgia. La joven era tolerable, bonita y a pesar de no ser tan voluptuosa en las zonas que él agradecería, podría ser una auténtica tentación para su deleite.

—Usted lo ha dicho al principio, lord Guicciardini. Este es un pasillo desolado y da la casualidad de que no hay nadie, ¿Que pasaría si se lo contara a alguien? Quizá... ¿Su madre? Oh... con su fama nadie dudaría y menos aún ella que ha intentado seducirme. —La sonrisa maliciosa de Camelia hizo que él tornara su mirada oscura.

—Nadie en su sano juicio se atrevería a tocarla. Eso sin contar que usted me detesta y le garantizo que es algo recíproco, por lo que jamás la creerían. —Lord Guicciardini se acercó lo suficiente para tocar con su mano el brazo de la joven y ceñirlo fuertemente como advertencia.

Camelia no se ofendió, sabía que sus palabras no iban hacia su elevado apellido y que por respeto nadie osaría excederse o atreverse a ir más allá de las estrictas normas de la moralidad. No. Guicciardini había evocado el hecho de que ella no suponía una tentación para ningún hombre y ella lo sabía muy bien.

—Dado el interés que alberga su progenitora en unir a los Guicciardini con los Vassati, dudo que ni siquiera considere que sea verídico o no, le parecerá una bendición —sonrió con malicia porque, a pesar de que fuera un completo farol, sabía que se alejaría de su hermana antes de verse atrapado en la jaula del matrimonio auto impuesto que le auguraba.

Lord Guicciardini y ella unidos por matrimonio.

El solo pensamiento le daba escalofrío y le hacía tener el vello de punta.

Ser la esposa de ese hombre debía ser el peor destino que podría desear una mujer. Y no porque creyera en el amor real y recíproco entre una pareja, sino porque no podría considerar una pesadilla más horrible que la de pasar el resto de su vida encadenada a un hombre que jamás la valoraría, tendría en cuenta sus opiniones o la respetaría. Distaba decir que lord Guicciardini utilizaba a las damas a su favor y se desprendía tan fácilmente de ellas como llegaba una nueva a su vida.

Ese hombre no conocía el respeto, ni la estima y menos aún el valor de una mujer.

—No me provoque Vassati, porque podría hacerla vivir en el infierno que sería convertirse en mi esposa solo por el placer de humillarla —agudizó sus palabras mientras aumentaba la presión en el brazo de la joven dama.

A pesar de que la fuerza que ejercía sobre su brazo izquierdo comenzaba a resultar incomoda hasta el punto de sentir dolor, Camelia no se quejó como tampoco hizo ningún mohín que pudiera resultar revelador.

El orgullo y la vanidad de ese misógino engreído no permitiría que aquella amenaza fuera realidad. Él jamás se casaría con una mujer que no fuese una auténtica beldad viviente y Camelia era consciente de sus límites. Sería el hazmerreír de toda Florencia y aunque la tentación era grande, la sensación desagradable ante aquella idea hizo que su cuerpo temblase.

—No me ponga a prueba Guicciardini, porque usted no sabe de lo que sería capaz —bramó con la mirada fija en aquellos ojos cristalinos que, a pesar de estar oscurecidos por la poca luz del lugar, aún podían atisbarse.

Aquellos ojos era el rasgo físico que Camelia más detestaba en Guicciardini, cuando los observaba fijamente no podía evitar tener que admitir que eran demasiado hermosos.

Y cualquier halago hacia ese cerdo asqueroso le repugnaba.

No recordaba cuándo había proliferado su odio hacia Guicciardini a tan gran escala. Quizá había ido creciendo con el tiempo, cuando había podido ver con sus propios ojos en el ser engreído y adulator que se había convertido, aunque desde luego solo era así con las damas que le interesaban, hacia ella jamás había tenido una palabra dulce o un halago que la conmoviera.

El ruido de unos pasos acercándose por algún lado de aquel pasillo hizo que Guicciardini reaccionara y ciertamente Camelia se sintió inquieta porque pudieran encontrarla a solas con el peor canalla de toda Florencia.

En lo que el rostro de Camelia se giró para atisbar de donde procedían los pasos de aquella persona que bien podría tratarse de alguien del servicio o de algunos de los invitados, sintió el tirón que la empujó hacia un lugar oscuro y conforme perdía el equilibrio descubrió que el habitáculo en el que el maldito de Guicciardini la había metido era minúsculo, pero lo peor es que antes de que la completa ceguedad se vertiera sobre ella divisó como éste entraba en el mismo espacio estrechando tanto su cercanía que podía notar su propio pecho aplastado contra el suyo.

—¡Qué demonios cree que esta haciendo! —exclamó no demasiado alto, pero sus labios fueron acallados por su mano rápidamente.

—Cssh —siseó él, provocando que el único ruido allí dentro fuera el de sus respiraciones agitadas y aquellos pasos al otro lado de la puerta de ese minúsculo armario en el que Guicciardini les había metido.

Camelia no podía ver nada, pero sí que podía sentir.

Y sentía demasiado.

Tenía el cuerpo de aquel patán tan próximo al suyo que cada minúsculo movimiento hacía que una parte de ellos se frotase mutuamente. Jamás había estado tan cerca de un hombre, ni tan siquiera de Carlo que era su mejor amigo y confidente.

Lord Guicciardini no había pensado en nada que no fuera salvar su pellejo en aquel momento al verse sumergido en un escándalo público si les encontraban. Ya estaba acostumbrado a lidiar con situaciones parecidas en las que podrían haberle pillado en una posición incomoda con alguna dama, pero desde luego aquella ocasión distaba mucho de las otras.

Él no se sentía atraído por lady Camelia, al menos no por esa hermana en concreto, aunque tampoco le inspiraba enormemente la menor de las Vassati. Estaba acostumbrado a mujeres con prominentes pechos... cintura estrecha... curvas voluptuosas en sus caderas y...

Ni tan siquiera había sido consciente de que su mano estaba ceñida a la cintura de aquella mujer que detestaba y sorprendentemente para él, era exactamente como le gustaba.

La presión del pecho de ella contra el suyo propio le provocó una respuesta inesperada. ¿Cómo era posible que precisamente aquella dama escondiera tan bien sus atributos bajo

aquellas horribles prendas?

Estaba tan ensimismado descubriendo que bajo las capas de los insulsos vestidos de lady Camelia se escondían atributos tan reveladores, que no prestó atención a los pasos que habían cesado en el exterior.

Él era un amante experto y había desnudado a tantas damas con sus dedos que ya podía percibir que se escondía bajo la ropa de una mujer con un simple roce de su cuerpo.

Y lo que había bajo el vestido de lady Vassati le gustaba.

Nunca le podía haber pasado por su mente que alguien como ella tratara de esconderlo, pero debía reconocer que jamás se había fijado en aquella mujer de un modo que no fuera el desprecio.

¿La habría besado algún hombre?, ¿Tal vez su primo? Nunca había entendido muy bien la relación de Carlo con ella, pero sí era consciente de que eran inseparables desde pequeños y demasiado cómplices, tanto como para que él le permitiera el acceso a la biblioteca estando terminante prohibido a las mujeres.

Camelia permanecía en completo silencio, sus músculos se tensaron tanto ante la posibilidad de ser descubierta en una situación comprometida como lo estaba junto a ese mequetrefe que ni siquiera era capaz de pensar en su cercanía.

Puede que hubiera mencionado la idea de encadenarle a un matrimonio junto a ella como amenaza porque estaba segura de que para él sería una auténtica tortura y así cesarían sus planes de conquista hacia su hermana pequeña. Pero una cosa era dicha mención y otra muy distinta que de verdad tuviera que verse forzada a un matrimonio con ese ruin seductor de mala fama.

Prefería mil veces ser una solterona marginada que la vida de casada con aquel mujeriego.

—Ha cesado —susurró Camelia sintiendo que sus músculos se destensaban ligeramente y eso la hizo tomar consciencia de la verdadera cercanía de Guicciardini.

Su pecho estaba literalmente aplastado por el suyo y su propia nariz rozaba el cuello de este. El aroma varonil que desprendía comenzó a invadirla, ¿Cómo era posible que no lo hubiera detectado antes? Tal vez era el miedo que había cegado todos sus sentidos y ahora afloraban a la vez dejándola confusa.

No podía verle, pero sabía que debía estar ligeramente inclinado sobre ella debido al poco espacio del armario. Una de sus piernas estaba parcialmente entrometida entre las suyas aplastando la falda de su vestido y lo más inquietante de todo era que podía sentir el roce de su entrepierna en su cadera, lo que la hizo ponerse completamente roja ante aquella idea.

¡Gracias al cielo que estaban en una oscuridad cegadora!

Gabriele regresó de sus propios pensamientos al momento en el que se hallaba y tardó unos instantes en ser consciente de que el silencio volvía a hacerse eco del pasillo.

No respondió a Camelia, solo se limitó a abrir ligeramente la puerta del armario haciendo que brillo ligero de luz penetrase en el pequeño habitáculo y cuando estuvo seguro de que se hallaban de nuevo solos, salió de su escondite sin ofrecerle siquiera ayuda a la dama para que se acomodase libremente.

—Espero que esto le haya servido para tener presente que no puede seguir haciendo lo que le parezca sin tener consecuencias. Ni entrar en lugares donde no se acepta la presencia de una mujer, ni perseguir a caballeros a escondidas. —Habló Gabriele tratando de no perder la calma, porque en cualquier momento se pondría a gritar a esa pertinente mujer.

—¿Usted viene a darme lecciones de moral o rectitud que deberían acatar las normas? —ironizó Camelia.

—Yo soy un caballero —terció Gabriele como si no hubiera discusión alguna—. Y respondo de mis propios actos, mientras que vos lo hacéis ante vuestro padre por más que eso pueda pesaros.

¡Maldito bastardo energúmeno!

—Ni mis asuntos os interesan o a mi los vuestros, salvo lógicamente que dejéis en paz a mi hermana. Es la última advertencia Guicciardini o sabréis realmente que mis palabras no caerán en saco roto.

Por un momento Gabriele pensó que aquella mujer sería capaz de todo por defender a su hermana y de algún modo resultaba un juego realmente tentador para él provocar su ira.

Camelia vio como él sonreía mientras dirigía su mirada a su silueta recorriéndola por completo para después hacer un movimiento de negación con la cabeza. Volvió a sonreír, esta vez con mayor fuerza y se dio media vuelta para alejarse de ella hacia el lado opuesto del pasillo por donde habían entrado.

¡Ni siquiera le había dado una respuesta ese maldito asno!

No pensaba seguirle, bastante riesgo había corrido al alejarse completamente a solas durante la cena, solo esperaba que su inexistente presencia pasara desapercibida puesto que también lo hacía la de Guicciardini y para más inri, todos sabían cuanto se profesaban aquel odio mutuo.

De regreso a la mesa donde ya habían servido el siguiente plato, fue muy consciente de que su ausencia era una falta de respeto para los invitados, no formaba parte del protocolo y por suerte para ella, se trataba de una cena íntima, de lo contrario las preguntas incómodas habrían dado pie a sospechas aún más incómodas.

—Querida, ¿Habéis visto a lord Guicciardini? Hace un buen rato que se ha ausentado —preguntó una de las damas que estaba cerca de ella.

—Lo lamento, solo fui al excusado y en el recorrido no aprecié que estuviera. Tal vez esté socorriendo a una dócil dama como es tan dado a hacerlo —ironizó sacando a relucir su

faceta de seductor innata.

Si su hermana apreció el tono burlón de su apreciación o no, no pareció ofendida, sino más bien enfadada con ella.

—Lord Guicciardini se ha marchado porque le habéis ofendido. ¿Es que no podéis comportaros como una dama en lugar de una niña cuando estáis cerca de él? —mencionó Georgia afortunadamente en un tono ligeramente discreto en el que solo su amigo Carlo pudo apreciar la reprimenda.

—Tendremos esta conversación cuando regresemos a casa, aquí no —sentenció Camelia mientras oyó como su hermana pequeña refunfuñaba y la cena continuaba hasta la llegada del postre, donde Guicciardini volvió a hacer acto de presencia para desdicha de ella.

Ni siquiera la miró. Ni un simple desliz o vistazo rápido, sencillamente la omitió, aunque eso no la ofendió, de algún modo lo había esperado. En cambio, si puso a prueba su control cuando se deshizo de nuevo en halagos hacia Georgia, a pesar de ser muy consciente que solo lo hacía para desquiciarla.

¿Es que las amenazas y advertencias no iban a funcionar con ese bastardo?

Tuvo que apretar fuertemente el metal de sus cubiertos mientras cortaba delicadamente la fruta de su tarta de manzana para no soltarle cuatro frescas a ese asno con patas.

¡Es que ni los peores insultos inimaginables podrían calmar el odio que le profesaba!

¡Patán!, ¡Engreído!, ¡Mono de feria!, ¡Asno!, ¡Cerdo asqueroso!, ¡Buitre carroñero!

—Te conozco lo suficiente para saber que has ido detrás de Gabriele con la intención de advertirle que no se acerque a tu hermana. Y conozco lo suficiente a mi primo para saber que no hay algo con lo que más disfrute que llevarte la contraria. —La voz de Carlo era en un tono calmado, suave y lo suficiente baja para que nadie más le escuchara, pero perforaba a fuego sus oídos—. Si quieres que no se acerque a Georgia, tendrás que buscar otra estrategia más adecuada, porque ahora solo has conseguido que ella se convierta en un trofeo más de tantos otros como ya ha conquistado.

Sin responder a Carlo, alzó la vista hacia el susodicho que tenía toda la atención de su hermana. Como si éste lo hubiera percibido alzó la mirada hacia ella un momento y le dedicó una sonrisa provocadora, ¡No podía creerlo!, ¡Le importaba un comino que ella pudiera decirle a alguien su encuentro a solas!

¡Ese mamarracho iba a averiguar ahora mismo quien era Camelia Vassati!

Y con las mismas se alzó de su silla habiendo finalizado el postre para dirigirse hacia la anfitriona de la cena, que entre otros títulos era la duquesa viuda de Guicciardini.

Capítulo 5

Camelia era muy consciente de la animadversión que aquella mujer sentía hacia ella. No la culpaba, a fin de cuentas, había arruinado más de una velada por discutir acaloradamente con su hijo.

Obviamente la culpa siempre había sido de Guicciardini que la sacaba de quicio.

—Lady Lucía —dijo llamando su atención, puesto que acababa de levantarse de la mesa y sonreía ante alguna gracia que una de sus amigas cercana a ella había mencionado.

—¡Oh, querida!, ¡Que susto! —advirtió con un pequeño respingo dándose la vuelta para verla y recalcando su falta de educación al abordarla de ese modo.

Quizá uno de sus mayores defectos era su impulsividad, aunque en muchas ocasiones lo consideraba una virtud, en otras como aquella se reprendía a sí misma por no pensar las cosas detenidamente antes de actuar.

Ciertamente, ella jamás se dirigía hacia lady Lucía por muy amiga de su difunta madre fuera. Sus familias tenían una gran relación desde hacía años y, aunque era obvio que gozarían de una unión que afianzara aún más esa relación, era muy consciente de que la duquesa viuda la toleraba en sus fiestas porque era el único modo de lograr que su padre asistiera.

—Disculpe la intromisión, es que hay un asunto importante del que me gustaría tratar con vos —admitió mientras sus pensamientos trabajaban a marchas forzadas sobre como plantear aquello sin que la dama se ofendiera. A fin de cuentas, iba a insultar a su propio hijo y por muy verdad que fueran sus palabras, sabía que la dama le defendía a capa y espada.

—¿Finalmente mi sobrino Carlo se ha declarado? —exclamó con verdadera euforia y la sonrisa de absoluta felicidad se dibujó en su rostro.

Camelia atisbó a ver como se abalanzaba sobre ella para cogerla de los brazos con un ímpetu desconocido y por un momento se quedó sin palabras.

Debió haber imaginado que aquello sería lo primero que pensaría lady Lucía teniendo presente que ella jamás se acercaba para hablar en privado.

—En realidad no —dijo finalmente sabiendo que debía sacar de su error a la dama por

más que le pesara.

No amaba a Carlo, al menos no en un sentido romántico porque sí le amaba como a un hermano.

La mirada extraña de la duquesa viuda hizo que a Camelia se le anudara la garganta y no fuera capaz de tragar su propia saliva. Ella solita se había metido en aquel berenjenal, así que debía continuar.

—Si no es de vuestro compromiso con mi sobrino, ¿De que queréis hablarme? —hizo énfasis lady Lucía dando a entender que entre ellas no había tema de conversación alguno.

Era lógico pensar que como anfitriona de la fiesta se hubiera dirigido a ella para anunciar su compromiso y que ésta a su vez, lo proclamara a los cuatro vientos ante sus invitados, pero dado que no era el caso, ahora su mirada furibunda era, aún más si cabe, molesta.

—Se trata de lord Guicciardini —advirtió en un tono de voz un poco más alto del que le hubiera gustado—. Verá... él... su hijo... quiero decir lord Guicciardini pretende...

—Perdone a lady Camelia, madre. Está abrumada por mi propuesta. —La interrumpió el energúmeno de turno del que precisamente había venido a hablar sorprendiéndola con su llegada avispada sin que se hubiera percatado de ello antes.

¿Abrumada por su propuesta?, ¿Qué demonios pretendía hacer?

—Si no supiera la aversión mutua que os profesáis, estaría realmente encantada, ¿Qué clase de broma de mal gusto es esta, querido? —inquirió ahora ligeramente enfadada.

No era posible.

Seguro que lord Guicciardini iba de farol. Debía ser así porque dudaba que él mismo se metiera en el pozo oscuro del matrimonio cuando en tantas ocasiones había alardeado de que él no era hombre de una sola mujer.

—Tranquila madre. Solamente le he propuesto a la hija de lord Vassati disponer de mi atención con el único objetivo de provocar celos en mi primo Carlo, esperando que de ese modo logremos que finalmente se declare a lady Camelia —susurró—. Al parecer ha visto como una ofensa mi buena voluntad, pero sigo pensando que es una solución idónea para que finalmente nuestras familias se unan.

¡Maldito mentiroso!, ¡Bellaco sin escrúpulos!, ¡Energúmeno con patas!

La mirada de odio que Camelia le propició a Edmondo se intensificó aún más con la sonrisa de inocencia que éste mostró ante su salida oportuna para cubrir su espalda.

—¡Eso es magnifico lady Camelia! —bramó la duquesa viuda que, sin lugar a duda, no podía estar más conforme con la propuesta de su hijo.

No solo conseguía que el bueno de Carlo supuestamente se declarase porque no concebían la idea de que él y ella solo fueran amigos, sino que además la cercanía de Guicciardini a ella le permitiría pleno acceso a su hermana Georgia, algo que precisamente ella

deseaba evitar a toda costa.

Iba a matarlo.

¡Definitivamente iba a hacerlo!, ¡Le retorcería ese pescuezo perfecto a la primera oportunidad!

—No creo que sea conveniente —habló finalmente Camelia—. Dado el odio mutuo que sentimos el uno hacia el otro, resultaría completamente inverosímil, sobre todo para Carlo.

Y esperaba que con ello el asunto hubiera quedado zanjado.

—Querida —comenzó a decir lady Lucía y esta vez su tono rozaba la desesperación—. Si no provocáis a mi sobrino para que se declare, éste seguirá conforme con la relación que mantiene porque se siente acomodado, pero, aunque no lograis nada, si al menos el plan de mi hijo sirve para que este comportamiento infantil que profesáis en público se termine, habrá valido bien la pena —atajó—. No solo estoy conforme, sino que os prohibo terminantemente oponeros a ello.

Camelia se quedó con la palabra en la boca, puesto que la duquesa viuda comenzó a alejarse con su amiga dando por hecho que no esperaba rebatir su conformidad y más que aceptada propuesta.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Se había levantado con toda la intención de decirle a lady Lucía que las intenciones de su hijo hacia su hermana menor no eran honestas y que había sido el propio Guicciardini quien abiertamente le había mencionado que no tenía intención alguna de contraer esponsales con ella, pero si deshonorarla. Esperaba que de ese modo no solo la duquesa viuda le echara la reprimenda a su hijo, sino que además le obligara a alejarse de su hermana, aunque aquellas palabras no fueran nada apropiadas en boca de una dama de la nobleza como lo era ella. Poco le importaba dado el caso, como también mentir en cuanto a la referencia de Guicciardini, que abiertamente no lo había mencionado, pero no hacía falta ser un genio para saber que es lo que realmente pretendía de su hermana menor Georgia.

—¿Qué demonios habéis hecho? —preguntó ahora que lady Lucía no la podía escuchar.

—Librarnos a los dos del suicidio mutuo al que nos pensabais condenar —bramó este creyendo realmente que estaría dispuesta a hablar sobre el encuentro privado que habían tenido en aquel pasillo y que eso sin discusión alguna les llevaría a un compromiso forzado.

No podía culparle, al menos no en eso, ella misma le había amenazado con hacerlo, aunque su intención estaba muy lejos de llevarlo a cabo.

—¿Y qué le hace pensar que no lo haré ahora que todos conocerán sus supuestas intenciones? —inquirió sin admitir que realmente ese no era su plan y que no estaba tan loca como él imaginaba, pero por si acaso prefería guardarse ese as bajo la manga y hacerle creer que sí sería capaz de fingir que él la había comprometido.

Aunque pensándolo bien, ¿No podría considerarse que lo había hecho si tenía en cuenta su encuentro más que cercano en aquel armario? Había sentido partes del cuerpo de Guicciardini que prefería no recordar y seguramente su cara estaría hinchada y roja por el simple recuerdo.

—Me aseguraré de que no lo haga, se lo puedo garantizar —afirmó este severo—. La recogeré mañana a las cinco, iremos a dar un paseo por la ciudad así que disponga para que la acompañe una de sus criadas de confianza.

—¿Qué ocurrirá cuando su plan no funcione y Carlo no se declare? —exclamó sin decirle que no pensaba acompañarle a ninguna parte y mucho menos seguir con su plan por mucho que la duquesa viuda la hubiera constreñido a hacerlo.

—Auguro que será una fortuna para él si no lo hace, puesto que soportar su presencia una velada ya es una tortura, imagino que toda una vida debe ser el mismísimo infierno. En cualquier caso, ese será su problema Vassati, que quede o no solterona es algo que a mí no me atañe y, desde luego, no me quitará el sueño.

Y tal como hizo su progenitora previamente, no esperó a que ella contestara, sino que se marchó hacia otra parte de la sala mientras ella le perdía de vista y se quedaba completamente a solas ante la nueva situación que le acontecía.

¡Maldito bastardo engreído!

Estaría dispuesta a casarse con Carlo solo para callarle la boca a ese mal nacido, pero lo peor de todo es que no se le ocurría como demonios salir de ese embrollo para no tener que soportar la tediosa compañía de lord Guicciardini.

«No grites. No grites. No grites»

Aunque apretaba los puños para frustrar la ira que mantenía contenida en su interior por no salirse con la suya, sino estar en una situación aún peor.

—Te he dicho en miles de ocasiones, que tus acciones inmediatas son, en su mayoría, imprudentes. ¿En qué lío te has metido ahora Camelia?

No hacía falta que volviera la vista para reconocer la voz de su mejor amigo. Podría saber que era él a millas de distancia.

—Si yo te pidiera que te casaras conmigo, ¿Lo harías? —preguntó a pesar de que esa no era realmente su intención.

—¿Tan grave es? —Esta vez su voz era de real preocupación.

—Todavía no lo sé —bufó y entonces le miró con menos presión en su pecho de la que sentía antes—, pero no has contestado a mi pregunta.

Carlo poseía ese don hacia ella. Sabía que podía confiar en él plenamente y eso la relajaba.

—Si. Lo haría —afirmó contundente, aunque con un tono de voz relajado—. Eres como una hermana para mí, siempre te protegería. Y haría a mi familia inmensamente feliz, de hecho,

no han insistido en que contraiga matrimonio con otra dama de la corte por la esperanza de que lo haga contigo, al menos puedo agradecerte eso —sonrió con complicidad.

Era cierto, ambos se habían librado del yugo de la presión del matrimonio por la esperanza que entre ellos había puesta y que, ahora comenzaban a sentir la desesperación que en sus familias causaba.

No dudaba que muy pronto, Carlo se viera presionado a elegir esposa cuando vieran que ella no sería una candidata elegible.

—Pero los dos seríamos inmensamente infelices —cercioró Camelia.

—Tal vez no —susurró él con una leve sonrisa y ella le dirigió una mirada extraña—. A menos que quisieras tener hijos, por supuesto.

—No me gustaría que renunciaras al amor, Carlo. A diferencia de tu horrendo primo, sé que encontrarás a una dama que te amará tanto como tú a ella. Y me odiaría eternamente si renunciaras a ello solo para complacer a tu familia —aclaró Camelia decidida.

Casarse con su mejor amigo podía ser una opción fácil. Se llevaban demasiado bien, eran cómplices, ¿Quién no desearía tener por esposo a un amigo? Pero entre ellos nunca sucedería nada, se condenarían a una vida sin amor, sin familia, sin más compañía que la de una conversación liviana.

¿Era eso suficiente? Para ella sí, pero conocía a Carlo demasiado para saber que no lo sería para él.

Afortunadamente para ella, permaneció el resto de la velada al lado de su amigo hasta que se marcharon a casa.

No pasó desapercibido el desaire de su hermana menor hacia ella en el momento que descendieron para dirigirse hacia sus respectivas habitaciones.

—Georgia. Tenemos que hablar. No puedes permanecer enfadada conmigo el resto de tu vida —mencionó mientras llegaban a los últimos peldaños del piso superior.

—El mundo no gira en torno a ti, Camelia. No tengo la culpa de que seas como... ¡Eres! —bramó airando los brazos—. Además, no haces nada por remediarlo y pareces centrarte aún más en focalizarlo —continuó diciendo mientras Camelia fruncía el ceño sin saber a que se refería.

—¿De qué estás hablando? —exclamó.

—¡De que Guicciardini jamás tendría ojos para ti! —bramó enfadada.

—¡Dios me libre de tal cosa! —jadeó Camelia como si la simple idea le pareciera horrorosa.

—¡Ja!, ¡Y encima lo niegas!, ¡Solo hay que ver como discutes con él para que todo el mundo se de cuenta de que te gusta! —insistió.

—Te aseguro que, si a mi me gustara ese mequetrefe con patas, lo último que haría con él

sería discutir. ¿Es que ninguna dama de toda Florencia puede ver como es en realidad? —bramó histérica—. Me importa muy poco lo que creas o no. Te alejarás de él.

—¿Encima?, ¿Crees que tú vas a prohibirme que me aleje de él? Sabes perfectamente que ni siquiera papá te apoyaría en algo así. Están deseando que exista un enlace entre los Guicciardini y los Vassati, el hecho de que lady Lucía incite a su hijo a cortejarme lo expresa todo.

Camelia se armó de paciencia para no zarandear a su hermana.

—Eres consciente de la reputación de Guicciardini. ¿Crees acaso que te sería fiel?, ¿Qué te amará?, ¿Qué serás la única mujer de su vida? —exclamó—. Serías el hazmerreír de Florencia Georgia, y no solo eso, serías infeliz con un hombre que no te ama.

—¿Qué sabes tú del amor? —proclamó Georgia airada—. ¿O de mis deseos? —continuó—. El hecho de que ni si quiera te plantees que ser la esposa de lord Guicciardini compensaría todo eso, deduce que eres irremediabilmente tonta. Yo sería la esposa de un duque y la única que le tendría de verdad.

De pronto, Camelia sintió que no tenía argumentos que rebatir contra su hermana menor. ¿Cómo podía pensar Georgia así?, ¿Cómo podía rebajarse a un hombre de ese modo?

Le importaba muy poco el título que ostentara el patán al que odiaba con todas sus fuerzas, para ella seguía siendo un insulto la simple contemplación de que su hermana se uniera a él. La simple idea le hizo tener el vello de punta. No por tenerlo en el seno de la familia, sino por lo que estaba segura de que su hermana sufriría en silencio por más que ahora dijera que ella solo deseaba convertirse en duquesa.

—Hay más nobles en la corte, Georgia —abdujo sabiendo que con el poder de la familia Guicciardini y en edad casadera, ciertamente muy a su pesar, solo estaba él.

¡Maldito bastardo!, ¡Hasta en eso no tenía competencia!

Georgia rió con sorna y apartó brevemente la mirada de ella.

—Yo no me meto en tus cosas, Camelia. No sé a donde vas cada jueves antes de que amanezca, ni me importa, así que te pido que hagas lo mismo, no voy a perder la oportunidad de tener un matrimonio ventajoso y si Guicciardini tiene interés en mí, créeme que pienso aprovecharlo al máximo.

Camelia vio como su hermana pequeña se marchaba, quería decirle que el único interés de ese palurdo era meterla en su lecho, aprovecharse de su inocencia y después marcharse sin siquiera despedirse pisoteando todas sus ilusiones, pero no estaba segura de que Guicciardini no tuviera realmente intención de casarse con su hermana, sobre todo, si tenía presente el deseo de su madre en hacerlo. Tarde o temprano él debería casarse, tener herederos al ducado, y entre sus posibilidades, Georgia estaba en lo más alto.

La había dejado sin argumentos, llegando incluso a plantearse la posibilidad de que se

estuviera equivocando.

No.

Por supuesto que no se equivocaba.

Georgia no era consciente de cuanto dolor y sufrimiento podía llegar a albergar si de verdad se casaba con ese patán.

Ella sería infeliz, y, a pesar de que conspirase en su contra, no lo iba a permitir.

Se aseguraría de que su pequeña hermana encontrara el amor de verdad. Un hombre que la amase, como padre amó a su difunta madre.

Capítulo 6

Era la tercera carta que rompía en menos de una hora. Realmente no sabía qué decir, ni como empezar, ni a quien dirigirla exactamente. ¿Al inútil de Edmondo o a lady Lucía? Quizá solo tenía demasiadas ideas que no la dejaban dormir y había pensado que era mejor escribir, aunque no supiera exactamente como solucionar su problema.

Su hermana la había acusado, sin ningún atisbo de duda, de querer llamar la atención de Guicciardini. ¡Ella!, ¡Cuando no buscaba otra cosa que todo lo contrario! Y lo peor es que después de lo ocurrido esa misma noche por tratar de querer alejarlo de su joven e inocente hermana, ahora fingiría cortejarla para dar celos a Carlo.

¡Aquello no tenía ningún sentido!, ¡Carlo jamás tendría celos!, ¡Y encima su hermana pensaría lo peor de ella!

Hundió la punta de la pluma de nuevo en la tinta y cuando llevó la fina aguja al extremo de la lámina cortada con esmero, supo realmente que su mente estaba en blanco y que no solo estaba desperdiciando aquel papel tan valioso, sino también su apreciado tiempo.

Al fin y al cabo, dudaba que lord Guicciardini hiciera nada, ¿De verdad ese pretencioso que se las daba de cortejar a las damas más bellas de Florencia y, dicho sea de paso, de todo el continente, iba a cortejarla a ella públicamente?

No.

Por supuesto que no lo haría.

Ella estaba muy lejos de ser una beldad absoluta.

Encontraría una excusa banal que alegar para no hacerlo cuando su querida madre le pidiera explicaciones. Incluso estaba segura de que le echaría la responsabilidad de tal cosa a ella con una invención cualquiera.

No había de lo que preocuparse.

Había desperdiciado tres láminas de lino prensado en alta calidad solo por una estupidez.

¡Y todo por el maldito Edmondo!

Ahora no solo le detestaba por exasperarla, sino por ser el culpable de su discusión con su

hermana.

Es posible que Georgia creyera que estar casada con el duque de Guicciardini fuera conveniente para su estatus social, pero es obvio que solo se trata de un juicio incoherente producto de un corazón joven y anhelante de ambición. Era su deber velar por los intereses de su hermana, y a pesar de que pudiera obrar en contra de ellos en primera instancia, sabía muy bien lo que le convenía para su felicidad.

A pesar de que era tarde, su desvelo le fue útil para continuar con la lectura de uno de sus libros prohibidos. Su pasión por la filosofía y la medicina comenzaba a generarle un entusiasmo impropio de otras materias y el afán por conocer con más detalle la opinión de otros filósofos o la medicina avanzada de la época, acompañaban sus desvelos hasta altas horas de la mañana.

Era una suerte que al día siguiente no tuviera compromisos y pudiera dormir a placer, al menos eso había creído hasta que su doncella la desveló de forma inquieta.

—¡Mi lady!, ¡Despierte! —La voz de Franca atrajo a Camelia de entre los sueños y se colocó inmediatamente una mano sobre sus ojos mientras los entrecerraba para adaptarse a la claridad de la luz que inundaba la estancia.

En aquel momento Camelia sentía como si un carruaje la hubiera atropellado, la falta de sueño era evidente, pero dudaba que fuera demasiado tarde o su doncella no la despertaría de esos modos.

—¿Qué ocurre Franca? —preguntaba frotándose los ojos para ver si lograba adaptarse mejor a la claridad a pesar de que sentía un intenso dolor en su cabeza y seguramente sus ojos estaban tan hinchados por la falta de sueño que no se podría ocultar.

—Tiene visita señorita y la está esperando en el salón —advirtió la joven doncella mientras abría el armario de Camelia e inspeccionaba que vestido elegir de entre los que había.

¿Visita?, ¿A esas horas? Barajó la posibilidad de que fuera una de sus amigas, Elisabetta o Sofia, para que les relatará como había sido la velada pasada, pero ellas siempre enviaban una nota antes de pasar por casa.

No podrían ser sus amigas, tampoco consideraba que fuese Carlo porque él sabría a todas luces que pasaría la noche en vela deleitándose con sus nuevos obsequios.

¿Sería alguna de sus tías? Si era así tenía muy claro que no bajaría a escuchar una retahíla de aburridos discursos sobre el deber de una joven dama para encontrar un adecuado esposo.

Discursos que su hermana Georgia admiraba.

—Si es la tía Gianna decidle que tengo jaqueca y no me encuentro bien. En realidad, sea quien sea, la respuesta vale por igual —advirtió mientras se cubría de nuevo con las sábanas para apaciguar la claridad en sus ojos.

Tenía toda la intención de volver a dormir hasta al menos la hora del almuerzo.

—Me temo que no servirá ninguna excusa para su visita. Su propio padre me ha ordenado

que la arrastre al salón si es debido, así que levántese ahora mismo si no quiere que venga él mismo lord Vassati en persona.

¿Su padre había intercedido?

—¿Quién aguarda en el salón Franca?

—Lord Guicciardini acompañado de su hermana lady Valentina.

No puede ser verdad. ¡Es una pesadilla!

Recordó repentinamente su advertencia la noche anterior. Pasaré a las cinco. ¡Ni siquiera debían ser las diez!, ¡Que descaro!

—¿Cómo se atreve a presentarse sin avisar? —exclamó ahora levantándose de la cama con la firme intención de bajar a decirle cuatro frescas a ese charlatán, y le importaba muy poco estar en paños menores y que su camisón ajado casi dejara a deslucir sus prominentes pechos.

—Ni se le ocurra bajar así o su padre me despedirá por permitirle tal cosa. Además, el caballero ha insistido en que acordó la cita con usted anoche mismo durante la velada —afirmó Franca mientras le arrancaba literalmente el camisón dejándola semi desnuda y le lanzaba unas medias de fina seda para que se las calzara.

De malos modos, Camelia se dejó vestir por Franca. Ni siquiera se opuso a que eligiera uno de sus vestidos más bonitos, de un azul pastel con un corte que la favorecía.

Tal vez no se opuso en su ofuscación por bajar lo más pronto posible para decirle a ese engreído que no pensaba ir a ninguna parte en su compañía.

Para ahorrar tiempo. Su doncella trenzó el cabello y se lo unió enrollado en la nuca, al fin y al cabo apenas se apreciaría con el sombrero y a pesar de que algunos cabellos caían por su rostro, algo que solía fastidiarle demasiado y siempre insistía en repeinarlos para su propia comodidad, esta vez, no pensó en ello para beneficio de su doncella, que insistía en decir, que ayudaban a enmarcar su rostro.

Cuando Camelia se adentró en el gran salón irrumpiendo la conversación que mantenía su padre con su archienemigo, comprobó que lady Valentina hablaba animadamente con su hermana Georgia y ésta sonreía sin cesar.

—Finalmente querida —mencionó su padre—. Lord Guicciardini ha sido muy amable por esperar teniendo en cuenta que os avisó de esta cita ayer mismo.

—Disculpe padre, pero lord Guicciardini mencionó que pasaría por la tarde, de hecho, me resulta una completa desfachatez que haya cambiado la hora sin avisarme —terció dirigiendo la última frase de su discurso hacia el inútil de Edmondo.

Vestía un traje claro con pantalón y chaqueta en tonos beige acompañado de un chaleco en tonos azules pastel con brocados en un azul más intenso.

Y encima mi vestido hace juego con su chaleco, ¡Acabáramos!

—Es evidente que entendió mal la hora lady Camelia, pero no se preocupe, mi hermana

Valentina y yo hemos disfrutado de la compañía de su familia mientras esperábamos.

—Bien podría haberse marchado por donde ha venido —refunfuñó en voz baja.

—Camelia, esos modales... —La regañó su padre sin hacer demasiado énfasis.

—¡Qué amable por su parte! —fingió cortesía—. Lamentablemente sufro de una jaqueca horrible esta mañana y me imposibilita dar ese paseo que mencionó ayer.

Dedujo que no tendría más remedio que lamentarlo y marcharse, pero para su desgracia, Edmondo era un hombre de recursos.

—En ese caso le alegrará que haya portado conmigo la calesa, así podrá tomar el aire y recuperarse de su dolencia, ¿No cree usted lord Vassati? —preguntó directamente a su progenitor.

—Desde luego, lord Guicciardini —afirmó el hombre—. Seguro que el paseo le vendrá bien a mi hija.

De nuevo el engreído de Edmondo la había dejado sin armas con las que defenderse, y en cuestión de minutos, se hallaba junto a él sobre aquella calesa mientras que sus respectivas hermanas menores se posicionaban tras ellos a la vista de todo el mundo.

Era surrealista. No estaba pasando. La persona que más odiaba en el mundo estaba a su lado.

—Dijisteis que vendríais a las cinco —refunfuñó de malos modos intentando que ni su hermana, ni la de él, la escucharan.

—Si os hubiera mencionado la hora a la que realmente tenía intención de venir, habríais encontrado una excusa para ausentaros —aclaró con una sonrisa como si el hecho de llamarle mentiroso no le afectara en absoluto.

—Sois miserable —susurró.

—Un miserable encantador y muy apuesto, ¿No os parece? —volvió a sonreír y esta vez miró hacia atrás, concretamente a su hermana para guiñarle un ojo mientras esta se derretía en sonrisas.

—Lo que me faltaba... —jadeó—. Esto va a ser una auténtica pesadilla.

Capítulo 7

Si no fuera por la falta de sueño que sus ojos hinchados debían evidenciar y, sobre todo, la compañía de aquel parásito adulator sin oficio ni beneficio, podría disfrutar plenamente de aquel día espléndido y soleado. Habitualmente no salía a pasear con frecuencia a media mañana, salvo los días que acompañaba a Georgia de compras o su padre insistía en salir a caminar. Por norma general tenía que reconocer que solía despertarse tarde aprovechando las noches para leer los libros que estaban completamente prohibidos a toda mujer.

Y pensar que hace solo doscientos años, todo aquel conocimiento se le ofrecía libremente a las cortesanas, sin embargo, ahora el simple hecho de plantearlo suponía haber perdido por completo la cordura.

Aún recordaba la primera vez que le pidió a Carlo que le trajera algunos libros a escondidas de la biblioteca. Para ese entonces ya había devorado la biblioteca personal de su padre al completo y su afán por más conocimiento era tal, que la había llevado a cruzar la línea de su amistad expresándole con confianza sus desvelos. A pesar de su reticencia, su amigo volvió a la mañana siguiente con un tomo de principios básicos sobre filosofía y con el paso de las semanas, logró convencerle para ser ella misma quien accediera a hurtadillas a la gran biblioteca de Florencia. Después de lo de ayer, le constaría volver a convencerle para que le abriera de nuevo la puerta.

—¡Es lady Cecilia con su hermano! —exclamó lady Valentina—. ¡Oh, Gabriele! Tienes que detenerte para saludarles.

La calesa se detuvo junto al río Arno, muy cerca del puente viejo, el más emblemático de la ciudad, donde se hallaban los mejores artesanos de joyería de toda Florencia. Camelia no solía frecuentar los negocios que acogía el espléndido puente y que, antaño, muy lejos de albergar grandes joyas, eran puestos de carne fresca.

Lady Valentina llamó la atención de la pareja, que se detuvo acercándose a ellos, observó como Guicciardini descendía con agilidad, aunque él no llevaba todos esos volantes, enaguas y

encaje que le permitieran trastabillar. En lugar de ofrecer su mano para que Camelia descendiera, abrió la pequeña compuerta para ayudar a las jóvenes a descender, olvidándose por completo de ella que a diferencia de las otras, no tenía ningún peldaño en el que apoyarse para bajar.

Hizo un tentativo, prefería perder toda su dignidad cayendo y torciéndose un tobillo, antes que pedirle al inútil de Guicciardini que la ayudara, pero eso también le recordaba que era precisamente su culpa que estuviera en esa situación. Su propio mayordomo la había ayudado a subir en la puerta de casa y había esperado que fuera este mismo quien la ayudase a descender a su regreso, pero no contaba con la idea de dar un paseo a pie durante el recorrido.

—¿Puedo ayudarla, lady Camelia? —exclamó una voz masculina que sin duda, no era la de Guicciardini.

Ver los ojos castaños y amables de lord Di Montis, el hermano de Cecilia la consoló. Tanto fue así, que asintió con una gran sonrisa y dejó que el caballero le diera la mano y posteriormente la cogiera de su cintura para evitar que cayera al suelo. La cercanía hacia el desconocido la turbó inicialmente, pero rápidamente se recompuso tratando de alisarse la falda del vestido—. El azul ensalza el color de sus ojos, debería utilizarlo más a menudo —añadió en un tono de voz lo suficiente bajo para que nadie más le oyera y la simple mención, turbó sus sentidos de forma inmediata.

No tenía demasiado trato con los Di Montis, aunque su hermana Georgia si conocía a lady Cecilia por coincidir en su presentación de sociedad, pero más allá de cordiales saludos, no tenía tanta afinidad como sí lo hacía con los Guicciardini, a pesar de que siempre había considerado a Edoardo di Montis un caballero afable y respetuoso.

Se acercaron al resto del grupo compuesto por las tres damas jóvenes y divisó la notoria mirada de Guicciardini sobre ella. ¿Tal vez pretendía que hiciera el ridículo bajando sola de la calesa o su intención era la de que le rogase clemencia? Se alegraba enormemente de la aparición del caballero que había acudido a su rescate, aunque solo hubiese obrado por educación, estaba claro que a diferencia de Edmondo, Lord di Montis sí merecía llamarse lord.

Lady Valentina acabó convenciendo a su hermano de acompañar a su amiga para la elección de un collar que se ajustara a lo que estaba buscando para la maggiolata, que tendría lugar dentro de pocas semanas con el inicio de Mayo. La fiesta popular, siempre había sido del agrado de Camelia, que como su nombre indicaba, se lanzaban flores por las calles, se ofrecía una misa fuera de la Iglesia y toda Florencia festejaba en sus calles que se llenaban de olores dulces y salados entremezclados. La alegría recorría cada rincón de cada hogar y no había diferencia entre pobreza y riqueza de quienes danzaban con la música de los juglares hasta que caía la noche. Esa era la parte de la maggiolata que a ella le agradaba, muy lejos de los grandes

bailes y cenas llenas de manjares en los salones más lujosos de la alta nobleza.

Mientras las tres damas jóvenes se fueron a la zona de las joyas más ostentosas en la primera tienda a la que entraron, Camelia se dirigió en cambio, al lugar donde se hallaban las más elaboradas y finas, sin llamar de forma exagerada la atención.

—Vuestro padre se puede permitir las joyas más caras de este lugar, ¿Por qué miráis esta parte del negocio? —La voz irritante de Guicciardini irrumpió su tranquilidad.

Había agradecido que él y lord Di Montis entablaran un conversación sobre el gran duque de Toscana, es decir, el tío de Edmondo y dedujo que eso le permitiría gozar de cierta paz.

Erraba. Como casi siempre en todo lo referente a ese patán.

—Lo más caro no está relacionado con lo que tiene más valor. Al menos no para mi —contestó sin dignarse a mirarle.

—¿Que queréis decir? —Por el modo de decirlo, Camelia intuyó que despertó la curiosidad en su oponente.

—Las joyas que ven nuestras hermanas junto a lady Cecilia, están llenas de piedras preciosas engarzadas, por eso son más caras —contestó Camelia rodeando una pequeña mesa que estaba situada en medio del negocio—. En cambio, este colgante tiene un tramado en oro que ha requerido mucho más tiempo y labor de trabajo para su creador. No puede darle más valor del que tiene su peso en oro, pero la forma en la que ha modelado, trenzado y creado esas hendiduras que veis hasta convertirlo en la joya que apreciamos ahora, suponen mucho más esfuerzo que disponer esas piedras preciosas. Para mi, tiene más valor esto, porque ha requerido más trabajo —dijo señalando el colgante en apariencia simple, pero con una belleza sublime y sencilla—. Que todo aquello.

No restaba valor a la búsqueda de gemas preciosas importadas de destinos lejanos, pero en manos artesanas aquellas piezas requerían mucho más tiempo de elaboración.

Guicciardini observó el colgante detenidamente. Carente de una sola piedra preciosa. Ni rubíes, ni zafiros o esmeraldas. Nada. Ni un maldito ámbar o una simple perla. Solo era oro engarzado que disponía de un diseño bonito, pero sin más. Ni su hermana ni su madre se habrían fijado en él jamás. Él mismo no lo habría hecho de no ser porque lady Camelia le había hecho fijarse en él.

—¿Como sabéis el trabajo que le ha llevado al joyero realizar esta joya? —Fue su única respuesta.

—Leí un par de libros sobre orfebrería y piedras preciosas —admitió sin dar demasiada importancia—. Creí que, si tenía llevar joyas, al menos debería conocer realmente su valor y no

lo que los demás pretendieran suponer de ello.

—Camelia, ¿Puedo llevarme este? —Su hermana la llamaba desde el otro lado mostrándole un collar de rubíes demasiado ostentoso para ella, pero evidentemente cuanto más recargado fuese, más le atraía a Georgia.

Camelia asintió, aunque en realidad su hermana no le pedía consentimiento de opinión, sino saber si su padre tenía crédito en aquella joyería.

—Será mejor que nos vayamos o pretenderán llevarse más de media tienda —afirmó dirigiéndose hacia Edmondo.

—¿Vos no os lleváis nada?, ¿Ni si quiera este que os ha gustado? —exclamó Guicciardini a su lado bastante sorprendido.

—No —negó—. No necesito lucir ninguna joya para sentirme segura conmigo misma. Sé quien soy y me parecería vejatorio gastar esa cifra en adornar mi cuello cuando puedo comprar por el mismo dinero más de cien cestas de comida para los niños huérfanos.

No sabía porqué motivo le daba explicaciones a Edmondo cuando jamás lo había hecho, pero probablemente aquella era la única conversación que habían tenido sin discutir el uno con el otro a lo largo de los últimos diez años.

No esperó a que él respondiera, sino que se dirigió hacia el dependiente que envolvía el collar de rubíes de su hermana y otro de zafiros para lady Valentina. Escribió el nombre en el cuaderno junto a su firma y vio como Guicciardini hacía lo mismo tras ella. Lord Di Montis y su hermana se quedarían viendo algunas joyerías más hasta encontrar lo que la dama deseaba, en cambio ellos, se dirigieron hacia la calesa para retomar su paseo, habría regresado andando a casa, pero la idea de dejar a su hermana con ese mequetrefe se lo impedía.

—¿Puedo ir delante el resto del camino, lord Guicciardini? Me encantaría tener un panorama de la ciudad mucho mejor que desde atrás —dijo Georgia antes de llegar.

—Si a lady Camelia le parece bien y no tiene ningún conveniente en cederle su asiento...

—¡Oh!, ¡Seguro que lady Camelia prefiere ir atrás!, ¿No es así? —exclamó la joven Valentina como si supiera las pretensiones de su amiga y tuviera su beneplácito para conquistar a su hermano. Probablemente el hecho de convertirse en hermanas era algo que ambas deseaban.

Maldita fuera la hora en la que se metió en aquel embrollo.

—Por supuesto que no —afirmó con una vaga sonrisa fingida, porque lo único que quería hacer en esos momentos era tirar a Guicciardini de la calesa y con un poco de suerte iría directo al río Arno.

Tuvo que ver como Guicciardini cogía a su hermana de la cintura para subirla a la parte

delantera de la calesa de un modo demasiado cercano, tanto que la irritaba notablemente y sin esperar a que la ayudase, subió por sí misma al pequeño carruaje apartando la mirada y centrándose en los artistas callejeros que exponían sus obras sobre espléndidos paisajes del río, sus puentes y el gentío de las calles.

La conversación se centró principalmente en el baile de esa noche y en los rumores que se habían vertido sobre un posible enlace entre el barón Gaetano, viudo en dos ocasiones y una joven que había sido presentada en sociedad esa misma temporada, pero que no ostentaba ningún pariente con título. Aquello le parecía demasiado superfluo; un hombre rico y con título compraba una esposa joven que podría darle los herederos que deseaba a pesar de poder ser casi su abuelo, algo en apariencia normal, simple y que todos veían con una normalidad tan inaudita que lograba acrecentar sus ganas de vomitar.

—Puede que el barón ya no goce de su juventud, pero es obvio que quien sale ganando con dicho matrimonio es ella, por supuesto —mencionó Guicciardini cuando su hermana comentó que ella jamás se casaría con un hombre que casi triplicaba su edad.

—Eso solo lo decís porque no sois una mujer. Aunque, ¿Que se puede esperar de un necio patán? —exclamó Camelia atrayendo la atención de las dos damas.

—¡Camelia! —Su hermana dio un pequeño gritito de reprensión.

—No lo sé, ilustradme quizá... —soltó Guicciardini y Camelia alzó una ceja casi sorprendida de que la estuviera retando.

—Habláis de esa pobre joven como si el hecho de casarse con un hombre que podría ser su abuelo fuera un triunfo para ella. No lo es. Obtener un título nobiliario, que todas las grandes familias de Florencia le abran sus puertas, que tenga un hogar seguro, comida sobre la mesa, ropajes caros y joyas llenas de piedras preciosas no la hará más feliz, ni logrará que sienta menos repulsión hacia el hombre a quien deberá lealtad. Vos no abogáis a ningún sentimiento de deber, ni de consagración, ¿Creéis que para esa joven aceptar ese matrimonio es fácil?, ¿Que es feliz de ser la tercera esposa de un barón que incluso supera la edad de su propio padre? Esta sociedad, este nefasto círculo de desigualdad que nos ha convertido en meros objetos de transacción ha creado a monstruos como el barón Gaetano, que se aprovechan de su influencia para constreñir a familias desesperadas, como la de esa joven sin apenas dote y en lugar de resultarnos un hecho horrendo y atroz, simplemente lo aceptamos. No importa si ella es feliz o no, ¿Como puede no serlo si se convertirá en una mujer rica? El simple hecho de que la máxima aspiración de una dama en la vida sea la de casarse en su primera temporada y que su único objetivo alcanzable sea el de formar una familia, lo hace aún mas deleznable —dijo tan abruptamente que se dio cuenta de que apenas había cogido aire para respirar.

—Ahora comprendo porqué Carlo no os ha pedido matrimonio. Probablemente crea que si lo hace, le enviaréis al mismísimo infierno —concretó Guicciardini y Camelia bufó.

—Pobre Carlo... —mencionó lady Valentina—. Deberíais ser más permisiva lady Camelia, ¿Que pretendéis hacer si no contraéis matrimonio?, ¿Vivir toda la vida al lado de vuestro padre siendo una solterona?, ¿Y qué ocurrirá cuando él fallezca? Os quedaréis sola, sin hijos, solo unos cuantos sobrinos que, con suerte, soliviantarán parcialmente vuestra soledad. Tal vez nuestro primo sea vuestra última oportunidad.

Conocía a la hermana de Guicciardini lo suficiente para saber que sus palabras no trataban de ser mordaces, sino realistas, el problema es que ella no temía la soledad, tal vez prefería eso al dolor que su padre sintió cuando su madre se marchó para siempre. Podría tener libros. Infinitos montones y montones de libros apilados uno sobre otro repartidos por todo el salón.

¿Había algo malo en ella por poseer afán de conocimiento?, ¿Por no desear conformarse?, ¿Por creer que ciertos valores eran completamente erróneos? Quizá solo se había vuelto loca o no encajaba en la sociedad que le había tocado vivir, pero fuera cual fuera la respuesta a esas preguntas, lo único cierto es que prefería convertirse en una solterona amargada que aceptar someterse a un hombre que jamás la entendería, la obligaría a ser una mula de cría y mataría todos sus anhelos y ensoñaciones.

—Camelia es feliz rescatando todo tipo de animales callejeros, haciendo cestas para los huérfanos y recaudando donaciones para los más desfavorecidos —mencionó su hermana—. A mi me agota el simple hecho de ir de tiendas, imaginad preparar todas esas cestas —continuó provocando las risas de Valentina, creyó que Guicciardini también lo haría, así que evitó mirarle y simplemente centró su atención de nuevo en las calles.

Aunque fuera descortés, Camelia no les ofreció una invitación para almorzar, en cambio su hermana sí, pero afortunadamente, Guicciardini alegó un compromiso y solo lady Valentina entró de nuevo en su hogar.

Subió las escaleras y se dejó caer en la cama, necesitaba unos minutos a solas, un instante de paz mental sin que nadie emitiera un juicio social hacia ella. ¿Por qué resultaba un horror para todos que su primera opción no fuera el matrimonio? Pensó en su reciente paseo y en el hecho de que no había discutido acaloradamente con Guicciardini como imaginaba. Aún así, esperaba que la absurda idea de continuar acechándola con la excusa de dar celos a Carlo acabara, pero conociendo a Edmondo y su imprevisible comportamiento, probablemente continuaría con aquello solo para fastidiarla, o peor aún, tener la excusa de acercarse a Georgia como deseaba.

—Arg —gruñó mientras daba un golpe sobre el colchón.

Tendría los ojos muy abiertos para evitar que él dispusiera a su hermana pequeña como su nueva presa.

Capítulo 8

Gabriele no supo exactamente por qué razón regresaba al mismo lugar donde había estado hacía menos de una hora, quiso creer que solo era curiosidad, que necesitaba saciar la pregunta que su mente rondaba desde que había dejado a las damas, incluida a su hermana, en la mansión de lord Vassati. Se quitó el sombrero tras cruzar el umbral de la joyería donde el propietario le reconoció de inmediato ya que había compilado la hoja del cuaderno de pedido con sus datos para que su administrador viniera a saldar la cuenta.

—¿Ha olvidado algo lord Guicciardini?, ¿Tal vez alguna de las damas? —preguntó el hombre con disposición.

Era una suerte que no hubiese nadie más en el negocio, pero teniendo en cuenta la hora, todo el mundo debía estar almorzando, como lo debería estar haciendo él de no ser por lady Camelia y su lengua afilada.

—En realidad estoy aquí por otro motivo. ¿Podría decirme cuál es para usted la pieza más valiosa de su negocio? —exclamó haciendo que el hombre se sorprendiera.

—Se refiere a la más cara, imagino —respondió acercándose a la zona donde había estado previamente su hermana Valentina, llena de collares con esmeraldas y diamantes.

—No —negó—. Habló de la joya que más tiempo le ha requerido fabricar y más trabajo manual le ha costado hacer.

El semblante de asombro del joyero no pasó desapercibido, pero ya fuera por su título o porque era un potencial cliente asiduo, se acercó hasta la mesa en la que previamente lady Camelia había estado maravillada por aquel sencillo collar en apariencia.

—Este collar tiene un trenzado particular que requiere muchas horas de elaboración. Esta es, sin duda, la pieza más elaborada y distinguida de toda la colección, solo un orfebre reconocería su valor —afirmó el hombre mientras cogía entre sus manos el collar y se lo mostraba con más detenimiento.

Por un momento, la afirmación del orfebre no le sorprendió, a fin de cuentas había ido hasta allí para confirmarlo y, de algún modo, había intuido que lady Camelia decía aquello con convicción, pero constatarlo provocaba una sensación nueva, extraña, inquietante. ¿Que más ocultaba esa dama bajo su apariencia inocente y destartada? No solo había descubierto que leía libros que le estaban prohibidos a escondidas, sino que, además, bajo aquellos horrendos ropajes se ocultaban atributos muy deseables.

—Me lo llevo —afirmó sin pensar exactamente para qué lo quería.

Solo había necesitado un paseo junto a lord Guicciardini para que se desataran todo tipo de comentarios en la ciudad, a pesar de que Georgia y Valentina les acompañaran. Tanto es así, que las mejores amigas de Camelia, Elisabetta y Sophia, se presentaron a la mañana siguiente en su propia casa sin aviso alguno.

Ella misma no solía avisar cuando importunaba en las casas de sus amigas, pero le sorprendió que sucediera a la inversa, de hecho, se sorprendió enormemente cuando Franca la hizo abandonar sus libros para encontrarse con sus dos amigas en la salita de té que solían usar Georgia y ella para sus visitas.

Era la misma que usaba su madre en vida, con el mismo papel pintado floreado que no había sido modificado en veinte años y que a pesar de necesitar una rectificación, se negaban a deshacerse de aquel decorado que tanto les recordaba a su propia madre.

—¡Que grata sorpresa!, ¿Cómo es que no he recibido ninguna nota de vuestro lacayo?

—En realidad no sabíamos si venir o no, pero finalmente queríamos confirmar los rumores —mencionó Sophia.

—¿Rumores? —exclamó Camelia invitándolas a sentarse en el silloncito con estampado floreado que no casaba un ápice con la tonalidad de la pared, pero que aún así, su madre creyó que quedaría bien.

—Toda la ciudad comenta que lord Guicciardini hará una propuesta de matrimonio este año a una de las hijas de lord Vassati y lógicamente, todos pensaban que sería a lady Georgia, pero ayer te vieron al frente de la calesa y ahora, se rumorea que quizá esa propuesta pueda ser a la mayor de las hermanas.

—¡Eso es absurdo! —bramó Camelia—. Además, la mayor es Alexia, no yo.

—Se refiere a la mayor que aún sigue disponible —rectificó Elisabetta.

Camelia se frotó las manos para controlar su humor, lo último que le faltaba era que la relacionaran con Guicciardini y menos aún, de ese modo, pero se tranquilizó al pensar que tal vez, era mejor que la gente pensara que podría ser ella su futura prometida en lugar de su hermana. ¡Ni de broma dejaría que tocara un pelo de Georgia por más que ella estuviera dispuesta! No. Jamás. Ella sabía lo infeliz que sería su hermana menor si contraía esponsales con semejante bribón.

—Lo de ayer solo fue apariencia. Lady Lucía creyó que sería conveniente dar celos a Carlo, para que me propusiera finalmente matrimonio y no se le ocurrió un mejor modo que su propio hijo fingiera interés en mí.

Tanto Sophia como Elisabetta se echaron a reír.

—¿Carlo?, ¿En serio? —exclamó Sophia y Camelia se encogió de hombros.

Franca apareció en ese momento con la bandeja del té y la depositó con calma sobre la mesita baja que había entre las damas. Hizo una reverencia y se marchó para dejarlas de nuevo a

solas. Antes de que Camelia pudiera coger la jarra de té para comenzar a servir las tazas, vio como Elisabetta cogía una de las pastas y la devoraba con ansia.

—Perdón, es que no he desayunado esta mañana con las prisas y me muero de hambre.

—Retomando la conversación —dijo Camelia sin importarle que su amiga devorase todas las pastas recién horneadas—. Si, lady Lucía y casi toda la familia de Carlo espera con devoción un compromiso entre ambas familias, casi auguraría que mi propio padre también, aunque no lo exprese en voz alta, pero ya sabéis que él es como un hermano para mi...

—¿Y Guicciardini? Porque la deferencia entre ambos es inexistente, pero a nadie le sorprendería un compromiso que formara parte de un acuerdo entre familias —afirmó Sophia mientras Elisabetta robaba otra pasta sin que sus amigas le prestaran demasiada atención.

—¿Guicciardini y yo? —exclamó Camelia terminando de servir las tazas de té—. Antes me convierto en monja.

Elisabetta se atragantó y escupió media pasta ante la severidad con la que Camelia afirmó aquello y Sophia sonreía tratando de sofocar a su amiga.

—Te aseguro que serían pocas las damas que rechazasen a Guicciardini y a su posición —continuó Sophia.

—Y a su patrimonio, todo hay que decirlo —añadió Elisabetta en un hilo de voz.

Camelia negó con el rostro mientras cogía su propia taza de té, aún estaba demasiado caliente, pero aún así, sopló y después mojó sus labios tragando un pequeño sorbo a pesar de la alta temperatura.

—Puede que para algunas damas, la riqueza, belleza y título de lord Guicciardini compense su engreimiento, altanería, soberbia, petulancia, vanidad y petulancia. Yo no. Menos aún cuando su valor hacia una mujer solo está relacionado con su apariencia, como si no valiésemos para otra cosa que no fuera su propia satisfacción. Así que la dama que se convierta en su esposa, lejos de generarme envidia alguna, solo podré sentir un verdadero sentimiento de nostalgia por lo que deberá padecer. —dicho esto, dio otro sorbo aún más largo que el anterior aún a riesgo de quemarse la lengua.

Elisabetta y Sophia estuvieron durante un rato más y después se marcharon con la excusa de comprar abanicos nuevos para la velada a la que deberían asistir esa misma tarde, Camelia se negó a acompañarlas alegando que no necesitaba tal elemento en su colección, en realidad, prefería pasar ese tiempo leyendo un rato más antes de verlas de nuevo esa misma tarde. La velada en sí consistía en un concierto de piano y violín acompañado por una cantante rusa, era el tipo de pasatiempo al que ella jamás se negaba a acudir por varias razones. En primer lugar, suponía un alarde para sus oídos si los interpretes eran buenos y, en segunda instancia, todos prestaban atención al recital y nadie hablaba entre sí, aunque al final hubiese una pequeña reunión en la que principalmente se comentaba dicha interpretación.

Había un tercer motivo cuyo peso tenía casi la misma importancia que los otros dos; lord Guicciardini jamás de los jamases, se dejaba caer por ese tipo de recitales que siempre tenían lugar a media tarde.

Carlo, vino para acompañarlas media hora antes del comienzo del recital, habitualmente, su padre rechazaba esa clase de compromisos si su hermana y ella iban acompañadas por alguien cercano a la familia.

Elisabetta y Sophia habían llegado antes y les habían reservado sus asientos, pero al no contar con la presencia de Carlo, debían cambiar de lugar a menos que este quedase descolgado.

—¡Querido sobrino!, ¡No sabía que vendrías! —La voz de lady Lucía dos filas más adelante y con una visión mucho mejor del escenario hizo que el trío se dirigiera hacia ella.

—Siempre es un placer volver a verla, tía —contestó este último sin demasiado entusiasmo, pero si con cortesía—. Lamentablemente no nos sentaremos cerca, tendremos que ir a los asientos finales puesto que solo nos han podido reservar dos sillas y somos tres.

—¡Ah! —exclamó lady Lucía observando a las dos hermanas Vassatti—. Yo tengo un asiento libre, tal vez a lady Camelia no le importe hacerme compañía...

Camelia pensó rechazar la oferta por un instante, en realidad, no sabía porque se lo ofrecía a ella en lugar de a su hermana Georgia, la cual le resultaba mucho más agradable.

—No veremos nada si tenemos que irnos atrás y pienso decirle a padre que ha sido por tu insolencia —replicó Georgia en voz baja.

—Será un placer acompañarla, lady Lucía —advirtió Camelia dando un paso hacia delante y permitiendo que su hermana y Carlo se quedasen en los asientos reservados por sus amigas.

La satisfacción de lady Lucía iba en contraposición con el pensamiento que Camelia pensaba que tenía la dama hacia ella, de hecho, aún no comprendía su ofrecimiento, pero solo unos minutos más tarde, antes de que comenzase el concierto y de que ella tomara asiento, comprendió las intenciones de la dama.

—Lady Camelia. Madre. Siento la tardanza. —Camelia apartó la vista del programa para comprobar que efectivamente la voz procedía de lord Guicciardini en persona, el canalla descabellado y oportunista que nunca se dejaba ver en veladas que no fuesen nocturnas, estaba allí de pie, frente a ella.

—¡Querido!, ¡Deberías ser más puntual la próxima vez! —contestó lady Lucía poniéndose en pie—. Por suerte, mi querida amiga lady Roberta ha reservado un asiento para mi dos filas atrás, será un placer hacerle compañía mientras tú te quedas junto a lady Camelia.

¿Qué?, ¡No!, ¡Ni hablar!

La expresión de Camelia supuso un gesto de diversión para Guicciardini que asintió tratando de no reír a su madre y esta escapó sin decir una palabra más.

Aquello había sido una encerrona por parte de la dama, pero... ¿Por qué no elegir a su hermana?, ¿De verdad tenía fe en que aquel gesto provocase celos en Carlo?

—Perfecto. Acaba de arruinar una velada que pretendía ser agradable —refunfuñó para que Edmondo pudiera oírla.

—La mía apuntaba a ser desagradable por el simple hecho de asistir, aunque si lo prefiere, puede cambiar su asiento por el de su hermana, le aseguro que no me opondré.

—Váyase al cuerno, lord Guicciardini —dijo llena de furia y logró que éste sonriera enseñando sus dientes.

—¡Qué carácter!, No me extraña que mi primo jamás le proponga matrimonio, aguantarla debe ser como una penitencia en el infierno de manera constante —contestó para provocarla.

—Mejor no le digo yo lo que tendría que ser aguantarle a usted —refunfuñó.

—¿Un placer inigualable? No lo digo yo, lo dicen casi todas las damas con las que he estado —dijo con orgullo.

—¿Las mismas damas casadas que tienen un matrimonio por conveniencia y que detestan a sus maridos?, ¿Las mismas de las que usted se aprovecha por su debilidad?, ¿Las mismas que desprestigia por no servir para otra cosa que precisamente darle ese placer que busca? Usted es un canalla desvergonzado y engreído, lástima que esas pobres mujeres estén tan desesperadas por un poco de cariño que no vean la escurridiza serpiente que solo les inyectará su veneno —puntualizó sin observarle.

—Una descripción muy detallada, sí señor —respondió Guicciardini sin ofenderse.

—¡Oh, Por Dios! —replicó Camelia con la intención de marcharse y pedirle a Carlo que ocupara su lugar.

No le soportaba, era insidioso, petulante y tan orgulloso de sí mismo que enervaba su sangre.

Guicciardini detuvo su huida y la obligó a permanecer en su silla, justo cuando los primeros acordes del piano resonaron en la sala. Estaba tan ensimismada en su discusión que no se había dado cuenta de que los músicos habían hecho acto de presencia.

—Sería desconsiderado que abandonase su asiento, lady Camelia.

—¿Y cree acaso que me importa? Prefiero ser desconsiderada que tener que aguantarle toda la hora.

Los aplausos dando la bienvenida a la cantante rusa no mitigaron su malhumorado estado, sino que lo agriaron aún más al saber que no tendría escapatoria. Tendría que fingir que no existía, que no le tenía a su lado, que simplemente no estaba allí y concentrar toda su atención en las canciones que citaba el programa.

El problema es que con Guicciardini, nada sale como ella espera, ni siquiera un simple concierto musical.

Capítulo 9

Camelia trató de apartarse de lord Guicciardini todo lo que pudo moviéndose hacia su izquierda, a pesar de que esto implicaba acercarse demasiado a la vizcondesa viuda de Veronesse que, a pesar de rozar su brazo con el suyo, no pareció recriminárselo.

La cantante comenzó su primera actuación y, como esperaban, no lo hacía en latín, que solía ser a lo que estaban acostumbrados, sino en su idioma original, ruso. Por suerte para ella, la estrategia de lady Lucía no había sido la de poner allí a su hermana, al menos, Georgia estaba segura al lado de Carlo.

—No entiendo el interés de cantar en una lengua desconocida, podría estar insultándonos y aplaudir gratamente —susurró Guicciardini y Camelia no supo si su queja iba o no dirigida hacia ella.

—Discrepo —recriminó está mordiéndose la lengua—. El misterio que envuelve desconocer lo que dice le da mayor valor a la pieza, se aprecia el sentimiento, además, dejar de prestar atención al significado de sus palabras logra enfocar todos los sentidos en la música.

—Me está diciendo que si una cantante la ofende, no se molestaría, en cambio si lo hago yo, ¿sí? ¿No resulta eso contradictorio?

—No puede ofenderme alguien a quien no conozco, lord Guicciardini—. Además, usted no me ofende, simplemente no le soporto.

Edmondo tuvo que reprimir con fuerza sus ganas de reír, aunque no pasaron del todo desapercibidas y en el fondo, Camelia se alegraba de que él fuese el objeto de miradas furibundas, a pesar de que su posición, le haría que le perdonasen cualquier desagravio público.

—Lo cierto es que no nos está ofendiendo —reiteró pasados un par de minutos—. Solo está relatando una aventura con su amante.

—No me interesa lo que tenga que decir y prefiero disfrutar de la pieza, así que debería permanecer en silencio, lord Guicciardini.

No tenía ninguna intención de entablar conversación con él, de hecho, rogaría a Carlo tras el primer acto que le cambiase su asiento para no permanecer más tiempo a su lado.

—Aprendí ruso la temporada que residí en el palacio imperial del zar. Nuestra cantante habla del anhelo por vivir una desmesurada aventura cargada de pasión y cuando encuentra a su amante, éste la desnuda lentamente, pasando su lengua en cada recóndito lugar de su...

—Si lo que pretende es avergonzarme o lograr que me turbe, no lo conseguirá, lord Guicciardini. Solo me hace constatar aún más, lo terrible y patético que es su comportamiento. —De algún modo esperaba ofenderle, o mejor aún, que mantuviera silencio, pero no esperó que el resultado de aquello fuese una especie de reto para él.

Edmondo se acercó a ella y se inclinó hacia su oído, haciendo que el aire de su respiración cosquilleara en la piel de su oreja.

—Mis pechos estaban cálidos a su contacto, un manjar que obnubilaba su juicio y sus sentidos. Deseaba devorarlos y jugueteó paseando su lengua en mis pezones rosados. ¡Oh si, si, si! Gemí con dulzura mientras él engullía uno de ellos con su boca y sus dientes raspaban mi suave piel—. La voz de Guicciardini era cálida, de hecho, Camelia tuvo que frotarse las manos algo sudorosas por la tela del vestido y ese gesto la turbó aún más. El muy cerdo estaba logrando su objetivo y lo peor de todo, es que no podía evitar que sus mejillas se tiñeran al relatar semejante intimidad, pero incapaz de protestar ante semejante desvergüenza—. La tela del vestido crujió cuando él lo hizo pedazos para acceder a la carne que había entre mis muslos y...

El sonido de los aplausos tras terminar la primera pieza musical hizo que Camelia no pudiera escuchar el final del relato, pero su turbación era tal, que se vio sumergida en una vorágine de sentimientos encontrados. Por un lado, quería gritarle a Guicciardini que era un descarado e insolente por atreverse a decirle semejante desfachatez, pero al mismo tiempo, el ardor que sentía en su interior le impedía pronunciar tales palabras.

Los aplausos cesaron y la música del violín comenzó de nuevo mientras la cantante se preparaba para deleitar con otra pieza. Miró el programa que estaba algo arrugado por haberlo tenido entre sus manos y se fijó en las piernas de su acompañante, su postura era impecable, de hecho, podría vestir con harapos y mantener el mismo porte y elegancia que lo distinguía, aquello era indiscutible, pero lejos de eso, Guicciardini siempre iba a la moda y con un corte de cabello que acrecentaba sus rasgos de por sí bellos.

Muy a su pesar, tenía que reconocer que podría ser el paradigma de innumerables artistas para representarlo y eso solo lograba sacarla aún más de quicio, porque engrosaba su ya de por sí egocentrismo.

Por primera vez, Gabriele Edmondo de Guicciardini sintió que había perdido cualquier regla de decoro, aunque jamás le había importado seguir las estrictas normas de sociedad, sus desventuras siempre habían implicado a mujeres casadas o viudas, o al menos, si estas no lo estaban, no pertenecían a la nobleza. Lo último que deseaba era involucrarse en un matrimonio

concertado solo por una noche apasionada, de hecho, vigilaba muy bien su espalda para que jamás sucediera y evitaba quedarse a solas con una dama que pretendiera cazarle en sus redes.

En cambio, con Camelia Vassati, había roto todas esas reglas en apenas unos días, no solo se había encontrado a solas en aquel pasillo de su propia casa, sino que ahora había cometido la imprudencia de relatar algo tan íntimo y sin pudor a aquella muchacha virgen que jamás habría sentido un ápice de ardor solo para contemplar su turbación.

Y aquello le generaba un inmenso placer. ¿Tal vez había encontrado el modo de hacerla callar?, ¿Quizá sus palabras habían logrado encender un fuego interno? El simple pensamiento de despertar deseo en la joven Camelia Vassati le provocó una satisfacción inaudita, aunque se repetía mentalmente que solo era para fastidiarla.

—Si decide apartarse más de mi, correrá el riesgo de que la viuda de Veronesse la recrimine en público y ambos conocemos su gran influencia sobre las damas. ¿Tanto miedo me tiene?

—No le temo —respondió ella entrando en su juego—. Me repugna, que es muy diferente.

—Sus mejillas rosadas no dicen lo mismo, ¿Tal vez porque he despertado deseo en vos? —exclamó con ese matiz irónico que tanto le fastidiaba.

—¡Por favor!, ¿Deseo? Me sentiría atraída por un asno antes que por usted.

—En realidad, no estaba refiriéndome a mi, pero ya que lo menciona... —Su voz de detuvo mientras la cantante llegaba a una nota tan aguda que los cristales de las ventanas corrían el peligro de resquebrajarse y toda la sala permanecía en vilo expectante—. Sé que bajo toda esa capa de supuesta repulsión, me desea.

Aquello fue el colmo para Camelia y le habría dado una bofetada quedándose plenamente satisfecha si no fuese porque estaban en público.

—¿Ah si? —recriminó esta sin mirarle—. ¿Y que le hace pensar tal cosa?, ¿Que no pueda ni verle?, ¿Que no le soporte?, ¿Que me parezca el caballero más patéticamente inútil que conozco? ¿O quizá sea el hecho de que usted me provoca tanto asco que tengo que mantener a raya mis nauseas en su presencia? —Camelia realizó aquella última pregunta mirándole a los ojos, retándole con su mirada a que la contradijese, porque nada, absolutamente nada de lo que decía era incierto.

Ella detestaba a lord Guicciardini desde que era una niña y su rechazo solo había crecido con el tiempo.

—Pues tendrá que comenzar a controlar sus nauseas, lady Camelia, porque pienso pasar

bastante tiempo a su lado.

—Siga soñando, lord Guicciardini.

Esta vez él no reprimió su risa y le importó muy poco que las personas que le rodeaban se diesen cuenta, nadie iba a decirle nada, ni a llamarle la atención, porque para pesar de Camelia, era el hombre más influyente de la sala debido a su maldito título.

—Encuentro refrescante su rechazo, será divertido convertirnos en familia —acrecentó Guicciardini para exasperar aún más a la dama.

—Por encima de mi cadáver antes que permitir que toque un solo cabello de mi hermana.

—No sabía que le restase tan poco de vida, aunque con ese carácter agrio, no me extraña —replicó él encendiendo el fuego en el interior de Camelia.

—Maldito bastardo insufrible. Cátese con quien le de la gana, pero deje a mi hermana en paz. —Sentía que iba a saltar, que le iba a alzar la voz lo suficiente para que media sala la oyese y no le importaría en absoluto hacer el ridículo por completo.

—No.

¿No?, ¿Esa era toda su respuesta?

—Teme el amor de una mujer, más que el odio de un hombre, mencionó Sócrates —susurró Camelia—. Y creedme, yo amo profundamente a mi hermana, atreveros a dar un paso hacia ella y correréis el mismo destino que tuvo él.

Lord Guicciardini abrió profundamente los ojos por la sorpresa y no precisamente por la amenaza de ser envenenado con cicuta como le ocurrió al gran filósofo, sino por el hecho de que lady Camelia tuviera acceso a dicha información para incluso citar una de sus frases.

Guardaron silencio durante el resto del primer acto y en cuanto finalizó la última canción que mencionaba el programa antes del descanso, Camelia saltó de su silla alejándose de Guicciardini para dirigirse a su amigo Carlo.

—No le soporto un minuto más —jadeó al lado de su amigo que permanecía tranquilo.

—Lord Guicciardini —escuchó que decía su hermana Georgia con la mirada puesta tras ella—. ¿Ha disfrutado del primer acto?

Camelia no se dignó a volverse para contemplarle de nuevo, casi había rogado o esperado porque él simplemente desapareciera.

—Ha sido inspirador y refrescante —corroboró este—. Lástima que el ruso no sea una de las lenguas más habladas entre los florentinos, habrían disfrutado enormemente de la composición.

—Por suerte, lady Camelia conoce muy bien el idioma —dijo Carlo sorprendiendo a su primo.

Camelia frunció el ceño mientras observaba a su mejor amigo por revelar información no deseada.

—¿Sabe hablar ruso? —exclamó este tras ella.

—En realidad sabe hablar nueve idiomas —continuó Carlo a pesar de las señas de negación que emitían los ojos de lady Camelia.

Por alguna razón, ella no quería que Guicciardini supiera que dominaba varios idiomas, entre ellos el ruso del que él alardeaba.

—Nuestro padre encontró satisfactorio que aprendiésemos francés e inglés, mi querida hermana lady Camelia, prefería los libros al arte de la costura o la música, por eso incluyó el danés, castellano, ruso, húngaro, griego y portugués.

En ese instante, Gabriele sintió que acababa de hacer el ridículo por completo. ¿Nueve idiomas?, ¡Ni él hablaba todas esas lenguas! Esa mujer no dejaba de sorprenderlo y peor aún, atormentarlo.

—Toda una proeza, me pregunto que misterios ocultos nos reserva lady Camelia...

—No es ningún misterio, nuestra lengua proviene del latín, así que idiomas como el castellano, el griego, francés o portugués son realmente fáciles de aprender ya que poseen las mismas bases. Lo mismo ocurre con las lenguas que provienen del germánico o las eslavas. — Camelia hablaba mientras miraba a sus amigas, buscando complicidad entre Sophia o Elisabetta, pero estas solo tenían ojos para admirar a Guicciardini y eso la inquietaba, no quería que ninguna de sus amigas o su propia hermana cayera en las redes de ese hombre que no tenía nada de caballero salvo el título.

—Así que no sabe tocar el piano, ni el arpa, pero si conoce las lenguas eslavas, latinas y germánicas. Deduzco que pensó desde un inicio que sus únicas posibilidades de contraer matrimonio serían con un extranjero, ¿O me equivoco?

—Se puede ir al infierno, señor Guicciardini —Le contestó Camelia en un perfecto ruso —. Es más, pienso enviarle yo misma si es necesario.

Capítulo 10

El plan de Camelia para cambiarle su asiento a Carlo, se fue al traste en el momento que lady Lucía hizo acto de presencia cerca de ellos e instó a la propia Camelia a sentarse de nuevo junto a su hijo, que lejos de disuadir a su madre, parecía muy cómodo con el fastidio poco disimulado de aquella mujer muy diferente a las demás.

Gabriele Edmondo de Guicciardini se consideraba un experto de la seducción y casi podría afirmar que había pocos secretos en el sexo opuesto que le faltara por descubrir, pero lady Camelia era lo opuesto a lo que él conocía en una mujer, comenzando por su apasionado carácter, por el hecho de encontrarle desagradable, algo que suponía una novedad y además poseía una ardua inteligencia poco común en una mujer.

Conocía a lady Camelia desde que era una niña, de hecho, jamás se había fijado en ella más allá del incordio que le suponía su presencia y ahora, por extraño que pareciera, su compañía resultaba refrescante. Continuaba sin ver en su apariencia nada digno de mención, aunque tras aquel encuentro en el armario del pasillo, podía determinar que podía sacar mucho más partido de sí misma del que lo hacía. Era evidente que no deseaba llamar la atención, que ni tan siquiera lo intentaba y el hecho de no querer ser el objeto de miradas por parte de un caballero, o de llamar la atención para buscar un matrimonio, enfatizaba aún más que atrajera su atención, algo que había pasado completamente desapercibido hasta ahora por los ínfimos momentos en que debían compartir el mismo espacio.

—No tiene porqué fingir desagrado, todo el mundo pensará que actúa y que resulta imposible resistirse a mis encantos —dijo Guicciardini poco antes de que comenzase el segundo acto.

—Desafortunadamente para usted, no le agrada a todo el mundo, de hecho, tiene en mi la prueba viviente de que así es.

—Podría ser, pero solo hay una razón por la que ha obviado mencionar que conocía el idioma ruso y evitar que continuara hablando —rebatía este mirándola de soslayo.

Tenía la nariz puntiaguda pero no lo suficiente como para resultar desagradable, en cierto modo, ahora que la observaba con mayor detenimiento, no resultaba tan desagradable cuando se hallaba relajada y sin fruncir el ceño. Es cierto que no poseía unos rasgos finos y elegantes como otras damas, pero con otro peinado, otra vestimenta y un color rosado en sus mejillas y labios podría ser mucho más atractiva a su juicio.

¿En qué momento estaba valorando la atracción de lady Camelia?

—¿Quizá para ver como hacía el ridículo con sus invenciones? —exclamó Camelia sin mirarle.

Guicciardini se acercó lo suficiente a ella como para despertar habladurías entre los presentes ya que rozó literalmente sus labios en su oreja.

—Le excitaban mis palabras y sentía ardor en partes de su cuerpo que no ha percibido con anterioridad —dijo de un modo tan suave, sutil y pasional que Camelia sintió una punzada en una parte de su cuerpo que jamás había sentido con anterioridad, sobre todo porque se lo había mencionado en ruso y muy probablemente de un modo intencionado para cerciorarse de que ella no tuviera una terminología que podría considerarse pecaminosa en su vocabulario.

Pero la poseía, conocía palabras que podrían considerarse como pecado para una dama gracias a los libros de otras lenguas que Carlo le había proporcionado de la biblioteca y aunque le importaba muy poco que el mequetrefe de Guicciardini lo supiera, se negaba a pensar que lo utilizara en su contra para martirizarla.

Camelia guardó un silencio ancestral dejando que la voz de la cantante rusa ahondara en ella, ya de por sí notablemente entumecida por la cercanía de Guicciardini y lo que este hecho supondría en los rumores cuando acabase el concierto.

¡Maldita sea él por venir y maldita sea lady Lucia por su encerrona para sentarse en su lugar!

—Empieza a parecerme una diversión este tipo de eventos, quizá la temporada no será tan aburrida como imaginaba —continuó Guicciardini ahora en italiano para asegurarse de que ella respondiera.

—Si cree que permitiré ser su objeto de burla, está muy equivocado, ya puede buscarse a otra.

—Su hermana lady Georgia parece muy dispuesta...

—¿Qué diablos quiere? —exclamó entre dientes mientras apretaba las manos.

—¿Sinceramente? Eludir el matrimonio y continuar con mis desventuras indecentes para una dama como usted, pero eso no parece convencerle a mi querida madre, se empeña en que contraiga esponsales esta temporada.

—Podría hacerle un favor al mundo y renunciar a su título en favor de Carlo, sería mucho mejor duque que usted, eso puedo asegurarlo —decretó Camelia en tono serio y por primera vez,

Gabriele de Guicciardini se sintió realmente confuso.

—¿Así que su plan es envenenarme para que Carlo herede el título y poder casarse con él?

La idea le parecía tan ridícula a Camelia que casi estalló en carcajadas.

—Miré señor Guicciardini, ya que me ha arruinado el concierto, se lo diré. Yo también eludo el matrimonio, pero a diferencia de usted, solo lo hago para que ningún hombre se permita darme órdenes. La única que tomará decisiones sobre lo que puedo o no puedo hacer, seré yo.

—¿Y eso lo sabe mi querido primo?

Camelia giró su rostro hacia la derecha y contempló aquellos ojos realmente hermosos.

—Pregúntele a él...

—Lo cierto es que no me importa —atajó rápidamente al darse cuenta de que se estaba involucrando demasiado en la vida de lady Camelia como si a él le interesara.

Jamás había mostrado interés alguno en una dama que no fuera el hecho de llevarla a su cama y obtener placer carnal, no pensaba comenzar ahora por la simple curiosidad que le generaba lady Camelia y su asombroso carácter fuera de lugar.

Debía reconocer que la dama era inteligente y poseía una gran ambición de conocimiento desproporcionada para las de su especie, pero eso solo destacaba el resto de las cualidades que no poseía para encontrarla agradable, a pesar de haberse convertido en única dama con la que había mantenido una conversación tan larga sin albergar algún tipo de intención oculta.

—Me complace enormemente no ser de su interés —puntualizó esta para tener la última palabra y eso hizo comprobar al duque lo particularmente distinta que era la joven.

Alguien como él no estaba acostumbrado a otra cosa que no fuese la adulación, los suspiros y el rubor apresurado por su simple presencia. Lady Camelia no poseía ninguna de esas características propias de las damas de su edad, mismamente esas dos amigas y su propia hermana, de hecho, tampoco poseía la conversación insustancial a la que se veía sometido cada vez que frecuentaba aquellos eventos sociales simplemente porque no podía rehuir su responsabilidad.

—Me alegro, porque no cederé el título en beneficio de mi primo. Estoy particularmente complacido con los beneficios que me otorga, eso incluye la admiración y plena atención de todas las damas, menos la suya, por supuesto.

Camelia bufó exasperada, mordiéndose la lengua para no delatar una vez más, el egocentrismo inaudito del que hacía alarde el duque.

—Es una lástima que los títulos nobiliarios se hereden, le aseguro que si hubiese que cumplir unos requisitos para ostentarlo, usted no lograría pasar el corte —aseguró concentrada el violinista y la magnificencia con la que movía el arco.

—Para asegurar que me detesta parece conocerme demasiado bien, lady Camelia. Voy a

sospechar que su interés hacia mi roza la fascinación y no el aborrecimiento como pretende hacer creer.

Camelia no se inmutó por el agravio que significaban sus palabras. Probablemente Guicciardini no estaba acostumbrado a una mujer que no cayera rendida a sus pies, pero le dejaría bien claro cuanto le repugnaba.

—Estoy tan fascinada por usted que hasta deseo vomitar. Es tan hermoso, convincente, elocuente y seductor que voy a desmayarme aquí mismo. De hecho, creo que siento como mis latidos se aceleran y voy a enloquecer. ¡Oh!, ¡Acabe con este tormento!, ¡Se lo suplico! —dijo con una voz infantil nada apropiada—. ¿Se acerca a lo que cree que cualquier dama puede sentir por usted? Porque lo único cierto de todo lo que he mencionado que se aproxima fielmente a la realidad es el hecho de que estar en su presencia fomenta mis náuseas.

El aplauso final del público hizo que todos se alzaran y lejos de importarle si era educado o no, lord Guicciardini abandonó su asiento y se marchó con el mentón bien alto mientras Camelia sonreía complacida por haber ganado aquella batalla.

Parece que a don arrogancia le habían herido el orgullo. Lástima que por más que ella se mantuviera firme, el resto de damas a su alrededor suspirarían complacidas por estar en su compañía, aunque ya se encargaría ella de que las hermanas Vassati no estuvieran incluidas.

Escuchaba las risas de sus amigos conforme daba vueltas a su copa y preguntándose cuantos sorbos debía dar aún para olvidar lo sucedido.

Lord Guicciardini no se consideraba alguien que tuviera en cuenta demasiado sus actos, o más bien, como afectaban estos a los demás. Su posición en la jerarquía de Florencia le daba ese beneplácito y sentirse como un verdadero imbécil por el juego del lenguaje de una solterona como lo era lady Camelia, le fastidiaba aún más.

—¡Vamos amigo!, ¿Qué te sucede hoy? ¿Aún estás renegado porque el barón di Rosso volviera antes de su viaje? —exclamó Giovanni, uno de sus mejores amigos y recién casado con una dama cuya dote le había otorgado pasar largas horas en el burdel en el que se hallaban.

—Gabriele nunca ha sido de una sola amante, quizá deberíamos preocuparnos porque su interés haya recaído en alguien que no está a su alcance... —intervino Mateo.

—Queridos amigos, el día que me interese una sola mujer agradecería que me encerraseis en un monasterio y tiraseis la llave al Tirreno.

Tanto Giovanni como Mateo unieron sus copas a la suya para brindar y Gabriele volvió a dejarse caer sobre la butaca en la que permanecía casi dos horas sentado contemplando el espectáculo de las cortesanas.

—Sin duda, preferiría casarme con cualquiera de estas mujeres que elegir entre las opciones disponibles este año. Al menos podría estar seguro del placer que obtendría en el lecho y soportaría de buen agrado la misma cara a diario —aseguró Mateo antes de que una de las cortesanas cuyos pechos casi salían del vestido se sentara en su regazo y él hundiese la cara en su escote.

Aquel gesto era más que habitual entre ellos así que Gabriele dio otro sorbo a su copa y alzó la mano para que le sirvieran otra.

Era un cliente habitual y como tal, obtenía un servicio preferente sobre los demás.

—Se rumorea que este año te han visto junto a las hijas de lord Vassati con frecuencia. ¿Algún matrimonio arreglado a la vista? —exclamó Giovanni.

Gabriele se echó a reír como si la pregunta le pareciese divertida.

—En absoluto —afirmó—. Aunque toda Florencia sabe que una unión entre nuestras familias sería bienvenida, pero para eso está mi primo Carlo.

—No le envidio —soltó Mateo apartándose de la cortesana un momento—. Por más que la dote de lady Camelia sea grandiosa, tener que soportar a ese esperpento de mujer tiene que ser un sufrimiento.

—Puede que lo sea para ti, pero para un numero bastante elevado de caballeros, su dote compensaría el resto de carencias que posee.

—¿Carencias? —exclamó Mateo sorprendido—. ¡Mi caballo tiene mejor gusto para vestir! Por no hablar de que no hay nada en ella destacable y desde luego, dista mucho de ser

hermosa, pero la hermana menor es pasable... puede que la dama más interesante de la nobleza este año que ha sido presentada en sociedad.

Si. Definitivamente lady Georgia no se parecía en nada a su hermana mayor. Poseía una belleza más refinada a pesar de no ser demasiado destacable pero sus rasgos eran equilibrados. Además, parecía bastante inocente y dulce, típico de su edad.

—Si —confirmó Gabriele—. Ciertamente lady Georgia puede ser muy interesante.

Solo que lord Guicciardini no pensaba realmente en la dama que citaba, sino en la expresión de su hermana mayor irritada. ¿Hasta donde estaría dispuesta a llegar por apartarle de lady Georgia? Incluso había amenazado con asesinarle si se acercaba a su hermana y en aquellos momentos nada le apetecía más que desesperar a la inoportuna, enervante, insufrible e irritable lady Camelia.

—Esa mirada... —incitó Giovanni.

—¿Debemos recordarte que el tipo de damas como lady Georgia aprovecharían cualquier oportunidad para llevarte al altar? —proclamó Mateo.

—Diría que mi madre estaría muy contenta de ese compromiso... —sonrió con sarcasmo mientras daba otro sorbo.

—¿Hablas en serio? —exclamó Mateo y se deshizo de la cortesana que tenía sobre él para centrarse en un tema que le parecía mucho más interesante.

Gabriele meditó hasta que punto podía confiar en esos dos. Los consideraba amigos, porque eran sus compañeros fieles de fiestas desenfundadas hasta el amanecer, pero la realidad, es que no les había confiado nada que no fueran sus escarceos amorosos. Aún así, consideró que no le importaba que supieran la verdad.

—Ciertamente la dama no me interesa lo suficiente para casarme con ella. No he conocido a ninguna que esté a mi altura y probablemente no la conozca jamás, pero ¿Quién dice que no puedo divertirme? Además, mi madre ha insistido este año que ponga atención a las damas Vassati y yo, me considero un hijo ejemplar. Eso sin contar, por supuesto, que lady Camelia parece particularmente obstinada en evitar que me acerque a su hermana —comentó sin emoción—. Y ya sabéis cuanto me complacen los retos...

Ambos estallaron en carcajadas mientras el rostro de complacencia de lord Guicciardini hacía que incluso él mismo quisiera traspasar sus propios límites. No tenía decidido participar en actos sociales que incitaran a la nobleza a pensar que buscaba una esposa, pero dada la situación y que eso complacería a su propia progenitora ¿Quién era él para rechazar las señales? Estaba dispuesto a poner en su sitio a lady Camelia y cuando acabara con ella, su complacencia sería aún mayor.

Capítulo 11

Lady Camelia estaba distraída con sus propios pensamientos y la convicción de que Guicciardini se habría cansado finalmente de exasperarla, que no prestaba ninguna atención a las quejas de su hermana como reproche a pesar de que Carlo estuviera presente.

—¡Y ahora todo el mundo creerá que soy igual de desconsiderada que lo eres tú! —bramó en un tono aún más alto que le hizo dirigir la mirada hacia su hermana menor.

—No creo que consideren tal cosa, lady Georgia —dijo Carlo en un tono cordial.

—¡Solo lo decís porque aceptáis su comportamiento completamente irracional! ¡A este paso me destruirá cualquier posibilidad de matrimonio en mi primera temporada! —continuó exasperada—. Todo el mundo hablará mañana de como el duque de Guicciardini después de estar sentado al lado de ella, abandonó el concierto con premura. ¡Oh, Dios! Creo que me falta el aire —exclamó en un acto de dramatismo.

—Por favor... ese patán se lo merecía. Además, el que ha quedado mal al marcharse es él. No yo —aseguró Camelia.

—¿Es que crees por un momento que la gente le culpabilizará a él? Soy tu hermana menor y parece mentira que te deba decir esto, ¡Haga lo que haga el duque, jamás será su culpa! —gritó provocando que su gargantilla oscilara sobre las venas del cuello ante la pérdida de compostura—. Perdona Carlo —susurró en un tono de voz dulce.

Por un instante, Camelia se sintió culpable. Ciertamente no le habían importado las consecuencias de sus actos hasta ahora, pero empezaba a comprender que tal vez, en cierta medida, sí podrían afectar a las posibilidades de su hermana y a los sentimientos de ésta.

—Lo siento —afirmó sorprendiendo a Georgia—. Ya sabes que no le soporto. No tolero su presencia, ¡Y lady Lucía debería haberlo previsto!

—No me sirven tus disculpas si piensas comportarte del mismo modo cada vez que salimos de casa —dijo Georgia—. Si hay una razón primordial por la que precisamente deseo

casarme este año, es para no tener que soportarte más. Tus dichosos libros son más importantes para ti que yo, incluso eres la hija predilecta de papá a la que consiente cualquiera de sus hazañas mientras que Alessia y yo hemos tenido que ser las hijas perfectas para llamar su atención. ¡Eres una egoísta!, ¡Piensas únicamente en ti y nada en los demás!, ¡Ni siquiera eres capaz de ver las consecuencias de tus actos! —La perorata de Georgia acabó justo cuando el carruaje de Carlo se detuvo en la puerta de la casa de los Vassati y sin esperar a que este descendiera para ayudarlas a bajar, prácticamente se lanzó a la calle para escapar y adentrarse en casa, de ese modo dejó a Camelia sin poder defenderse.

Durante unos minutos Camelia se quedó en silencio, impertérrita y sin saber que decir. Carlo esperó prudentemente todo ese tiempo para darle espacio, quizá necesitaba procesar aquello que su hermana menor le había gritado como cuchillos afilados que apuntaban a su corazón.

—¿Crees que ella tiene razón?, ¿Qué soy egoísta? —exclamó finalmente mirando a su mejor amigo.

—Ciertamente nunca te han importado las consecuencias de tus actos para tu familia. De lo contrario, no te habrías arriesgado a entrar en la biblioteca. Y lo sabes.

Camelia suspiró. Lo cierto es que no pensó nunca que alguna de sus hazañas repercutiera en Alessia, Georgia o su propio padre.

—Yo solo quería apartar a tu primo de ella. Por muy duque que pueda ser, sé que no le conviene, cualquier otro hombre la respetaría como él jamás haría.

Carlo bajó del carruaje y le tendió la mano para bajar a pesar de saber que no la necesitaba.

—El problema no es si le conviene o no. Estoy de acuerdo en que mi primo Gabriele no es un santo, pero tampoco le haría daño conscientemente. Si no dejas que los demás se entrometan en tu vida y en tus decisiones, ¿Por qué si crees que tú puedes hacerlo?

Es probable que Carlo tuviera razón y que ese hecho hubiera mantenido a Camelia despierta durante gran parte de la noche. ¿Hacía mal en entrometerse entre su hermana menor y Guicciardini? Jamás pensó en condicionar a Georgia en ningún sentido, menos aún, considerar que necesitaba su beneplácito para su futuro pretendiente como no lo había hecho con su hermana mayor Alessia cuando decidió casarse. Lo único a lo que se oponía es a que ese hombre fuera el duque. Cualquier otro caballero con título o sin él, carecía de importancia, pero no él. No lord Edmondo de Guicciardini.

Jamás.

Puede que Georgia la considerase egoísta e impertinente, que las palabras de Carlo estuvieran llenas de verdad, pero también era posible que se adelantara a acontecimientos que no tendrían lugar.

Aún así prefería el odio de su hermana menor a verla sufrir de un modo constante en su matrimonio. Aunque fuera improbable que Guicciardini quisiera contraer nupcias, de hacerlo, un matrimonio con su hermana menor sería muy favorable para ambas familias, más aún, cuando la propia lady Lucía le había alentado a acercarse a ella, pero él no había cortejado a su hermana formalmente, sino más bien le había incitado estar interesado en Georgia para fastidiarla.

Debía ser más inteligente que él. Más lista que él. Más astuta que él. Y adelantarse a cualquiera de sus jugadas.

—Padre, ¿Por qué nunca ofrecemos un baile en nombre de la familia Vassati? Alessia lleva varios años casada por lo que podría suplir la figura de madre y ahora que poseo la edad apropiada para asistir no veo el inconveniente —dijo Georgia durante el desayuno logrando que Camelia casi escupiera parte de su tostada.

Su primera reacción habría sido considerar que era un despropósito, pero se limitó a fingir que untaba de nuevo mermelada sobre su tostada para ver que respuesta proporcionaba su querido padre.

—Alessia ya no ostenta el apellido Vassati, por desgracia ninguna de mis hijas lo hará en cuanto contraigáis matrimonio. Si ella decide hacer un baile, deberá ser en honor al apellido de su esposo —decretó su padre y cogió el periódico de la mañana para perder su vista en el, quizá de ese modo Georgia podría comprender que ahí acababa la conversación.

Camelia vio como su hermana apretaba los labios y parecía pensar en una respuesta más audaz a la que su padre no pudiera oponerse.

—Pero usted es uno de los hombres más renombrados del ducado y como tal, todos verían con buenos ojos que ofreciera un gran baile a la nobleza de la ciudad, seguro que nuestra madre habría querido que lo hiciera —insistió—. Además, yo podría encargarme de todo y Alessia podría ayudarme, por supuesto.

—Un baile conlleva demasiada responsabilidad, Georgia. No es solo el excesivo coste innecesario, sino los empleados, la disposición, retirar casi todos los muebles de la casa, organizar la cena, aumentar la cantidad de sirvientes y encontrar unos buenos músicos —dijo Camelia—. Y sinceramente, no me apetece que nuestro hogar se convierta en un mausoleo durante todo ese tiempo.

—¡Como si te importara! —bramó Georgia—. Te pasas el día encerrada en tu habitación leyendo o salvando alguna criatura callejera o gastando el dinero de padre en beneficencia.

—Ayudar a quien no tiene es una cualidad generosa. Además, yo no gasto tanto dinero en vestidos o joyas, así que empleo esa parte en quien lo necesita más que nosotras.

Camelia escuchó como su padre se aclaraba la garganta.

—Deberías aprender un poco de generosidad de tu hermana mayor —inquirió lord Vassati mirando a su hija pequeña—. Y en cuanto a ti —continuó refiriéndose ahora a Camelia

—. No deseo que reutilices tus vestidos o los escojas más sencillos solo porque creas que debes hacerlo para invertir ese coste en personas necesitadas.

—No siento admiración por los vestidos recargados que están de moda, ni por las joyas llenas de gemas preciosas, padre —rebatíó Camelia y le dio otro mordisco a la tostada.

—Bien, porque si algo me ha quedado claro de esta conversación es que ambas tenéis demasiado de algo que le falta a la otra, así que he decidido que os ayudaréis mutuamente.

¿Qué?

—A mi no me falta nada, padre —insistió Camelia.

—¿No? Yo diría que te falta un marido, aunque creas conveniente no necesitarlo, pero preferiría alguien que te diera seguridad cuando yo no pueda hacerlo y para eso, me gustaría que te implicaras mucho más en las actividades sociales y vistieras más como tu querida hermana Georgia —contestó lord Vassati haciendo que a Camelia se le tiñeran las mejillas porque era la primera vez que su padre resaltaba su ineptitud. En cuanto a ti —habló ahora dirigiéndose a su hermana menor—. Un poco más de generosidad hacia los demás no te vendría mal, así que ayudarás a tu hermana en el orfanato y le darás algunos de tus vestidos nuevos.

—¡No! —exclamaron a la vez.

¿Y parecer un pastelito relleno de crema de limón? Ni hablar.

—Encargaré vestidos nuevos, pero Georgia se debería quedar con los que ya tiene, además, soy más alta que ella y no me quedarían bien.

Por no hablar de que ella poseía mucho más busto que su hermana y una cintura más estrecha.

—Estupendo, pero tú ayudarás a Georgia para organizar una fiesta en nuestra finca campestre. Tal vez no pueda dar un gran baile en la ciudad, pero si puedo organizar un fin de semana en nuestra casa rural, solo a los invitados más allegados a la familia. Requerirá mucha menos organización y satisface los deseos de Georgia.

—¡Oh, padre!, ¡Eso sería estupendo!, ¡Podremos organizar juegos campestres! ¡Incluso un pequeño baile privado!

Camelia rodó los ojos conforme su hermana no dejaba de idear planes para ese fin de semanas.

—No creo que sea conveniente... —comenzó a protestar.

—Lo limitaremos a nuestro círculo más allegado, de ese modo, si algo sale mal, no lo tendrán demasiado en cuenta, pero tú te asegurarás de que nada salga mal, ¿No es así? —inquirió su padre.

Negarse no parecía ser una opción y desde luego, un fin de semana campestre era mucho mejor que un gran baile en la casa de la ciudad.

—Supongo que podría hacerlo en mi tiempo libre, tal vez en dos meses, quizá tres, así

nos aseguraremos de que haga buen tiempo.

—Tres semanas —proclamó su padre y ambas le miraron con asombro—. Habría sido el cuadragésimo noveno cumpleaños de vuestra madre.

Ninguna de las dos dijo nada. Nunca habían celebrado su aniversario de muerte, ni el día en que debería continuar cumpliendo años de estar con vida, como tampoco su onomástico. El día que se marchó lady Federica, condesa de Vassati, lo hizo para siempre.

—Escribiré a Alessia hoy mismo, estará encantada de ayudarnos a organizar todo. Y comenzaré con las invitaciones. ¿Cuántas personas podemos alojar en la casa de campo?

—Veinte —corroboró Camelia no creyéndose que de verdad aquello estuviera pasando.

¿Ella organizando una fiesta? Bueno, aquello parecía más bien una actividad social con amigos cercanos, quizá no era tan malo.

—Incluyéndonos a nosotros.

—Pero podemos compartir habitaciones...

—Los Guicciardini deben asistir sin falta —dijo entonces su padre—. Al completo.

Camelia mostró un brillo de horror en su mirada y Georgia sonreía mostrando todos sus dientes.

¿Un fin de semana completo con lord Guicciardini?

Bueno, conociendo al duque de Guicciardini, dudaba que asistiera a una fiesta campestre que le obligaba a permanecer cuarenta y ocho horas encerrado con las mismas personas.

No. Definitivamente no tenía de lo que preocuparse.

Capítulo 12

Llevaba casi dos horas encerrada en aquella pequeña salita mientras escuchaba a sus hermanas discutir sobre la distribución de los invitados. El número de habitaciones reducía considerablemente la lista de asistentes, así que sus hermanas intentaban hacer malabares reajustando las habitaciones en las que varias damas podían alojarse juntas y de ese modo, ampliar esa lista a uno o dos invitados más.

—¿Crees que el duque de Guicciardini se ofendería si le obligamos a compartir habitación con su primo Carlo?

Camelia sintió que los ojos de sus dos hermanas se centraban en ella. Quizá, esperaban una respuesta por su parte dada la cercanía que poseía hacia su mejor amigo Carlo.

—Dudo que el duque se digne a venir, aprovecharíamos mejor las habitaciones si no contásemos con su presencia.

—Teniendo en cuenta vuestro último encuentro y como se fue del concierto, no me extrañaría que tratase de evitar encontrarte.

Camelia bufó algo inteligible entre sus labios, una maldición en un idioma incomprensible para sus hermanas que ya se habían acostumbrado a que lo hiciera con bastante frecuencia y se centró de nuevo en su lectura. Dejaba que ellas se encargaran de la parte tediosa, pero debía hacer acto de presencia para que su padre se resignara a pensar que participaba.

—Deberías cambiarte, debemos salir hacia la modista en menos de una hora para los últimos arreglos de tus vestidos —dijo Alessia dirigiéndose a Camelia.

Por si la organización de la fiesta en la casa de campo fuera insuficiente, Lord Vassati había pedido a su hija mayor que supervisara la elección de los nuevos vestidos de Camelia y, si lo consideraba oportuno, remodelar todo su vestuario.

Camelia no había protestado. No le podía importar menos vestir colores sobrios como el ocre, gris marengo o verde oliva en lugar de tonos pasteles como solía hacer ya pasados algo de moda. Lo único a lo que se oponía de todo aquello era la esperanza de su padre en que encontrase marido. Jamás había insistido en ello, tampoco la había presionado o alentado y

siempre había respetado su decisión respecto a los poquísimos caballeros que habían tratado de cortejarla. Por suerte, teniendo a Carlo tan cercano a ella se había reducido tanto el número que era inexistente. Toda Florencia pensaba que ellos dos terminarían comprometidos y que solo era cuestión de tiempo formalizarlo, algo más por lo que tenía que estar agradecida a su mejor amigo.

—El nuevo corsé es un aparato de tortura china creado para hincarse en mis costillas y que deje de respirar. Moriré si tengo que llevarlo durante todo un baile —afirmó cerrando el libro de un golpe y provocando un sonido ensordecedor.

—Te aseguro que no morirás como no lo ha hecho ninguna de las damas que lo llevan, incluidas Georgia y yo.

Insistir no iba a lograr hacer cambiar de opinión a Alessia, que muy a su pesar, era intransigente cuando se lo proponía, como en aquello. Lo peor es que los vestidos nuevos estaban hechos específicamente para ese corsé y eso hacía que los viejos no se acoplaran bien porque apenas apretaban su cintura al haber cedido en las costuras.

A pesar de sus protestas, intentos vanos de posponer el momento y alusiones a múltiples cosas que debía realizar antes. Finalmente su hermana Alessia acabó forzándola a cruzar el marco de la puerta de la mejor modista de Florencia o eso es lo que decía constantemente Georgia cada vez que asistía. Traía nuevos géneros cada semana de satén, seda, encajes y brocados con los colores de moda.

Camelia apretó los dientes cuando una de las ayudantes de Madam Caressu ató con fuerza el corsé. En aquel momento creyó realmente que sus pulmones saldrían a través de su garganta. No sucedió, pero era consciente de que sufriría dos moratones en cualquier caso. ¿Por qué era necesaria toda aquella parafernalia? No quería marido. No quería casarse. Y le parecía un completo absurdo someterse a todo ello para que un hombre se fijara en ella. ¿En qué exactamente? ¿En la valiosa capacidad para soportar aquel corsé sin poner cara de amargura? ¿O en sus pechos oprimidos y que sentían la urgente necesidad de salir fuera del vestido? Entendía de muchas materias, diría que un poco de casi todas, aunque destacaba en algunas por ser sus favoritas, pero lo que jamás entendería es en la idiotez que suponía el insulso cortejo al que todas las damas se sometían.

¿Valorar a un hombre con el que compartiría toda su vida solo por su aspecto? ¿De qué le serviría un rostro bonito como el de Guicciardini si no era capaz de mantener una conversación interesante que se prolongase más de un minuto? Bueno, con Edmondo no llegaba siquiera a dicho minuto, simplemente no existía tal conversación, solo pura discusión.

—Este color le queda realmente bien, lady Camelia —confirmó sonriente madam Caressu.

Camelia no se había mirado en el espejo, le importaba muy poco su aspecto así que se

limitó a hacer una mueca y conformarse con la complacencia de Alessia.

—Encargaremos tres más en una gama de color similar —confirmó su hermana mayor—, dos para el día y uno para la noche —insistió antes de que Camelia protestara.

—No es necesario —intervino Camelia cuando comenzaron a quitarle las cintas para desvestirla—. Con lo que cuesta un vestido como este, se pueden alimentar más de un mes todos los niños huérfanos del orfanato.

—Cuando te cases, padre estará encantado de sustituir el coste de tus vestidos y libros para donarlo a beneficencia. Yo que tú me daría prisa por alentar a Carlo a pedirte matrimonio. —Alessia se limitó a sonreír como si la estuviera retando a contradecirla.

En la recepción se encontraron con lady Lucía y su hija Valentina, tenían frente a ellas un surtido de los últimos géneros recién llegados de la India que formarían parte del nuevo vestidor de ambas.

—¡Oh, mi querida Alessia! Que placer verte, desde que te fuiste a vivir a la casa campestre de tu esposo apenas te vemos, ¡Y no es justo!, ¡Disfruto enormemente de tu compañía!

La hermana mayor de Camelia sonrió complacida.

—Confieso que yo también la echo de menos, pero he aprendido a apreciar la tranquilidad que aporta los viñedos. Aunque el verano nunca ha sido especialmente agradable en la ciudad.

—Debo darte la razón, de hecho, no sé como mi hijo prefiere residir en la ciudad todos esos meses en lugar del frescor agradable que concede nuestra finca campestre. ¿Y que te ha traído a la ciudad? Además de visitar a la familia, por supuesto? ¿Ha venido lord Ferraro?

—Desafortunadamente lord Ferraro está demasiado ocupado con la vendimia, como bien sabe se produce en estas fechas —afirmó sin perder la sonrisa—, pero me complace informarla que mi visita a la ciudad esta ligada a la organización de una fiesta campestre que tendrá lugar en nombre de nuestro padre y que por supuesto toda la familia Guicciardini está invitada.

La sonrisa de Valentina acaparó la atención de Camelia.

—¿Una fiesta campestre en plena temporada de fiestas? ¡Que idea tan sorprendente! ¡Envidia que no se me haya ocurrido a mi! —exclamó lady Lucía complacida.

—Será una fiesta íntima y privada, le agradeceríamos que hasta que no enviemos las invitaciones guarde discreción absoluta —susurró Alessia.

—¡Desde luego! Nuestras familias están tan unidas que no veo el día en que finalmente se produzca un enlace —advirtió observando detenidamente a Camelia—. Sin duda, me encargaré personalmente de que mi sobrino Carlo y mi propio hijo asistan.

Camelia apretó los dientes para no proferir una maldición aunque fuese en otra lengua.

¡Que manía con la dichosa unión de las familias!

Pero sus hermanas Alessia y Georgia se regodeaban complacidas en el carruaje al saber que el duque de Guicciardini asistiría a la velada campestre.

No importaba, si realmente asistía, ella se encargaría de que la estancia de Edmondo durase el mismo tiempo que una hogaza de pan a un niño hambriento.

Aquella misma tarde, lady lucía pedía que sirvieran la cena cuando su querido hijo se dignó a hacer acto de presencia. No solía meterse en sus asuntos, como tampoco en sus escauceos amorosos que sabía perfectamente que no eran pocos.

—No te he visto en ningún acto social desde el concierto de la cantante rusa —mencionó lady Lucía bajo la atenta mirada de su hija Valentina que engullía la sopa en silencio.

—He estado bastante ocupado, madre —admitió Gabriele en un tono formal.

—¿Y tus asuntos también incluyen la noche? No recuerdo a tu padre tan empeñado...

—¿Si asisto al próximo baile que organice alguna de sus amigas lo dejaréis estar? —bramó removiéndose en la silla.

—Asistirás a todos los eventos de sociedad, sin falta. Puede que no elijas esposa, pero no será porque no conozcas a todas las candidatas. Y he aceptado una velada campestre en tu nombre.

—¿Velada campestre? Ni hablar. No. Me niego.

¿Estar encerrado durante días en una casa de campo con las mismas damas que aprovecharían la menor oportunidad para constreñir un matrimonio? Antes se lanzaba al Arno y que le arrastrase la corriente.

—No rechazarás una invitación del conde Vassati, así que ya puedes discernir de tu posición porque vendrás. Y tu primo Carlo también. Y los dos os aseguraréis de que lady Camelia y lady Georgia contemplen vuestras atenciones.

¿La fiesta la organizaba el conde Vassati? Las risas de Valentina hicieron que Gabriele mirase a su hermana menor y dedujo que la causa de su diversión era la manipulación de su madre.

Gabriele se dejó caer en la silla y observó a su madre con la mejor de sus sonrisas.

—Iré —afirmó viendo como complacía con su respuesta a su progenitora— y mostraré mi atención con gran devoción hacia lady Georgia si eso os complace.

No agregó que en realidad sus intenciones estaban muy lejos de complacerla, sino más bien de fastidiar a cierta dama en cuestión. Su madre le observó con astucia, tratando de averiguar cuales eran las intenciones de su hijo y si realmente podrían tener algún tipo de interés real, pero prefirió no decir nada, ya que tal vez, si por fin se dignaba a conocer realmente una dama, decidiera finalmente sentar la cabeza frente al altar.

Camelia no dejaba de estirar de las costuras del vestido intentando que aquel escote pronunciado, aunque evidentemente no lo era para su hermana mayor, menguara. No lo conseguía porque el maldito corsé que se clavaba en cada parte de su cintura y que apenas la dejaba respirar no cedía para que sus pechos volvieran a adentrarse en el vestido.

Había pensado en la posibilidad de fingir estar enferma, incluso tirarse en los últimos peldaños de la escalera y aludir una torcedura de tobillo, pero sus planes se habían ido al traste cuando la propia Alessia se coló en su habitación e indicó a Franca como proceder con el peinado y elegir minuciosamente las joyas.

—Me siento disfrazada —dijo viendo su reflejo en el espejo.

No se sentía especialmente hermosa como indicaba Alessia y su propia doncella. Seguía siendo ella, su reflejo, mucho más refinado y atrayente, pero no era ella. Esa no era la verdadera lady Camelia, aunque todos pretendieran que lo fuese.

—¡Oh, vamos!, ¡No exageres! —exclamó Alessia alentándola a colocarse el chal y bajar las escaleras.

Por primera vez no tuvo que esperar a Georgia, sino que ambas terminaron de estar listas al mismo tiempo conforme su padre las aguardaba en el salón pacientemente.

Para Camelia no pasó desapercibido la mirada de aprobación que recibió de su progenitor, tal vez, ese momento compensaba las ballenas del corsé que se ceñían con fuerza y que Franca había apretado demasiado por petición de su hermana Alessia.

—Te pareces tanto a ella... —dijo su padre con una calidez especial en los ojos.

Para todos es sabido, que de las tres hijas de lord Vassati, ella era la que más se parecía a su progenitora físicamente y cuyo carácter era mucho más similar al de su padre.

Camelia se limitó a sonreír, al menos su sufrimiento era parcialmente mermado por el hecho de ver a su padre feliz.

El camino en carruaje hasta la casa a las afueras de la ciudad que tenían los Di Montis le hizo pensar en la enfatización que todos los miembros de su familia, a excepción de su hermana menor que se preocupaba de sí misma, deseaba verla casada. Hasta ahora, la predominancia sobre el interés de buscar matrimonio no le había importado, sino más bien todo lo contrario. El hecho de permanecer soltera y estar al lado de su padre hasta que este falleciera le parecía un gesto considerable, y tras su muerte, algo que esperaba fuera dentro de muchos años, no tenía ningún miedo a quedarse sola, incluso a viajar y conocer el mundo para dar uso a todos esos idiomas que había aprendido. ¿Qué tenía de malo que su primera elección no fuera un marido? No le importaba que la considerasen una solterona o que se arrojaran habladurías sobre ella y algunos comentarios fuera de lugar en las pocas conversaciones que había tenido con algunos caballeros. La mayoría de ellos discernían de sus intentos porque no tenían respuesta a sus preguntas y eso le hacía ver lo increíblemente estúpidos que lograban ser.

Lord Di Montis y su hermana lady Cecilia permanecían a la entrada de la maravillosa mansión saludando a los invitados junto a sus padres, el barón y la baronesa Di Montis. Estaba claro que el futuro barón era un miembro codiciado de la sociedad por su título y a pesar de que Camelia nunca le había dado importancia a esto, siempre había considerado a Edoardo di Montis uno de los pocos hombres agradables con los que conversar, además de Carlo.

Por primera vez, Camelia percibió que los ojos del futuro barón se agrandaban al verla y dedujo que debía ser aquel maldito escote prominente.

—Me complace volver a verla, lady Camelia —pronunció en una voz ronca que a ella no pasó desapercibida y que intuía era por la estupefacción de la sorpresa.

No se veían desde aquel encuentro fortuito en el que acabaron acompañándolos a la joyería. Siempre le había parecido un hombre discreto, formal y elegante. Demasiado comedido quizá, o aburrido según su hermana Georgia, pero a diferencia de ella, lograba encontrarlo agradable.

—Lo mismo digo, lord di Montis —concretó Camelia dispuesta a continuar hacia el salón donde algunos invitados paseaban y conversaban mientras se escuchaba de fondo la música del cuarteto.

—Disculpe lady Camelia, me preguntaba si... si tendría la amabilidad de bailar una pieza musical conmigo. —Su voz era claramente un tartamudeo continuo, pero ella asintió ante la extrañeza y se alejó de él al ver que los invitados que entraban en ese momento eran nada más y nada menos que el barón y la baronesa Di Rosso.

La flamante amante de Guicciardini.

Llevaba sin ver al susodicho desde el concierto, aunque quisiera atribuirse el mérito de que hubiese eludido aquellas veladas a las que él debía asistir junto a su hermana, lo cierto es que Edmondo solía evitarlas cada año, así que no podía vanagloriarse de ser la culpable de su ausencia, así como dudaba que hubiera acudido esa noche y más aún tratándose de un baile, porque si alguna vez se le veía, solía ser durante la cena.

Lo primero que Camelia percibió eran las miradas incesantes y descaradas. Trató de fingir que no le importaban, pero a estas se sumaron los cuchicheos conforme avanzaban y aquello comenzó a incitar sus nervios. Quería pasar desapercibida, que nadie se fijara en ella y no por vergüenza o pudor, sino porque no quería formar parte de aquel absurdo juego.

Por suerte para ella, Carlo apareció colocándose a su lado.

—Reconozco que me ha costado creer que eras tú, al menos desde el otro lado del salón.

—Si es un intento de halago, ahórratelo. Esto solo durará el tiempo que mi hermana Alessia permanezca en la ciudad.

Carlo emitió un gesto de extrañeza y arrugó la frente.

—En realidad iba a decir que te ves bien, pero si no te gusta, finge que no he dicho nada

—admitió Carlo.

—No puedo casi respirar, ni siquiera he podido colocarme los zapatos porque no me puedo doblar y eso sin contar que siento tanta presión en el pecho que no me extrañaría perder la consciencia a mitad del baile con Di Montis.

—¿Te ha pedido un baile lord Di Montis? —bramó aún más extrañado.

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Es poco... habitual en él. Es un gran conversador, no me mires así, pero es muy extraño verle bailar por la pista.

Aquello no le agradó a Camelia. Es decir, no quería ser alguien especial o que di Montis la pretendiera. Es cierto que era uno de los pocos caballeros respetables y a los que podría considerar en la ciudad pero...

Vio como un caballero se acercaba a su hermana Georgia y se inclinaba para besarle la mano, así que dirigió toda su atención hacia ese lugar para comprobar que se trataba de Guicciardini. Carlo se apartó de ella para ver que llamaba tanto la atención de su amiga y solo entonces, Edmondo alzó la vista para buscar a lady Camelia, deseaba ver ese fuego de ira en sus ojos amarillentos, pero para su sorpresa, el único fuego que encontró es el de él mismo cuando vislumbró la figura de la joven que él ya había intuido que se escondía bajo capas y capas de tejido.

Capítulo 13

Camelia era atractiva. ¡Esa dama pertinente era seductora! No podía ser verdad... no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Continuaba sin ser una beldad, desde luego, pero sus atributos lograban llamar la atención de cualquier hombre y ahora comenzaba a darse cuenta de que no era el único sorprendido por el cambio de la dama en cuestión.

¡Maldita sea! Acababa de considerar fascinante a lady Camelia. ¿Qué broma del destino era aquella?

—Lord Guicciardini —La voz femenina le atrajo de nuevo al presente y le hizo salir de aquella leve ensoñación.

—¿Sí? —dijo volviendo a contemplar a la dama en cuestión, que no era otra que lady Georgia, la hermana menor de la mujer que estaba acaparando sus pensamientos momentáneamente.

—¿Iba a decir algo? —inquirió turbada, como si no supiera gestionar demasiado bien la situación de incomodidad que se había creado al mantener su vista apartada de ella, ni más ni menos, que en su hermana.

—Por supuesto. Me preguntaba si sería posible que me concediera un baile. Incluso dos —añadió finalmente advirtiendo que aquello desataría demasiadas habladurías entre el público.

—Será todo un placer —contestó la joven cuyas mejillas se habían teñido de un ligero rubor.

Se apartó enseguida, con la intención de acudir a la mesa de refrescos en busca de algo que no fuera limonada, sino mucho más fuerte a pesar de que sería impensable encontrar coñac en una fiesta como aquella.

Lo más fuerte que logró encontrar era ponche y encima parecía lo suficiente aguado para no calmar su estado de inquietud. ¿Por qué demonios le inquietaba que lady Camelia le resultase mínimamente atractiva?

Porque no había sido mínimamente, estaba claro.

—Cualquiera diría que has visto un fantasma. Comportate, solo es un baile —escuchó la voz de su madre al mismo tiempo que fingía una sonrisa por si alguno de los presentes les miraban.

Lady Lucía siempre había sido la reina de guardar las apariencias y camuflar los problemas. Una verdadera actriz de élite frente a los demás.

—Lamento que mi actuación no esté a la altura, madre —dijo este bebiendo grandes sorbos del ponche—, estoy aquí, es lo que deseaba, así que no pida más —continuó vaciando su copa con la intención de alejarse, pero entonces vio como lady Camelia salía a la pista de baile acompañada por su primo.

—¿Ves? La estrategia de cortejarla ha funcionado, no solo ahora luce con un aspecto mucho más refinado y una apariencia digna de su posición, sino que Carlo parece embelesado y es incapaz de apartar la vista de ella. —Las palabras de su madre resonaban en sus oídos al mismo tiempo que contemplaba como Camelia sonreía por algo que Carlo decía.

Apartó la vista hacia lady Georgia y observó como miraba a la pareja, así como todos y cada uno de los asistentes que no se hallaban en la pista de baile lo hacían.

Carlo estaría loco si le proponía matrimonio. Realmente loco...

—Ahora, haz tú lo mismo con la menor de las Vassati. ¡Oh!, ¡Una boda doble que afiance la unión con esa familia sería espléndido! —exclamó en un aullido de absoluta conmoción.

Nunca había pensado en como debía ser la dama que cumpliera las funciones de esposa, porque entre otras cosas, jamás le había interesado el compromiso que le obligaría llegar a casa puntualmente a cenar, le restaría libertad y lograría más bien poca satisfacción, así que había alargado todo lo posible ese momento a pesar de reconocer que no sería un esposo fiel y comprometido ya que era impensable entregar su amor a una sola mujer. Podría respetarla dándole su lugar como duquesa, pero nada más.

No ambicionaba enamorarse de su futura esposa, aunque si encontrarla placentera y obediente. Lady Georgia podría satisfacer ese papel que su madre ansiaba, ¿Por qué no? Un carácter sumiso, lo suficiente hermosa para tentarle, extremadamente joven y con una dote tan generosa que se añadía al apellido y prestigio de su familia.

Y lo más importante, lady Camelia enloquecería.

La pieza actual se acercaba a su fin, y dejando su copa sobre una bandeja, se alejó de su progenitora para acercarse a lady Georgia que apenas se percató de su presencia por aguardar atentamente a la pareja del momento.

—Parece que nuestras familias serán felices después de todo —mencionó para llamar su atención.

—¿Cómo dice? —proclamó la joven dama.

—Su hermana lady Camelia y mi primo Carlo —dijo refiriéndose a ellos.

—¡Oh!, ¡Ya! —Lady Georgia hizo una mueca dulce—. Tal vez es lo que su primo desearía, pero mi hermana no profesa esa clase de sentimientos hacia él —susurró con un suspiro.

Las risas de lady Camelia acercándose hacia ellos atrajo de nuevo su atención y al verle, ella cambió aquella alegría por una mirada taciturna. Le agradaba causar ese efecto en ella, podría rechazarle, pero estaba claro que no le era indiferente.

El silencio se alargó durante unos segundos y Camelia se preguntaba que demonios hacia Guicciardini aún cerca de su hermana. ¿Había estado allí todo ese tiempo? Carlo le había distraído tanto para que no prestara atención a todo el público que les miraba que ni siquiera pensó en ese detestable hombre.

—¿Me concede el próximo baile, lady Georgia? —exclamó Carlo rompiendo aquel silencio y la aludida miró tanto a su hermana mayor como al duque que no dejaban de retarse con la mirada.

Camelia observó como su amigo Carlo se alejaba con su hermana conduciéndola a la pista y una vez que salieron de su alcance frunció el ceño.

—Creí dejarle claro que no debía acercarse a Georgia. Lady Georgia para usted —clamó apretando los dedos dentro de sus guantes de seda.

—Y creí dejarle claro que no es quien para darme órdenes. Haré lo que me placa, incluido el hecho de cortejar formalmente a su hermana.

¿Qué, qué?

—Ni hablar. ¡Olvídese de Georgia! Ella no merece a alguien como usted —dijo dando un paso hacia él.

Guicciardini no se lo pensó dos veces y a pesar de que la pieza musical había dado comienzo, cogió el brazo de la dama y la arrastró a la pista.

—¿Qué demonios hace? —exclamó Camelia.

—¿No es evidente? Estamos en un baile, así que bailar es lo que se espera que haga —contestó inclinándose para acercarse hasta ella y colocar su mano en la cintura mientras que colocaba la otra para que ella se uniera a él.

Contra todo pronóstico lo hizo, quizá porque era demasiado vergonzoso alejarse ya que él la había constreñido a que bailasen juntos.

—Usted y yo no bailamos. Discutimos —contestó alzando el mentón para confrontarle.

—Debería reconsiderarlo ya que pretendo convertirme en su hermano. —La provocó y sintió como ella le daba un pisotón a conciencia. —Aquello le hizo reír—. ¿Siempre es tan apasionada en todo lo que hace?

—¿Apasionada? —exclamó Camelia—. Puede decir malhumorada, irritada, indignada,

exaltada, disgustada o airada, pero desde luego jamás apasionada en su presencia.

Guicciardini volvió a reír y esta vez con mayor fervor.

—¿Se puede saber que le hace tanta gracia? —exclamó aún más enfadada.

—Su obstinación por aparentar que me detesta —decretó haciendo que Camelia abriera la boca perpleja.

—¿Aparentar? —exclamó frunciendo aún más el ceño—. Lord Guicciardini, no tengo la necesidad de fingir ante nadie y menos aún ante un patán sin oficio ni beneficio. Usted solo es un título y un rostro hermoso, pero nada más.

—¡Así que admite que soy hermoso! —bramó con excesivo ímpetu—. Lo que me hace reiterar una vez más, que su reticencia es completamente fingida. ¿Porqué no admite que le gusto, lady Camelia?

Esta vez, Camelia le dio un pisotón aún más fuerte y reprimió un gruñido que amenazaba con salir de su garganta cuando comprobó que el duque no se inmutaba, sino que sonreía complacido por haber ganado aquella batalla.

¡El muy arrogante!

Camelia supo instantáneamente que continuar con aquella conversación era una pérdida de tiempo, al igual que hacer entrar en razón a ese testarudo con patas. Así que prefirió mirar hacia otro lado y guardar silencio.

—Debería admitirlo y formalizar una tregua, teniendo presente que mostraré públicamente mis intenciones de cortejar a su hermana.

Guicciardini provocó el efecto deseado y ese color ambarino que poseían los ojos de lady Camelia se volvió más intenso al mirarle con aquel odio profundo.

—No puede hablar en serio —decretó.

—Nunca he hablado tan serio —dijo este con un ceje de seriedad—. Mi familia anhela una unión con los Vassati y eso deja solo dos opciones; su hermana o usted. —La estaba provocando, realmente estaba jugando con ella para saber hasta donde era capaz de llegar por esa obstinación de representar a su hermana menor.

Camelia se detuvo a pesar de que la música continuaba y las parejas a su alrededor continuaban danzando tratando de esquivarles.

—Hay otras damas ¡Decenas de ellas!, ¿Por qué tiene que ser Georgia? ¿Esto es un juego para usted? ¿Es eso? —gimió Camelia.

—Le agradecería que continuásemos bailando a menos que quiera que todo el mundo ponga sus ojos en nosotros —comentó Gabriele manteniendo la calma.

—Me importa un cuerno que me observen, llevan haciéndolo toda la vida y jamás me ha afectado la opinión de los demás, no va a cambiar ahora. Le dije que se alejara de Georgia. Le dije que mantuviera sus manos apartadas de ella. Y le advertí hasta donde estaba dispuesta a

llegar si no lo hacía —contestó alzando el mentón para encararle—. Nada de eso ha cambiado, así que se lo advierto, lord Guicciardini, si sigue adelante con su empeño, le hundiré en la miseria, aunque eso me obligue a hundirme con usted.

Camelia le dejó en la pista de baile para salir esquivando a las parejas que continuaban bailando en círculos por el salón y buscó refugio en el pasillo que conducía hacia los jardines exteriores de la casa.

Le faltaba el aire y ese corpiño que la habían obligado a ponerse no ayudaba en nada, de hecho, la tentación de adentrarse en una habitación privada y arrancárselo era alarmante, el problema es que no lo lograría ella sola.

—¿Lady Camelia? ¿Se encuentra bien? —La voz a su espalda la hizo girarse para descubrir la mirada de preocupación de lord di Montis—. He visto como salía de la pista de baile y se marchaba abruptamente, ¿Ha mencionado algo lord Guicciardini que pudiera ofenderla?

La intención por responder que sí, era tangible, pero no se trataba de Carlo, ni de un caballero con quien pudiera tener confianza.

—No. No... —contestó tratando de recomponerse—. Es solo que no estoy demasiado habituada a bailar y necesitaba un poco de aire —mintió y probablemente él lo sabría, pero no le importó.

—Si desea que cancelemos nuestro baile lo entenderé —contestó con su formal amabilidad.

—¡Oh, no! —exclamó rápidamente—. Solo le pediría esperar uno o dos bailes más para que pueda tomar aliento y estaré encantada de bailar junto a usted —sonrió con una amabilidad que en aquel momento ciertamente no tenía, pero que se forzaba a tener.

Lord di Montis era agradable, quizá no irradiaba la belleza de Guicciardini, pero desde luego era apuesto y con un semblante agradable. Nunca había tenido una conversación profunda que se saliera de los márgenes estrictamente sociales a los que caballeros como él se ajustaban en eventos sociales, pero las pocas veces que le había escuchado, le parecía alguien muy sensato.

—En ese caso, déjeme que la acompañe de regreso al salón y le ofrezca una limonada, seguro que se sentirá mucho mejor.

Camelia asintió sin llegar a responder, incluso algo atónita por la amabilidad y atención que repentinamente le ofrecía el caballero. Podía contar las escuetas ocasiones en las que había cruzado palabra con lord di Montis, no se excedían más allá de un par o quizá tres en las cuales siempre había sido cortés, pero jamás había sido tan directo como lo estaba siendo ahora y eso la inquietaba.

Las miradas cuando regresó al gran salón acompañada por lord di Montis eran reveladoras, de no ser porque el pasillo no estaba solitario, todo el mundo habría sabido que vendría de un encuentro furtivo, pero la integridad de aquel caballero era irreprochable y sabía

que, de hecho, Edoardo di Montis jamás se propasaría con una dama ni diría una palabra ofensiva, muy al contrario que Gabriele Edmondo de Guicciardini.

La limonada refrescó sus sentidos y también calmó su más que efusivo rencor hacia el duque, sobre todo cuando comprobó como éste bailaba una segunda pieza junto a su hermana, a la vista de todos, declarando a la nobleza florentina sus intenciones hacia la dama.

—Le mataré —susurró en una voz tan baja casi inapreciable que sonó más como un gruñido que como una maldición.

—¿Decía algo? —preguntó lord di Montis que no se había apartado de su lado desde que la encontró en el pasillo, aguardando a ese baile que tenían pendiente como si ella debiera darle una señal.

No le desagradaba el caballero, de hecho, no lo hacía en absoluto. En aquel transcurso de tiempo se habían limitado a hablar sobre temas triviales como el clima, su trabajo de voluntariado que él había alabado y por último, la música. Descubriendo que a ambos les gustaba Haydn y Bach.

En el momento que vio como Guicciardini acompañaba a su hermana sin soltarla de la mano de nuevo junto a su padre y la familia del propio duque que se encontraban próximos, di Montis la condujo al salón de baile en silencio y a diferencia de su anterior compañero, su rectitud le hizo mantenerse lo más distanciado y recatado posible de ella. Sus dedos apenas la rozaban y desde luego, no sentía la firmeza con la que Guicciardini la había envuelto.

—Disculpe mi ineptitud, no suelo bailar cuando acudo a este tipo de eventos —declaró anticipándose a sus pensamientos.

—¿Y por qué ha decidido hacerlo en esta ocasión? —preguntó Camelia intrigada.

Había pensado que tal vez se había visto forzado tratándose de una fiesta que daban sus propios progenitores en su casa familiar, pero no era la primera temporada que lo hacían, ella había estado en esa misma casa en dos ocasiones anteriores, aunque no podía recordar si lord di Montis había bailado siempre, ya que el caballero no había acaparado su atención.

—Deseaba tener la oportunidad de hablar con usted —contestó evitando mirarla.

—Se lo agradezco —contestó Camelia—. Es un caballero agradable y me complace hablar con usted, aunque no necesitaba invitarme a bailar para ello, habría mantenido una conversación igual de interesante sin necesidad de estar danzando —dijo evocando una sonrisa y logró que di Montis volviera su vista hacia ella.

—En realidad, deseaba hablar con usted de mis intenciones —aseguró provocando que Camelia sintiera la presión de su pecho con mayor ahínco—. Y preguntarle si está de acuerdo.

¿Era lo que estaba imaginando?, ¿Lord di Montis?

—¿Sus intenciones?

—Deseo cortejarla. A diferencia de otros caballeros, creo que su conversación es mucho

más interesante que la del resto de damas que he tenido el placer de conocer. No soy un hombre que se deje llevar por sentimentalismos y tampoco creo que lo haga usted o no me explicaría el hecho de que aún siga soltera—. Camelia le observó atónita—. Disculpe si he sido abrupto, no pretendía ofenderla, solo observaba que siendo una dama de conversación interesante, ineludiblemente hermosa y perteneciente a una familia como la suya, he dado por sentado que si aún no se ha casado es porque busca a un candidato adecuado y que el amor, para usted, no supone una condición.

La música cesó dando por acabado el baile, pero Camelia observó como di Montis no le ofrecía la mano para salir de la pista de baile, sino que continuaba frente a ella esperando una respuesta.

—¿Quiere mostrar sus intenciones a todos? —exclamó Camelia comprendiendo que las intenciones de lord di Montis eran irrefutablemente serias.

Era la primera vez que un caballero le dejaba claro sus intenciones de cortejarla y ella no tenía ninguna objeción aparente con la que oponerse.

—Sí —afirmó—. Aunque le agradecería que me diera una respuesta.

Había imaginado tantas veces que se quedaría soltera, que, simplemente, la opción de ser una esposa y tener su propia familia quedaba demasiado lejana. Ahora, sentía por primera vez que realmente era posible. Muy posible.

Camelia dirigió su vista hacia donde estaba su padre, su hermana mayor y por desgracia también el insufrible de Guicciardini junto a su hermana pequeña que la observaba fijamente.

—Estoy de acuerdo —afirmó volviendo a colocar su mano junto a la de él esperando los siguientes acordes para bailar la próxima pieza.

Capítulo 14

—¿Lord di Montis y tú? ¿En serio?

—No sé porque te sorprende tanto, es un caballero agradable y formal —contestó Camelia con la vista fija en la ventanilla del carruaje sin mirar directamente a su hermana menor que parecía realmente sorprendida.

No le había instado ningún tipo de agravio por aceptar las intenciones de Guicciardini expresadas a toda la nobleza florentina esa misma noche durante el baile, al igual que di Montis había hecho con ella y ahora, las hermanas Vassati que aún permanecían solteras, parecían más cerca del matrimonio que nunca. No había pensado en lord di Montis como esposo, jamás lo había hecho, pero si tenía que pensar en alguien que ocupara ese lugar, era uno de los pocos caballeros que no le desagradaban, aunque tenía que reconocer que era demasiado serio para su gusto.

—Precisamente —corroboró Georgia—. Es demasiado serio, creo que no le he visto reír en mi vida y es demasiado estricto con las normas. Aunque eso no sería un problema si te agrada...

—Me agrada —constató Camelia pese a que no era del todo cierto.

Di Montis era cortés, formal, serio, quizá a veces incluso demasiado estricto con las normas y podía mantener una conversación algo más profunda a diferencia de otros caballeros. Tenía la sensación de que junto a él, podría llevar una vida tranquila, pero también debía reconocer que era muy probable que no admitiera algunas de sus actividades poco propias para una dama. Claro que siempre podía hacerlo a escondidas como lo venía haciendo con su padre.

¿Realmente estaba planteándose la posibilidad de casarse con di Montis?

—Siempre he creído que terminarías casándote con Carlo, tal vez solo estoy sorprendida —constató de nuevo Georgia con un tono de voz extraño.

—Sabes que siempre he considerado a Carlo como un hermano —dijo volviendo la vista hacia ella y viendo ese aura infantil que aún no la había abandonado.

Era demasiado joven para casarse y menos aún con Guicciardini a pesar de la posición que este podía darle. No estaba preparada para asumir toda clase de vejaciones a las que él la sometería con sus aventuras amorosas ilimitadas.

—Quizá, pero él siempre ha tenido ojos solo para ti, probablemente le hayas destrozado el corazón después de lo de esta noche.

Camelia pensó responder durante unos segundos, pero dudó. ¿Podría Carlo estar enamorado de ella? No. Imposible. Incluso cuando le dijo si se casaría con ella llegado el caso, admitió que lo haría, pero por su amistad, no porque sintiera un amor real hacia ella, sino fraternal.

—Parece que a las dos os ha ido bien esta noche —dijo Alessia y Georgia comenzó a sonreír con cierta satisfacción.

—Sigo diciendo que Guicciardini no te conviene, ese hombre no es capaz de ser fiel ni a su propia sombra.

—Lord Guicciardini jamás ha mostrado intenciones de contraer matrimonio, tampoco tendría porque hacerlo esta temporada y, en cambio, nuestra querida Georgia parece haberlo deslumbrado. Yo diría que está muy enamorado de ella... lo que me lleva a inquirir en tu comportamiento. Te ha invitado a bailar por cortesía y tu te has marchado a mitad del baile. No importa si no lo soportas, si las cosas se dan como deben, se convertirá en nuestro hermano y, como tal, deberás tratarle. Así que aprende a guardar para ti misma tus pensamientos. Una alianza con los Guicciardini sería realmente grandiosa para padre. —Alessia frotó la mano de Georgia como si estuviera realmente complacida de su logro y más aún en su primera temporada.

Camelia evitó bufar de absoluta conmoción. ¿Cómo era posible que Alessia consintiera semejante aberración?

—Después de hoy, habrá que invitar a lord di Montis y a su hermana a la fiesta de campo, ¿No creéis? —exclamó Georgia sonriente.

—Desde luego. Mañana extenderé ambas invitaciones. Tendremos que ajustarnos aún más para compartir habitación, pero esta noche lady Lucía me ha confirmado que su propio hijo ha mencionado que asistirá —comentó complacida mirando de forma cómplice hacia Georgia—. ¿Creéis que le importará si le obligamos a compartir habitación con su primo? —dijo mirando únicamente a Camelia—. Tal vez al tener confianza con Carlo, si se lo preguntas...

—No deberíamos tener un trato de predilección solo por su posición, así que no debería importarnos su opinión. Carlo es un familiar y, por tanto, se considera oportuno que puedan compartir habitación.

Un ambiente privado e íntimo era lo último que deseaba para ese cretino y sus desconsideradas intenciones hacia su hermana. Bueno, y ya puestos hacia cualquier dama presente en la reunión campestre.

Y si arrojaba un imprevisto a última hora para no asistir a la fiesta campestre cuando descubriera que no tendría la libertad que ansiaba para cometer sus fechorías, mejor que mejor. Puede que Georgia fuera demasiado inocente, ingenua o le obnubilara la razón el hecho de convertirse en duquesa, pero ella conocía de sobra las malas artes de ese libertino sin una pizca de remordimiento y sabía que más pronto que tarde, dañaría el corazón y la dignidad de su pobre hermana.

—Ciertamente si queremos que lord di Montis asista a nuestra pequeña reunión, no tendremos más remedio que colocarles en la misma estancia.

—¿Y que sucederá con su hermana lady Cecilia?

—Puede ocupar mi lugar —dijo Camelia teniendo una gran idea—. Me alojaré en el altillo, no es propio para una dama, tampoco para un caballero, pero nadie notará que una de nosotras no se aloja en la misma alcoba que el resto, podrán pensar que estamos en otra habitación. Lo mantendremos en secreto —dijo como si se estuviera sacrificando, cuando, en realidad, prefería hallarse a solas en los momentos de descanso en lugar de tener que guardar la compostura en todo momento.

—Es una idea fantástica, aunque tal vez debería ser yo quien durmiera en el altillo —corroboró Alessia.

—Tu sabrás dar órdenes a las damas y Georgia tiene la misma edad de lady Valentina y Cecilia, se esperarán que estén alojadas en la misma alcoba. No hay espacio para otra cama, de hecho, casi no lo hay para las que ya están invitadas.

—Está bien, aunque será mejor no comentárselo a padre, esto quedará entre nosotras.

Ninguna de las tres se opuso al plan y al menos, estuvieron de acuerdo en algo por una vez a pesar de compartir pensamientos demasiado dispares.

Camelia mantuvo silencio durante el resto del trayecto mientras escuchaba hablar a Alessia de los preparativos y, a pesar de clavarse las uñas cada vez que mencionaba a Guicciardini como su invitado especial, decidió que no opinaría nada respecto a él, a la vista estaba que no serviría, quizá, ellas mismas pudieran ver con sus propios ojos la clase de caballero que le caracterizaba realmente. Pensó en la lista de jóvenes invitadas a la reunión campestre, ¿Llamaría alguna de ellas su atención lo suficiente por encima de Georgia o se desharía en atenciones hacia su hermana solo para proseguir con ese absurdo interés en cortejarla?

Sus pensamientos habían sido acaparados por completo por culpa de ese mal nacido y ni siquiera se había parado a pensar en lo que implicaba haber incentivado a lord di Montis a cortejarla. No lo había pensado demasiado, de hecho, no lo había pensado en absoluto y ahora sentía una especie de remolino en la boca de su estómago que la hacía querer vomitar. ¿Había hecho bien en aceptarle? No es que le hubiera pedido matrimonio, sino que más bien quería saber si ella podía estar interesada en él. Y ni ella misma sabía si era así.

No amaba a lord di Montis, pero quizá con el tiempo, mucho tiempo, tal vez lo podría lograr.

A la mañana siguiente justo después de que Alessia comunicara durante el desayuno a lord Vassati de las declaradas intenciones que parecían tener dos caballeros en sus hijas, el mayordomo anunció la visita de uno de ellos. Se trataba de lord di Montis, venía completamente solo y traía flores.

Por primera vez, Camelia se sintió abochornada y halagada al mismo tiempo.

En cuanto entraron en el salón que habitualmente servía para las visitas formales y al que solían darle más bien poco uso, Camelia no supo qué decir más allá de agradecer aquel gentil gesto.

—Es una casa espléndida —mencionó lord di Montis con la misma cortesía de siempre, pero Camelia percibía su gran incomodidad.

El timbre de la puerta se escuchó de nuevo y por un momento rogó que fuese su amigo Carlo.

—Si. Ciertamente lo es, fue construida en el siglo XV aunque mi padre la reformó mucho antes de que naciera. Aún mantiene las columnas de piedra de la época en la parte delantera, los dibujos tallados a mano son realmente espléndidos.

Camelia vio que él habría los ojos sorprendido, como si no comprendiera que una dama pudiera apreciar semejante obra de arte.

—¿Le gusta la arquitectura? —preguntó él ahora curioso.

—Me gustan bastantes materias a decir verdad. Sobre todo la filosofía o medicina, me resultan especialmente fascinantes.

Lord di Montis la miró contrariado.

—No es posible que una dama posea tales conocimientos, ¿Es que su padre le deja leer sobre esos temas?

La aparición del duque de Guicciardini junto a su hermana Georgia evitó que Camelia tuviera que responder, pero pudo comprender, que a pesar de ser un caballero honesto y gentil, lord di Montis jamás aprobaría sus peculiares gustos.

Mientras su pretendiente le hacía una reverencia a Guicciardini, Camelia le observó altivamente sin dignarse a postrarse ante él a pesar de su rango. Estaba en su propia casa, así que no pensaba realizar ninguna deferencia hacia un título del que no era merecedor.

—¿Lord di Montis, le ha mencionado mi querida hermana que pronto daremos una fiesta campestre? Será una reunión entre amigos cercanos a la familia, pero estaremos encantadas de que usted y su hermana lady Cecilia nos acompañen.

Camelia contempló aquellos ojos claros de Guicciardini que la miraban con fulgor, en realidad, interpretaba una especie de desafío o incitación en su gesto y teniendo presente como

acabó su conversación la noche anterior, suponía que estaba dispuesto a continuar con su juego, ¿Por qué iba a estar allí a esa hora y completamente a solas? ¡El muy bastardo pretendía realmente cortejar a Georgia e incluso casarse con ella!

—Apenas llevo unos minutos, por lo que creo que lady Camelia no ha tenido aún la oportunidad de decírmelo, pero en nombre de mi hermana, puedo afirmar que estaremos encantados de asistir a su reunión campestre. Nada mejor que el aire de la naturaleza para aclarar las ideas y afinar los sentidos ¿No cree?

—¡Desde luego! —exclamó Georgia y observó a Guicciardini, que aún mantenía la vista fija en Camelia, como si el hecho de que el primero que dejase de mirar al otro, perdiera aquella provocación absurda—. ¡Que flores tan preciosas! —continuó apreciando el ramo que aún tenía Camelia en sus manos y solo entonces logró que el duque se fijase en el colorido floral que albergaba—. Aunque a Camelia le encantan las flores silvestres, siempre dice que huelen mucho más que las que cultivan en invernadero. Lo cierto es que a mi me gustan las rosas y si son rosadas aún más —advirtió enfatizando el detalle de que Guicciardini no le había traído absolutamente nada, quizá porque era la primera vez que visitaba formalmente a una dama.

—Tenemos un jardín lleno de rosas precisamente porque te encantan, Georgia. Y cada mañana te colocan flores frescas en la habitación.

—Me gustaría ver ese jardín —mencionó de pronto el duque.

—¡Por supuesto! —exclamó Georgia efusivamente, aunque después dudó—. ¿Nos acompañáis?

Camelia no dudó en seguirles a pesar de que no esperó una respuesta por parte de lord di Montis, pese a que este no parecía contrariado, pero prefería seguir de cerca las manos de Guicciardini y asegurarse que se mantuvieran lejos de su hermana. Era un día soleado, aunque hacía algo de fresco y ni siquiera se preocupó de coger su chal para no perder más tiempo, mantenían una distancia prudencial con la otra pareja, siguiéndoles de cerca, mientras su acompañante no dejaba de hablar del increíble negocio que suponía la importación de especias desde la india y fingía que era una conversación de lo más interesante, realmente su atención estaba puesta en los movimientos que Edmondo creaba con su cuerpo al caminar, admitiendo que a pesar de odiarle, detestarle y quererle muy lejos de su hermana o ella misma, tenía que reconocer que era mucho más definido y atractivo que cualquier otro hombre que hubiese conocido.

Capítulo 15

La visita de Guicciardini, duro exactamente el mismo tiempo que lo hizo la de lord di Montis, aunque a Camelia le duró el resquemor todo el almuerzo y gran parte de la tarde si no fuera por la aparición de Carlo.

—¿Te traigo libros nuevos y ni siquiera tienes la cortesía de agradecermelo? —La increpó moviendo la torre del tablero de ajedrez para comerse su alfil—. Por no decir que estas tan distraída que te voy ganando y solo consigo ganarte cuando tienes la cabeza en otra parte.

—¡Es tu maldito primo y su empeño en cortejar a Georgia! —bufó volviendo su vista a la mesa y valorando la partida.

Había aprendido a jugar con seis años una tarde lluviosa en la que estaba demasiado aburrida. Carlo le había comentado que estaba aprendiendo y ella rogó a su padre que le enseñara para poder jugar con su mejor amigo, por suerte, no lo considero poco femenino, aunque había bastantes damas que sabían jugar al ajedrez, se consideraba un entretenimiento de estrategia y demostración de inteligencia, así que estaba mal visto que una mujer jugase con un hombre, aunque Carlo y ella lo hacían siempre en un ambiente íntimo y familiar.

—Algo he oído, si —comentó con un tono disperso, como si no deseara darle demasiada importancia, quizá porque sabía cuanto le afectaba el tema a Camelia.

—Lo único que les importa a todos es que es un maldito duque y ese empeño en que nuestras familias se unan mediante el matrimonio, ¡Es una estupidez!

—Mi primo no ha mostrado intenciones serias de esposarse hasta ahora, desconozco si sus motivos están mayoritariamente influenciados por mi tía, ya que ansía un matrimonio entre ambas familias, pero si puedo asegurar que Gabriele parece bastante decidido o no habría mostrado sus intenciones en el baile.

—Solo quiere fastidiarme. ¡Eso es lo que ocurre!

—Dudo que quiera casarse con Georgia por incordiarte. Lo hará porque es la dama más hermosa de la temporada, procede de una familia pudiente, esa unión beneficiaría a ambas

familias y a todos nos consta que ella parece más que dispuesta a dicho compromiso.

Camelia dejó de observar el tablero para mirar directamente a su amigo.

—¿Tu estás conmigo o contra mí? —exclamó moviendo un peón y comiéndose la torre que pocos segundos antes había devorado a su alfil.

—No soy tu enemigo, pero alguien debe decirte la verdad. Aunque esa verdad duela —corroboró Carlo y sacó de su escondite a la reina para comerse el otro alfil.

En un movimiento rápido, Camelia quitó a la reina de Carlo del medio y se colocó en jaque contra el rey.

—Georgia se merece a alguien que la respete, a un caballero que la honre, que la cuide, que le de su lugar y no a ese imbécil que tienes por primo que lo único que hará es deshonrarla en cuanto ella se de la vuelta.

Carlo movió a su rey para esconderlo tras un peón y su caballo.

—¿Acaso le has buscado pretendiente? —ironizó.

—No, aunque podría... cualquiera sería mejor que ese mequetrefe. Por ejemplo tú, así todos estarían felices.

Camelia usó su torre para comerse el caballo. Si Carlo intentaba avanzar con el rey, terminaría la partida.

—Todos menos tu hermana, ¿No crees? —exclamó sin tocar el tablero.

Camelia se dejó caer en la butaca y bufó.

—Ella te conoce desde siempre, confiaría en ti y sé que tu cuidarías de ella como ningún otro hombre que conozco, pero ya sé que es una idea demasiado absurda y fruto de la desesperación. ¿Georgia y tú?, ¿Lo imaginas? —Inesperadamente comenzó a reír, pero Carlo tumbó a su rey dando la partida por acabada.

—Sería increíblemente absurdo. Si —admitió levantándose.

—¿Te vas tan pronto? Pensé que te quedarías a cenar. —Camelia se incorporó sorprendida.

—Olvidé decirte que debo hacer unos recados para mi padre, así que será en otra ocasión. Saluda a tu padre de mi parte —advirtió colocándose el sombrero.

—Claro. Por supuesto que lo haré —afirmó aún extrañada por su semblante.

Carlo no añadió nada más, simplemente cogió su capa y se marchó abruptamente, dejando a Camelia aún más anonadada.

Encontró a sus hermanas en el pequeño saloncito, Georgia había organizado un picnic para la reunión campestre que cada vez estaba más cercana e incluso había hecho una lista de todo lo necesario para que fuera perfecta; bollos de miel, mantequilla, fruta, queso, rollitos de canela, panecillos salados, varios embutidos y, por supuesto “prosecco” el vino espumoso favorito de mamá.

—¿Dónde está Carlo? Le he dicho a la cocinera que seremos uno más en la cena — comentó su hermana menor.

—No se quedará, tenía algunos asuntos que atender... —contestó sin darle demasiada importancia, aunque aún le parecía muy extraño el modo en que su mejor amigo se había marchado.

Vio como sus dos hermanas la observaban extrañadas.

—Carlo siempre se queda a cenar cuando viene a estas horas —insistió Georgia—. ¿Habéis discutido por lord di Montis?

Camelia abrió la boca y luego la cerró.

Ni si quiera habían hablado sobre él, pero ahora no dejaba de rememorar cada dialogo de su conversación en el que básicamente se centraba en su oposición a que Guicciardini cortejara a Georgia.

—¡Claro que no! —espetó a su hermana y una sensación de opresión en su pecho comenzó a atosigarla.

No habían hablado de lord di Montis, pero si había dicho que él sería un marido espléndido para Georgia y parecía haberse ofendido. ¡Dios! ¡Su hermana menor no podía tener razón! ¡Carlo no podía estar enamorado de ella!

Tenía que aclarar aquello de inmediato, debía hablar con Carlo urgentemente y salir de dudas.

—¡Volveré antes de la cena!, ¡Tengo que hablar con Carlo enseguida!

No esperó a que Alessia rebatiera su argumento, simplemente cogió el primer chal que encontró y que no era suyo, para salir por la puerta principal y correr calle abajo en dirección a la casa de Carlo. Era más que probable que no tuviera que hacer ningún recado y si así fuera, estaba dispuesta a esperarle en su casa hasta que regresara.

Era tarde para ir sola, lo sabía, pero no pensaba dar marcha atrás para pedirle a una doncella que la acompañara, además, aún faltaba más de una hora para que el sol cayera lo suficiente y la luz de ambiente se dispersara. Ya le pediría un carruaje a los Guicciardini para regresar a casa, por suerte no vivían demasiado lejos, así que decidió atravesar un callejón poco transitado para acortar la distancia. Debería haber cogido la capa de su criada como solía hacer cada jueves temprano en lugar de aquel chal que apenas la cubría, otro error fruto de su imprudencia repentina. Decidida, se adentró aún más en el callejón al que apenas llegaba la luz diurna a esas horas y a pesar de no tener miedo alguno, el hecho de que no hubiera nadie discurriendo por allí le hacía estar alerta.

Solo estaba a pocos pasos de distancia de la calle que le conduciría a la entrada de carruajes de la gran mansión donde vivía Carlo, casi había llegado, solo debía dar unos cuantos pasos más y...

El golpe la hizo tambalearse, ni siquiera había visto la sombra acercarse porque giró su rostro hacia atrás para cerciorarse de que nadie la seguía, pero el impacto la dejó parcialmente aturdida hasta que se dio cuenta de que permanecía pegada a otro cuerpo y que, de este, emanaba un calor reconfortante.

—¿Asaltando caballeros a estas horas, enana? Me parece muy impropio viniendo de ti...

—La voz se hizo plausible antes de que su visión alcanzara a ver de quien se trataba.

¡Otra vez él! ¿Tan mala suerte tenía para cruzárselo en todas partes?

—Apartad sus sucias manos de mi —soltó sin miramientos.

Estaba enfadada. Cabreada y tan colérica que no se hacía responsable de sus propias decisiones en aquel momento.

—Vaya, vaya, vaya. Creo que lord di Montis solo ha conseguido vivificar a la bestia. ¿Acaso has descubierto que sus intenciones no eran tan honorables?

Camelia trato de quitarse aquellos brazos que rodeaban su cintura, pero dejó de hacerlo al oírle hablar de di Montis.

—Lord di Montis es el hombre más honorable que conozco y si hay alguien aquí que peca de falta de honorabilidad, es usted, patán sin vergüenza y sin moral.

Lejos de ofenderse, Gabriele solo soltó una carcajada sin mostrar un ápice de intención de soltar a la dama.

—Yo puedo pecar de honorabilidad en cuanto a instinto carnal se trate, pero muestro mis intenciones claras, algo que vuestro lord di Montis esconde muy bien.

Camelia no quiso escuchar las mentiras que tuviera que decir sobre otro caballero, estaba claro que solo pretendía molestarla.

—Con quien desee casarme no es algo que le incumbe, como tampoco los motivos —dijo para zanjar el tema.

—Se equivoca —rebatío él—. Usted se ha tomado la libertad de decidir sobre mi elección, así que eso me concede todo el derecho de hacer lo mismo.

Camelia abrió la boca sin poder creerlo. ¿De verdad estaba comparando su objeción respecto al matrimonio con su hermana con el de ella y lord di Montis? Bueno, ni siquiera estaban comprometidos, solo era una posibilidad.

—¡Usted no es mi padre! ¡Ni ningún miembro de mi familia! ¡Ni mucho menos se puede considerar un amigo! —bramó con ímpetu.

—No —jadeó él—. Desde luego que no —agregó fijando la vista en aquellos labios que incitaban al pecado más oscuro.

Esa vitalidad, esa pasión que irradiaba debía ser a la fuerza pura carnalidad en el lecho y la simple idea de pensarlo le incitaba.

¡Dios!, ¡Se estaba volviendo completamente loco si relacionaba a lady Camelia y el deseo

carnal en el mismo sentido!

Camelia se dio cuenta del modo extraño en que él la observaba y de que tenía la vista fija en sus labios, o en su cuello, de no ser porque el chal le cubría habría pensado que su desfachatez le había hecho observar muy de cerca su escote, pero con alguien como Edmondo ¿Que se podía esperar? Era la desfachatez e insolencia en persona.

—Aparte sus sucias manos de mi —reiteró por segunda vez queriendo parecer segura y al mismo tiempo asqueada de tenerle tan cerca, pero la realidad es que fue un jadeo cuando sintió como sus dedos apretaban la parte de su cuerpo en la que acababa el corsé, hundiéndose en su carne a través de la tela.

—No —negó categóricamente—. No hasta que me digáis que hacéis a estas horas completamente sola en un callejón y sin compañía.

—Mis asuntos no le atañen lord Guicciardini —declaró recuperando su control.

—Sus asuntos me atañen cuando planeo casarme con su hermana, lo que me convierte en su familia y, por tanto, mi interés. No dejaré que mancille la reputación de mi futura esposa.

¡Que descaro era ese!, ¡No solo le había advertido que sería capaz de matarlo antes de dejar que se casara con Georgia, sino que además, se regodeaba de ello en su cara!

«Plaf»

Camelia alzó la mano y le dio una sonora bofetada que pareció aún más fuerte por el silencio del callejón en el que se hallaban. El escozor en su mano le importaba más bien poco, su regocijo en ver como la mejilla de él se enrojecía era lo suficiente placentero para compensarlo.

—¡La única persona que mancillará la reputación de mi hermana es usted si pretende casarse con ella! —bramó en un tono tan alto que si alguien se había adentrado en la calle le habría oído sin dudarlo.

Gabriele encolerizó, la apretó contra él y se acercó tanto a su rostro que su aliento se mezclaba con el suyo. ¡Esa dama era incorregible! ¡Insensata! ¡Pertinaz! ¡Y con una bravura impropia de su condición!

Por un instante Camelia pensó que iba a besarla, aunque solo fuera como represalia por haberle dado aquella bofetada y usar ese beso como castigo. No. El no podía ser el primer hombre que probara sus labios, ni el primero ni el segundo, ni nada, no concebía que ese patán se atreviese a tanto. En el momento que sintió como su nariz se rozaba con la suya un ferviente calor en su vientre le hizo olvidarse de que podían ser descubiertos, de que si alguien salía en ese momento de la mansión de los Guicciardini estaban condenados a enlazarse de por vida, pero ni siquiera eso parecía alterar las intenciones de Edmondo, que la estrechaba contra él con tanta

intensidad que Camelia podía percibir cada músculo de su cuerpo bajo el traje hecho a medida que llevaba puesto.

—Me casaré con su hermana —gimió tan cerca de sus labios que por un instante los rozó sutilmente y la corriente fue frenética, pero logró resistir el impulso de devorarlos con firmeza—. Y no podrá hacer nada para impedirlo.

Tras decir aquello se separó bruscamente provocando que Camelia se tambalease y diera varios pasos hacia atrás antes de lograr mantener el equilibrio. Aquel sutil roce la había desestabilizado mucho más que la brusquedad con la que se había apartado, pero la firmeza de su aseveración, le decía que aquel empeño de contraer matrimonio con Georgia estaba muy infundado con la idea de atormentarla.

—Lo hace para fastidiarme, ¿No es cierto? ¡Es capaz de arruinar la vida de mi hermana solo por su estúpido orgullo!

Gabriele sonrió de medio lado y evitó mirarla.

—No voy a negar que me complace ver como alguien la pone en su lugar, algo que su progenitor debió hacer hace mucho tiempo. Usted es una mujer y no tiene opinión, criterio o consideración en estos asuntos. Necesito una esposa y mi familia estaría complacida de que fuera una de las hijas de lord Vassati. Su hermana mayor está casada y está claro que usted no es una opción, eso deja solamente a lady Georgia a mi disposición y le aseguro que será más que complaciente en nuestra noche de bodas.

—¡Buitre de mala calaña! —exclamó con la intención de propinarle otra bofetada, pero esta vez, Gabriele fue capaz de retenerla a tiempo alcanzando su brazo.

—Vuelva a intentarlo de nuevo y sabrá lo realmente repulsivo que puedo llegar a ser —bramó viendo como el chal se le había abierto dejando a relucir un escote demasiado inapropiado para una dama que caminaba solitaria a esas horas.

¿En que demonios pensaba esa mujer saliendo sola de casa a esas horas? ¿Es que deseaba que la mancillaran?

Camelia forcejeó para soltarse pero él la agarró con firmeza mientras la arrastraba hacia la entrada de carruajes de la casa familiar. A pesar de ser el mismo edificio, se diferenciaba en varias secciones para albergar a toda la familia, incluido su primo, eso otorgaba privacidad al núcleo familiar, pero estaban lo suficientemente cerca para reunirse cuando quisieran.

—¡Soltadme inmediatamente! —increpó Camelia, solo que Guicciardini no lo hizo hasta que llegó al pasillo que conducía a la servidumbre hacia las estancias familiares.

—Será un placer perderte de vista, ¡Enana! —dijo dándole un empujón para que entrara y

dándose media vuelta sin despedirse.

Lord Edmondo de Guicciardini, un duque con los modales de un asno, ¡Eso es lo que era!

Tenía algunos mechones fuera de su recogido, el chal abierto, un aspecto agitado y seguramente las mejillas teñidas de color por el enfurecimiento que aguardaba en su interior, por eso, en cuanto una de las doncellas la reconoció puso el grito en el cielo pensando que la habrían agredido.

Si. Había sido agredida en su orgullo, de eso no había ninguna duda.

Capítulo 16

Carlo llegó apresurado y soliviantado cuando Camelia dio el primer sorbo de té caliente. Necesitaba calmar sus nervios antes de afrontar aquella conversación que realmente no deseaba, pero debía cerciorarse de los sentimientos de su mejor amigo.

—¿Que haces aquí? —exclamó aturdido—. La doncella no sabía explicarme nada y estaba realmente alterada, ¿Es que te han asaltado?

Podría decir que sí, puesto que en términos reales, lord Guicciardini la había asaltado y casi besado sin su consentimiento, pero también es cierto que ella le había propinado un guantazo y casi un segundo de no ser porque se lo había impedido, pero ese no era el motivo por el que estaba allí y pensaba solucionar ese inconveniente en otro momento.

—Estoy bien, solo me he alterado por la premura en llegar lo antes posible. Me fui de casa cuando te marchaste y no pensé en pedirle a una doncella que me acompañara. Ya sabes. Soy demasiado imprudente y impulsiva cuando se me mete una idea en la cabeza.

Carlo relajó el semblante, no le extrañaba la imprudencia de Camelia, estaba acostumbrado a ella, pero sí había temido por su propia seguridad.

—¿Y porqué has venido? Te dije que tenía varios asuntos que atender...

—Y no sabes mentir, lo que me llevó a sobreentender que algo te había molestado de nuestra conversación y sé que no podría dormir hasta estar segura de que es lo que te hizo marcharte de ese modo —rebatíó dejando la taza y colocándose de pie para acercarse a su amigo—. Eres como el hermano que nunca tuve, de hecho, estoy segura de que si tuviera uno, la cercanía y conexión que tenemos no sería la misma o distaría mucho de acercarse. Nunca ha existido secretos entre nosotros Carlo, así que necesito saber cual es el motivo real por el que te has ido de ese modo.

Carlo pareció reacio durante unos segundos y después pasó de largo hasta acercarse a la licorera que había en la esquina opuesta donde se hallaba Camelia.

—Tienes razón en pensar que estoy molesto, pero te equivocas en algo —afirmó vertiendo el líquido sobre el vaso—. Llevo tiempo mintiendo, lo suficiente para que no te hayas dado cuenta, pero no te culpo, yo mismo desconozco en qué momento ha sucedido o como es

posible que mis sentimientos hayan cambiado de ese modo.

—¡Oh, Dios! —gimió Camelia no pudiendo creer que su hermana tuviera razón. ¡Carlo no podía amarla! ¡Se habían criado como hermanos! —. Carlo yo no... no... yo no...

Carlo se echó a reír y eso la confundió aún más.

—No estoy enamorado de ti, Camelia —dijo haciendo que ella estuviera aún más estupefacta—. Aunque sería mucho más fácil o comprensible, al menos puedo coincidir plenamente contigo en que mis sentimientos hacia ti son como los de una hermana y precisamente por eso nunca fui capaz de confesarte nada.

¿De qué estaba hablando?

—No lo entiendo —dijo finalmente—. Dices que me has estado mintiendo, que tus sentimientos han cambiado pero que no podías confesarme nada, ¿Por qué? —preguntó siendo incapaz de ver la realidad.

—Porque estoy enamorado de tu hermana Georgia.

La realidad de aquello le impactó lo suficiente para tener que agarrarse al respaldo del diván y no caer al suelo. Carlo, su querido e íntimo amigo Carlo se había enamorado de su hermana pequeña y probablemente había tenido que guardar esos sentimientos con la esperanza de tener una oportunidad, la misma que su dichoso y petulante primo le había arrebatado con su maldito título de duque.

—¡Oh, Dios! —exclamó esta vez con desgana.

—Si —afirmó Carlo—. Mi petulante primo, ese al que odias con todo tu ser, se casará con la mujer que amo y no podré hacer nada para impedirlo.

—¡Tu serías mil veces mejor marido para Georgia que él! ¡Tienes que confesarle tus sentimientos! ¡Decirle lo que sientes! —exclamó Camelia.

—No —Carlo dio vació la copa en su boca de un solo trago y dejó el vaso en el aparador para dirigirse hacia su amiga—. Georgia jamás rechazaría a un duque por un caballero de menor rango, por muy mala reputación que ostente. El día que se enfrentó a ti en el carruaje, me quedó muy claro que ella desea ese matrimonio y probablemente también le desee a él como todas las damas de Florencia, salvo tú.

—Carlo... ¡No puedes renunciar a ella de ese modo! ¡Menos aún por él! —gritó.

—No se renuncia a lo que jamás se ha tenido, Camelia. Soy consciente de mis limitaciones, pero esta tarde cuando mencionaste que yo sería mucho mejor para ella que él, me dolió ese sentimiento de ensoñación durante un instante. Me hizo comprender que ella no sentirá lo mismo que siento yo y que tendré que esconder mis sentimientos durante el resto de mi vida.

Camelia no supo que decir, ni que hacer, ni como reconfortar a su amigo cuando era evidente que estaba abatido, así que simplemente se acercó y colocó sus manos sobre las de él percibiendo como evitaba mirarla.

—Sé que Georgia no ama a tu primo y que tú la harías inmensamente dichosa y feliz si quisiera casarse contigo.

—No lo entiendes aún, ¿verdad? —contestó Carlo alzando los ojos—. Puede que no ame a Gabriele, pero es indudable que le atrae. No tengo ninguna posibilidad, por no mencionar que ninguna dama renunciaría a ser duquesa para ostentar un rango menor por muy mujeriego que haya sido mi primo. Asumí que sería así anoche en el baile, cuando él declaró sus intenciones, supongo que ya no importa que esconda o no mis sentimientos. Primero fui prudente porque aún era demasiado joven y era su primera temporada, ahora... me arrepiento de no haber sido consecuente antes, pero temía el rechazo y mi propia vergüenza al fracaso me ha hecho perderla para siempre.

Camelia sintió como las lágrimas silenciosas caían por sus mejillas al ver que su íntimo amigo sufría y más aún porque a pesar de su necedad respecto a Guicciardini y su propia hermana, le comprendía. Ella no había amado de ese modo, tan puro, inocente y al mismo tiempo generoso, capaz de renunciar a ese amor sin batallar al creerlo una causa perdida.

—Debes prometerme que no le dirás nada a tu hermana. Prométeme que no le dirás nada de esto a nadie. Por nuestra amistad, por el lazo que nos une, júrame que jamás pronunciarás una sola palabra de lo que he dicho. Georgia no debe descubrir jamás mis sentimientos, lo último que deseo es ver aflicción en sus ojos hacia mi, eso sería aún peor que verle casada con otro hombre.

Camelia observó a Carlo y vio el dolor reflejado en los ojos de su amigo, así que no pudo rebatir su orden, ni siquiera contempló la posibilidad de fallarle de ese modo.

—Te prometo que jamás hablaré sobre tus sentimientos hacia Georgia. Tienes mi palabra.

El día amaneció con una lluvia intensa, era como si el tiempo se hubiera acompasado a la vertiginosidad que se hallaba en su interior desde la noche anterior. Conocer la autenticidad de los sentimientos de Carlo hacia su hermana y no poder mediar era insufrible, más aún cuando Georgia pensaba cometer el mayor error de su vida aceptando a Guicciardini. Y mejor no hablaba de este último, porque aquella vertiginosidad se convertía en un huracán dispuesto a arrasar con todo a su paso. Durante años pensó que le detestaba, que era reacia a él por las implicaciones amorosas y poco éticas sumado a su soberbia y falta de respeto hacia los demás, pero ahora... le odiaba. Lord Edmondo de Guicciardini era una plaga que había decidido ser la causa del mal hacia los seres que amaba. Comenzando por Carlo, continuando por Georgia, puesto que era conocedora de las desdichas a las que se enfrentaría si se unía a él en matrimonio y continuando por ella misma, ya que llevaba años tratando de humillarla.

La noche anterior Carlo había tenido la amabilidad de acercarla en su carruaje a pesar de vivir solo a unas calles de distancia y en la puerta, volvió a insistir en que le prometiera no confesar sus sentimientos a nadie. Lo hizo. Sabía que no podía contarle nada a Georgia, Alessia o a su propio padre.

Debía callar aquel secreto por más que su mejor amigo sufriera por ello y sus ideas para que ese matrimonio que parecía gestarse y que estaba segura de que Guicciardini llevaría acabo, aunque fuese solo por fastidiarla, se agotaban.

Convencer a Georgia parecía un imposible y la idea de matar a Edmondo era mucho más válida en sus pensamientos que si debía llevarla a la realidad.

Los golpes en su puerta hicieron que se levantara de la cama. Era algo tarde, supuso que Franca no había llegado aún porque la tormenta implicaba que no habría visitas y que podía retrasar su desayuno un poco más, agradeció la consideración de su doncella, aunque también sabía que quien llamaba a la puerta no debía ser ella.

Alessia abrió con delicadeza y entró cuando comprobó que Camelia se ataba con minucia la bata de dormir.

—Anoche guardaste especial silencio durante la cena y que no hayas bajado a tomar el desayuno me indica que algo te preocupa. ¿Que paso exactamente ayer? ¿Has discutido con Carlo? —preguntó acercándose hasta el tocador y sentándose en la butaca que había frente a él donde Franca siempre alistaba a Camelia para salir.

Camelia comenzó a deshacer su trenza, normalmente era algo que nunca hacía pero necesitaba estar entretenida en otra cosa que mitigara su fulgor interno.

—No —negó pensando hasta qué punto podía revelar lo sucedido—. Todo está bien entre Carlo y yo.

—¿Te confesó que está enamorado de ti? —exclamó expectante.

—Contra todo lo que Georgia, tú o el resto de la familia piense, Carlo y yo somos como hermanos, nuestros sentimientos son de origen fraternal. Así que no. Carlo no me ama, al menos no lo hace en ese sentido, pero si me confesó sus sentimientos hacia otra dama.

La expresión de Alessia fue de desilusión y posteriormente confusión.

—¿Y entonces porque estás así? Deberías alegrarte por él, ¿no? Tú te casarás con lord di Montis y él con su amada dama.

Camelia no quiso contradecir a su hermana mayor, aunque el hecho de que asumiera que ella se casaría con lord di Montis era apresurar demasiado los acontecimientos, ¿Realmente quería unirse en matrimonio a ese hombre? Una parte de sí misma le decía que era una sabia decisión, la otra... bueno, la otra simplemente reconocía que era improbable que amase a dicho caballero.

—Tuve un encuentro con Guicciardini antes de ver a Carlo. Eso es todo —confesó sin entrar en detalles, como el hecho de que la estrechara entre sus brazos y que hubiera rozado sus labios, aunque los motivos por los que lo hizo distaban mucho de ser indecentes, sino que más bien deseaba torturarla.

Alessia se levantó rápidamente de la butaca e hizo aspavientos con las manos.

—Camelia, debes abandonar esa repulsa que sientes hacia el duque. Si todo va según mis planes, Guicciardini pedirá la mano de Georgia muy pronto y eso le convertirá en nuestro hermano. No puedes permitir que el se sienta atacado dentro de nuestro propio núcleo familiar, así que sea lo que sea aquello que provoca esos sentimientos de desdén, cámbialos por respeto. No digo que deba caerte bien, pero al menos tolerarás su presencia sin entrar en ninguna discusión. Eres una mujer adulta, deberías entender que es lo que se espera de ti.

Alessia hablaba como si fuera su madre, probablemente de estar viva, su progenitora le habría hablado del mismo modo, a fin de cuentas ella había asumido en parte ese rol desde que lady Federica murió.

—¿A ti te parece bien que Georgia se case con ese degenerado? Todo el mundo sabe que es un asiduo de prostíbulos, juegos clandestinos y que ha sido amante de un numero vergonzoso de damas casadas. ¿Es eso lo que deseas para nuestra hermana?

Alessia guardó silencio durante unos instantes, quizá pensando en una respuesta plausible o meditando si Camelia tenía razón o no.

—Puede que lord Guicciardini no haya sido un ejemplo a seguir de caballerosidad hasta ahora, pero su soltería le ha permitido el lujo de tener esa vida y no voy a entrometerme en las

decisiones del duque, su título le hace honor y debes comprender que le exime de ciertas responsabilidades. En esta vida hay algo más importante que el orgullo, Camelia y es la posición. Georgia se convertirá en la duquesa de Guicciardini y eso está por encima de la reputación que a él le precede. Además, si ha decidido buscar finalmente esposa, estoy segura de que decidirá cambiar su estilo de vida por una encantadora familia. —Su tono de entusiasmo repugnó a Camelia.

¿Encantadora familia?

La simple idea de que tocara a Georgia de ese modo como lo hacía con la baronesa di Rosso... no.

Definitivamente no pensaba tolerarlo.

Capítulo 17

Gabriele no había pensado llevar aquella idea del matrimonio con la menor de las damas Vassati demasiado lejos, en realidad, solo quería sacar de quicio a lady Camelia y ponerla en su lugar, pero... ¿Estaba dispuesto a casarse realmente con la dama por aquel fin? No es que la joven le pareciese repulsiva, pero desde luego no era lo que tenía pensado para pasar el resto de su vida a su lado, aunque ello implicase contentar a su familia.

Siempre había ideado su futura esposa como una beldad viviente, aunque nunca había despreciado a una mujer de buenos atributos que no fuese realmente bella, lo cierto es que su inclinación hacia las mujeres hermosas era conocida por todos. Eso, y su fama de entrometerse en lechos que no le correspondían.

Igual por eso estaba atónito ante la atracción que lady Camelia le generaba. No era hermosa, aunque ahora pareciese más atractiva con esas tonalidades que le sentaban mejor a su color de ojos y un peinado favorable... bueno, y esos pechos que amenazaban con salir de su vestido que eran tan apetecibles como dos melocotones jugosos. ¡Que demonios estaba diciendo! Ella le había parecido siempre repulsiva, lo opuesto a lo que él deseaba en una dama y sentir esa innegable atracción era un insulto para sí mismo.

Y a pesar de ello, cada vez que observaba la pasión en esos ojos cuando se enfrentaba a él, no podía evitar mirar sus labios.

¡Maldita fuera lady Camelia y su carácter taciturno!

Si. Su obstinación le había hecho dar los pasos para cortejar a la joven lady Georgia y, darse cuenta de que la motivación de la joven para impulsar aquel matrimonio era principalmente su ducado y el despliegue de buenos modales de los que le había hecho alarde, pero ni una sola conversación interesante. A diferencia de su hermana mayor, la joven no tenía nociones de idiomas más allá de un francés aceptable, tocaba el piano con devoción, pero sin gran pasión, desconocía cuanto era el valor de una joya o de los vestidos que llevaba y a pesar de admitir que deseaba viajar, nunca sabía a donde cuando le preguntaba, solo era capaz de decir París. Pronto se dio cuenta que su interés en geografía era similar al de un simio. Aquello no eran cualidades

para rechazarla, de hecho, habría esperado que cualquier dama fuera exactamente como lady Georgia, el problema era otro, que después de saber los conocimientos que aguardaba lady Camelia, le decepcionaba conformarse con tan poco.

—La fiesta campestre que organizan los Vassati el próximo fin de semana podría ser una ocasión perfecta para anunciar tu compromiso, ¿No crees? —mencionó lady Lucía frente a toda la familia íntima que conformaba los Guicciardini.

Gabriele apartó la vista del tablero de ajedrez en el que disputaba una partida con su primo para mirar a su madre, estaba sentada en una mesa de juego compartiendo cartas junto a sus tíos.

—Seré yo quien decida como y cuando, madre. —Su voz se alzó por todo el salón para ser contundente, no añadió que también pensaba decidir, *quien*, porque ya se difundía por todo Florencia que la próxima duquesa de Guicciardini sería lady Georgia.

—Es una pena. —Se lamentó su progenitora haciendo caso omiso del reproche de su hijo —. Si no lo haces tú, puede que lord di Montis se te adelante y anuncie su compromiso con lady Camelia. Carlo querido, ¿Sabes si ya le ha propuesto matrimonio?

Gabriele cogió una pieza de madera con fuerza e hizo un movimiento para tirar uno de los peones de su adversario. Carlo le observó con firmeza.

—No, tía. Aunque al igual que usted coincido en que no tardará en hacerlo, por lo que sé ha visitado con frecuencia a lady Camelia y le ha hablado abiertamente de sus intenciones.

Puede que nadie sospechara de la realidad en las pretensiones de lord di Montis y él mismo había sido el primero en rechazarlas. ¿Acaso le importaba el destino de lady Camelia para entrometerse? No sería ni el primero ni el último en optar por un matrimonio de conveniencia y en su caso, la dote suculenta que lord Vassati ofrecía por su hija mediana era tentadora. Quizá, no tardaría en saberse que el barón di Montis había casi dilapidado su fortuna en lugares de dudosa reputación y las mesas de cartas, era de esperar que su hijo buscara a una dama con una dote lo suficiente cuantiosa para mermar las arcas vacías que recibiría a su herencia.

—¡Oh! ¡Eso es una noticia maravillosa! Aunque siempre he creído que lady Camelia formaría parte de nuestra familia —incitó y Carlo rodó los ojos hacia arriba mientras avanzaba con un peón sin pensar demasiado en la jugada.

—Si Camelia es feliz junto a lord di Montis, yo seré feliz por ella —decretó, pero Gabriele intuía que no era del todo cierto.

Desde que di Montis había comenzado a cortejar a la dama, pudo ver como una sombra sigilosa se posaba en el rostro de su primo. No es que hubiese tenido una relación ínfimamente cercana con Carlo, eran primos, él era doce años menor que él y quizá esa era la razón por la que no tenían una relación más estrecha, en cambio, le había visto crecer al lado de lady Camelia, su afinidad era indudable y al igual que su madre y probablemente el resto de la familia, siempre

habían esperado un enlace entre ellos. ¿Tal vez no quería estropear su amistad si le confesaba sus sentimientos? Lo cierto es que prefería no entrometerse en asuntos ajenos, aquella decisión correspondía solamente a Carlo, como la de él decidir si quería realmente casarse con la menor de los Vassati.

—Está bien. Está bien. No insistiré. Y pensar que le pedí a Gabriele que cortejara a la dama pensando que de ese modo despertaría celos en ti...

Carlo observó a Gabriele con el ceño fruncido y vio como se encogió de hombros.

—No preguntes —afirmó fijando la vista en el tablero solo para eludir preguntas innecesarias.

—Teniendo en cuenta el odio que os profesáis, me resulta singularmente gracioso —confesó Carlo.

—¿Como puede caerte ella bien? Es obstinada, cabezota y deleznable. Ni siquiera se comporta como una dama o tiene modales apropiados. Empiezo a tener lástima por el pobre lord di Montis a pesar de que en un principio no me parecía honesta su razón para el compromiso.

—¿Es que tiene intenciones ocultas hacia lady Camelia? —Su tono de voz era de preocupación.

—No he dicho nada —contraatacó Gabriele moviendo finalmente una pieza.

—Si hay algo de lord di Montis que deba saber, dilo ahora mismo Gabriele. Puede que lady Camelia te caiga mal, uno de sus mayores defectos es que es demasiado apasionada en todo lo que hace o siente, aunque ella misma sea inconsciente, pero es, sin duda, una de las mentes más brillantes que podrías conocer, su único problema es haber nacido mujer.

Gabriele miró a su primo con cautela. Su semblante era serio, lo suficiente para tomar muy en cuenta aquellas palabras. El mismo sabía que las capacidades intelectuales de la dama eran bastante infrecuentes. ¡Dominaba nueve idiomas! Ni él conocía tantas lenguas. Y para su amargura, ni siquiera hacía alarde de ello, como tampoco de sus conocimientos generales que intuía por sus visitas a la biblioteca, no debían ser pocos.

—No hay nada en las intenciones de lord di Montis despreciable —respondió con tesón —, pero si buscas una razón para deshacer ese probable enlace, te recomendaría declarar tus intenciones a la dama.

En dos movimientos, Gabriele colocó a su torre en posición para lanzar un jaque contra el rey.

—¿Sabes una cosa primo? Hay algo que siempre me ha llamado la atención y nunca he sabido explicar, pero hoy lo veo bastante claro.

—¿Qué? —replicó viendo como Carlo interponía otra pieza para evitar ser derrotado.

—Lady Camelia y tú sois completamente opuestos, de hecho, diría que no he conocido a dos seres más contrapuestos el uno hacia el otro, pero sorprendentemente, jugáis al ajedrez del

mismo modo. Tal vez no sois tan distintos como parece.

Carlo decidió abandonar la partida y retirarse a sus aposentos. No sería capaz de guardar por más tiempo aquellos sentimientos o el hecho de que ese hombre representaría de forma inconsciente su infelicidad plena.

«Si tan solo tuviera el coraje de enfrentarse a sí mismo, nada de aquello habría ocurrido»

Gabriele permaneció mucho más tiempo en aquel salón frente al tablero de ajedrez con la partida casi acabada. No dejaba de pensar en las últimas palabras de Carlo antes de marcharse. ¿Lady Camelia jugaba al ajedrez? Y por lo que parecía, bastante bien.

Dio varios sorbos a su coñac, uno lo suficiente añejo para que picara bastante en su garganta y el retrogusto fuese elevadamente fuerte. ¿Que más secretos ocultaba aquella dama? Por mucho que no le gustara reconocer, le generaba mucha más curiosidad y expectación la mediana de las Vassati que la hermana menor.

Quedaban pocos días para la fiesta campestre y eso había hecho que los preparativos se acelerasen y su viaje a la casa de campo se anticipara. Aquel evento seguía pareciéndole una mala idea, sobre todo por los invitados o más bien, el invitado de honor. El duque de Guicciardini se había estado dejando caer por casa para visitar a Georgia, por suerte, no tan frecuentemente como lord di Montis, eso era de agradecer y después de su último encuentro en el callejón, Camelia no había vuelto a entablar una conversación con él o estar en la misma sala durante el tiempo suficiente para discutir. Solo le vio en un baile, donde las únicas piezas que danzó en la pista fue junto a su hermana y después, se marchó temprano sin despedirse.

En casa, se hablaba de lord di Montis como si fuera un hecho que fuese a formar parte de la familia a pesar de no estar aún prometidos y ciertamente, debía agradecer que el caballero, haciendo alarde de su talante, no hubiera presionado respecto al tema, ni siquiera se había atrevido a formularle la pregunta directamente, aunque si había hecho más de una mención a un futuro juntos y eso, lejos de provocarle las mariposas que supuestamente debía, solo pensaba en como sería ese futuro para ella junto a él.

Renunciaría a gran parte de su libertad, a las noches intensas de lectura, a los placeres del conocimiento, a su ardua misión por la beneficiencia y a cambio, debería someterse a la voluntad de aquel hombre y darle tantos hijos como quisiera.

Nunca le había satisfecho la idea de verse inferior, indiscriminada, un trozo de carne al que decirle lo que debe o no hacer, aunque su condición se lo impusiera. Precisamente su inquietud por el conocimiento se debía a eso. Ella no estaba dispuesta a dejarse dominar y a pesar del carácter noble de lord di Montis, en aquellas semanas había comprendido que a él no le interesaban sus ambiciones, sino las suyas propias y, por ende, su esposa debía estar agradecida por desear compartirlas.

No iba a juzgar al caballero por su falta de consideración, al igual que él, la mayor parte de la nobleza florentina era similar o incluso peor, y eso le llevaba a la conclusión de que quizá, a pesar de todas esas convicciones, lord di Montis fuera su mejor elección. No por sí misma, sino porque era lo que su padre deseaba para ella y muy a su pesar, le amaba lo suficiente para desear complacerlo.

Casarse con lord di Montis, permanecer solterona para toda la vida como imaginaba en un principio o...

Guicciardini entró en el justo momento que balanceaba una pierna en el banco de madera que había en los jardines completamente repantingada y sin el menor arraigo de ser femenina. Era, con toda certeza, una postura ordinaria, vulgar y completamente obscena, muy poco digna para ser contemplada por un caballero y menos aún, por ese caballero en concreto.

—Debo reconocer que sus modales son cuanto menos curiosos —dijo llamando su atención y dando un brinco para ajustarse el vestido que evidentemente, no tenía corsé y eso

hacía que sus pechos se desparramasen al haber aflojado los cordones que lo sostenían.

No estaba en grado de recibir a nadie, pero precisamente no esperaba a nadie porque partirían muy temprano al día siguiente. Se había escabullido al jardín porque Franca estaba desmantelando su habitación en la elección de su atuendo para el próximo fin de semana y sus hermanas estaban demasiado maravilladas eligiendo complementos en varias tiendas, algo tan aburrido como inútil y por eso había desistido en acompañarlas.

¿Acaso unos guantes ligeramente blancos, marfil o crema iban a ser determinantes? ¡Bobadas! Eran unos guantes y cumplirían la misma función fueran del color que fuesen.

—¿Que demonios hace aquí? —Fue lo primero capaz de decir olvidándose por un momento de su atuendo.

Gabriele observó detenidamente a la dama, el que pareciera completamente contrariada resulto un regocijo inesperado, pero encontrarla en aquella postura totalmente inapropiada y relajada, lejos de parecerle indigno, fue de un modo innegable, delicioso y estaba seguro que iba a rememorar esa inapropiada postura innumerables veces en sus pensamientos, sobre todo, la forma en que aquellos pechos navegaban por la tela del fino vestido dejando entrever unas curvas por las que deseaba pasear algo más que sus manos.

—Yo también me alegro de verla —afirmó fingiendo una sonrisa.

Camelia tenía el pelo en un recogido casi deshecho y eso le hizo comprobar a Gabriele la largura de aquella cabellera castaña que llegaba hasta su cintura, eso, unido al color de sus ojos la hacía parecer más hermosa que nunca.

Y la belleza no era un rasgo que se pudiera adjudicar a lady Camelia Vassati. Al menos, no la que él había perseguido siempre.

—Déjese de rodeos. Georgia no está, así que no tiene ningún sentido que esté aquí —mencionó colocando sus manos en jarras a ambos lados de su cintura, como un acto reflejo de defensa.

—Su padre tuvo la amabilidad de invitarme a cenar, dado que al parecer partirán mañana mismo y no veré a mi futura prometida hasta el próximo fin de semana —afirmó—. Le propuse una partida de ajedrez para amenizar la tarde, pero me indicó que usted era la más apropiada para esa función y que la encontraría paseando en los jardines. Al parecer se equivocaba en lo de pasear, me pregunto si también será tan mala jugadora como preveo.

Camelia apretó los labios para no soltar un impropio que escucharían todos los criados, así que alzó el mentón y dio un paso hacia él.

—Cuando le gane esa partida, se marchará de mi casa —indicó fijando su vista en esos ojos increíblemente bellos y que habría deseado que los tuviera cualquier otro hombre menos él.

—¿Es una amenaza? —clamó él.

—Es un hecho —inquirió ella.

—Si usted gana, me marcharé antes de la cena, pero si pierde...

—¡No perderé! —bramó acercándose aún más a él.

—Entonces no tendrá ningún inconveniente en aceptar lo que le pida, puesto que no perderé, ¿cierto?

Camelia era decidida, pero no hasta el punto de cometer el error de aceptar aquello que el quisiera proponerle y sin ningún tipo de constancia sobre sus intenciones. Conociéndole, no serían ni honradas, ni decorosas.

—Tengo todos los inconvenientes porque jamás obtendría nada de mi —dijo estudiando el rostro de Guicciardini perfectamente marcado por aquella mandíbula. Observó como él se llevaba la mano a esa parte de su anatomía y la observaba.

—Si usted gana, me marcharé inmediatamente, pero si pierde tendrá que hablar en danés durante toda la cena. Hace tiempo que no lo practico y me gustaría refrescar mi memoria.

¿Quería que le hablase en danés? ¿Eso era todo?

—Parece sorprendida —añadió instantes después y eso hizo que ella fuera consciente de que sus palabras la habían aturdido.

—Si es el único modo en que lograré que se vaya. Acepto su propuesta, lord Guicciardini.

—Admito que cuando no me insulta puede parecer una dama encantadora. —Sabía que aquello la molestaría y efectivamente, así fue porque le propinó un pequeño golpe en el pecho antes de pasar delante de él y encaminarse hacia el interior de la mansión.

Definitivamente aquella partida iba a resultar interesante y de lo más enriquecedora.

Capítulo 18

Las piezas estaban colocadas meticulosamente en el tablero como siempre, Camelia se encargaba de hacerlo cada vez que acababa una partida ya fuese con su amigo Carlo o con su propio padre. Había subido a cambiarse para la cena aprovechando que pasaría el resto del tiempo en el salón y mientras se acomodaban en las respectivas sillas junto al tablero, lord Vassati les observaba desde una posición distante con un libro en las manos, pero en cierto modo, atento a la pareja a pesar de fingir indiferencia.

—Como buen caballero, os dejaré la elección de color —mencionó Guicciardini con una cortesía poco habitual en deferencia hacia Camelia.

Esta le observó detenidamente, probablemente solo estaba siendo cortés por la presencia de su padre, aún así, decidió no mencionar nada al respecto.

—Y por deferencia a usted, elijo las negras —argumentó siendo consciente de que la partida siempre se empezaba por las fichas blancas.

Gabriele nunca seguía un juego exacto, conocía algunas estrategias aprendidas en sus años de *Studium generale*, por algunos compañeros que habían desarrollado gran habilidad en el juego. Aún así, desconocía como de habilidosa podría ser lady Camelia, de hecho, Carlo le había transmitido una curiosidad pasmosa hasta el punto de tener la osadía en su atrevimiento y solicitar a lord Vassati una partida con su hija mientras aguardaba a lady Georgia.

Mentirle a la dama en deferencia a su atrevimiento para que así no le rechazara era otro pecado más sumado a su larga lista, pero había obtenido lo que deseaba, tenía frente a sí a una magnífica adversaria, no solo en cuanto a la repulsa que le profesaba, sino que solo hicieron falta tres movimientos para darse cuenta que no se resultaría fácil de vencer.

—¿Quien le enseñó a jugar? —preguntó Gabriele para asegurarse.

—Me temo que el culpable soy yo, lord Guicciardini—. Aunque reconozco que la alumna a superado al maestro, hace años que no consigo vencerla en una partida. Me temo que

su primo Carlo tampoco ha gozado de esa fortuna —inquirió el barón intrigado por la disputa del tablero.

Tenían un número de piezas eliminadas similar y francamente, cualquier experto que mirase el tablero podía atisbar que los contrincantes poseían aptitudes similares en el juego.

Gabriele observó atentamente qué pieza mover siendo cauto y meticoloso. Hacía años que no debía pensar tan concienzudamente sus movimientos por no encontrar un rival digno de superar. Lo insólito de lady Camelia es que parecía anticiparse a la jugada igual que él y eso, corroboraba lo que su primo Carlo le había advertido sobre un juego muy parecido entre ambos.

—Solo es un juego de estrategia —advirtió Camelia—. Basta con saber los movimientos limitados de las piezas para suponer las jugadas del rival. No tiene ninguna complejidad —continuó—. En las cartas existe el azar, la fortuna y saber disimular una buena mano, pero en el ajedrez el juego es limpio, no hay lugar para posibles trampas, solo hay que poseer una mente avispada.

—Definitivamente es una practica estimulante, sobre todo si se da con un digno adversario. ¿No lo cree usted lord Vassati? —proclamó Gabriele llamando la atención del conde que, a pesar de mantener la distancia, no perdía ojo a la disputa sobre el tablero.

De algún modo no quería aparentar que deseaba realmente aquella partida con lady Camelia, aunque le hubiera pedido permiso para proponérselo, al fin y al cabo, se suponía que él tenía intenciones serias con su otra hija, pero bien podía suponer que era un modo de acercarse y limar asperezas con su rival.

—¿Ya ha admitido que soy una digna adversaria? —exclamó Camelia moviendo una pieza sin eliminar ninguna de su contrincante y eso pareció alertarle.

—No seas condescendiente con el duque, Camelia. En cuanto a su pregunta le diré que siempre he considerado este juego como un momento apacible y relajante. —dijo conforme cerraba el libro y lo dejaba sobre un aparador cercano—. Si me disculpáis un momento, volveré enseguida.

No mencionó hacia donde se marchaba, pero momentáneamente se quedaron completamente a solas en el gran salón, a pesar de que las puertas estaban abiertas y que cualquier doncella podría entrar en un momento.

—¿Piensa aceptar realmente la propuesta de lord di Montis? —preguntó repentinamente antes de hacer un movimiento y Camelia se abrumó por aquella demanda tan directa.

—No creo que mi respuesta le incumba, como le dije con anterioridad. Ese tema solo me atañe a mí —insistió con mucho menos ímpetu que la tarde anterior.

—Y vuelvo a recalcar que las intenciones de lord di Montis no son tan honorables como parecen —dijo ahora moviendo su caballo para comerse el alfil que ella había colocado de forma estratégica.

—¿Es que usted si tiene intenciones honorables hacia mi hermana? —exclamó haciendo un rápido movimiento que ya tenía planificado y colocándose en jaque.

Aquello desestabilizó a Gabriele, primero por caer en la trampa que ella misma le había colocado en el tablero y segundo porque claramente no sabía que intenciones tenía hacia lady Georgia, simplemente se había dejado llevar por la ira, la obsesión por darle una lección a la misma dama que tenía frente a sí y eso le llevó a una posición algo incomoda, aunque no del todo desagradable. Por un momento se imaginó a sí mismo allí, en reuniones familiares que sin duda tendrían lugar si realmente se esposaba con la dama y que aquellas circunstancias se repetirían frecuentemente. No le desagradó. No lo hizo en absoluto, sino que más bien sintió cierto regocijo por tener a lady Camelia frente a él con aquel ardor en sus ojos que a pesar de no ser pasional, se preguntó como brillarían cegados por la lujuria.

Quiso responder, pero se dio cuenta de que a pesar de no querer reconocerlo, sus únicas intenciones para desposar a lady Georgia eran las de llevarle la contraria a esa dichosa mujer y lo endemoniadamente absurdo que suponía ese hecho le avergonzaba. Aún así, no desistió, quizá porque había descubierto que enfurecerla era demasiado gratificante.

—¿Que es lo que trata de decirme exactamente lady Camelia? —exclamó sin negar dichas intenciones.

—Si desea proponerle matrimonio a mi hermana, ambos sabemos que es por su apellido y no porque la ama, como seguramente tampoco planea serle fiel o respetarla. ¿Piensa ser franco con ella y decirle cómo será realmente su matrimonio antes de hacerle dicha propuesta? —bramó con una osadía tan indigna de una dama que debería haberse escandalizado, en cambio, solo pudo preguntarse hasta donde llegaba el carácter de lady Camelia y si aquella mujer libre de prejuicios sería capaz de someterse a la voluntad de un hombre.

Instintivamente él quiso ser ese hombre y la veracidad de este hecho le asustó.

—Habla del amor como si fuese un elemento primordial en la elección del matrimonio. ¿Acaso usted está enamorada de lord di Montis?, ¿O cree que él lo está de vos? Le puedo garantizar que no es amor lo que le impulsó a acercarse a usted —dijo Guicciardini inclinándose sobre el tablero para hablar en voz baja.

Camelia le estudió meticulosamente y fijo la vista en aquellos ojos verdes que la escrutaban. Era la tercera vez que hacía alusión a las intenciones ocultas de lord di Montis y a pesar de que desde el principio pensó que solo lo hacía para fastidiarla, estaba comenzando a

sembrar una duda considerable que no deseaba. Aunque había algo en lo que tenía que darle razón a ese patán y es que entre el barón y ella no existía amor y por más que quisiera pensar que podría llegar con el tiempo, lo cierto es que comenzaba a tener serias dudas.

—De todos los caballeros que he tenido el placer de conocer, sin duda, lord di Montis representa el más honorable de ellos. A diferencia de usted, su gentileza y cortesía le hacen ser digno de mi respeto —contestó con altanería pensando que eludía la pregunta del duque con maestría.

Gabriele emitió una carcajada como si la respuesta de la dama le provocara verdadera diversión.

—¿Y le servirá esa honorabilidad en la noche de bodas? Comienzo a pensar seriamente que su caballero es tan cortés que no sabría como complacer a una dama ni otorgándole instrucciones precisas.

Camelia se ofendió hasta tal punto que cometió la imprudencia de hacer un movimiento rápido solo para deshacerse de una de las torres del duque.

—¿Es que a usted lo único que le preocupa es eso? Aunque teniendo en cuenta su fama, ¿De que debería sorprenderme? Es usted un vil canalla sin escrúpulos.

A pesar del insulto, Gabriele no se ofendió, sino que le excitó el hecho de provocar de nuevo aquel ímpetu irascible en la dama. Ese ardor que le hacía enrojecer sus mejillas, agitar su respiración, ver como se hinchaba su visible pecho gracias al corpiño tan estrecho que lucía.

¡Por el amor De Dios!, ¡Estaba jugando una simple partida de ajedrez!

—Eso lo dice alguien que no ha conocido el placer, si lo conociera, le aseguro que lo consideraría de suma importancia —advirtió aprovechando el descuido de lady Camelia para eliminar una de sus torres e igualar la partida.

—¿Está insinuando que debería probarlo, lord Guicciardini? —exclamó en un tono que lejos de emitir enfado, casi parecía sugerente.

¿Realmente aquel caballero le estaba insinuando una proposición o solo era otro modo vil y astuto de atormentarla? Camelia se quedó sin respuesta a aquella pregunta, porque las voces de sus hermanas comenzaron a sentirse cerca de ellos, acababan de regresar y seguramente debían haberles avisado de la visita del duque.

Georgia parecía entusiasmada con la visita del duque, incluso Camelia pudo apreciar los pequeños saltitos de entusiasmo conforme se acercaban a ellos, sinónimo de su corta edad y de que le seguía pareciendo un error que se casara con él. Alessia por su parte, mantenía una actitud mucho más relajada, aunque en su semblante también había emoción. La visita de lord

Guicciardini en su casa solo podía significar que su interés hacia Georgia era cada vez más plausible y que la ansiada propuesta de matrimonio estaba por llegar. Aunque el duque le hubiera advertido a ella de sus intenciones, lo cierto es que por las conversaciones que había escuchado de Georgia hacia su hermana mayor, el patán de Edmondo no había decretado abiertamente sus intenciones hacia su hermana y se preguntó porqué, cuando a ella misma se lo había exclamado abiertamente.

¿Era otra de sus artimañas para atormentarla dada su oposición a ese matrimonio? Pero jugar así con los sentimientos de Georgia o engañar a toda la nobleza de sus claras intenciones no formaba parte de un juego. Estaba claro que él no sentía la necesidad de seguir las normas y que, siendo un mujeriego, daba por hecho que la dama a la que cortejase le correspondería abiertamente, guardándose para sí mismo sus verdaderas intenciones.

—Querido duque, que placer volver a verle —mencionó Alessia adelantándose a Georgia que miraba expectante a ambos jugadores y algo confusa de que por primera vez estuvieran compartiendo un momento sin alzar la voz o insultarse.

—El placer es mío lady Alessia, he tenido la fortuna de que su querida hermana acceda a hacerme compañía hasta vuestra llegada.

—Eso es.... ¡Fantástico! —exclamó Alessia casi sorprendida.

Camelia pensó que probablemente su hermana creería que la estaba obedeciendo en su reclamo de tratar con cordialidad al duque, aunque la realidad es que simplemente estaba tolerando su presencia con la intención de ganar la partida y provocar que se fuera. Algo que, para su asombro, estaba durando más de lo esperado. Muy a su pesar, lord Guicciardini era mucho más bueno en el juego de lo que imaginaba.

—Pues ya hemos regresado —insinuó Georgia y claramente todos intuyeron que el juego había acabado, pero la realidad es que aquella no era una partida al uso, sino que debía haber un vencedor y Camelia no estaba dispuesta a dejar que fuera el duque.

—La cena se servirá en pocos minutos, quizá sería conveniente que nos refrescáramos antes, ¿No crees Georgia? —exclamó Alessia cuando comprobó que el duque no tenía ninguna intención de levantarse y abandonar el tablero.

—Pero...

—¡Enseguida volvemos su excelencia! —exclamó su hermana mayor e increpando a Georgia a que saliera del salón casi a trompicones.

Camelia tuvo ganas de reír, pero se detuvo cuando observó que el duque no dejaba de observarla.

—Me temo que no nos dará tiempo a acabar la partida —dijo en un tono serio.

—¿Quiere decir que se rinde?

—En absoluto, pero cualquiera que mirase el juego descubriría que estamos igualados, así que lo mejor es dejar el tablero en tablas.

¿Un empate?, ¡Ni hablar!

—Jamás he aceptado tablas.

—En ese caso me quedaré a cenar con su familia —aseguró con un brillo en sus ojos inoportuno.

Camelia pensó bien en la propuesta del duque. Estaba claro que no iban a evitar la cena y que el duque permanecería, eso solo le dejaba su opción o perder.

—Si acepto tablas, ¿Se marchará? —exclamó indecisa.

—Si acepta tablas, me iré de inmediato, pero usted... aún me deberá una conversación en danés. Este fin de semana campestre podrá saldar su deuda.

Podrían suceder muchas cosas en ese transcurso de tiempo, como que se cayera de un caballo, que le atropellara un carruaje o que contrajera unas fiebres altas. Aunque con la suerte que acompañaba a ese indeseable con cara de ángel, seguro que tendría que soportar su presencia durante todo el fin de semana.

—Rezaré porque no acontezca y tenga la cortesía de no aparecer por nuestra finca campestre para arruinar nuestra diversión con su presencia, pero si es el único modo para que se marche ahora, aceptaré de mal agrado tablas. Es obvio que habría ganado la partida.

—Si tanto confía en si misma, le daré la oportunidad de retarme de nuevo a este magnífico juego.

Iba a decirle que no pensaba volver a compartir con él un espacio que les obligara a permanecer cerca del otro o más bien, a tener que ver minuciosamente ese rostro angelical y el brillo que emanaban de sus ojos, pero su progenitor apareció de nuevo disculpándose por su anterior abandono.

—No tiene de qué preocuparse lord Vassati, me temo que tendrá que disculparme y dejar esa invitación para otra ocasión, pues un imprevisto me impide poder quedarme.

El padre de Camelia la observó contrariado y después se centró en el duque.

—¿Ha ocurrido algo?, ¿Está su familia bien?, ¿Lady Lucía?

—Todos están bien, es que mientras jugaba con lady Camelia, la conversación me hizo recordar que tengo un asunto urgente por atender antes de que sea demasiado tarde. Le debo mis disculpas por aceptar su invitación al no recordar dicho asunto y no me marcharía sino fuera de

suma importancia.

—Por supuesto. Claro. Le comprendo. No tiene de qué preocuparse —comenzó a decir el conde más relajado.

—Agradezco su comprensión y transmítale mis disculpas a lady Georgia y lady Alessia por mi pronta marcha. Será un placer verles este fin de semana.

Camelia comprobó que el duque sabía mentir demasiado bien y parecer completamente inocente cuando estaba claro que no lo era.

—Lo comprenderán y estarán encantadas de recibirle en nuestra finca campestre. Camelia querida, ¿Puedes acompañar al duque hasta la puerta?

La idea de de soltar que él ya conocía la salida casi escapó de sus labios, en cambio asintió y se incorporó mientras adelantaba a Guicciardini sin esperar que este la siguiera. Su sombrero y guantes estaban en la entrada así que Camelia los cogió de mala gana y se los lanzó provocando que este tocara su mano desnuda durante unos instantes.

Hubo un momento en el que la cercanía entre ellos fue tan plausible que de pronto sintió como su piel y la suya estaban calientes al contacto. Camelia observó aquellos ojos verdes y Gabriele divisó la contrariedad en aquel color ámbar tan peculiar.

—Buenas noches, lady Camelia —dijo en un tono de voz ronco, bajo y profundo.

Camelia no contestó, sintió que él se apartaba de ella y abrió el portón de madera para salir a la calle en la que aun quedaba luz suficiente para alumbrar el empedrado. Vio como se colocaba el sombrero al encajarlo en su cabellera de tonos castaños ligeramente oscuros y después se dispuso a ponerse los guantes meticulosamente. Casi había acabado cuando recordó que él no había respondido a su pregunta y la incitación por volver a formar parte de ese juego extraño en el que habían entrado la hizo hablar.

—Debería saber, lord Guicciardini que he llegado a conocer el placer y le garantizo que fue sublime —dijo Camelia en un perfecto danés y observó como este agrandaba los ojos—, quizá debería conocer más a su oponente antes de creer que puede vencerle.

Observó que Guicciardini iba a responder, que le iba a decir algo que probablemente sería obsceno, atrevido y que los oídos de una dama inocente como lo era ella no deberían escuchar, así que le dio un empujón al portón de madera que hizo que se cerrase en las narices del duque.

Capítulo 19

La casa de campo estaba a medio día en caballo desde Florencia o un poco más para quienes viajaban en carruaje como las hermanas Vassati junto a su padre. Aquel trayecto era uno de los momentos en los que Camelia aprovechaba para observar el paisaje, repleto de vides, girasoles y grandes campos de lavanda que crecían bajo un espléndido sol primaveral. Se notaba la cercanía del verano y eso significaba que podrían abandonar la capital para pasar en la casa a la que se dirigían toda la estación calurosa. Había muy pocas sombras en el camino y solo una posada en la que detenerse para realizar un breve descanso, pero aquellos campos infinitos eran un paisaje tan singular que no comprendía como a sus hermanas les parecía más interesante jugar a las cartas que contemplar el paisaje.

A veces ni siquiera comprendía porque era tan diferente a Alessia y Georgia o porqué no compartía los mismos gustos o devociones.

—Camelia, aún no nos has dicho quien ganó la partida de ajedrez antes de que se fuera el duque... —inquirió la menor de sus hermanas sin apartar la vista de sus cartas.

Habían convencido a su progenitor para que jugase con ellas ya que Camelia se había negado en rotundo porque prefería su lectura o contemplar a través de la ventanilla como hacía ahora.

—Porque no se concluyó, así que ninguno ganó —contestó observando un momento a su joven hermana. Ella siempre había visto a Georgia inocente, ingenua y demasiado incauta a pesar de que deseaba encontrar marido en su primera temporada, pero en las ultimas semanas había comenzado a ver una parte de ella desconocida, tal vez era su culpa, por apartarse demasiado al no compartir las mismas aficiones o predilecciones. La aspiración de Alessia y Georgia había sido la de obtener un buen matrimonio y formar una familia, la suya en cambio, distaba mucho de ser esa, aunque era el deseo de su padre para ella.

—Tal vez debería jugar conmigo la próxima vez, ¿No lo cree padre? —inquirió Georgia a su progenitor que carraspeó sorprendido.

—Para eso deberías aprender, ¿No crees querida? Además, el duque me pidió expresamente permiso para jugar una partida con tu hermana. Al parecer Carlo le había mencionado su habilidad y le apetecía comprobarlo por sí mismo. No vi nada malo en que disputasen una partida, al fin y al cabo es como si fuera de la familia por nuestra relación con los Guicciardini.

—¿Te lo pidió él? —proclamó Camelia sorprendida.

¡Será mentiroso!, ¡Le había dicho que su padre negó su ofrecimiento y le aconsejó que jugara con ella!, ¡Vil bastardo! ¿Que podía esperar de alguien como él? Evidentemente sabía mentir del mismo modo que había desarrollado el arte de hacer que las mujeres sucumbieran ante él.

—Al menos no parecían discutir, quizá el duque desea llevarse bien con nuestra hermana ahora que piensa formar parte de nuestra familia de manera oficial —sonrió Alessia—. Tal vez haya decidido pedírtelo este fin de semana aprovechando que nuestras familias estarán reunidas, ¿No crees? —exclamó tan emocionada que Georgia también sonrió e instintivamente miró a Camelia alzando el mentón.

—Seré una duquesa, ¿No te alegras por mi, hermana? —dijo observándola de un modo que Camelia no comprendía.

—Solo me alegraré si es lo que te hace realmente feliz, pero no. No me complace ese hombre, aunque su título esté por encima de muchos otros caballeros. Él no te ama.

—¡Camelia! —exclamó esta vez su padre.

—¿De verdad creéis que está realmente enamorado de Georgia?, ¿Que la ha elegido porque no concibe desposar a otra mujer al quedar fascinado por su belleza? No pienso girar el rostro hacia otro lado y fingir que no conocemos su reputación. Si a vosotros no os importa, lo acepto, pero cuando Georgia tenga que enfrentarse al desprecio público de su marido, os recordaré este momento.

Camelia vio como Georgia apretaba las cartas y las tiraba al suelo del carruaje para dar varios golpes en la puerta provocando que los caballos se detuvieran. En cuanto se detuvo, no esperó a que el cochero la ayudara a bajar, sino que se recogió las faldas y saltó del carruaje cayendo al suelo, aún así, se alzó y comenzó a caminar sin rumbo hacia la arboleda más cercana que se hallaba del camino.

—¡Georgia detente! —gritaba Alessia—. ¡Estupendo!, ¿Ya estás contenta? ¡La has hecho llorar! ¡Un momento que se supone que debería ser feliz para todos y tú te has encargado de arruinarlo por completo! Que no soportes al duque de Guicciardini no significa que el resto también lo hagamos, ¡Georgia está enamorada de él! Y con tus palabras solo has conseguido que

sea desdichada, ¡Déjala ser feliz por una maldita vez, Camelia! —Las palabras de su hermana mayor hicieron que se sintiera mal, que realmente se reprendiera a sí misma y que tal vez, solo tal vez, estaba propasándose en su ira contra el duque.

—Hablaré con ella —dijo bajando del carruaje para perseguir a su hermana, por suerte no cojeaba a pesar de haber caído al saltar, lo último que le faltaba es que se hubiera torcido el tobillo por su culpa y estuviera convaleciente todo el fin de semana—. ¡Georgia! —gritó pero esta le hizo caso omiso—. ¡Georgia detente! —volvió a gritar y esta se detuvo para dar media vuelta haciendo que Camelia viese las lágrimas en sus ojos.

—¿Que quieres ahora? ¡Vas a seguir diciendo que el duque no me conviene?, ¿Que no me ama?, ¿Que no es bueno para mí?, ¿Acaso lo es lord di Montis para ti?, ¿He dicho yo algo de él? En cambio es evidente que no te ama y en vez de elegir a Carlo, prefieres a ese caballero soso sin más conversación que las especias y las flores.

¿Desde cuando Georgia sabía los gustos de lord di Montis? En realidad, no importaba porque no había ido para hablar de ella, sino para disculparse.

—Me he excedido. Lo reconozco. Ya sabes que jamás me he llevado bien con lord Guicciardini y puede que eso haya influido en mi manera de ver las cosas, pero me importas Georgia y solo deseo tu felicidad.

—No —negó esta—. Siempre has querido llevarte las atenciones de todos, primero de Carlo, después lord di Montis y ahora Guicciardini. ¡Ni siquiera se levantó ayer para saludarme! Estaba completamente abducido en esa estúpida partida porque de un modo u otro siempre consigues salirte con la tuya. ¡Yo me desvivo por querer agradar y en cambio es a ti a quien siempre eligen!

¿Que siempre la elegían a ella?, ¿De qué estaba hablando?

—Tu le agradas a todo el mundo, Georgia —dijo no sabiendo exactamente a qué se había referido a su hermana, pero precisamente agradar no encajaba en una de sus pocas cualidades.

—No —negó dando un paso atrás—. Siempre he sido la menor de las Vassati. La invisible. La que nadie se fija en ella porque ya estabas tú para llamar la atención de todos por tus escándalos o falta de educación. Me he esforzado cada día de mi vida para ser perfecta, para que se fijaran en mí, para llamar la atención de un caballero en mi primera temporada y ser finalmente importante para alguien. Y cuando al fin consigo la atención de un duque, uno que jamás se ha fijado en ninguna mujer para comprometerse, ¿Vas a decirme que no puedo casarme con él?, ¿Por qué?, ¿Por que estás celosa de que por una vez me elijan por encima de ti?

Camelia frunció el ceño seriamente y tuvo que recomponer su postura para asegurarse de que lo que decía su hermana menor era realmente lo que pensaba.

—Nadie me ha elegido por encima de ti, Georgia. Te aseguro que padre nos quiere a las tres por igual y...

—No me estoy refiriendo a nuestro padre —dijo cruzándose de brazos—. Sabes perfectamente de quien hablo y si no lo entiendes, es que eres realmente necia.

Camelia se tenía por alguien inteligente, pero su propia hermana, a la que jamás había visto con un libro en las manos, acababa de dejarla sin palabras. ¿De quien demonios hablaba?

—¡Regresad u os dará una insolación!, ¡No lleváis sombrero! ¡Y además la cara se os llenará de pecas! —gritaba Alessia desde el interior del carruaje.

Las pecas era lo último que le importaba en ese momento a Camelia. ¿A quien se refería con aquella acusación Georgia? Vio como se alejaba en dirección al carruaje y la vio cojear para su propia angustia. Otra cosa más que añadir a la lista de reproches.

Iba a ser un fin de semana largo. Incluso se atrevía a decir que eterno y eso que aún no había dado comienzo.

Los astros no se habían alineado para que el cielo diera tregua en algún momento del camino. Tres horas después, comenzaba a lamentar haber decidido ir a caballo para darle un mayor espacio en el carruaje a su madre, su hermana y sus tíos. Por suerte, Carlo iba junto a él, y a pesar de que su rostro parecía extenuante, no se lamentaba en absoluto del clima.

—Si no recuerdo mal, la posada debe estar a una legua de aquí —declaró Carlo—. Recuerdo que no estaba lejos de aquel molino —indicó una finca con un gran campo de trigo a punto de ser segado.

—¿Has venido con frecuencia a la casa de campo de los Vassati? —preguntó con cierta intriga.

La verdad es que él no había mantenido una relación tan estrecha como Carlo con ninguna de sus hijas. Además, se diferenciaba siete años con la mayor, doce con la mediana y diecisiete con la más pequeña, por lo que siempre había guardado las distancias, eso, sumado a sus viajes fuera de la ciudad, había hecho que a pesar de la buena relación de las familias para él las hermanas Vassati eran como unas primas lejanas que no le generaban demasiado interés.

—Vengo todos los años durante algunas semanas. Su finca queda a un día y medio de la nuestra, pero tiene unas vistas espléndidas. Además, el conde posee un pequeño viñedo cuya fabricación de vino es verdaderamente exquisita. Lástima que la producción no le de más que para una treintena de botellas que se acaban rápidamente entre sus invitados.

—¿No se ha planteado ampliarlo? Si no recuerdo su yerno tiene amplios viñedos, podría ayudarle en ello —preguntó ahora con interés por probar ese vino.

—Lord Ferrari está demasiado ocupado con su propia producción de vino. Camelia le ha insistido varias veces en aumentar la extensión de viñedos, incluso se ofreció ella misma a supervisarlo y con el dinero que se podría obtener de la comercialización invertirlo en beneficencia, pero el conde desistió. Tal vez quien herede el lugar decida hacer una pequeña bodega.

—Desde luego esa dama no decidiría invertirlo en joyas o vestidos... —Carlo comenzó a reír—, ¿No te molesta que la corteje lord di Montis?

—¿Te molesta a ti? —preguntó solo para dejar claro que sentía indiferencia hacia las pretensiones de dicho caballero porque no sentía nada en ese sentido hacia Camelia.

—Que la quiera únicamente por su dote no es nada honorable y que se lo oculte, aún más —dijo sorprendiendo a Carlo.

Este detuvo el caballo y Gabriele se percató de que su primo se quedaba atrás, iban mucho más adelantados que el carruaje por lo que dio un rodeo para colocarse al otro lado del

caballo de su primo.

—¿Lord di Montis solo quiere a Camelia por su dote? ¿Por qué? ¡Es rico! —exclamó Carlo sin comprender nada.

—Su padre ha dilapidado la fortuna, aunque eso solo saben las casa de prostíbulos por las deudas que acumulaba. Han acudido a varios banqueros que le han concedido créditos para saldar las deudas de juego, así que sabe que lo único que va a heredar es un título y una cuenta bancaria en la ruina. Necesita una prometida lo suficientemente rica que le haga mantenerse a flote hasta que llegue ese momento y lógicamente, tu lady Camelia es una opción preferente siendo una solterona sin pretendientes.

—Camelia no es ninguna solterona, si ella no se ha casado es porque no quiere un marido —dijo Carlo severamente.

—¡Por favor! ¿Y te lo has creído? ¿Que dama no desea casarse?

—Si te molestaras en conocer a lady Camelia, te darías cuenta de que no es una dama común y corriente, sino muy diferente. Puede que tenga que someterse a las normas que nuestra sociedad le impone o que tenga que ajustarse a las limitaciones de su condición, pero te puedo garantizar que es la mujer más instruida, valiente y decidida que he conocido. Ella no necesita que ningún caballero la salve porque desea salvarse a sí misma.

—¿Y entonces porqué acepta las atenciones de lord di Montis?

—Tal vez le guste de verdad —dijo encogiéndose de hombros.

¿Gustarle? ¿Ese hombre aburrido que solo hacía gala de caballerosidad sin más argumentos que hablar de sí mismo? Era imposible que le pudiera gustar ese caballero y que en cambio le detestara a él. Repentinamente, la última osadía que se atrevió a decir justo antes de marcharse irrumpió de nuevo sus pensamientos. Durante aquellos días esa declaración le había atormentado en sus sueños hasta que decidió asumir que era improbable, que muy posiblemente lady Camelia había tratado de jugar con las palabras para torturarle de aquel modo.

—Dices que lady Camelia no es una dama común y corriente, ¿Hasta qué punto es diferente? —exclamó Edmondo—. Jugué al ajedrez con ella, al menos durante el tiempo suficiente para comprobar que es una digna rival y con una lengua lo suficiente afilada hasta rozar una osadía descabellada.

Carlo volvió a reír.

—Uno de sus grandes defectos o virtudes según se mire, es que es incapaz de mantener una fachada falsa. Sobre todo contigo, aunque vuestra aberración siempre ha sido mutua, quizá no la puedes culpar por detestarte, al fin y al cabo has hecho méritos para que no te soporte.

¿Méritos? Realmente no había hecho nada, al menos nada relevante para ganarse el repudio de lady Camelia. Es cierto que nunca atrajo su atención y que a diferencia de sus hermanas había tenido un comportamiento en gran parte irascible hacia ella por su relación tan cercana con Carlo cuando trataban de acercarse a él. A fin de cuentas, eran unos críos y él estaba en una fase de su vida que no deseaba tener a cargo a dos mocosos insufribles. Los años habían pasado y siendo sinceros, lady Camelia aún le parecía insufrible, pero ahora... desde un punto de vista muy distinto. No iba a reconocer que la dama le había incitado al deseo porque incluso para sí mismo, dicho reconocimiento parecía cómico, pero esa forma de ser, ese ímpetu unido a sus voluptuosos senos y formas bajo el tejido de sus vestidos, habían acelerado su excitación.

—Si —dijo—. Afirma con gran rotundidad cuanto me detesta, aunque ambos sabemos que ninguna mujer en su sano juicio puede resistirse a mis encantos —declaró con una soberbia propia de quien está muy orgulloso de sí mismo y de su reputación en las damas.

Carlo hizo un mohín, conocía de sobra a Gabriele y su nula modestia, pero tampoco le culpaba, había visto como todas las mujeres caían rendidas a sus pies y eso le había llevado a creer que ninguna podría poner resistencia a él.

—Me temo que en el caso de lady Camelia su repulsa es cierta. Ella es inmune a tus encantos querido primo, tendrás que admitir que has encontrado a tu antagónico.

—Pareces conocerla demasiado bien, diría que incluso en un modo íntimo para saber de forma tan precisa sus sentimientos. ¿Es que habéis intimado? —exclamó recordando aquellas últimas palabras que le dictó lady Camelia y que era incapaz de olvidar.

Pensar que la dama había probado el verdadero placer, que era una experta en el arte del lecho o la simple idea de escuchar un gemido proferido de aquellos labios había estado persiguiéndole día y noche.

Sobre todo, de noche.

—Sois mi primo y como tal obviare lo que acabáis de mencionar —bramó Carlo en un tono lo suficiente serio y cortante para que Gabriele se diera cuenta de hasta que punto se había excedido—. Puedo entender que Camelia no sea de vuestro agrado, aunque deberíais esforzaros si realmente pretendéis desposar a su hermana, pero eso no os da derecho a ensuciar su nombre o a verter algún tipo de acusación sobre su virtud de forma lícita. Es insultante incluso para ti.

Gabriele apretó los puños agarrando con fuerza la correa del caballo para maldecirse a sí mismo. Se había excedido y su primo, unos cuantos años menor que él, le había reprendido con gran razón. ¡Maldita sea!, ¡Y todo por el afán de saber si realmente esa dama había probado el placer carnal como afirmaba! Su afirmación le había llevado a la necesidad de saberlo, de confirmarlo, de....

¡Al infierno! ¡Lo que realmente quería saber es si tenía una oportunidad de llevarla a su propio lecho!

—Tenéis razón y os ruego que perdonéis mi exceso y olvidéis lo que acabo de decir. Debe ser este incesante sol que no da tregua lo que me ha hecho no pensar realmente en lo que decía. —Se atrevió a corregir rápidamente sabiendo que no le creería, pero que al menos, saldría indemne de aquella situación.

—Ya se ve la posada desde aquí, avisaré al carruaje para que se preparen —decretó Carlo dando por acabada aquella conversación.

—¡Me adelantaré para avisar de nuestra llegada! —exclamó Gabriele espoleando su caballo para adelantarse y encontrar refugio en la sombra del lugar con la esperanza de que una cerveza fresca calmara su agitación.

Él nunca perdía los estribos, de hecho, era consciente de cada palabra que decía y a quien la decía midiendo cuidadosamente sus pasos. Había elegido a sus amantes con astucia, precisión y siendo consecuente de las posibles variantes. Jamás se había atrevido a adentrarse en el lecho de una dama inocente, menos aún de una joven virginal y dulce por más deseo que le proquiriese. Podía jugar o fantasear antes de retirarse, pero desde luego, siempre había tenido especial cuidado en no caer en ese tipo de tentaciones que le llevaran a pasar por el altar más temprano que tarde.

Y en cambio, a pesar de todas las veces que había fantaseado con una mujer, como lo pudo hacer en su día con lady Catherine, esa hermosa inglesa de cabellos rubios y ojos tan azules como el mar, sentía un deseo más profundo, arraigado y emocionante por esa dama arrogante florentina. ¿Por qué? No era espléndidamente bella, es más, la belleza no era una cualidad en su caso y para él siempre había sido lo único en lo que se había fijado. En cambio, ahora, sentía deseos de explorar algo desconocido, una llamarada interna sobre un fuego incandescente había despertado en su interior y amenazada con extenderse.

¿Que demonios tenía lady Camelia para haber provocado en él ese tipo de ardor?

Capítulo 20

En pocas horas los invitados comenzarían a llegar y todo estaba preparado para su recibimiento. Flores silvestres frescas por todas las estancias y habitaciones, saquitos de lavanda recién recolectada en los armarios para mantener la ropa perfumada, sábanas recién lavadas y colocadas, tapices aireados, alfombras almidonadas y la cubertería de plata recién abrillantada para deslumbrar a sus invitados.

—No deberías apoyar el pie —terció Camelia a su hermana menor por cuarta vez en lo que iba de día.

No había sufrido un esguince, pero si se lo había torcido lo suficiente para saber que si se excedía, pasaría todo el fin de semana sin moverse del sillón. Y, si debía ser completamente sincera, esa idea a Camelia no le desagradaba del todo a pesar de que no le deseaba el mal a su querida hermana. Puede que le hubiera pedido disculpas a Georgia por su conducta, pero eso no cambiaba el hecho de que mantuviera la misma opinión respecto a lord Guicciardini. Quizá, si su hermana permanecía durante todos los festejos convaleciente, ese maldito engreído no tendría la oportunidad de acercarse a ella estando a solas.

—Todo debe estar absolutamente perfecto para cuando llegue el duque —decretó moviendo las manos y podía atisbarse su nerviosismo.

Durante aquellos días había tratado de limar asperezas con Georgia, acercarse a ella y demostrarle que estaría a su lado y que se preocupaba por su bienestar, pero era como atravesar un muro infranqueable. De algún modo, percibía que su hermana tenía algún malestar incapaz de expresar y que, a pesar de tolerar algunos caprichos o malestares en gran parte inducidos por la molestia del tobillo, intuía que había algo mucho más profundo en el interior de Georgia que no se atrevía a expresar.

Le había reprochado que por una vez alguien la elegía por encima de ella, pero ¿A quién hacía referencia al decir aquello? No podía ser Alessia, de hecho, entre ellas la relación era mucho más íntima por su cercanía en cuanto a gustos. Le había dicho que tampoco era su padre, ¿Se refería a algún sirviente? Bien es cierto que, de todas ellas, era la que mejor se llevaba con la

servidumbre puesto que les ayudaba a preparar la comida que solía llevar para donar o le ayudaban a recolectar ropas, pero no tenía ningún sentido.

Ojalá estuviera Carlo, al menos podía confiar en él para expresar lo que pasaba por su mente. Y por un instante pensó en él como en la persona a la que Georgia hacía referencia.

¿Podría ser?, ¿Podría referirse a su amigo Carlo? El entusiasmo que ese pensamiento generó en sí misma fue tal que incluso percibió como su corazón se aceleraba, como los latidos se apresuraban uno tras otro batiendo fuertemente contra su pecho y creyendo que, de ser así, sería inmensamente feliz, no solo por su mejor amigo o por su propia hermana, sino por ella misma al creer que dos personas a las que tanto quería se amaran, pero detuvo abruptamente sus pensamientos. No podía anticiparse, como tampoco podía ilusionar a Carlo vanamente. Debía asegurarse, tenía que averiguar con certeza a qué se había referido su hermana menor con lo de ser elegida y a qué hacía exactamente alusión, porque también podría referirse a una sana amistad.

No. Georgia siempre ha vivido empeñada en que Carlo estaba enamorado de ella. Camelia se llevó una mano a los labios para evitar un pequeño grito de conmoción.

De ser cierto... de ser realmente cierto lo que sus pensamientos conformaban y deseaba fervientemente que lo fuese, aquello podría cambiarlo todo.

—Y lo estará —cercioró Alessia—, pero Camelia tiene razón y deberías reposar. Los invitados no tardarán en llegar y si te fatigas ahora, tendrás que excusarte tras la cena por no poder bailar con el duque.

Que toda la conversación girase en torno al duque empezaba a crispar los nervios de Camelia.

Por suerte, el ruido de los cascos de caballo acercándose por el camino era la señal de que los primeros invitados habían llegado. Se trataba de la familia Vannicelli, un fiel amigo de su padre que venía acompañado de su esposa y la única hija soltera que le quedaba. Tras ellos, llegaron sus amigas Elisabetta y Sofia, acompañadas de sus respectivas madres. Posteriormente el carruaje de lord di Montis y su hermana lady Cecilia hizo acto de presencia cuando algunos invitados ya se habían refrescado y tomaban un refrigerio en el jardín. Los penúltimos en llegar fueron la condesa viuda de Santis, gran amiga de su difunta madre junto a sus dos hijos, el conde di Santis y su hermana lady Isabella. Finalmente, los últimos en llegar a la fiesta campestre, fueron los Guicciardini, cuya expectación por su llegada era debida a la presencia del duque pues en aquella reunión a pesar de ser en un ambiente íntimo y casi familiar, había que recordar que albergaba a ocho damas solteras en edad casadera y que todas menos dos podían ambicionar ser su esposa; una por ser la propia hermana del duque y la otra porque el concepto de estar cerca de

él ya le parecía una penitencia.

El refrigerio se alargó gracias a la buena temperatura exterior y las sombras que arrojaban los grandes alcornoques cerca del jardín, ofreciéndoles un confort indiscutible y una conversación animada sobre el trayecto, el paisaje y lo agradable que resultaba estar lejos de la ciudad durante una corta estancia.

—Lady Camelia —dijo Guicciardini acercándose a la dama ya que hasta ahora no la había saludado formalmente.

No iba a reconocer que la había evitado, quizá porque Carlo le había hecho sentirse más incomodo de la cuenta durante el viaje, pero tenía que reconocer que mientras hablaba con los otros invitados, no dejaba de ver el brillo dorado de su vestido destacando sobre el resto del colorido jardín. Aquel color era tan similar al de sus ojos que resultó embriagador cuando ella dirigió su vista hacia él.

En sus ojos no estaba el mar, ni la tierra, ni la lluvia o la hierba. En los ojos de lady Camelia Vassati estaba el sol que lo iluminaba todo. La fuente de vida, la esperanza, el anhelo y era instantáneamente hermoso.

—Lord Guicciardini —dijo antes de apartar la mirada de aquellos ojos que se asemejaban a las hojas de los árboles en primavera cuando relucen bajo el brillo del sol y destellan con devoción.

—Aún me debe su parte del reto puesto que yo cumplí con la mía —dijo recordándole que le debía aquella conversación en danés.

—Podría fingir que no lo recuerdo, incluso podría poner mil excusas para evadir estar en su presencia, pero dado que usted cumplió su palabra, no seré merecedora de ningún reproche. ¿Quiere un baile?, ¿Un breve paseo? ¿O prefiere que le muestre nuestra casa mientras conversamos en danés?

—En realidad me gustaría que me mostrase el pequeño viñedo y la fabricación de su propia cosecha —advirtió con interés.

—Para eso tendrá la oportunidad junto a todos los invitados antes de marcharse...

—Mañana al alba, cuando todos duermen. Usted y yo a solas —susurró él en danés y Camelia tuvo que procesar durante un momento lo que acababa de proponerle.

Si no fuera porque le dijo al alba y no en plena noche, habría sido demasiado malpensada, pero, ¿Acaso podía culparse de serlo si se refería al duque?

—No debería tener miedo, lady Camelia. Como bien dijo la última vez que nos vimos, ha conocido el placer y fue sublime. Imagino que no hay nada que deba perder... o en todo caso,

temer.

¡No se lo podía creer!, ¡Estaba jugando con las palabras del mismo modo que había hecho ella!

Camelia estaba decidida a enviarle al diablo, a rechazar su obscena propuesta, ya que al fin y al cabo la estaba citando en un lugar a solas y si alguien les sorprendía no le salvaría el que sus familias fueran cercanas. Había estado en cientos de ocasiones a solas con Carlo, pero tanto los sirvientes como sus hermanas o su padre, sabían perfectamente que estaba en su compañía. En cambio, el duque la citaba de forma clandestina cuando bien podría haberla resarcido de su acuerdo o simplemente limitarse a una conversación mientras paseaban por el jardín. ¿Tal vez no quería que le vieran acompañado de ella? No tenía sentido, en ese caso habría pospuesto su deuda efímeramente y en cambio, se atrevía a citarla a escondidas sin ningún acompañante salvo ellos a riesgo de que pudiera tramar una trampa y someterle a un matrimonio indeseable.

—No le tengo ningún miedo, lord Guicciardini. ¿Y usted? ¿No teme que pueda hablarle a alguien de nuestra cita y se vea obligado a casarse conmigo? —exclamó usando la misma lengua.

Estaba claro que si algún invitado tenía un oído agudo, no captaría en absoluto su conversación y quizá por eso se atrevió a hablar en un tono alto y claro.

Gabriele hizo un mohín con los labios tratando de contener una risa inesperada.

—Me detesta o eso dice, así que casarse conmigo sería lo último que me esperaría de usted —dijo muy seguro.

—¿Ni por evitar que se case con mi hermana? Creo que no me conoce lo suficiente, lord Guicciardini. No seré yo quien evite ir a su cita, pero tal vez debería pensar detenidamente si presentarse o no... —Camelia se marchó sin esperar una respuesta por su parte, hacía demasiado tiempo que no hablaba con el conde di Santis, siempre le había parecido un caballero lo suficiente soberbio y estirado para evitarle, en cambio su hermana Isabella era tan dulce que lo compensaba.

La viuda di Santis hablaba de forma animada junto lady Lucía, desde la muerte de la madre de Camelia, se habían unido tras su pérdida y ahora eran íntimas amigas, puede que no lo hubieran expresado en voz alta, pero ambas deseaban que el conde eligiera a lady Valentina como esposa y teniendo en cuenta lo hermosa que era la dama, era más que probable que esa unión se llevase a cabo más temprano que tarde. Se preguntó si ahora que el nuevo conde di Santis había vuelto de sus largos viajes, pensaba asentar la cabeza o más bien sería de la condición del duque y frecuentaría prostíbulos de forma continuada.

¿Que más le daba a ella? Suficiente tenía con su propia vida y la de su hermana para

preocuparse por las futuras alianzas de otros.

—¡Oh querida! —anunció la condesa viuda—, que grata sorpresa nos habéis dado con esta estupenda escapada campestre y lo que amaba vuestra madre este lugar—, sin duda estaría muy feliz de que nos reunamos hoy aquí y sobre todo si hay alguna noticia estupenda que vuestro padre desee anunciar sobre alguna de vosotras. —Su voz evidenciaba que aguardaba el anuncio de un compromiso y que ese era el motivo de dicha reunión campestre.

Nada más lejos de la realidad, aunque aquella fiesta no había nacido como el origen de una notificación, lo cierto es que tras lo surgido en las semanas posteriores a la invitación cualquiera pensaría que sería la excusa perfecta para informar a todos de una futura unión.

«Antes haría que la descubrieran con Guicciardini que dejar que éste anunciara que se casaría con su hermana» pensó en lo más profundo de su ser a pesar de sentir una sensación extraña por ese simple pensamiento.

Sentía repulsa hacia el duque, eso no había cambiado, pero no podía borrar de su mente ese momento en el que casi sintió que rozaba sus labios, la cercanía de aquel cuerpo, el calor que desprendía y la conmoción que todo ello le hizo sentir a pesar de su rechazo. Lord Guicciardini era demasiado guapo para su propia desgracia, aunque para ella nunca había sido una prioridad a la hora de fijarse en un caballero, sino más bien su cordialidad, pero desde que había jugado al ajedrez con él, la idea de que el duque no fuera tan lerdo como había imaginado le provocaba aún más antipatía porque era más fácil detestarle si era un necio, patán y bravucón, que si en realidad escondía una mente brillante en ese cuerpo creado para el pecado.

—Creo que mi madre se enorgullecería de que sus tres hijas fueran inmensamente felices —contestó evadiendo el tema y dando por zanjado el asunto. Si esperaba un anuncio o no, cuando acabase el fin de semana se habría dado cuenta de que no era así—. Lady Isabella, cada vez que la veo está aún más hermosa.

—Sin duda nuestra Isabella causará un revuelo el próximo año cuando sea presentada en sociedad. Hemos hecho bien en esperar un año más a que Rafaele volviese de su viaje para acompañarnos, así me sentiré más segura.

—Ha hecho muy bien —corroboró Lucía—. Además, este año no ha sido tan espléndido como otros, ¿No es cierto, Valentina? Aún así aguardo fervientemente porque al menos uno de mis hijos cumpla el propósito de casarse —añadió abanicándose y observando un instante a Camelia con cierta complicidad.

—Por supuesto —dijo Camelia apretando los dientes y dirigió su vista hacia el conde que parecía lo suficiente aburrido para que ella lo percibiera—. Lord di Santis, ¿Que tal su viaje por la India?, ¿Ha sido tan gratificante como esperaba?

—Mucho más de lo esperado, lady Camelia —contestó casi agradecido de que alguien hablara sobre un tema que no fuese matrimonios, compromisos o cotilleos de otras personas ajenas a la fiesta.

—¡Oh, cuanto me alegro! Venga conmigo, creo que hay alguien a quien le interesará encarecidamente su viaje —dijo encaminándose junto al conde para dirigirse hacia barón di Montis.

En cuanto comprobó que ambos encontraban el tema de conversación de las especias gratificante, se dio por satisfecha y se alejó para encontrarse con Carlo, que permanecía en solitario y algo apartado de la fiesta en uno de los bancos que rodeaba el jardín.

—No me gusta verte así —dijo sentándose a su lado.

—¿Y como se supone que estoy? —exclamó con una débil sonrisa y cambiando de postura para estirar la espalda sobre la rigidez de la piedra de la que estaba conformado el banco.

—Melancólico, abstraído, triste, abatido... y podría continuar con más apelativos que vienen a decir que has dejado que te pisoteen —ratificó justo antes de que las risas de varias damas se oyeran por encima de las voces de los invitados y comprobasen que la causa era lord Guicciardini.

Entre las damas se hallaba su hermana Georgia, lady Elena, la hija de los Vannicelli y sus amigas Elisabetta y Sofia, bien vigiladas por sus madres que cuchicheaban a la vez que observaban al grupo.

—Solo estoy fatigado del viaje, eso es todo. —Carlo trató de cambiar su semblante y mirar hacia otro lado lejos del lugar en el que se hallaban Georgia y su primo.

—Debo pedirte un favor o más bien es una petición, pero si prefieres declinar la oferta lo entenderé.

—Tu nunca pides favores, al menos no de los que se puedan rechazar —contestó frunciendo el ceño.

—Tal vez te conozco demasiado y sé que no vas a decir que no —dijo curvando los labios—. Georgia se torció el tobillo hace unos días y aún está resentida, pero es lo suficiente cabezota para no permanecer sentada y lo forzará hasta la extenuación.

Carlo volvió de nuevo la vista hacia Georgia con preocupación y ese gesto hizo que se le partiera el corazón. Nadie mejor que él cuidaría con devoción a su hermana.

—Por lo que se ve tenéis más en común de lo que imaginaba.

—Hace un tiempo me dijo que quería aprender a jugar al ajedrez —mintió descaradamente, o, en realidad, diciendo una verdad a medias puesto que Georgia solo le había

dado a entender que quizá ella debería jugar con el duque la próxima vez—. ¿Podrías decirle que tu primo te ha enviado para que le enseñes a jugar para que así ellos puedan hacerlo más adelante?

Carlo la fulminó con la mirada.

—¿Y qué esperas que responda cuando me pregunte que porqué no le enseña el mismo?

Dudaba que Georgia se hiciera esas preguntas, probablemente asentaría con tal de complacer al duque o como ella misma esperaba, tener las atenciones de Carlo solo para ella.

—Dile simplemente que el duque no nació con el don de la paciencia y que es un pésimo maestro, o que es un hombre demasiado ocupado para perder el tiempo en esos menesteres.

—Creo que lo que tratas de decirme, querida amiga, es que mi primo desea que le sorprenda cuando sea una gran jugadora. ¿No es así? —proclamó en un tono de voz que surcaba la ironía.

—¡Lo que quieras, pero hazla perder unas cuantas horas sin moverse! —exclamó airada—. Y lejos de tu pedante primo.

—Eso no va a cambiar el resultado final. Lo sabes, ¿no?

—Los dados de la suerte aún pueden cambiar. Déjamelo a mi.

Existía una alta probabilidad de que finalmente el duque se saliera con la suya, de que todas sus amenazas y discusiones solo sirvieran para que efectivamente, terminase proponiendo matrimonio a su querida hermana, pero hasta ese momento, hasta ese instante, haría todo cuanto estuviera en su mano para que eso no tuviera lugar.

Capítulo 21

La cena discurría tranquila y sin imprevistos, tal como habían esperado, a pesar de que el número de damas doblaba el de caballeros, pero eso no era un problema cuando se trataba de una fiesta campestre e informal. Incluso los vestidos que lucían eran mucho menos recargados y más sencillos que en la ciudad, aunque tuviera que llevar aquel horrible corsé todo el día por tener invitados en casa.

Camelia no volvió a coincidir con el duque en el resto de la tarde y durante la cena estaba sentada entre lord di Montis y su amiga Sofia, teniendo frente a ella a Carlo y lady Cecilia. Alessia se había encargado de sentar a Guicciardini junto a Georgia lo suficiente lejos para que no diera lugar a ninguna discusión pública entre ellos, aún así, era imposible evitar mirar en aquella dirección de vez en cuando a pesar que lord di Montis tratara de entretenerla con la conversación que había mantenido junto al conde de su viaje a la India.

—Creo indudablemente que debería plantearse ir usted también. Aunque el conde le haya relatado con minuciosidad cada detalle, no podrá sentir el olor, el tacto o llenarse de los vibrantes colores del lugar —dijo sin demasiado interés en la conversación.

—¡Es lo mismo que creo yo! —exclamó—, aunque ahora mismo sería impensable por supuesto.

—¿Por qué? —exclamó interesada y por un momento vio como él parecía contrariado y se metió una cucharada de la sopa de pescado como si estuviera pensando la respuesta.

Inmediatamente Camelia enrojeció al ser evidente que debía referirse a ella, si se estaban conociendo y tenía la intención de proponerle matrimonio si eran compatibles, marcharse en medio de un cortejo suponía la posibilidad de que la dama se hubiera desposado con otro a su regreso, a menos lógicamente, que se comprometieran antes de partir.

—Disculpe, no debí preguntar —dijo Camelia no deseando adelantar acontecimientos. Lo ultimo que necesitaba ahora es que di Montis le hiciera una propuesta formal porque ni ella misma sabría que responder. ¿Aceptar a pesar de no sentir ningún tipo de emoción solo porque

era un caballero respetable?, ¿Rechazarle a pesar de la desilusión que eso supondría para su padre? Prefería no tener que pensar en ello—. Es evidente que tiene sus razones —afirmó con una sonrisa y él pareció más relajado.

Él no incidió en su respuesta y lo dejó estar, más tarde tampoco tuvo la oportunidad de hablar con él porque a pesar de haber dispuesto un cuarteto, diversos juegos de mesa para su entretenimiento, más de la mitad de los invitados estaban demasiado cansados del viaje y prefirieron retirarse a descansar, lord Guicciardini entre ellos, algo que le sorprendió bastante y eso le dejó ver la imagen de Carlo junto a su hermana Georgia apartados en una esquina del salón junto al tablero de ajedrez.

A pesar de que la comodidad en la buhardilla dejaba mucho que desear, Camelia mantuvo la vela encendida más tiempo del habitual antes de que la oscuridad se cerniera sobre ella y todos los trastos que acumulaban polvo en el lugar. Franca había tratado de limpiar lo máximo posible en aquellos días, pero instalar aquella cama antigua, rebuscar el colchón entre los objetos y airear el lugar lo suficiente para que dejase de tener ese olor entre rancio y húmedo, no hubo tiempo de más, sobre todo, porque los preparativos se centraban en la casa y no en su comodidad. Aún así, la brillante idea de apartarse de los invitados para dormir allí sola no era tan gratificante como esperaba. Oyó pasos e incluso se sentó varias veces pensando que realmente vendría alguien, pero desde aquel lugar, los sonidos provenientes de la casa se confundían y distribuían en un eco que lograba confundirla.

Sería mejor dormirse ya, era casi media noche cuando Franca se marchó después de dejarla lista para dormir y ya había pasado bastante tiempo desde ese momento. Además, no sería ella quien faltaría a la cita de lord Guicciardini, no especificó la hora, pero fue muy conciso cuando mencionó que debía ser mientras todos aún dormían, eso solo significaba que debía ser al alba y por suerte en aquel habitáculo de dimensiones grotescas y tejado a dos aguas, los ventanales no tenían cortinas.

Gabriele no se quejó de tener que compartir habitación con su primo Carlo, aunque habría esperado un trato preferente como estaba habituado, tal vez no gozar de una habitación completamente privada estuviera ligado a las malas intenciones que lady Camelia le atribuía. Y tampoco iba a negarlo, pero ninguna de las mujeres que se hallaban en aquella fiesta campestre era lo suficiente tentadora o reunía las cualidades precisas para satisfacer sus propios placeres y de hacerlo, habría buscado la manera para encontrarse a solas con dicha dama, como de hecho, pensaba hacer con la inoportuna hermana de su futura prometida.

No es que hubiera tomado una decisión real, pero cada vez se convencía más así mismo que era una elección acertada. ¿Y porqué si pensaba casarse con la joven lady Georgia, citaba a escondidas a su hermana? Ni el mismo lo sabía, pero necesitaba descubrir porque sentía interés

hacia la muchacha y quizá cuando lo hiciera, dejaría de sentir ese deseo extraño hacia ella.

Las llaves de la bodega se guardaban en un cajón del despacho de su padre. Camelia las había cogido tantas veces que podría haberlas encontrado con los ojos cerrados. Había pasado mucho tiempo en aquella casa viendo como fabricaban el vino después de recolectar la uva.

Llegó cuando el sol bañaba las hojas de las vides, hacía pocos meses que se habían recolectado los racimos y a esas alturas el vino debía estar curándose en las barricas de madera adquiriendo las notas que le darían el sabor final.

Camelia se quedó un momento quieta, observaba el pequeño viñedo y como cada vez que lo hacía, se maravilla con extender su extensión hasta los confines de la parcela, donde limitaba con el riachuelo que pasaba por allí y que les abastecía para el riego de la totalidad del viñedo. Hacía tiempo que había desistido en su empeño, estaba claro que su padre no tenía ninguna intención de ampliarlo, como tampoco lo habían hecho sus antecesores. Aquellas vides tenían la única misión de satisfacer un consumo propio y como siempre le había indicado su progenitor, ellos no tenían necesidad de hacer negocio, ni siquiera por reconocimiento como le había dado a entender ella o hacía su propio cuñado lord Ferrari.

Escuchó los pasos acercándose y se fijó en la sombra que se ocultaba tras la bodega. Guicciardini iba vestido con botas de montar, una camisa fina y pantalón claro. Se había quitado la capa a pesar de que aún hacía algo de fresco a esa hora de la mañana y por la tierra de sus botas, intuía que había estado paseando entre las vides.

—Pensé que no acudiría a la cita —dijo en un perfecto danés.

—Si lo pensara realmente no habría acudido tan temprano —corroboró él dejándose caer con el hombro en el muro de piedra que conformaba la edificación.

La hiedra había acaparado gran parte de la fachada y en su día, su madre plantó algunos geranios y lavanda alrededor de la casa que aún florecían.

—¿Y que pueda tacharme de cobarde? Nunca —afirmó ella eligiendo la llave correcta para insertarla en la cerradura—. ¿Planea cabalgar o es la excusa que ha encontrado más oportuna por si le pillan infraganti conmigo? Piense que he podido avisar a alguna de mis amigas o a mi propia doncella de nuestra cita clandestina.

—Correré el riesgo —dijo él tan seguro de sí mismo que tuvo verdadera rabia por no haberlo hecho.

Aunque estaba clara la razón del porqué no había advertido a nadie de su reunión a escondidas con el duque. Tal vez podría habérselo comentado a Carlo, él sabría guardar en todo caso el secreto.

Camelia no dijo nada y se dispuso a abrir la puerta. En cuanto lo hizo el olor a madera, vino, humedad y una mezcla entre cerrado y metal inundó sus sentidos olfativos. Estaba acostumbrada a ese olor pero visitaba la bodega en contadas ocasiones así que cada vez que volvía a dejarse avasallar por esa sensación evocaba recuerdos de niñez en los que ella y sus hermanas se descalzaban para pisar la uva como parte de un juego infantil.

—Es más grande de lo que imaginaba. Cuando Carlo me habló de ella me dijo que era muy pequeña.

—Lo es —contestó Camelia sin mencionar porqué Carlo le había hablado de ese lugar, imagino que habría salido en una de sus conversaciones sin ninguna finalidad—. Al menos si la compara con otras bodegas que se dedican a una producción de vino mayor. Esta solo cumple la función de abastecer con una cosecha propia a mi padre. Entre ensayos, degustaciones y pruebas, solo se logran embotellar unas treinta o cuarenta botellas, depende de como hayan sido las lluvias durante el año y la producción de la vid.

Gabriele comprobó que tal como le había mencionado su primo, lady Camelia era muy conocedora de ese procedimiento y estaba al tanto de detalles como aquel, algo que desde luego había sido por descontento de desinterés para cualquier otra dama.

—¿Le gusta el vino lady Camelia?

—Solo aprecio el buen vino, lord Guicciardini, pero no soy una bebedora habitual si es a lo que se refiere —contestó paseando la vista por las barricas y comprobando su estado.

Tenían alrededor de ciento cincuenta años y aún cumplían su función.

—Podría decir lo mismo con el coñac, ¿No estaría el barón interesado en una producción artesanal de dicho licor? —preguntó Gabriele tocando la barrica de madera y sintiendo la rugosidad al tacto.

Camelia emitió una sonrisa sarcástica y le observó fijamente mientras negaba con la cabeza.

—Hace alarde de gustarle el coñac y precisamente solo el buen coñac ¿Y ni siquiera sabe que la fabricación del mismo se hace exclusivamente con uva blanca? Por no decir que es un tipo de uva de calidad superior que únicamente crece en la región francesa de Cognac, de ahí su nombre, lord Guicciardini.

En aquel momento Gabriele se sintió la persona más inculta de la tierra y prefirió haber ido a cabalgar, caerse del caballo y romperse la crisma antes que estar allí haciendo un ridículo sorprendente frente a aquella dama que saltaba a la vista, era tan culta como insolente.

—Reconozco que siempre he gozado de los placeres sin preguntarme de donde proceden

—afirmó con un tono de voz que evidentemente quería parecer una disculpa a su ignorancia.

—Quizá ese ha sido siempre su error. No ve más allá de lo que tiene delante de sus narices.

Camelia solo quería hacerle ver que existía algo más allá en la belleza de una mujer o en una copa de vino o en un título nobiliario como el que él gozaba y al que no sabía sacarle partido más allá de los beneficios que su posición le otorgaba. Podía hacer mucho más que ser un rostro bonito y la decadencia hecha persona.

—Empiezo a darme cuenta... —advirtió acercándose a ella.

Los rayos de sol del amanecer ya se filtraban por las ventanas superiores, otorgándoles una claridad leve, aunque la mayor fuente de luz procedía de la puerta abierta. Camelia observó detenidamente que él se acercaba sin hacer ningún movimiento, no sabía exactamente lo que él pretendía o porqué estaba dando pasos suaves para acercarse, pero simplemente le observó esperando que añadiese algo más a su frase.

—¿Que se supone que está haciendo? —preguntó cuando vio que él no tenía intención de hablar y sus ojos no se apartaban de ella.

—Comprobar lo que se esconde bajo su superficie, lady Camelia, ya que tengo la sensación de que hay más, mucho más, bajo su apariencia.

Gabriele dio un último paso para acercarse a ella y cuando se inclinó sobre la dama, vio que esta se erguía hacia atrás y algo afilado, frío y con la punta de metal se cernió en su garganta.

—Atrévase a tocarme y derramaré su sangre aquí mismo, lord Guicciardini.

Capítulo 22

Camelia había cogido lo primero que había encontrado a mano, unas tijeras de cortar racimos de uva, puntiagudas y curvadas especialmente para facilitar el corte sin dañar la planta, no tenían una punta fina como una daga, pero si lo suficiente para clavárselas en la piel al duque y que este la mirase sorprendido.

A pesar de que Gabriele no había esperado aquel movimiento rápido, no se apartó ni una pulgada, sino que siguió a menos de un paso de distancia viendo el destello de aquellos ojos de color ámbar más relucientes que nunca.

—¿Haría lo mismo si fuese lord di Montis el que estuviera en mi lugar? —proclamó con una calma poco propia dadas las circunstancias.

Si alguien pasaba por allí de forma casual o no, podría ver desde la propia puerta completamente abierta al lugar, que estaban en una situación más que comprometida y aún así, él tenía todos sus sentidos puestos en joven lady Camelia.

—Eso es algo que no le atañe, pero a diferencia de usted lord di Montis jamás se atrevería a propasarse con una dama.

—Parece conocer muy bien a lord di Montis. ¿También sabe que lo único que le interesa de usted es la cuantiosa dote que su padre ha ofrecido a su futuro esposo?

Hubo un atisbo de duda en el semblante de Camelia, como si creyera realmente aquellas palabras y despreciara que el interés principal de lord di Montis en ella fuese el económico, pero rápidamente pensó que si la información provenía del duque, era muy probable que ni siquiera fuese real.

—¿Y ahora le importa las razones por las que lord di Montis desea cortejarme? Dígame, ¿Tanto le fastidia que no sea receptiva a sus encantos, ni desee sus atenciones que pretende menospreciar al barón? Le diré que él tiene más hombría que usted y, desde luego, su falta de caballerosidad no me sorprende, pero que además sea desleal y tan miserable para verter

infamias sobre otra persona, solo me cerciora lo poco grato y apropiado que es usted para mi hermana —dijo Camelia con el mentón bien alto y empuñando con fuerza la tijera—. O para cualquier dama.

—No es eso lo que dirían esas otras damas —susurró Edmondo siendo consciente de que no debería haber mencionado las intenciones del barón hacia ella, pero había sido más fuerte su propio egocentrismo que su honorabilidad, como también lo estaba siendo su lujuria, por encima de su caballería.

—¿Cree que si no tuviera un ducado asociado a usted las atenciones serían las mismas? —exclamó Camelia con sorna—. Solo sería un rostro aceptable y una lengua perspicaz, nada más.

—¿Que es lo que más le molesta? ¿Mi título?, ¿Mi éxito entre las damas? ¿O que nunca me haya fijado en usted hasta ahora?

Camelia frunció el ceño y estudio los ojos verdosos de Guicciardini que ahora estaban centrado únicamente en ella.

—Su único interés hacia mi es el rechazo que me genera, le supongo un reto, un desafío, juego o como prefiera llamarlo y desde luego su intención de casarse con mi hermana no es más que otra de sus artimañas para provocarme. ¿Que es lo que pretende? ¿Tener a mi hermana como esposa y a mi como amante? ¿O simplemente solo quiere provocarme y jactarse de que ninguna dama es capaz de resistirse a sus encantos? En cualquier caso, no permitiré que contraiga matrimonio con Georgia, menos aún que la haga infeliz como preveo que será cualquier pobre dama que decida aceptarle.

Realmente Gabriele no sabía que era lo que deseaba de lady Camelia, ni el mismo se había planteado lo que ocurriría en su cita clandestina, menos aún, su intención frustrada de besar a la dama en cuestión, pero que nada le saliera según lo planeado cuando estaba junto a aquella joven, no dejaba de incitarle una creciente sensación de deleite. ¿Podría ser gran parte debido a lo que ella misma le reprochaba? Nunca se había enfrentado a una dama que le rechazara abiertamente, que despreciara su compañía, que denigrara sus actos, que se opusiera tanto a él hasta rozar lo insultante, así que por eso hizo hincapié en acercarse a ella a pesar de que aquella cosa de metal se clavara en su garganta.

Tal vez fue la seguridad en sí mismo de que lady Camelia sería incapaz de matarle o un tesón poco propio de él, pero había sufrido agravios suficientes en lo poco que llevaba de mañana para permitir otro más.

—¿No ha pensado que el concepto de felicidad puede discrepar en función de las ambiciones de cada uno? —preguntó sintiendo como el pecho de lady Camelia se hinchaba en

una respiración agitada, nada que ver con la tranquilidad que en apariencia mostraba—. Y que lo que para usted supone una rotunda equivocación, para otra persona puede ser el mayor triunfo.

Camelia abrió los ojos en señal de conmoción. Quizá porque a su modo de verlo consideraba que su verdad era única y absoluta y no podía considerar más allá de su razonamiento lógico y moderado.

—Mis convicciones se basan en un juicio razonable y una actitud consecuente con sus actos. Usted es quien pisotea la moralidad y muestra una honradez pésima en sus actos. Solo dice eso porque es lo que le conviene, pero dígame, ¿Se enorgullece de que quienes se acerquen a usted lo hagan por puro interés?, ¿Que el único anhelo que posea una dama para ser su esposa sea la del título que le ofrece y mire hacia otro lado a sus innumerables amantes? Renunciar al amor real, a la complicidad u honestidad y un respeto mutuo ya dice mucho de usted lord Guicciardini.

—Sus convicciones están basadas en ideas, no en hechos —constató acercándose más—. Como en que no me crea cuando le advierto de que las intenciones de lord di Montis distan mucho de ese amor real o complicidad y honestidad a la que hace alusión. Así que no es tan distinta a mi, lady Camelia. Es más, estoy seguro de que, si conociera realmente el placer como advirtió que hacía, no hablaría del modo en que lo hace.

—¿Y como lo haría?, ¿Como usted? ¡Que es capaz de despreciar los votos sagrados del matrimonio y humillar a caballeros de reputado nombre llevándose al lecho a sus esposas! ¿O me va a decir que sus intenciones con la baronesa di Rosso eran otras muy distintas? —exclamó airada.

Gabriele llevó una mano hasta cubrir por completo la piel suave de lady Camelia en palma que tenía empuñada la tijera. Cernió sus dedos con la suficiente fuerza para ejercer la presión adecuada que le impedía avanzar la poca distancia que les separaba y se acercó lo suficiente para que su nariz rozase la suya.

—Yo no he roto nada y no puede culparme de los pecados ajenos, sino de los míos propios. ¿Tal vez no se le ha ocurrido pensar que si aún sigo soltero es porque no tengo ninguna intención de mancillar los votos del matrimonio? —susurró rozando aquellos labios que le incitaban al pecado sabiendo que no debía besarlos, que no debía sucumbir a aquella llamada.

Hasta él tenía límites infranqueables, como el de estar a solas con una dama en edad casadera en circunstancias indecentes, acercarse lo suficiente a una joven virginal como suponía que era lady Camelia o hacer creer a la dama con sus actos que podría pretender algo más que simple placer. Sus tres condiciones las estaba literalmente enviando al diablo en aquel momento, siendo consciente, más que consciente de hecho, de que si un simple sirviente pasaba

por allí o si la joven había mencionado a alguien aquel encuentro, se vería atado a ella para siempre.

Y aún así sus ganas de probar aquellos labios eran aún más fervientes de las que había sentido por la dama más bella de todo Londres, Francia o Florencia.

¡Al diablo con todo!, ¡Necesitaba saber porque lady Camelia le hacía sentir de aquel modo!

El primer roce fue sutil, tan suave que apenas pudo deleitarse, pero que le hizo comprobar la dulzura que emanaban sus labios, así que asestó el segundo golpe acogiendo con mayor fervor su boca y sintió la rigidez inicial que ella le ofrecía.

Camelia no podía creer que la estuviera besando. ¡Que su primer beso se lo diera aquel patán que tanto detestaba! Se quedó inmóvil, quieta, sin saber que hacer o como reaccionar ante la firmeza de sus labios sobre los suyos y la mano que se había ceñido a su cintura. Durante unos segundos comprobó como aquellos labios calientes estaban sobre los suyos y de pronto comenzó a sentir esa misma calidez en otras zonas de su cuerpo muy lejos de su boca. Quiso protestar y eso le hizo entreabrir los labios sutilmente de forma que percibió como él adentraba su lengua buscando la suya, invadiendo su cavidad, haciéndola gemir de un sentimiento abrupto de conmoción, pero sintió como la avasallaban miles de emociones al mismo tiempo.

La maestría de los labios del duque sobre los suyos la hizo comenzar a responder, sin siquiera ser muy consciente de que lo hacía, es como si su cuerpo de un modo innato supiera qué debía hacer, cómo y de un modo tan primario que perdió el sentido de quien era él o quien era ella y del lugar en el que estaban, solo le importaba el ardor que de pronto comenzaba a embargarla a través del contacto de su cuerpo junto al suyo y aquella sensación extraña de un incandescente fuego comenzó a surgir desde sus entrañas.

Cuando el ruido de la tijera impactó en el suelo fue consciente de que ella misma estaba respondiendo a aquel beso, de que su lengua se movía al compás de la del duque y de que sus dedos se había agarrado con firmeza a la camisa, palpando el músculo que bajo ella se escondía.

Le aterrorizó ser consciente de cuanto había perdido el juicio, de como aquel placer la había consumido hasta perder la cordura y dejarse arrastrar por la lujuria.

¡Dios mío!, ¡En qué demonios estaba pensando! ¡Estaba claro que Guicciardini solo había deseado aquello desde un primer momento! ¡Demostrarle que a pesar de su rechazo, de su indiferencia y de cuanto lo detestaba, su cuerpo era capaz de rendirse a él! ¡Y lo peor es que ella misma acababa de ser testigo de ello!

Camelia se apartó abruptamente del duque tratando de asimilar lo que acababa de suceder, siendo incapaz de mantener la calma, como si se hubiera decepcionado a sí misma y a

toda su convicción.

—Márchese... —susurró en voz baja.

—¿Quiere que me vaya porque no le ha gustado o por todo lo contrario? —Se atrevió a decir él, teniendo muy presente el modo en que ella había respondido a aquel beso y el modo en el que le había hecho enardecer.

En el momento que lady Camelia había abandonado su deferencia y sucumbido al placer que percibía su cuerpo, fue tan delicioso que aún podía percibir la excitación en su entrepierna y la indudable, ferviente y apasionada calidez con la que lo había embargado.

Deseaba más. Quería mucho más de esa joven, aunque no estuviera dispuesto a admitirlo.

—¡Lárguese he dicho! —gritó con evidente furia.

Por un momento, dudó en hacerlo o no, pero la turbación que sintió en lady Camelia le hizo ser más consciente que nunca de cuanto había roto sus propios límites y abusado de su propio deseo hasta aturdir el juicio de la dama. Tal vez él mismo necesitaba serenarse y pensar en lo que había ocurrido y en porqué ella le hacía sentir de ese modo.

—Por supuesto —dijo antes de darse media vuelta y marcharse con paso decidido.

Tal vez usar ropa de montar con la excusa de salir temprano para cabalgar no había sido una mala idea, porque en esos momentos necesitaba una buena carrera para refrescar sus pensamientos y la inusual conducta que le hacía tener lady Camelia.

En cuanto se halló a solas, Camelia se obligó a respirar profundamente y dio un golpe sobre la mesa de madera para soltar su rabia. Aunque pareciera una contrariedad, no estaba enfadada con Guicciardini por propasarse, es más, por su habitual fama de conquistador no debía sorprenderle que hubiera actuado de esa forma y creía estar preparada para confrontarle, así que la rabia que sentía era por haberse dejado llevar en aquel placer que él le ofrecía y, aún más, que le hubiera resultado infinitamente agradable.

¡Maldita sea la hora en que aceptó acudir a ese encuentro!

Edmondo no solo le había robado su primer beso, sino que, para su propio estupor, en lugar de recordarlo de forma desagradable y obscena, su piel enardecía al rememorar ese momento en que su lengua se unió a la suya en un juego de seducción impúdico e indecente, pero que a su cuerpo parecía no importarle al verse arrastrada por desear más. Lo peor no era eso, sino que él se hubiera salido con la suya, que el maldito de Guicciardini hubiese salido vencedor en aquel juego absurdo. Ese había sido su propósito al citarla allí de forma clandestina y ella había caído en sus redes como una completa estúpida solo para demostrarle que no le tenía

miedo, para plantarle cara y exponerle que existían mujeres capaces de resistirse a sus encantos.

No suponía un consuelo haber logrado separarse de él y no dejar que la tocara de forma íntima, aunque aquel beso no había sido precisamente casto.

Tenía que salir de allí. Necesitaba aire fresco, aclarar sus ideas y ver como demonios iba a proceder tras lo sucedido. ¿Debía contárselo a Georgia para que desistiera en su idea de aceptarle?, ¿Tal vez a Alessia o a su padre para que se opusiera al matrimonio? No. Cualquiera de ellos trataría de obligar al duque a asumir su responsabilidad por extralimitarse y estaba claro que si había acudido a su encuentro es porque no le importaba en absoluto el honor de ella. Aquel canalla bribón no temía ser expuesto por su atrevimiento, sabía de sobra que su título le salvaría de un juicio social como lo llevaba haciendo años a pesar de su osadía y eso le hizo sentir aún más rabia al creer que podía librarse de cualquier situación deshonrosa para hacer y deshacer a su antojo, hasta incluso pensar en contraer matrimonio con Georgia después de atreverse a besarla de aquella forma.

Si antes se oponía a ese enlace, ahora prefería exponerse a sí misma aunque tuviera que pasar el resto de sus días en un convento de clausura con tal de que ese canalla no tomara a su hermana como esposa.

Cerró la puerta de la bodega con más ímpetu del que deseaba y giró la llave de hierro un par de veces para dirigirse de nuevo hacia la casa. Esperaba que ningún invitado se hubiera levantado aún, pues era lo suficiente temprano para que el desayuno no estuviese listo y no deseaba dar explicaciones del porqué se hallaba en el exterior completamente sola, por no decir que seguramente su aspecto no era el más apropiado.

Se dirigió hacia uno de los laterales de la casa con la intención de entrar a través de la puerta de la cocina, así tendría menos probabilidad de ser vista si se escabullía por las escaleras del servicio, pero antes de recorrer el último tramo que separaba las caballerizas y el cobertizo donde se conservaban los carruajes, su amigo Carlo la interceptó.

—¿Por qué no me sorprende verte a estas horas fuera de la cama y completamente a solas? —exclamó con sorna y después su rostro se volvió lívido—. Dime que el motivo de que estés aquí no es la ausencia de tu hermana en su lecho.

Por un momento Camelia no comprendió a que se refería y después intuyó la preocupación de Carlo.

—Tengo dos hermanas, ¿Te refieres a Alessia o a Georgia? Aunque no podría responder a tu pregunta porque no me alojé en la misma habitación que ellas —contestó sin afirmar que ella había dormido en el desván.

Carlo emitió un chasquido con la lengua y profirió una maldición.

—Mi primo no estaba en su cama cuando desperté y te aseguro que no es propio de él levantarse temprano precisamente, así que me temí que hubiera concertado alguna cita clandestina con... —No llegó a pronunciarlo.

—Con mi hermana Georgia.

—Si. Así que llevo dando vueltas por toda la casa, he recorrido los jardines, el huerto e incluso he caminado hasta aquellos alcornoques que se ven al fondo, pero no hay ni rastro. Finalmente vine hacia las caballerizas para cerciorarme de que estuviera su caballo y que tal vez, su causa para madrugar hubiera sido honorable.

¿Honorable Guicciardini? Ni en sus más míseros sueños.

—Tu inoportuno primo estaba conmigo hasta hace poco —afirmó porque sentía tanta furia que no podía guardárselo para sí misma. El silencio de Carlo hizo que continuara tratando de justificarse—. Antes de volver de la ciudad disputamos una partida de ajedrez y empatamos, así que él cumplió su parte y yo le debía la mía; una conversación en danés. Ayer me pidió que le enseñara la bodega antes que al resto de invitados y así podía saldar mi deuda, sinceramente tuve mis dudas, pero no quería que pensara que era una cobarde así que lo hice, cogí las llaves del despacho de mi padre y le enseñé las barricas donde almacenamos los vinos, pero ese patán oportunista...

—Por favor, dime que no te forzó a hacer algo que...

—¡Me besó! —exclamó airada—. ¡Se atrevió a besarme solo para reírse en mi cara y demostrar con orgullo que no hay ninguna dama que se resista a sus encantos!, ¿Te das cuenta de cuán horrible es? ¡Pretende casarse con mi hermana y me cita a escondidas para robarme un beso! ¡No se puede ser más vil y embustero!

Camelia observó como el rostro en principio lívido de Carlo, se tornó de un rojo visceral cargado de furia. Jamás había visto a Carlo de aquel modo y comenzó a temer realmente las consecuencias de su completa y absoluta imprudencia.

Capítulo 23

—No —advirtió Camelia antes de que Carlo hiciera algo que no tendría solución alguna—. Lo último que necesito es que ese inútil de tu primo piense que te lo he contado para que lo obligues a casarse conmigo como si esa hubiera sido mi finalidad desde el principio. No gracias. No le daré esa satisfacción de creer que siento algo que no sea indiferencia y repulsión ante su absoluta falta de deferencia.

—¿Como puedes pensar que no haré nada después de su atrevimiento? —exclamó con enfado Carlo.

No le culpaba, su relación con Carlo era fraternal y comprendía que se preocupase por su honor, pero en cierta medida, ella acudió a esa cita clandestina así que no pensaba excusarse por su parte de culpa en aquello.

—Es su palabra contra la mía, ¿Crees que no se jactará diciendo que soy una farsante y que me he inventado esa calumnia solo porque no quiero que se case con mi hermana pequeña? Lo más probable es que le crean, su ducado le otorga esa clase de preferencia ante la nobleza y eso me asquea aún más. Además, todos se preguntarán porqué estaba a solas con él a esas horas de la mañana y sin compañía, lo que hará que mi padre me entierre en un convento por el resto de mis días y con razón. Así que no. No harás, ni dirás nada de esto a nadie, pero ese canalla no le tocará un solo cabello a Georgia.

Camelia percibió como Carlo mantenía una respiración agitada tratando de controlarse y seguramente, las imágenes de su primo besando a su hermana o a ella misma se cruzaban por la mente sintiendo unos deseos frenéticos de propinarle más de un puñetazo a su pariente a juzgar por como apretaba los puños con firmeza.

—Había asumido que ella se casaría con él. Incluso ya tenía pensado partir en cuanto se celebre la boda durante una larga temporada porque no soportaba la idea de verles juntos en público, pero anoche mientras hablábamos algo en mi interior se reavivó con más firmeza que

nunca y esta mañana cuando desperté y no le vi en la alcoba el terror inundó todo mi cuerpo, pero esto..., que planee casarse con ella y al mismo tiempo trate de deshonorarte. Soy consciente de los rumores que se ciernen sobre él, pero no pensé que fuese tan canalla para tramar algo así.

—Y por eso tienes que declararte a mi hermana hoy mismo —dijo Camelia abruptamente.

La contrariedad en el gesto de Carlo le dejó momentáneamente mudo y durante un buen rato, trató de buscar una excusa para no hacerlo, argumentos válidos para negarse a aquella petición, aunque todos ellos solo eran fruto del miedo al rechazo. ¿Por qué se iba a conformar esa dulce y hermosa joven con él, que solo heredaría un vizcondado pudiendo tener a un duque?

—Creo que mi hermana está enamorada de ti, Carlo. Siempre lo ha estado. —Es cierto que no tenía la seguridad y que no podía saber si aquel sentimiento era una ilusión infantil por la constante presencia de Carlo en sus vidas o si realmente era algo más.

O quizá estaba equivocada y Georgia lo rechazaría sin miramientos, pero al menos, Carlo pasaría el resto de su vida sabiendo que ella nunca sintió lo mismo que él. Fuera cual fuese el resultado, él debía sincerarse con sus sentimientos y revelarle lo que sentía para que su hermana pudiera elegir de forma consecuente.

—No es posible. No. Solo lo dices porque es...

—No tengo ninguna necesidad de mentirte, Carlo. Es cierto que sería inmensamente feliz si te convirtieras en mi hermano de verdad, aunque siempre te he considerado como tal, pero hace varios días Georgia y yo tuvimos una discusión poco agradable. Lo reconozco, fue culpa mía, me excedí demasiado con mi temperamento, pero créeme que, durante esa disputa, mi hermana me dijo algo que me hizo pensar que sus sentimientos hacia ti no son igual que los míos. Dime, ¿Que te asusta? ¿Que te rechace? ¿Que elija a ese inútil por encima de ti? Si no haces nada ahora mismo la habrás perdido para siempre y pasarás el resto de tu vida preguntándote que habría ocurrido si me hubieras hecho caso.

Probablemente a Carlo no le gustó que ella tuviera razón y por ese motivo la observó durante unos instantes fijamente y la señaló con el dedo como si la estuviera culpando de la vocecita interior que había en su interior. No dijo nada. Tampoco la rebatió. Simplemente emprendió camino hacia la casa para entrar por la puerta principal y Camelia escuchó los cascos de un caballo que se acercaba a gran galope, solo necesitó alzar la vista para ver a lo lejos al dueño de sus pesadillas para huir en dirección contraria hacia sus aposentos en el desván.

Subió rápidamente la escalera de servicio, se adentró por los pasillos que conducían a la escalera de caracol que llevaba a ese lugar y en cuanto cerró la puerta se dejó invadir por el olor a polvo y humedad.

Sentía el corazón acelerado, su pulso era más que errático y el bombeo la hacía tener su pecho agitado. Si. Era el dueño de sus pesadillas, pero ¡Maldito fuera! Eran unas pesadillas

ardientes que amenazaban con arrasar todo su cuerpo en llamas incandescentes.

Ni la cabalgata, ni el baño en el riachuelo que había en el límite de la hacienda, ni el magnífico paisaje habían mitigado la sensación de ahogo en su pecho que Gabriele sentía en esos momentos. A sus treinta y cinco años de vida jamás se había arrepentido de sus actos, es más, se vanagloriaba de su ardua vida amorosa y aunque sus excesos en ocasiones le habían hecho estar en una posición peliaguda, lo cierto es que aún así, no había sentido un atisbo de culpabilidad, así que aquel sentimiento de presión que amenazaba con disminuir su respiración, era nuevo.

Y tan insólito como la propia lady Camelia en su esencia.

No se arrepentía de besarla. ¡Dioses!, ¡Había sido exquisitamente placentero! Y no se habría detenido de no ser porque ella se había apartado abruptamente, algo que también le mantenía completamente anonadado.

¿Qué tenía esa joven para aturdirlo de ese modo?, ¿Para provocar en él una clase de sentimientos impropios de su naturaleza? Había tratado de convencerse que solo deseaba besarla para aturdirla, para hacerle ver que ella también le deseaba a pesar de su supuesta indiferencia, para satisfacer su ego, para mitigar esa hambrienta necesidad que ella despertaba sin esforzarse y sin poseer los cánones de belleza que a él le fascinaban, pero lo cierto, lo insólito de todo aquello es que no soportaba la idea de que lady Camelia prefiriese a alguien como lord di Montis antes que a él y, menos aún, pensaba que alguien como el barón pudiera complacerla después de comprobar por sí mismo que aquella mujer podía ser demasiado complaciente bajo su cuerpo.

¡Por todos los Dioses! ¡Necesitaba marcharse de allí! ¡Lejos de Florencia! ¡Lejos de lady Camelia y de ese ímpetu indomable que le hacía enardecer los sentidos!

El mismo mozo de cuadra que le había atendido al verle llegar, le esperaba ahora preparado para su llegada. Fue discreto al no comentar nada sobre sus ropas empapadas, pero en cuanto descabalgó de su semental, le ofreció las riendas y se marchó rápidamente hacia la casa con la intención de cambiarse de ropa. No esperó encontrarse con su propia madre mientras se dirigía hacia la escalera que daba a las habitaciones de la planta superior.

—¡Por el amor de dios, Gabriele!, ¿Qué te ha ocurrido? —bramó en un tono de voz agudo y llamando la atención de otros invitados.

Percibió que muchos pares de ojos le observaban y rápidamente encontró entre ellos los de lady Georgia, que parecía contrariada al verle con los ropajes empapados.

—Me levanté temprano para recorrer la finca a caballo, ha sido una cabalgata refrescante. Iré a cambiarme enseguida —decretó girando sus talones para comenzar a subir y tuvo que detenerse al ver que otra persona bajaba en la misma dirección.

Los ojos ámbar de lady Camelia le escudaron y aquello por lo que tanto se había empeñado en apaciguar resurgió de nuevo desde sus entrañas. ¿Era su imaginación o la veía más

hermosa que esa mañana? Quizá era el rubor en sus mejillas, el fuego que destilaban sus ojos y aquellos labios sedientos que había tenido la fortuna de probar y que anhelaba volver a poseer.

—Excelencia —dijo apartándose a un lado, pero sin hacer una clara reverencia, como era habitual en ella.

Camelia creyó que cuando volviese a ver al duque desearía propinarle un puntapié y maldecirle en las nueve lenguas que dominaba pero al ver como aquella camisa se adhería a su cuerpo en lo que la capa dejaba ver sintió otras cosas muy distintas a la repulsión que supuestamente él le generaba y eso le provocó una turbación extraña.

—Lady Camelia —contestó en un tono de voz que casi pretendía acariciarla, pero ella se apartó rápidamente bajando los peldaños que le faltaban y se dirigió hacia su hermana Georgia, que observaba atenta la escena.

Por algún motivo Gabriele siguió el rastro de lady Camelia hasta que se colocó junto a su hermana y solo entonces observó el modo en que la mujer que todos asimilaban que se convertiría en su prometida lo estudiaba fijamente.

—Será mejor que te cambies enseguida o te enfriarás —advirtió su madre volviendo hacia el salón donde el desayuno acababa de ser servido.

Por segunda vez en lo que iba de día sintió que no era dueño de sí mismo y de sus propios actos.

Camelia paseó la vista por la mesa sin que nada llamase su atención, ni siquiera la tarta de almendra especialidad de su cocinera Margarita conseguía que su estómago rugiera.

—¿Ha ocurrido algo entre el duque y tú? —preguntó Georgia a su lado en un tono de voz tan bajo que era apenas perceptible.

A Camelia casi se le cayó el platillo que tenía entre las manos ante aquella pregunta y sintió como su corazón se aceleraba.

—¿Que te hace pensar tal cosa? —exclamó sin negar o afirmar nada.

—Tal vez el modo que tenía de mirarte cuando has llegado. ¿Habéis tenido otra de vuestras absurdas peleas?

—No ha ocurrido nada entre el duque y yo —mintió descaradamente—, pero dudo que haya madrugado solo para cabalgar, probablemente haya tenido una cita clandestina con alguna de las damas que se hayan en este lugar —susurró en voz baja para que nadie la escuchara sin mencionar que dicha dama era ella.

Vio como Georgia iba a protestar, pero en aquel momento apareció Carlo y comprobó que el semblante taciturno de su hermana se convertía en una sonrisa apacible y dulce.

—Buenos días lord Edmondo —dijo Georgia dirigiéndose a él.

¿Desde cuando su hermana usaba ese tipo de formalidad con Carlo? Al menos no que ella recordase.

—El picnic es dentro de tres horas y mientras jugaremos una partida de croquet por parejas, tú deberías descansar el tobillo para la caminata de después —citó Camelia y miró de reojo a Carlo.

—¿Se encuentra convaleciente? —exclamó Carlo.

—¡Oh no!, ¡En absoluto! Estoy perfectamente —discrepó Georgia.

—Me alegro, aunque en todo caso no tenía intención de participar y pensaba proponerle continuar con nuestra partida de anoche, aunque si prefiere formar parte del torneo de croquet lo comprenderé. —Puede que Carlo no fuera como el duque, estaba muy lejos de parecerse a él, pero tenía la misma capacidad de jugar con las palabras para transformarlo a su favor igual que él. Suponía que por algo compartían el apellido Edmondo y la duda que se generó en Georgia era más que evidente.

—Si Carlo no participa seremos impares —citó Camelia solo para acrecentar la decisión de su hermana.

—En ese caso supongo que haría bien en no participar para no obligar a otra persona a desistir del juego —dijo Georgia como si estuviera tratando de convencerles a ambos.

Camelia miró a Carlo en señal de agradecimiento y este se limitó a hacer un movimiento con el rostro sin pronunciar palabra. El desayuno transcurrió tranquilo y afortunadamente para ella, el duque no regresó antes de que se escabullera al despacho de su padre para devolver las llaves sustraídas al cajón donde siempre las guardaba sin que nadie se percatara de su ausencia.

En el exterior se preparaba el recorrido que los jugadores debían realizar con los mazos para guiar a las bolas. Llevaba jugando a ese deporte desde que era pequeña y nunca se le había dado bien, al menos, no lo suficiente para ser destacable, aún así, sabía que era uno de los juegos más demandados porque los integrantes podían ser de todas las edades, de hecho, esperaba fervientemente que su progenitor participase y que Alessia hubiera decidido emparejarle con él cuando tuviera la lista definitiva de participantes.

Pero nada pensaba salir como esperaba aquel día y su inoportuna cita con el duque debió ser el augurio inicial de todo lo que estaba por venir.

—¿Lord Guicciardini? —exclamó al ver su nombre junto al suyo y miró directamente a Alessia—. ¿De entre todos los participantes te parece conveniente que él sea mi pareja?

—Ni Carlo, ni Georgia participan, nuestro padre ha querido formar pareja con lady Lucía

y tu barón di Montis me ha pedido que le empajase con su hermana porque no conoce el juego y se sentiría coaccionada a pedirle a su acompañante que se lo mostrara. Además, no podemos correr el riesgo de que otra dama intente coquetear con el duque.

Capítulo 24

La mirada de Camelia hacia su hermana fue de pura frustración y cuando vio al susodicho aparecer con el semblante relajado y un aire de superioridad inconfundible, quiso propinarle un buen golpe con el mazo en la cabeza.

¿Sería aquella la oportunidad de darle un buen mazazo con la excusa de que el mazo se escapara de sus manos?

—¿Que me he perdido? —exclamó hacia el pequeño grupo de jugadores que se había conformado al inicio del recorrido.

—Se han conformado las parejas para iniciar el juego. Usted irá con mi hermana lady Camelia ¡Buena suerte a todos y que empiece el croquet! —exclamó Alessia ejerciendo de jueza para controlar que todas las bolas pasaran por los aros que se habían puesto durante el recorrido y así controlar los golpes adicionales.

Había seis bolas de seis colores diferentes que correspondían al mismo color del mazo que debía usarse para golpearlas. La estaca inicial y final indicaba el orden a seguir según el color asignado. El primer jugador o en este caso equipo que consiguiera pasar todos los arcos con su bola ganaba. Al haber solo seis colores debían jugar forzosamente en parejas y para eso tenían otras seis bolas del mismo color junto a seis mazos más para cada jugador.

El primer equipo lo formaban el conde Vassati y lady Lucía, resultaba irónico que la última pareja en conformarse hubiera sido justamente la de sus hijos, ocupando por tanto la última posición. En segundo lugar, estaban sus amigas Sofía y Elisabetta, en el tercer puesto el conde di Santis y lady Valentina, en cuarto lugar, lord di Montis junto a su hermana y en quinta posición antes de ellos, lady Isabella y lady Elena.

—¿Tan mal se le da este juego para que nadie desee jugar junto a usted? —exclamó Gabriele cogiendo el mazo de color amarillo que se les había asignado y calibrando su peso.

Camelia hondeó el peso del mazo y dejó que se le fuera de las manos, no con la fuerza

que le habría gustado, pero cumplió el objetivo de darle bajo la rodilla. El efecto fue inmediato y el duque dio un respingo ante el evidente dolor.

—¡Oh!, ¿Le he dado? Tendrá que disculparme —exclamó con una voz tan falsa que apenas pudo fingir—. Soy tan mala jugadora que es muy probable que se me escape el mazo en varias ocasiones, pero si lo prefiere, puede pedirle a su madre el pequeño favor de intercambiar su posición conmigo para que su integridad no peligre.

El duque la miró fijamente y comprendió cuáles eran sus pretensiones.

—Si esto es por lo de esta mañana, le ofrezco mis sinceras disculpas. Sé que me excedí de mis limitaciones y no volverá a ocurrir —dijo con una disculpa poco propia de él y Camelia se sorprendió tanto que durante un momento no reaccionó, únicamente tenía la vista fija en sus ojos tratando de averiguar si de verdad estaba arrepentido.

Parecía realmente sincero por su semblante serio y por un momento, quiso creerle, deseó que bajo toda aquella fachada hubiera un hombre muy distinto a lo que ella conocía de él. Tal como vinieron aquellos pensamientos quiso desecharlos por completo así que apartó la vista hacia el campo de hierba donde su padre y lady Lucía se apartaban tras haber golpeado sus bolas y daban paso a los siguientes jugadores.

—Aceptó sus disculpas si son sinceras —dijo sin mirarle—, solo si deja de interesarse por mi hermana menor —añadió y volvió la vista hacia él para ver su reacción.

Comprobó que hacía un pequeño mohín de disgusto y después colocaba el mazo sobre la hierba para dejarse caer con cierto peso sobre él, quizá le había hecho más daño del que imaginaba, pero no sentía ningún remordimiento por ello.

—¿No cree que debería ser ella quien decida lo que le conviene o no?

—Yo sé perfectamente lo que le conviene a Georgia y no es usted —ratificó decidida.

—¿También sabe el tipo de caballero que le conviene a sí misma? —exclamó sin apartar los ojos de ella—. El rubor de sus mejillas cuando se enfadaba era más evidente y le daba un aire mucho más provocador que le hacía no poder apartar la vista de ella. Es como si su ímpetu fuese tan arrollador que lograba acaparar todos sus sentidos hasta envolverle en una sensación única—. Porque hay una diferencia muy grande entre lo que le conviene y lo que realmente desea.

Camelia apretó con fuerza el mazo y arrugó la frente, ¿A qué demonios venía esa afirmación?, ¿Acaso le estaba dando a entender que le deseaba a él? No podía tener tal descaro después de atreverse a besarla.

—¿Lo dice por experiencia propia? —preguntó decidiendo no responder a su demanda.

La voz de Alessia llamando su atención para que iniciaran su turno hizo que él se

rehusara a contestar.

—Las damas primero —mencionó dejando que ella le diera con el mazo en primer lugar.

Su tirada no fue demasiado mala, consiguió pasar el primer aro aunque no el segundo a pesar de estar lo bastante cerca para lograrlo. A diferencia de ella, el duque no solo pasó los dos primeros aros de un solo golpe, sino que con la ventaja de dos tiros más como premio, logró pasar el tercer arco y posicionarse como el jugador más aventajado en lo que llevaban de partida.

En cuanto acabó su turno, volvió a colocarse cerca de Camelia, aunque no demasiado cerca para que pudiera llamar la atención.

—Hay algo que no encontrará en sus libros, lady Camelia —dijo este observando la hierba y como su madre trataba de hacer pasar la bola por el primer aro gracias a las indicaciones de lord Vassati.

—Sorpréndame —dijo Camelia ante el silencio que él parecía guardar como si esperase una respuesta por parte de ella para saber si tenía su atención.

—La realidad —contestó con semblante serio.

—¿De verdad? No me había dado cuenta —exclamó con ironía—. Pensaba que solo era una visión, un espectro andante que...

—La realidad de lo que ha sentido esta mañana cuando la he besado —intervino deteniendo su perorata y haciendo que guardase silencio—. La realidad de lo que implica que la toque alguien, o que la deseen, o que la miren, o simplemente un roce, un suspiro, una caricia, un ferviente anhelo. Una vez me dijo que conocía lo que era el verdadero placer y me atrevería a decir que no se parece en nada al placer real, a esa pizca de ferviente deseo que sintió esta mañana cuando la toqué y por esa misma razón sintió un miedo visceral, porque teme a lo desconocido, a lo que no está al alcance de su conocimiento, a aquello que no puede controlar. Y por eso, me teme a mí.

Camelia se quedó con el corazón en un puño ante aquella severidad con la que el duque le dijo aquello y no porque sus palabras hubieran ahondado lo suficiente para aturdira hasta el punto de quedarse sin habla, sino porque por primera vez en su vida había tenido una realidad que le había removido hasta la última de sus convicciones.

Jamás la habían besado, ni tocado o hablado de un modo íntimo y hasta esa misma mañana habría podido seguir viviendo cómodamente entre sus libros sin casarse, sin anhelar, desear o querer a alguien a su lado. Hasta hacía pocas horas habría sido una mujer satisfecha siendo únicamente ella y su ambición por la lectura, por el conocimiento, por el saber, por viajar a través de las letras que llenaban cada tomo que había en aquella biblioteca prohibida para ella.

Y ahora se daba cuenta, por ese estúpido patán engreído que ninguno de esos libros iba a hacerle enardecer y sentir que su cuerpo anhelaba más cosas, como sí lo había hecho él a través de un beso.

No era solo lo que implicaba todo lo que había vivido, sino el modo en que lo había hecho. ¿Podría sentirse igual con lord di Montis? ¿O con cualquier otro caballero? Le asustaba la respuesta, aunque quisiera creer que sí, a pesar de auto convencerse de que solo lo había percibido de aquel modo porque el duque había sido el primero y también, muy a su pesar, todo un experto en el arte de amar para haber logrado que se sintiera así.

En el siguiente turno, el duque avanzó tanto respecto a ella que tuvo la fortuna de estar lejos de él mientras aguardaban el momento de golpear de nuevo la bola, pero volvieron a coincidir cuando él estaba realizando el recorrido de regreso y a pesar de que ella no dijo nada, él se posicionó a su lado sin soltar el mazo.

—La he observado y empuña mal el mazo, esa es la principal razón por la que no golpea con la fuerza suficiente —dijo de forma distraída como si no estuviera hablándole directamente, sino a cualquiera que pudiera escucharle.

—¿Me ha observado? —inquirió ella y casi quiso reír.

—Es mi pareja en el juego y no me gusta perder —contestó él y ella se volvió hacia él colocando sus manos a ambos lados de las caderas.

—En primer lugar, lord Guicciardini, no temo a lo desconocido y tampoco le temo a usted —dijo con una calma que realmente no poseía—. Y si quiere justificar mi desprecio hacia lo que usted representa con una serie de aseveraciones sacadas de contexto porque no es capaz de admitir que no siento admiración por su persona, que no quiero lanzarme a sus brazos y que disto mucho de anhelar estar a su lado, le recomendaría que desista porque mi intolerancia hacia usted es infranqueable. —Estaba molesta. Infinitamente irritada y guardar la compostura en aquellos momentos le estaba suponiendo un esfuerzo desorbitado, pero no pensaba darle la satisfacción de ser ella quien hiciese un escándalo frente a todos cuando él parecía sereno y tranquilo.

—¿Tan infranqueable que ha sido capaz de gemir en mis labios? —preguntó él en un tono tan cordial y suave que nadie hubiese creído que estaba diciendo algo tan obsceno y que cualquiera que pasara cerca de ellos pudiera escucharle.

¡Que se fuera al infierno!, ¡Él y toda la prole de bastardos que indudablemente poseía!

—Ni en sus mejores sueños, duque —contestó ella sintiendo la mirada de Alessia sobre ellos indicando que era su turno.

—¡Recuerde lo que le he dicho! —dijo él alzando el tono y ella enrojeció—. No junte las manos, use una más arriba que la otra para empuñar bien el mazo y sosténgalo lo más bajo

posible sin excederse.

Camelia caminó decidida con aquella rabia en su fuero interno que carcomía sus entrañas, pero empuñó el mazo tal y como le había indicado el duque solo porque todos parecían estar atentos a sus movimientos ya que ella era la clave de que ganaran o perdieran aquella partida, puesto que el duque era por mucha ventaja, el mejor jugador.

Golpeó con fuerza la bola y esta a su vez dio a la de otros dos jugadores, lo que le hizo ganar dos golpes más, que le hicieron a su vez pasar dos aros y llegar a la recta final antes de hacer el mismo recorrido de vuelta. Estaba sorprendida, su juego era mediocre, pero ya fueran las indicaciones del duque o que había golpeado con más fuerza por esa frustración que sentía en su interior, se habían posicionado en el primer puesto con una ventaja muy considerable por encima del resto de jugadores. Y a pesar de aquella rabia contenida, no pudo evitar mirar al duque con cierta sorpresa, este la miraba con ese semblante de soberbia que ella tanto detestaba, como si no le sorprendiera el cambio según sus indicaciones.

Cinco turnos después ganaron la partida y cuando a ellos se les unió Carlo, Georgia y el resto de invitados que no habían formado parte del juego, se limitó a conversar con lord di Montis y su admiración por la naturaleza.

No volvió a cruzar palabra con el duque en todo el picnic al aire libre, ni en toda la tarde y ni siquiera durante la cena ya que Alessia había vuelto a sentarles lo suficiente separados para que ni siquiera pudieran verse a través de los invitados. Todos parecían divertirse entre risas, anécdotas y la música del cuarteto amenizaba el pequeño baile. Elisabetta y Sofía se reían disputando cuál de sus madres roncaba más que la otra, Alessia hablaba con lady Lucía de cuanto echaba de menos a sus pequeños y que partiría al día siguiente cuando se diera por finalizada la fiesta hacia su casa familiar en Apulia, donde su marido tenía los viñedos.

Georgia parecía más sonriente de lo habitual en el pequeño grupo conformado por lady Valentina e Isabella que tenían casi la misma edad. Lord di Montis bailaba junto a lady Elena una pieza en el salón, Carlo hacía lo mismo con lady Cecilia. Vio al duque hablando con su padre en un lugar apartado del salón y los rostros de ambos eran completamente serios, no supo si se trataría de negocios, de algún tema familiar o... no. Es imposible que tratara de pedir la mano de su hermana en una fiesta donde estaban todos los invitados, estaba completamente fuera de lugar.

Se quedó un rato más observándoles, como si pudiera leer sus labios o interpretar el gesto de las manos a pesar de que el duque solo movía el contenido de licor de su vaso y su padre no dejaba de hacer aspavientos como si tratara de justificarse o quizá de exigir explicaciones, no podría definir exactamente cual de las dos sin el argumento de la conversación.

La pieza musical llegó a su fin y del mismo modo pareció hacerlo la conversación que su padre y el duque parecían tener, observó como este último acababa el licor de su vaso y lo depositaba en una mesa auxiliar antes de marcharse por una de las puertas laterales del salón que daban al hueco de escalera y tras esta, las puertas al jardín. Iba a seguirle solo para saber que demonios le había dicho a su padre, podían ser miles de cosas, pero solo temía una. ¿Es posible que le hubiera pedido la mano de Georgia en matrimonio? ¡Dios!, ¡No! ¡Carlo y su hermana necesitaban más tiempo para darse cuenta de que estaban hechos el uno para el otro!

En cuanto fue a cruzar el umbral de la puerta y seguir a su excelencia, la voz de lord di Montis la irrumpió.

—Iba a pedirle un baile, pero veo que pretende salir al jardín a tomar un poco de aire, ¿Me permite que la acompañe?

Cualquier cosa con tal de salir y ver donde demonios iba el duque.

—¡Si! ¡Por supuesto! —mencionó con una efusividad extraña que él interpretó como un deseo de pasar tiempo junto a él, por lo que el barón mostró una gran sonrisa.

Mientras comenzaban su paseo, Camelia no dejó de buscar a su alrededor tratando de atisbar la silueta del duque, pero si estaba por allí, se había escondido demasiado bien porque era incapaz de verle entre el colorido de los jardines.

—Reconozco que esta casa está muy bien cuidada si la comparo con otras que he tenido la oportunidad de visitar, es evidente que su padre le tiene un gran aprecio a este lugar.

—Si —dijo Camelia sin demasiado interés—. Era el lugar favorito de mi madre, por eso decidimos dar la fiesta aquí coincidiendo con su cumpleaños, aunque ella ya no esté.

El barón no respondió y Camelia no lo interpretó como un mal gesto, sino como alguien incapaz de saber que decir en situaciones como esas, así que caminaron un poco más alejándose lo suficiente de la casa para tener mayor privacidad.

—En las últimas semanas he tenido tiempo de conocerla lo suficiente, imagino que usted también a mi y creo que, a pesar de nuestras pequeñas diferencias, podríamos conformar un futuro juntos. ¿No lo cree usted también?

¿Era un modo de preguntarle si le aceptaba en matrimonio?

—Creo que encontrar a una persona que complementa todo lo que se busca no es posible, pero si existe cordialidad o intereses mutuos podría ser factible —contestó Camelia sin responder exactamente a su pregunta.

—¡Eso mismo opino yo! Por supuesto habrá cosas que deberá cambiar cuando nos casemos y desde luego no podrá exhibir ese carácter impropio que a veces la hace excederse,

pero estoy seguro de que, con un poco de esfuerzo y disciplina, lo logrará.

—No he dicho que vaya a casarme con usted —corroboró rápidamente Camelia.

¿Ella debía cambiar cuando se casara con él?, ¿Que no podría exhibir su carácter impropio? Las cosas que tanto había temido si contraía matrimonio estaban comenzando a hacerse realidad y ni siquiera había recibido una propuesta formal.

El semblante de lord di Montis cambió.

—Acaba de admitir que...

—Y ni siquiera me ha realizado una propuesta para asumir tal cosa —intercedió antes de que él pudiera argumentar con palabras su justificación.

—¿Es que tiene acaso otro pretendiente? ¡Mírese a un espejo! ¡Soy su única oportunidad antes de ser una completa solterona! —bramó con un ímpetu impropio de alguien como él, como si estuviera realmente ofendido y enfadado.

—¿Cuál es realmente su interés en mi, lord di Montis? ¿El apellido o la dote? No hace falta que conteste, es evidente que ambos, aunque prima más el segundo que el primero ¿verdad? Creo que hasta aquí llega nuestro cortejo, que tenga una feliz estancia en lo que resta de velada.

El rostro de él enrojeció y sintió como la cogía del brazo con cierta brusquedad para evitar que pudiera marcharse.

—¿Cree que puede reírse de mi y rechazarme? No. Por supuesto que no. Estamos a solas en el jardín, no hay nadie y su virtud está más que comprometida en estos momentos, ¿Cree que su padre se negará a darme su mano cuando le advierta de esta situación? Estará encantado de deshacerse de usted y dejar su rebeldía en manos de alguien que pueda controlarla.

En ese momento cada fibra de ser de Camelia sintió pavor, un miedo visceral realmente plausible. Su padre sería incapaz de hacerle aquello, la creería, pero también era consciente de lo cruel que era la sociedad y de que si el barón vertía aquellos rumores, no le quedaría más remedio que casarse con él solo para acallarlos.

—Entonces es una suerte que no estén a solas. ¿No lo cree, barón? —La voz del duque hizo que Camelia saliera de aquel pozo oscuro en el que creía haberse adentrado y jamás, jamás de los jamases creería se alegraría tanto de ver lord Guicciardini.

Capítulo 25

El semblante de lord di Montis cambió en cuando la figura del duque se hizo visible y como si hubiera estado interpretando un papel en los últimos instantes, se apartó rápidamente de Camelia para guardar su compostura habitual, una fachada pulcramente trabajada para parecer un caballero honorable, comedido y tan respetable como para engañarla de aquel modo y creer que podía imaginar un futuro junto a él.

Definitivamente el barón era el caballero más despreciable que había tenido la oportunidad de conocer y a diferencia de lord Guicciardini con el que siempre estaba en guardia, aquello no habría podido preverlo ni en sus más oscuras pesadillas.

—Excelencia. Creo que ha habido una confusión —comenzó a decir el barón conforme lord Guicciardini se acercaba.

—Evidentemente —corroboró el duque—. Por eso le agradecería que se alejara de la dama y mañana a primera hora abandonase este lugar junto a su hermana o le aseguro que la situación económica de su familia será conocida por todos de forma inmediata. El rostro de lord di Montis palideció y Camelia pudo ver como apretaba los puños tratando de detener su ansia por propinarle un golpe al duque. Este, muy al contrario de lo que suponía aquella situación tensa, parecía tan relajado que incluso disfrutaba plenamente de lo que estaba sucediendo—. Y todos sabemos que en cuanto se conozca que solo heredará deudas a la muerte de su padre, sus opciones de casarse con una rica heredera de buena familia se verán mermadas.

Lord di Montis observó fijamente a Camelia como si deseara que esta interviniera, pero en lugar de eso, se apartó aún más de él y se colocó al lado del duque, sintiendo por primera vez, seguridad en su presencia.

—En algún momento sus escauceos amorosos le llevarán a una muerte segura a manos de alguien mas influyente que usted. Y cuando eso ocurra, me congratularé —aseguró haciendo ademán de marcharse hacia el interior de la casa.

—¡Entonces deberá tener cuidado hasta que llegue ese momento, porque estaré observando sus pasos, lord di Montis! Manténgase lejos de todo mi círculo cercano o me

aseguraré de destruir su reputación hasta que el título di Montis no valga nada.

La voz del duque era tan seria y cargada de ímpetu, que Camelia sintió verdadero pavor del poder e influencia que realmente poseía lord Guicciardini. Su familia había estado relacionada estrechamente con los Médici y su tío era el gran duque de Toscana, su relación con la corte siempre había estado presente, de ahí que hiciera y deshiciera a su antojo sintiéndose intocable.

Más razón para aprovechar su poder y autoridad en beneficio de la ciudad y sus habitantes en lugar de desperdiciar su vida en diversión, bebida, juego y prostíbulos.

Ambos vieron como el barón guardó silencio conforme emprendía la marcha hasta perderse tras la puerta principal que daba al jardín y donde proseguía la fiesta. Aquello les dejó completamente a solas y a pesar de que Camelia no temía de que el barón pudiera decirle a alguien sobre su encuentro, la realidad es que ahora su reputación estaba en manos del duque.

—Le agradezco su intervención —dijo con una voz cargada de algo desconocido para ella hacia él.

Gratitud.

—Estaba en deuda con usted por lo de esta mañana, así que me complace haberle sido de ayuda —contestó sin darle demasiada importancia.

De nuevo se estaba disculpando por ese beso y el hecho de que él se lo recordase hizo que rememorase cada sensación, aunque no deseara hacerlo.

—Debería ir dentro —susurró dando varios pasos atrás para alejarse de él.

Aún tenía que asumir lo que acababa de pasar y el hecho de que había temido infinitamente más tener que casarse con lord di Montis, que si alguien hubiera podido encontrarles en una situación comprometida esa misma mañana al duque y a ella sellando así sus destinos. El que no tuviera esa sensación de congoja por unir su vida a la del hombre que tenía frente así como si la había padecido momentos atrás cuando pensó que su destino estaba marcado, suponía una conmoción lo suficientemente grande para que necesitase pensar seriamente en ello.

—En ese caso, le deseo una buena noche, lady Camelia —dijo sin ninguna intención de seguirla, establecer conversación o tratar de convencerla para que se quedase.

Camelia se giró y dio varios pasos en dirección a la puerta por la que momentos antes había cruzado lord di Montis cuando recordó el verdadero propósito de salir al jardín.

—Lo ha hecho, ¿Verdad? Por eso está tan sereno, tan tranquilo...

Gabriele observó a la dama con cierta confusión, pero mantuvo una postura neutral, quizá

porque deseaba saber de qué pretendía acusarle.

—Por supuesto —contestó a pesar de no tener ni la menor idea de qué hablaba.

—¡Maldito canalla! —bramó abalanzándose contra él y propinándole un golpe en el pecho con ambos puños cerrados a la vez—. ¡Como puede ser tan mezquino! ¡Orgullosa! ¡Prepotente y ruin! —prosiguió con la perorata de insultos mientras continuaba dándole golpes que él no trató de esquivar, pero sí dio varios pasos hacia atrás mientras ella continuaba caminando y profiriendo agravios cada vez de mayor envergadura.

Gabriele dejó que sacara aquella rabia que sentía contra él, no serviría de nada irrumpirla o esquivarla, sino que pensaba permitir que se desquitara hasta soltar la última gota de ese ímpetu que guardaba en su interior. Desconocía las razones de las que le acusaba, pero ¿Acaso era una novedad? Lady Camelia le acusaba de demasiados desagavios y aunque para algunos de ellos no tenía justificación, para otros, tampoco la necesitaba.

—¡Ni siquiera ha tenido en cuenta sus sentimientos!, ¡O los de él! —bramó Camelia cegada por la cólera que ahora mismo desprendía.

En ese momento acogió sus manos con un rápido movimiento impidiendo que pudiera golpearle de nuevo y la forzó a llevar los brazos hacia atrás, sosteniéndola con una mano, manteniéndola a su merced a pesar de que ella trató de revelarse contra él.

—¿De qué sentimientos habla? —exclamó observándola fijamente.

Camelia se dio cuenta de que se había excedido en su rabia, de que tal vez había hablado más de la cuenta y, por tanto, expuesto a su mejor amigo y también a su hermana, de la que desconocía cuales eran sus verdaderos sentimientos pero que suponía en lo más profundo de su corazón que también correspondía a los de Carlo.

—Evidentemente no de los suyos —dijo alzando la mirada para poder verle bien el rostro —, ya que parece carecer de ellos.

Aquel modo de mirarle, aquel fulgor en sus ojos ambarinos, esa bravura, ese ímpetu incandescente, el modo en que sus curvas se adaptaban a él, el fuego que desprendía su cercanía, el tacto suave de su piel, la forma de sus pómulos altos que le conferían un rostro desigual pero a la misma vez de una belleza inusual y aquel escote que mostraba unos pechos abundantes, que lograban descentrarse del momento y el lugar en el que se hallaban.

Se había dicho a sí mismo que no volvería a hacerlo. Le había prometido esa misma mañana a ella que no sucedería de nuevo, pero envió al diablo todas y cada una de sus convicciones, de sus límites, de sus normas, de que estaban apenas a unos pocos pasos de la puerta de entrada en la que cualquier invitado podría verles y entonces comprobó que el destino o su suerte parecían estar de su lado porque el único arbusto lo suficientemente alto de todo el

jardín donde él momentos antes se había mantenido oculto, ahora les protegía de cualquier curioso.

¡Al diablo con todo!

Aquella vez Camelia sí supo lo que sucedería cuando vio como él se lanzaba a sus labios y el jadeo que su boca profirió cuando tocó la suya hizo que fuera consciente de que su cuerpo pensaba traicionarla. Esta vez su boca se abrió desde el primer instante sintiendo como la lengua de él se fusionaba con la suya, la estrechó con tanta fuerza que pudo percibir cada palpable músculo bajo su ropa y las manos del duque comenzaron a recorrer su cintura, bajaron a sus caderas hasta rozar sus piernas por encima de la falda y se agarró firmemente a su cuello para no flaquear ante la flagrante llamarada que sentía entre sus nalgas.

En el momento que Gabriele sintió la respuesta enfurecida de ella, se perdió en su propio instinto carnal y la estrechó contra sí mismo queriendo saborear cada recóndito trozo de piel que conformaba su cuerpo. Aquella respuesta ardiente le hizo abandonar cualquier raciocinio para adentrarse en el candor que ella le provocaba. Abandonó con delicadeza sus labios y comenzó a descender por su cuello sin permitir que se alejara de él, percibiendo las formas de su cuerpo bajo la falda y deseando arrancarla para tocar la piel delicada que conformaban sus piernas. Cuando llegó con su boca a su escote, sintió como ella se arqueaba hacia él, presa del delirio, del momento, de la lujuria que a ambos le cegaba y quiso romper aquel corsé con sus dientes para liberar aquellos pechos de su prisión, saborearlos con delicadeza, meter en su boca los pezones rosados que estaba seguro de que poseía y la idea de hacerlo hizo que sintiera un tirón en su entrepierna tan voraz, que tuvo que detenerse del dolor que no satisfacer su propio deseo le provocaba.

—¡Camelia! —Se oyó desde un lugar no muy lejano a donde se encontraban.

En aquel momento alzó la vista para encontrarse con la suya y ésta parecía horrorizada.

—¡Camelia! —exclamó con más ímpetu la voz clara y decidida de Alessia.

Camelia dio un paso atrás y se llevó la mano a la boca consternada de haberse dejado llevar por su propio deseo, por la falta de juicio, control y absoluto decoro.

Estaba horrorizada de sí misma.

—La esperan dentro —susurró el duque alentándola a que se marchara.

Camelia salió decidida tras el arbusto que escondía a ambos y poco después se encontró a la vista de su hermana.

—¿Se puede saber que hacías fuera a estas horas y en solitario? ¡No puedes actuar como si no hubiera invitados! ¡Es de mala educación! Por no decir que podrían darse rumores que perjudicarían tu reputación... ¡Vamos!, ¡Padre quiere dar un anuncio importante!

Aquello la hizo palidecer, sobre todo por la sonrisa con la que Alessia acompañó aquella

frase. Que su padre quisiera dar un anuncio importante solo podía significar una cosa y eso constataba que la conversación previa con el duque era lo que sospechaba.

¿Como podía haberla besado de ese modo aquel canalla si pretendía casarse con su hermana? ¡Por todos los dioses! ¡Aún sentía el sabor de sus labios en los suyos y la presión con la que los había devorado! Estaba segura de que los debía tener aún enrojecidos y agradecía que apenas quedase luz para que Alessia no pudiera darse cuenta de ello.

En el momento que entró en el salón casi arrastrada por su hermana, se dio cuenta de que todos los invitados conformaban un círculo en torno a su padre, que se había colocado frente al cuarteto de violines que aguardaba a la espera de continuar con sus piezas musicales.

—Como muchos de vosotros sabéis hoy mi querida y difunta esposa, la maravillosa madre de mis tres hijas aquí presentes habría cumplido años. Para ella era un día carente de importancia como cualquier otro, pero que no he dejado de tener presente desde que se marchó. Quise realizar esta pequeña reunión aquí porque era el lugar que ella amaba y como habrán podido comprobar durante su estancia, hay algo en el ambiente de este maravilloso sitio que logra sacar una parte desconocida de nosotros mismos —anunció sonriente—. Algunos de vosotros anhelaban un anuncio durante la estancia y me complace ser portador de una maravillosa noticia, que no sólo me complacerá a mi, sino a un gran número de vosotros.

Camelia sintió que quería llorar ante aquellas palabras porque jamás había oído a su padre hablar de aquel modo con un sentimiento veraz cargado de emoción y felicidad, pero supo lo que vendría y la sombra que apareció a su lado lo constató, el duque había regresado a la fiesta, consciente de que aquel anuncio se realizaría en ese preciso instante.

—Tengo el placer de anunciarles de que nuestros deseos se han hecho realidad y de que la familia Edmondo y Vassati finalmente se unirán. ¡Mi querida hija lady Georgia y lord Edmondo se han prometido por amor! —exclamó provocando una conmoción y efusividad en todos los presentes ante la inesperada sorpresa.

En ese momento Camelia miró fijamente a lord Guicciardini que la observó con una intensidad propia del beso que se habían dado en secreto hacía escasos momentos.

Lo sabía. ¡Él lo sabía!, ¡Eso era lo que su padre le había dicho antes de la fiesta!, ¡Por eso había salido al jardín en solitario!, ¡Por eso parecía tan calmado! ¡Y había dejado que le insultara, vertiera sobre él mil calumnias y aún así, no había protestado!

—Debo asumir que esto ha sido obra suya, ¿No es cierto? —preguntó acercándose con disimulo a ella—. Si hubiera sabido que mi primo Carlo estaba enamorado secretamente de su hermana, jamás me habría atrevido a cortejarla.

Tras decir aquello no esperó a que Camelia contestara, simplemente pasó de largo y se dirigió hacia los prometidos que no dejaban de recibir felicitaciones por su compromiso. ¡Dios mío! ¡Carlo y Georgia estaban prometidos! Dejó que la emoción se filtrara bajo las capas de su

piel y lo que en un principio había ideado solo para alejar a su hermana del duque, ahora solo era una inusual felicidad porque ellos realmente se amaban. Si su hermana había aceptado a Carlo es porque realmente le quería.

Allí mismo, viendo como todos los presentes se movían y la música comenzaba de nuevo, empezó a reír de forma errática mientras sentía unas lágrimas de felicidad surcar sus mejillas. Su padre tenía razón en sus palabras, después de aquel día no tenía dudas de que ese lugar sacaba a relucir una parte desconocida y oculta de las personas.

—¿No os pareció una buena idea decirme que estabais comprometidos antes de anunciarlo? —preguntó cuando finalmente pudo felicitar a la recién pareja.

—No quisimos que nadie salvo padre lo supiera antes del anuncio —dijo Georgia—, estamos tan felices que no deseábamos ningún tipo de contratiempo o espera.

Vi la verdadera felicidad de Georgia en su rostro y Carlo solo tenía ojos para ella.

—Soy tan feliz por los dos —contestó Camelia no importándole que no le hubieran mencionado nada antes, ahora era inmensamente dichosa.

—Padre dice que el duque se tomó la noticia con mucha calma y que comprendió a la perfección la situación, pero espero realmente que este contratiempo no afecte a la relación familiar —susurró Georgia cuando Carlo se apartó un momento.

—No deberías preocuparte por eso ahora y tampoco permitir que nada empañe tu felicidad. Siempre has sido la primera elección de Carlo mi querida hermana, solo que supo muy bien disimular —sonrió provocando que las mejillas de Georgia se encendieran.

—Gracias —contestó ella—. Sé que si no le hubieras alentado no habría tenido valor suficiente para declararme sus sentimientos. Así que, en cierto modo, ambos te debemos nuestra más sincera gratitud.

—Bueno... me saldaré vuestra deuda siendo la madrina de vuestro primer hijo —Camelia comenzó a reír y eso hizo que Georgia la abrazara con fuerza.

En aquel momento Camelia pensó que sería un día que jamás olvidaría por miles de razones, pero también constató una realidad, al menos dos de las hermanas Vassati tendrían un matrimonio por amor que les llenaría de felicidad.

Capítulo 26

Aquella noche Camelia tardó en conciliar el sueño. Sus motivos eran muy distintos a los habituales en los que solía perderse entre las páginas de un libro cuyas notas herbáceas, con puntas ácidas y un toque a vainilla sobre un olor a moho subyacente creaba un efecto cautivador que acaparaba todos sus sentidos hasta verse atrapada en el placer del conocimiento. En esta ocasión no había ningún libro usado entre sus manos, probablemente si buscaba bien entre el desván encontraría algún manuscrito ajado no muy bien cuidado o algún diario de alguno de sus antepasados, pero sus pensamientos habían sido acaparados por otro motivo y aunque deseaba que lo fuera la felicidad de Georgia y su mejor amigo Carlo, lo único en lo que podía pensar era en el comportamiento de lord Guicciardini esa noche.

No solo se había contentado con la noticia del compromiso, al menos en apariencia, sino que la había rescatado de una situación comprometida, la había besado con una fuerza inusual en un arranque de pasión y, además, no la había confrontado cuando ella le replicó de aquella manera por su propia equivocación.

¿Por qué? ¿Por qué favorecerla?, ¿Por qué no abandonarla a su suerte cuando lord di Montis trataba de constreñirla a casarse con él a la fuerza?

No tenía a Edmondo por un príncipe azul que rescatase a damiselas, ni que saliese en su defensa a menos que obtuviera algo a cambio. ¿Era ella su nuevo objetivo?, ¿Por eso la había besado en aquella ocasión? Esa misma mañana pensó que solo lo hizo para desestabilizarla, para demostrarle que ella no era tan distinta al resto de damas y le deseaba de igual forma, pero esa noche... aquella fiereza con la que se había lanzado a sus labios y el modo en que ella le había respondido sin resistirse le asustaba.

Asumió que solo podía ser gratitud por lo acontecido previamente con el barón. Si. Solo estaba agradecida al duque por intervenir y salvarla de una situación más que desagradable, pero a pesar de autoconvencerse de ello, de exigirse a sí misma que no le deseaba, que no le resultaba atractivo y que aquel beso no había significado nada, lo cierto es que no dejaba de acariciarse los

labios de forma suave sin poder evitar rememorar como su boca invadía la suya propia y el ardor que le hacía sentir en su bajo vientre.

No podía pensar en el duque en aquellos términos. No. Le había odiado y repudiado prácticamente toda su vida consciente, así que se negaba a pensar en él de otro modo que no fuera el de la versión de egocentrismo e ineptitud de ese sinvergüenza.

A la mañana siguiente se levantó más tarde de lo habitual, de hecho, todos los invitados habían terminado el desayuno y se habían dirigido hacia las bodegas donde su padre ejercía como anfitrión mostrándoles todo el proceso para después proceder a una degustación poco antes del almuerzo, por tanto, la casa estaba desolada a esas horas y lo extraño es que Franca no hubiera acudido al desván para despertarla.

Nadie lo había hecho, ni siquiera Alessia. Evidentemente se habían olvidado por completo de ella.

Pensó en tomar algo rápido y reunirse con el resto del grupo, pero dar explicaciones de su tardanza la hizo cambiar de opinión. No le apetecía ver a nadie, de hecho, lo único que deseaba era salir al jardín y pasear sumergida en sus pensamientos, así que cogió unas cuantas pastas y las envolvió en una servilleta para llevarlas consigo. En cuanto salió al hall de entrada para salir al exterior, la figura del duque se interpuso en su camino.

Sus ojos recorrieron pausadamente la figura de aquel caballero cuyo traje de montar se ajustaba a cada músculo de su pierna. ¿En que momento ella se fijaba en los músculos de las piernas de un hombre? No llevaba capa y tampoco tenía las botas manchadas, lo que le hizo sospechar que no volvía de cabalgar, ¿Es que pensaba ir a montar a esas horas?

—Aquí tiene su capa excelencia. El caballo ya está listo y su equipaje preparado como ha ordenado —mencionó el mayordomo.

¿Se iba?, ¿Tan pronto?

Lo que debería haber supuesto un alivio para Camelia por su partida, en efecto, fue una sensación extraña de nostalgia y resquemor.

—¿Se va? —preguntó al ver que él no decía nada, sino que dejaba que le colocaran la capa y él mismo se aseguraba de que su sombrero se mantuviera en su lugar.

—Si —afirmó—. Mi cometido aquí ha terminado y nuestras familias prolongarán un día más la estancia para acordar temas referentes a la boda, al parecer quieren que se celebre aquí mismo dentro de tres meses así que hablarán con el párroco de la iglesia para pronunciar las amonestaciones.

¿Tres meses?, ¿Tanta prisa tenían?

—¿Y no se quedará para acompañar a su familia? —exclamó Camelia tratando de ver si el duque estaba molesto por el anuncio del compromiso al tratarse de la misma dama con la que él pretendía casarse.

—Mis asuntos en la ciudad son mucho más importantes. Además, con este enlace tendré la fortuna de tener tres meses de paz antes de que mi querida madre insista en que necesito una esposa, por tanto, agradezco a mi primo el receso, pero no hay nada que sea de mi interés en este lugar —aclaró colocándose los guantes de montar meticulosamente.

Evidentemente ella no era interesante para él, a pesar de que la hubiera besado hasta en dos ocasiones y con eso asumió que únicamente lo hizo en primer lugar para demostrarle que no era irresistible a sus encantos y en segundo lugar, probablemente para acallar sus insultos y detenerla.

—En ese caso, espero que se vaya cuanto antes, desde luego algunos invitados nos alegraremos de su partida más que otros —mencionó Camelia bastante ofuscada.

Aquel tono y el modo en que lo dijo, hizo que Guicciardini fijase la vista en ella y en como le observaba con una ira en sus ojos propia de la dama. De nuevo esa sensación que crecía en su interior se apropió de él, pero en esta ocasión detuvo su propio impulso y se limitó a obedecer a su propio juicio mental.

Huir. Tenía que marcharse de allí cuanto antes y aclarar que demonios era lo que le ocurría en presencia de aquella dama y porqué ella y solo ella, despertada ese instinto extraño en él.

—Que no me eche de menos no significa que no pensaré en mi —contestó—. Su lord di Montis se ha marchado a primera hora junto a su hermana y deduzco que no volverá a molestarla, pero si así fuera, solo debe escribirme y me encargará de ello. Considérelo una disculpa por mi falta de caballerosidad hacia usted.

Aunque se había disculpado previamente y Camelia casi no daba crédito, ahora lo hacía con más énfasis reprendiéndose a sí mismo su comportamiento hacia ella.

—Tengo demasiado en lo que pensar ahora que mi hermana está comprometida con Carlo, así que le puedo garantizar que no acaparará ni el último de mis pensamientos lord Guicciardini, por más que eso parezca agradarle, pero si desea pensar lo contrario, es libre de hacerlo —dijo con evidente sorna, como si el hecho de que se marchara y no volvieran a verse le importara muy poco.

El duque se acercó despacio a ella, midiendo cada paso con precisión para ser cauto, pero aproximándose mucho más de lo que debería hacer en estos casos.

—La he besado en dos ocasiones y su respuesta, sobre todo la última vez, fue lo

suficiente apasionada para determinar que lo quiera o no, es incapaz de olvidarlo, pero no se preocupe, nuestro pequeño secreto quedará únicamente entre nosotros.

¡Qué desfachatez! ¡Qué descaró!

—Un secreto muy conveniente para su excelencia, según parece, pero no se preocupe, su actitud indecorosa solo corrobora la opinión que tenía sobre usted.

Una mueca de evidente sorna se ciño alrededor de la boca del duque, un gesto propio de él, como si no le sorprendiera que le plantara cara de ese modo, pero tampoco le molestara que lo estuviera calificando de completo canalla.

—Me alegra que así sea, con suerte, no coincidiremos hasta la ceremonia y de por hecho que trataré de evitarla. —Gabriele giró sus botas para marcharse y su silueta cubrió todo el sol que se filtraba por la puerta de entrada, arrojando sombra a la vista de Camelia.

—¡Al fin una gran noticia! —bramó Camelia dándose media vuelta para perderse por el jardín trasero en dirección contraria hacia donde se marchaba el duque.

Estaba molesta y ni siquiera sabía la razón. ¿Por qué se sentía así por la partida del duque? Debería estar feliz por su marcha, es más, alegre de que sin su presencia las cosas irían mucho mejor y podrían disfrutar plenamente de la felicidad del compromiso. En cambio, en su interior fulgía una sensación de furia mezclada con irritación e impetuosidad por el simple hecho de que hubiera decidido marcharse y si ahondaba en la verdadera explicación de ese sentimiento, la respuesta no le agradaba en absoluto.

Estar de regreso en la ciudad implicaba volver a una vida de actividad social, sobre todo ahora que todo el mundo deseaba felicitar a los recién prometidos y eso, según su progenitor, la hacía aún más deseable para lograr un buen matrimonio al ser la única de las hermanas Vassati disponible.

Que lord di Montis hubiera desaparecido sin dar señales fue el argumento de cada mañana de su hermana Georgia y el conde. No había querido decir realmente lo ocurrido, sobre todo porque ello implicaría mencionar la intervención del duque y que se quedó a solas con este después de salvar su supuesta reputación, pero la noticia del compromiso entre el barón di Montis y lady Elena unas semanas más tarde, hizo que su hermana menor la arrastrara hacia el pequeño salón de casa creyendo que la noticia la afectaría por los sentimientos que profesaba a su antiguo pretendiente.

—¡Será descarado!, ¡Aprovechó la invitación a la fiesta campestre para cortejarla!, ¡Cuando todos pensaban que te propondría matrimonio a ti!, ¡Que desfachatez! ¡Que impropio de un caballero honorable como se hacía llamar él! Desde luego no estará invitado a nuestra ceremonia, ni ningún miembro de la familia Vannicelli por muy amigo que sea de papá.

Georgia estaba realmente indignada, pero nada le afectaba menos que el compromiso del barón con lady Elena. Sinceramente, la dama le parecía demasiado cauta y bondadosa para alguien como él.

—El barón solo pretendía mi mano por la dote, Carlo me lo confesó durante la fiesta y me di cuenta de que tenía razón. Mis sentimientos por lord di Montis no son de ninguna índole, le habría aceptado porque me parecía un caballero honorable, respetuoso y sincero, pero pronto comprendí que ninguno de esos adjetivos se ajustaba a su persona, así que no puedo ser más feliz por su compromiso con otra dama, solo espero que lady Elena sea feliz en su matrimonio como evidentemente yo no lo habría sido de estar en su lugar.

—Pero...

—Siempre has sido demasiado romántica hermanita, mi corazón es únicamente mío y pertenece a mi familia. Puede que mi destino sea el de ser una solterona rodeada de sobrinos maravillosos, pero me llena felicidad saber que Alessia y tú obtendréis un matrimonio por verdadero amor.

Georgia le dio un abrazo y comprobó como sus ojos brillaban con cierta intensidad.

—El día que tu corazón pertenezca a alguien sabrás lo que es la verdadera felicidad. Y no dudo que ese caballero exista, solo que aún no le has conocido —Georgia hizo ademán de marcharse, pero Camelia la detuvo.

—Hay algo que no te he preguntado, aunque no debes contestar si no lo deseas. ¿Estabas

dispuesta a contraer matrimonio con el duque a pesar de amar a Carlo?

Georgia hizo un mohín extraño con bastante pesar, pero pronto lo cambio por una sonrisa.

—Siempre había creído que Carlo estaba enamorado de ti, jamás había imaginado que sus sentimientos pudieran igualar los míos, así que solo deseaba contraer matrimonio y tener fe en que podría olvidarle. En el momento que el duque pareció tener interés por un enlace, solo podía pensar en que podría tener una parte de Carlo conmigo, que quizá con el tiempo se iría disipando hasta ser únicamente amigos, pero que no me separaría jamás de él. Sé que te preocupaba que fuese infeliz porque el duque me fuese infiel o continuara con sus escarceos amorosos, pero aquello era el último de mis pensamientos porque cuando alguien no te importa, tampoco lo hacen sus actos —confesó Georgia con una templanza absoluta—. ¿Alguna vez me dirás porqué el duque y tu no os soportáis? Llegué a creer que de algún modo el te gustaba y su indiferencia hacia ti fue convertida en aversión, pero ya no estoy segura de nada después de confundir tus sentimientos y los de Carlo durante todos estos años.

Camelia recobró la compostura e irguió la espalda hasta colocarla completamente recta.

—La animadversión entre el duque y yo es mutua, por tanto, no existe ningún tipo de deferencia. Simplemente no acepto su intolerable comportamiento además de poca ética moral y a él le incordia que no me arroje a sus pies como el resto de damas que solo tratan de regalarle los oídos con alabanzas porque solo digo la verdad. Así que será un auténtico incordio que ahora nos convirtamos en familia.

Las carcajadas de Georgia resonaron por toda la salida y Camelia la miro fijamente como si no comprendiera de qué se reía.

—Lástima que no soportéis estar en el mismo lugar más de un instante sin llegar a una discusión, muy a tu pesar, su excelencia me cae excepcionalmente bien, pero conociendo al duque evitará las reuniones familiares como viene siendo habitual. Carlo me dijo que es inusual que permanezca mucho tiempo en la ciudad, probablemente le perdamos de vista poco después de la boda.

Camelia llevaba sin ver a su excelencia desde el momento en que se despidió de malas formas aquella mañana tras la reunión campestre hacía ahora tres semanas. No habían coincidido en ninguna velada diurna o nocturna, por tanto, supuso que él habría regresado a sus andadas visitando locales de mala reputación y evitando las festividades sociales de buen renombre.

No le importaba. Al menos es lo que se llevaba diciendo a sí misma desde que habían regresado y su vista trataba de pasearse por todo el salón de cada lugar al que acudía sintiendo una leve decepción cada vez que no hallaba su perfil de rasgos perfectos rodeado de damas que

trataban de llamar su atención. De un modo u otro, la advertencia de no encontrarse hasta la ceremonia y de que éste no se acercaría a ella se convertía en una realidad y pese a que debía sentir una reconfortante sensación de bienestar, su inquietud no dejaba de acrecentarse cada noche, cuando era incapaz de concentrarse en la lectura y su mente viajaba a los dos momentos de intimidad que había compartido con el duque.

Que él hubiera acaparado sus pensamientos y le hubiera robado su primer beso en un arranque pasional, hacía que le detestara aún más. ¡El muy bastardo había logrado su objetivo! Ya se lo había mencionado antes de partir, no le echaría de menos, pero sería inevitable pensar en él. ¡Y lo era!, ¡Estaba completamente desesperada porque era imposible arrancar ese rostro angelical y el ímpetu que sintió en sus entrañas cuando probó aquellos labios de un amante excepcional!

Eso es. El maldito de Edmondo era un mujeriego experto que sabía exactamente como tocar a una mujer para dar placer, pero eso no significaba nada, simplemente había despertado en ella algo que podría satisfacer con la misma devoción cualquier otro caballero, ¡Solo que era impensable pensar en otro rostro que no fuese el de él incluso en sus sueños! Y comenzaba a hostigarse a sí misma al cambiar su aversión hacia Guicciardini por una irracional pasión que crecía en su interior.

¡Ni siquiera era capaz de comprenderse a sí misma!

Capítulo 27

Gabriele giró la llave y abrió lentamente el único cajón de su despacho en el que escondía cosas de valor. El anillo de compromiso familiar, ingentes cantidades de dinero, su chequera, documentos ligados al ducado y lo que había ido a buscar que durante la última semana no dejaba de observar.

El collar que compró impulsivamente en aquella joyería solo porque lady Camelia había considerado que era el más valioso del negocio. Debería haberlo regalado a su madre, su hermana o cualquier cortesana, a pesar de que él no solía tener ese tipo de detalles, en cambio lo había conservado todo ese tiempo sin saber que hacer exactamente con él o sin detenerse a pensar porque demonios había decidido llevárselo.

Hacía demasiado tiempo que no sentía esa sensación de inquietud por un ferviente deseo sin posibilidad de saciar. Ni sus cortesanas favoritas habían logrado calmar la apetencia que lady Camelia había despertado en él y eso, muy a su pesar, resultaba una completa contrariedad. ¿Por qué esa dama le inquietaba de aquel modo? Había querido creer que era su impulsividad, efusividad y tesón por plantarle cara. Aquel arranque de sinceridad despiadado, el modo en que no se amilanaba, retrocedía y mantenía un vibrante fuego en su mirada era tan pasional, que estaba seguro del placer que le ofrecería bajo su cuerpo.

La simple idea de tenerla desnuda bajo él nublaba su juicio y le formaba un nudo en su garganta que imposibilitaba una respiración normal.

No. Definitivamente no recordaba sentir ese arranque de pasión por ninguna otra dama, al menos no de un modo tan insatisfactorio como el que ahora le embriagaba.

El sonido de advertencia de unos pasos acercándose a la puerta de su despacho hizo que metiera de nuevo el collar en el cajón y lo cerrase a una velocidad sorprendente. Un instante después los golpes se hacían eco en el pequeño habitáculo y su progenitora habría la puerta.

—Es la hora, querido —dijo su madre impecablemente vestida para una fiesta de gala.

—¿No le parece un poco excesivo su vestuario al tratarse de una cena familiar? —exclamó Gabriele.

Le apetecía muy poco ser partícipe de esa velada, sobre todo porque había estado evitando a toda costa encontrarse con lady Camelia e indudablemente esa noche estaría presente.

—Es la cena oficial del compromiso de tu primo Carlo, ¡Por fin un matrimonio entre ambas familias! Aunque casi había saboreado que fueses tú quien se casara con la hija más joven del conde, pero tendré que conformarme con tu querido primo.

Gabriele prefirió no decir nada y simplemente se alzó de la silla dejando todos los documentos sobre la mesa tal y como estaban. Cogió el candil que iluminaba su escritorio y se dirigió hacia su progenitora ofreciéndole su brazo. No iba a admitir cuál había sido la causa principal de su acercamiento a lady Georgia, muy lejos de la que su madre pensaba, al igual que sus intenciones de esposarla ni siquiera eran adecuadas. Aquel inesperado enlace contra todo pronóstico había resultado un alivio que le devolvía su amada libertad. La cena tendría lugar en el salón principal de la casa, un lugar común que compartía con sus tíos y en el que solía reunirse la familia de manera habitual cada noche, aunque ahora también lo harían algunos primos y parientes cercanos de los Edmondo y Vassati.

Carlo parecía algo más inquieto de lo normal o tal vez Gabriele lo percibió de ese modo porque nunca se había fijado realmente en el comportamiento de su primo. Siempre imagino que profesaba algún tipo de sentimiento hacia lady Camelia y ahora comprendía que su relación siempre había sido fraternal por más que a todos les extrañase ese hecho.

—¿Que tal sienta que por primera vez una dama no te elija? —exclamó una voz que llevaba tiempo sin escuchar a su lado.

Gabriele comprobó que se trataba de su primo Riccardo y sonrió antes de estrecharlo en un ligero abrazo.

—Di por hecho que no vendrías, ¿Cuando has regresado de tu viaje? —preguntó evadiendo su primera pregunta.

—Surqué la costa florentina ayer mismo, tiempo suficiente para que me hayan puesto al día de todo lo acontecido. ¿De verdad tenías intenciones de casarte con la prometida de nuestro primo? —preguntó con una curiosidad innata.

—Lo valoré —afirmó—. Más por la insistencia de mi madre que por albergar algún tipo de sentimiento hacia la dama, pero afortunadamente alguien parece entusiasta por un enlace entre ambas familias, así que no deberías preocuparte por mi reputación de libertino. Sigue estando intacta.

Las carcajadas de Riccardo llamaron la atención entre los miembros, pero no

sorprendieron a nadie.

—Dudaba que hubiera nacido la dama que pudiera atarte a los lazos del matrimonio, hubo un tiempo en que casi dudé con aquella despampanante mujer cuya belleza era similar a la de un ángel, ¿Como se llamaba? Recuerdo que no era de aquí... no importa, aún así no llegaste a perder el juicio para plantearte sentar la cabeza.

Si. Recordaba muy bien a lady Catherine, el tipo de mujer por el que él siempre se había sentido atraído, pero ahora ya no estaba seguro de nada. No después de probar los labios de cierta impetuosa dama.

—Querido Riccardo, ¡Que alegría verte de nuevo! —exclamó lady Lucía.

—El placer es mío, querida tía. ¿Como es posible que cada vez que os vea lucís aún más hermosa? —exclamó Ricardo provocando que la madre de Gabriele se llevase una mano al pecho como señal de elogio.

—Siempre has sido mi sobrino favorito —dijo la duquesa viuda—. Por eso vengo a pedirte un pequeño favor.

—Por supuesto, tía. Será un gusto complacerla.

—Siempre tan complaciente mi querido Riccardo, sin duda mi sobrino predilecto —comentó desplegando el abanico—. Normalmente en este tipo de reuniones o veladas es Carlo quien permanece al lado de lady Camelia, pero lógicamente esta noche no será así, ni tan siquiera permanecerán cerca el uno del otro durante la cena, así que he dispuesto todo para que tú ocupes su lugar. Verás, su pretendiente hace unos días que anunció futuras nupcias con otra dama y teniendo en cuenta que es mayor que su recién prometida hermana, me temo que pueda arruinar la velada. Además, todos sabemos que ella siempre ha sentido especial devoción hacia Carlo y eso empeora las cosas.

—Creo que es muy desconsiderado de su parte, madre. Dudo que lady Camelia desee arruinar la fiesta de compromiso de su hermana o de Carlo, al que siempre ha considerado como un hermano.

Lady Lucía observó detenidamente a su hijo.

—Querido, puede que seas el menos oportuno en opinar respecto a la dama en cuestión —advirtió la duquesa viuda—. Además, sabes el ímpetu irrefrenable que alberga lady Camelia, sobre todo cuando tú estás cerca, así que esta noche mantente alejado y no es solamente una sugerencia.

La expresión de Riccardo era de estupefacción al observar como madre e hijo mantenían una conversación respecto a esa dama en cuestión.

—Supongo que os referís a la hija del conde Vassati —pronunció Riccardo tratando de recordar a la dama—. No tengo un recuerdo exacto, aunque hace unos años presencié una discusión entre ambos, pero ella debía ser solo una niña...

—Ya no es una niña —aclaró lady Lucía—. Y por favor, sé agradable con ella.

En ese momento el mayordomo anunció la llegada del conde junto a sus hijas y lady Lucía se alejó de ellos para saludarles.

—No —negó Riccardo—. Desde luego ya no es una niña —alegó obnubilado por el espléndido escote que el vestido azul cielo marcaba en la silueta de lady Camelia.

El azul no era el color que mejor le sentaba a lady Camelia, Gabriele había podido comprobar que ese color ambarino en sus ojos destacaba mucho más cuando vestía tonalidades amarillentas o doradas. De hecho, el collar que guardaba bajo llave en su cajón resaltaría mucho más en su cuello que en el de cualquier otra dama allí presente, incluida su propia hermana Valentina, considerada toda una beldad a su edad.

—Por una vez, satisfacer los caprichos de tu madre no supondrá un verdadero sacrificio —mencionó Riccardo en voz baja sin apartar la vista de la dama en cuestión.

Gabriele apretó los puños al reconocer el deseo en los ojos de su primo y eso hizo al mismo tiempo que se irritara consigo mismo. ¿Por qué le molestaba que otro caballero la pudiera desear? Eso había sido algo que jamás le había importado, por no decir que consideraba a lady Camelia muy lejos de su alcance. Ella no se asemejaba en nada a la mujer que ideaba en su mente, ni como futura esposa, ni como amante. Así que se obligó a no importarle que su propio primo devorase con aquellos ojos el cuerpo de la dama en cuestión y se alejó hacia el otro extremo del salón.

En el momento que se sentaron a la mesa, Camelia notó que lord Guicciardini se hallaba en el extremo opuesto, evidentemente era una distancia lo suficiente calculada para que se evitaran durante toda la velada. Desde que había llegado percibió como se alejaba de su presencia de forma disimulada, de hecho, le observó meticulosamente en más de una ocasión y notó como él jamás alzó la vista hacia ella. Nunca había ambicionado la atención del duque, más bien todo lo contrario, pero tampoco había deseado que fuera el primer caballero en besarla y en cambio no solo le había robado un beso, sino también el deseo de ser besada.

—¿Tal vez le aburren mis historias sobre las Indias Occidentales? —replicó el caballero que tenía a su lado. Se trataba del primo de Carlo y acababa de regresar de viaje, hacía tantos años que no lo veía que ni siquiera recordaba su nombre hasta que lady Lucía se lo había presentado de nuevo.

—Disculpe, estoy demasiado distraída —se disculpó Camelia porque realmente el caballero mantenía una conversación interesante y era excesivamente cordial además de

agradable—. Supongo que aún debo hacerme a la idea de que Carlo y mi hermana pequeña vayan a casarse en apenas dos meses, lo que implica que se marche de casa.

—¿Habría preferido que en lugar de Carlo eligiera al duque? —preguntó en un susurro como si comprendiera que la pregunta estaba fuera de lugar, pero aún así se había atrevido a realizarla por curiosidad.

—¡Absolutamente no! —exclamó Camelia en un tono de voz más elevado del que pretendía y completamente aterrorizada—. Dios libre a la dama que deba esposarse con semejante caballero.

La sonrisa de Riccardo le hizo ver que le complacía la respuesta y por primera vez en la noche, cuando Camelia alzó la vista de su plato hacia el otro extremo de la mesa, vio los ojos verdes de Guicciardini observándola. En cuanto fue descubierto apartó la mirada hacia su izquierda, donde el marido de su prima conversaba amigablemente con otros invitados y el duque parecía mantener muy en cuenta la conversación. Decidió que, si él era capaz de fingir que entre ellos no había ocurrido absolutamente nada, ella también era capaz de hacerlo y por eso, dedicó el resto de la cena a flirtear con el señor Edmondo e incluso a dirigirse hacia él por su propio nombre, tal como éste le había rogado que hiciera.

Tras la cena la música amenizaba el ambiente y se formaron pequeños grupos concurridos. Algunos jugaban, otros alzaban la voz y en otros, como el que situaban a Camelia y Riccardo reían sin cesar ante los comentarios de este último.

Gabriele sintió que sus pasos contradecían la orden en su determinación al tratar de evitar a lady Camelia y en cuanto se acercó al grupo, vio como todos parecían deseosos de que interviniera, todos excepto la dueña de sus pensamientos y la única razón por la que había decidido acercarse. No le dedicó ni una sola mirada, ni un solo destello de furia que solían emanar sus ojos cuando se acercaba. Nada. Y eso le irritó aún más, porque deseaba ser el culpable de cualquier sentimiento, deseo, odio, ardor o recelo. Lo que fuese antes que ese vacío ausente de emoción.

—Y allí estaba yo, sin entender ni una sola palabra de lo que decían aquellos indígenas, con un olor nauseabundo al que no se me habría acercado ni un pescadero ambulante y sin haber comido en dos días. Esas pobres criaturas me observaban como si fuera de otro mundo, tampoco les culpo... mis ropas habían quedado cubiertas por esa sustancia pegajosa y cuyo olor aún perfora mis fosas nasales, aún hoy día no sé como no salieron huyendo.

—¿Qué ocurrió después?, ¿Logró que le comprendieran? —mencionó Camelia con una curiosidad apremiante.

—¿Está segura de quiere saberlo? —contestó con vigor—. Tal vez no sea una historia demasiado apropiada para oídos inocentes —añadió rebajando el tono y con la seguridad de que aquello solo despertaría aún más interés.

—Ahora no tendrá más remedio que revelárnoslo, señor Edmondo —increpó Carla, la prima de Camelia que permanecía junto a su marido.

Riccardo dio un sorbo a su copa y degustó el momento de atención donde todos aquellos pares de ojos tenían la vista, el oído y el interés puestos en él.

—Me vi rodeado de un número considerable de personas, varias me apuntaban con un arco cuya flecha seguramente tenía la intención de clavarse en mi pecho si decidía dar un paso en falso. Probablemente se reunieron todos los habitantes de aquella aldea y el que parecía su jefe hizo una señal hacia una mujer mayor. No supe si era su esposa o una vidente, pero ella comenzó a hablar en una lengua extraña y ante esta orden varias mujeres se acercaron y empezaron a despojarme de mis ropas, capa tras capa veía como se deshacían de todas mis pertenencias. Durante un instante pensé que sería su cena, que aquellas criaturas salvajes me desollarían como un cerdo para servirme en bandeja a juzgar por su aspecto salvaje, pero ya fuera la providencia o el hecho de que al estar completamente desnudo comprobaron que era un ser semejante a ellos, tuvieron la amabilidad de lavarme y ofrecerme el mismo tipo de vestimenta que usaban y que cubría pobremente una parte del cuerpo.

Gabriele observó a lady Camelia que a diferencia del resto de damas no parecía revelar ningún azoramiento en sus mejillas ante tal confesión.

—¡Que horror! —exclamó una voz femenina que Camelia identificó como su prima.

—Que una cultura sea distinta a la nuestra no significa que esté equivocada, simplemente es el único modo en el que han aprendido a vivir, adaptando sus condiciones de vida a su entorno —contestó Camelia sin mostrar ninguna conmoción.

—Por suerte vivimos en una cultura civilizada —aseguró el marido de su prima.

Camelia hizo un mohín no muy conforme con aquella respuesta.

—¿Bajo que criterio? —exclamó Camelia—. ¿Ser educado o comportarse de un modo correcto según quién? Esas personas a las que hacía referencia el señor Edmondo le ayudaron a pesar de ser alguien desconocido en el que no confiaban, le dieron sus ropas, aunque a nosotros nos puedan resultar obscenas. Le ofrecieron su comida, su techo y todo cuanto tenían para que se sintiera bien. ¿Cuántos de los aquí presentes habríais actuado del mismo modo? Los orfanatos están llenos de niños sin hogar. Las calles se llenan cada día de gente que no tiene nada para comer o zapatos que calzar. Y algunos trabajos son tan precarios que muchos niños deben trabajar para que sus familias se lleven una hogaza de pan al estómago. Decidme ahora, ¿Cuántos de vosotros entregaríais todo cuanto poseéis a alguien que realmente necesita vuestra ayuda?

—¿Que sugeriría entonces? —exclamó lord Guicciardini—. ¿Entregar nuestras fortunas a los desfavorecidos?, ¿Trabajar del mismo modo que lo hacen ellos?, ¿Cree que eso cambiaría en

algo?, ¿Que dejarían de existir plagas, hambruna y guerras por conquistar otras tierras? —continuó—. Sus argumentos solo serían válidos si no viviera entre las comodidades que su padre le ofrece, no hiciera uso de sirvientes y tampoco se alimentara del modo en que lo hace —corroboró él—. Puede que le parezca injusto, pero el mundo no está hecho para ser equilibrado como no es igual un hombre a una mujer, ni jamás podrán tener roles similares.

Camelia cruzó la mirada con la del duque y el silencio junto a la tensión que repentinamente envolvió el ambiente no se vio aminorado por la grácil música que acompañaba o las risas en el otro extremo del salón. Solamente cuando los sirvientes descorcharon varias botellas de espumante al mismo tiempo, la distracción hizo que el grupo se dispersara al dejar de tener la atención entre ellos, pero Camelia no apartó la vista de su oponente.

—Y eso le complace en demasía, ¿No es cierto?

—No hablamos de mi complacencia, lady Camelia, pero no tendría ningún reparo en hacerlo si es lo que desea.

Camelia se agarró la falda del vestido y giró bruscamente para alejarse de él. Gracias a la atención puesta en los futuros novios nadie pareció percatarse de su huída, pero no soportaba estar un instante más cerca de ese patán que sacaba lo peor de ella.

Se dirigió hacia las estancias de los Guicciardini, no conocía demasiado el lugar ya que siempre que visitaba aquella casa, solía ser la zona en la que habitaba Carlo, por lo que hubo un momento en el que no sabía realmente donde estaba.

—¿De qué huye exactamente? —bramó lord Guicciardini a su espalda.

La había seguido. ¡Huía de él y el muy maldito la seguía!

—No estoy huyendo —dijo enfrentándose a él.

¿Por qué debía ser tan endemoniadamente guapo? Aquel pelo castaño cayendo sobre su rostro perfectamente ondulado, sus ojos verdes que brillaban con cierta intensidad, el immaculado traje que se ajustaba a medida en su cuerpo. Sintió como su pecho se agitaba al comprobar como sus ojos le recorrían con una inesperada sensación de ardor en su vientre.

—Lo hacéis —contestó él—. Huís porque os da pánico lo que sentís.

Gabriele dio dos pasos hacia ella y comprobó como retrocedía distanciándose de él, aquel hecho no aminoró su ansia de tocarla, sino que la incrementó al ser más consciente del deseo que en ella despertaba y el temor de no poder controlarse si se acercaba.

El modo en el que aquella soberbia de puro egocentrismo y magnanimidad hizo que Camelia alzara el mentón para enfrentarle recordando porqué detestaba tanto a ese hombre.

—¿Sí? —exclamó—. ¿Pánico? —reiteró—. ¿Y qué es exactamente lo que sentís vos para perseguirme, lord Guicciardini? Porque os llenáis la boca de decir que no soy de vuestro agrado o que vuestros pensamientos están muy lejos de detener su atención en mi persona, pero aquí estáis —dijo abriendo los brazos para señalarle—. Persiguiéndome como un cachorro tras las

faldas de su madre.

Capítulo 28

Aunque la aseveración hirió su orgullo, lo cierto es que la estaba persiguiendo sin saber exactamente porqué sentía ese magnetismo extraño hacia lady Camelia y de ahí que quisiera averiguarlo, que necesitara conocer qué era lo que le atraía para despojarlo y continuar con su vida.

—Le aseguro que no besaría a mi madre como la besé la última vez —contestó en un tono de voz mucho más bajo y se escuchó a lo lejos los aplausos tras el brindis, parecía que nadie se percataba de su ausencia—, pero tiene razón en algo —dudó si dar un paso más hacia ella o se abalanzaría como lo hizo la última vez sin poder evitarlo—. No es de mi agrado. No tolero su insolencia. Ni su osadía o su descaro sin preservar su integridad.

—Nadie le ha pedido que lo haga, es más, yo tampoco le soporto a usted, pero no me dedico a perseguirle.

—¿No? —decretó él y ahora si hizo una mueca para acercarse a ella—. ¿Debo recordarle cuando fue la primera vez que ambos quedamos a solas en un habitáculo tan reducido que su cuerpo se ajustó perfectamente al mío?

El recuerdo de estar junto a él en aquel cuarto minúsculo llegó a su mente y cobró un sentido muy distinto al que tuvo en aquella ocasión.

—Significa tan poco para mí, que hasta lo había olvidado —contestó ella solo para no darle la razón.

—¿También a olvidado el resto de nuestros encuentros?, ¿Incluso el último? —preguntó dando un paso más hacia ella.

—Lo único que recuerdo es que mencionó que con suerte no nos veríamos hasta la ceremonia y que pensaba actuar como si no me conociera. ¿Es un caballero que falta a su palabra, lord Guicciardini? Porque no me parece que ninguna de esas dos aseveraciones las esté llevando a cabo —dijo siendo ella ahora la que daba un paso hacia él y colocaba sus manos en

jarra.

—¿Por qué tiene que ser tan formidablemente obstinada? —exclamó con furia.

—¿Y usted tan arrogante, descarado y petulante? —bramó alzando aún más el mentón debido a su diferencia de altura.

Durante unos pocos segundos el tiempo pareció detenerse entre ambos en aquel punto álgido de su discusión y el silencio errante navegaba alrededor de ellos sintiéndose únicamente el ritmo apresurado de sus respiraciones.

—Márchese ahora —jadeó Gabriele percibiendo que las puntas de sus dedos ardían ante la intensidad con la que deseaba tocarla.

—¿Y dejar que presuma de ser vencedor en nuestra disputa? Jamás —vociferó ella con un tesón plausible.

—¿Camelia? —La voz de su prima Carla se escuchó lo suficientemente clara para provocar la lividez en el rostro de la aludida y un instante después sintió como el duque la cogía del brazo para arrastrarla hacia la puerta que había bajo la escalera, lo suficiente discreta para que solo los miembros de aquella casa supieran exactamente donde hallarla.

En cuanto entró en su despacho empujó a lady Camelia hacia el interior y cerró la puerta con suavidad al mismo tiempo que giraba la llave interior. Había sido un impulso, un acto repentino antes de que pudieran descubrirles y ciertamente, no había sido la primera vez que casi le descubren en una situación comprometida con la misma dama.

Algo inusual si tenía presente que sus amantes eran mayoritariamente casadas.

Camelia se fijó en el fuego que crepitaba encendido y vertía sobre la estancia una luz cálida, suficiente para comprobar la mesa llena de documentos y la librería con multitud de tomos tras ella.

—Este es vuestro despacho —susurró sin formular la pregunta, sino constatando un hecho.

La había llevado a un lugar privado, casi íntimo y donde él debía pasar numerosas horas de su tiempo entre aquellos documentos.

—Lo es —contestó en un tono de voz rudo y se llevó las manos al cuello donde llevaba bien ajustado el pañuelo como si sintiera la falta de aire adentrándose en sus pulmones.

—Si alguien me descubriera aquí. Si algún miembro del servicio o vuestra madre o... —Camelia fue subiendo su tono de voz y Gabriele dio un par de pasos hacia donde estaba ella para colocar su mano frente a sus labios impidiendo que continuase hablando.

—¿Camelia? —Se oyó de nuevo desde probablemente el lugar en el que ellos se

encontraban escasos instantes atrás.

Gabriele apartó la mano lentamente y dejó las puntas de sus dedos rozando aquellos carnosos labios conforme los observaba. La luz cálida del fuego iluminaba aquellos ojos con una mayor vivacidad y sintió que perdía cualquier vestigio de control en el momento que ella le observó fijamente, aguardando su próximo movimiento, siendo al mismo tiempo cómplice de ese magnetismo que les atraía sin compasión.

—Debería irme... —susurró en un jadeo sintiendo como su latido apresurado convertía su respiración en un desasosiego continuo.

Se acercó lentamente a sus labios sin dejar de observarla y los rozó sutilmente, como si necesitara probar que ella también se desvivía por besarle. En el momento que no se apartó de él, sino que percibió el pequeño jadeo que provenía de su garganta, colocó su mano tras la nuca, dejándola sin escapatoria alguna, alertándola de sus intenciones, de que no pensaba, ni deseaba otra cosa que no fuera devorar de nuevo sus labios.

—Si —dijo él en un tono de voz tan bajo que casi resultaba inapreciable—, deberíais iros ahora mismo —continuó con un deseo tan apremiante que resultaba casi doloroso.

¿Que poder ejercía aquella mujer para hacerle sentir de ese modo?, ¿Que clase de brujería extraña era esa? Jamás en todos sus años de vida se había vuelto tan posesivo, indeterminado y claramente afectado. Se apartó bruscamente de ella, como si la coherencia por una vez en su vida le aclarase las ideas y le dio la espalda porque estaba seguro que si volvía a fijarse en sus ojos, sus labios o aquel pecho que se movía con ardua intensidad abandonaría por completo el raciocinio.

—Cerrad la puerta después de salir —dijo uniendo sus manos en su espalda solo para obligarse a sí mismo a no darse la vuelta.

Camelia no podía creer que hacía solo un instante fuera a besarla con una intensidad digna de una batalla atroz y ahora ni siquiera la mirase. ¡Que demonios!, ¡Se estaba riendo de ella!, ¡Todo aquello no dejaba de ser una artimaña para hacerle ver que ella realmente le deseaba! Y lo peor de todo es que había caído en su red como una estúpida cría insensata.

¡Igual que el resto de sus amantes!, ¡El mismo juego de aquella serpiente escurridiza escupiendo un veneno impasible!

¡Que se fuera al mismísimo infierno! Decretó cuando abrió la puerta con un ímpetu colosal y la cerró del mismo modo provocando que el golpe hiciera temblar los muros de la edificación. Cerró los ojos con fuerza y volvió a maldecir, porque no solo había revelado su posición, sino que además le había dado a entender el enfado que su actitud le había generado, haciendo una vez más, alarde de cuánto le había afectado su rechazo.

Apenas unos pasos después tropezó con su prima Carla acompañada de su hermana Georgia.

—¿Donde estabas? —exclamó esta última.

—Me perdí —dijo encogiéndose de hombros y con una actitud poco común en ella—. No reconozco esta parte de la casa y fui incapaz de encontrar el excusado. ¿Donde están los sirvientes? —proclamó como si eso justificara su ausencia.

—¿No te has encontrado con lord Guicciardini? —preguntó su prima—. Él también desapareció del salón...

—Si me hubiera cruzado con él aún seguiríamos discutiendo —dijo sin demasiado entusiasmo—. Probablemente se haya marchado sin despedirse, algo muy típico de él —agudizó sin mirar a ninguna de sus parientes.

—En cambio, su primo Riccardo ha preguntado por ti en tu ausencia —dijo Georgia alzando la voz—. Y según parecía estaba bastante interesado en saber a qué eventos tenemos pensado acudir las próximas semanas.

Puede que Riccardo fuera una distracción perfecta en aquel momento, pero ni su mención o interés, aminoraba el resquemor que sentía en su fuero interno y en la sensación de vacío que aún perforaba sus entrañas desde que el duque se apartó de ella.

Anheló aquel beso con tanta intensidad, que aún sentía el calor de sus labios aclamando ser poseídos por los suyos y eso... eso sí le producía un miedo visceral.

Hacía casi una hora que se habían marchado todos los invitados haciendo que la casa familiar Edmondo de Guicciardini recuperase su tradicional tranquilidad embriagada por el silencio, incluso los miembros que la habitaban se habían retirado a sus respectivas alcobas para descansar tras la ardua velada de festejos.

Todos menos Gabriele, cuyos pensamientos eran abruptamente contradictorios y sabía que sería incapaz de conciliar el sueño. Aquel era su quinto coñac de la noche y a pesar de que deseaba que sus sentidos estuvieran lo suficiente entumecidos para no pensar en cierta dama, lo único que su mente reiteraba una y otra vez era el sonido de su risa, la forma en la que sus labios se curvaban y que él no era el dueño de aquella felicidad, sino su primo Riccardo. Eso, unido a que la podría haber tenido para sí mismo en su despacho hacía que estar en el habitáculo en el que tantas veces buscó refugio le resultara tedioso. Su mente solo podía evocar imágenes de lady Camelia sobre aquella mesa mientras él la desnudaba lentamente y recorría con su lengua cada palmo de piel que cubría su cuerpo.

—Un florín por tus pensamientos —La interrupción hizo que Gabriele apartara la vista del fuego y moviese su cuerpo hacia el lugar de donde provenía aquella voz.

Cuando lo hizo se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo en la misma postura, tanto, que había perdido la noción del tiempo y eso le hizo apoyar todo su peso en la otra mitad de su cuerpo.

—Pensé que te habrías retirado junto a los demás —respondió a Carlo sin demasiado énfasis en su tono.

—Si permanecieras en casa más de lo habitual, sabrías que no suelo retirarme demasiado temprano a mis aposentos —dijo sirviéndose una copa del mismo coñac que tomaba su primo poniendo bastante atención y cuidado en no derramar el contenido fuera del vaso—. De hecho, me ha extrañado verte aquí, sobre todo demasiado abstraído en tus pensamientos y eso me ha llevado a la conclusión de que aún no hemos hablado sobre mi compromiso con la dama a la que tenías intención de proponer matrimonio.

Carlo no estaba seguro de las intenciones de su primo hacia lady Georgia, pero prefería aclarar el asunto cuanto antes ya que, una vez concluyera el matrimonio, ella se iría a vivir a la misma casa en la que residían ambos e inevitablemente coincidirían cada día a diversas horas.

—Mi humor hoy no es oportuno para salir, pero no se debe a vuestro compromiso, es más, me alegra que las cosas se hayan dado de este modo y no cuando la situación hubiera sido irreversible para todos. Que seas feliz junto a lady Georgia y que eso además le complazca a la familia solo es motivo de dicha.

—¿No te sientes ofendido?, ¿O denigrado porque ella haya preferido elegirme a mi? —

insistió Carlo y Gabriele se acercó hasta su primo para colocarle una mano en el hombro estableciendo algún tipo de contacto que le inspirase que estaba siendo honesto.

—Mis sentimientos hacia lady Georgia son inexistentes. Reconozco que es una dama agradable y que dado el caso, no me habría importado que se convirtiera en mi esposa, pero no existe ningún tipo de vínculo emocional en mi persona hacia ella, por tanto, no puedo sentirme ofendido si la dama tiene sentimientos honestos hacia otro caballero, más aún si ese caballero es mi propio primo.

—En ese caso, brindemos —corroboró Carlo alzando su vaso y Gabriele no tardó en hacer que su copa rozara la suya sin mucha fuerza.

El líquido sentaba bien, relajaba sus músculos y provocaba que aquel torbellino que sentía en su estómago dejase de ser tan vibrante.

Durante un buen rato ambos guardaron silencio mientras observaban el fuego que iluminaba el salón, Gabriele se había deshecho de su pañuelo y su camisa permanecía parcialmente abierta mientras que Carlo aún conservaba la vestimenta pulcramente abotonada y sin un atisbo de sospecha de que estuviera padeciendo incomodidad a pesar del calor que emanaba aquella chimenea.

—¿Porqué estabas dispuesto a renunciar a lady Georgia si la amabas? —exclamó Gabriele girándose de nuevo hacia su primo.

—Imagino que lo preguntas porque nunca has amado a nadie —contestó Carlo y eso hizo que la expresión de Gabriele fuese aún más confusa.

¿Había él amado realmente a una dama? Pronto reconoció que había sentido infinidad de emociones hacia todas y cada una de las mujeres que había conocido en su vida. Deseo, lujuria, pasión, atracción, lascivia, impudicia, respeto, cortesía, admiración... pero no había amado a ninguna de ellas.

Ninguna sin excepción. ¿Sabría reconocer el verdadero amor o simplemente era una banalidad únicamente apta para los más débiles de corazón?

—Puede que albergue una percepción muy distinta del amor —aclaró en un tono jovial y Carlo emitió una sonrisa de complicidad.

—Puedes amar tu posición, comodidades o estilo de vida y querer preservarlos, pero es un amor condicional, lo quieres y anhelas por el beneficio que obtienes. Un amor incondicional es aquel por el que estarías dispuesto a renunciar si la otra persona es feliz, porque nada en el mundo te dolería más que saber que puedes ser el culpable de su desdicha. Yo habría sido capaz de renunciar a lady Georgia si ella era feliz con otra persona. Me habría conformado con ver su sonrisa, sus ojos brillantes y el sonido de su risa desde la lejanía a pesar de que una parte de mi

se fragmentase por querer ser el dueño de todo eso.

Aquella confesión hizo que Gabriele recordase repentinamente sus propios pensamientos antes de que Carlo apareciese. Él quería ser el dueño de las risas de lady Camelia, que le sonriera del mismo modo que hacía con Riccardo, quería ser quien la desnudara, tocara y gimiera bajo sus caricias.

Quería ser todo de ella.

Se acercó hasta una mesita auxiliar y dejó su copa. El alcohol estaba causando que sus pensamientos se entremezclaran hasta alcanzar un razonamiento inverosímil. Era imposible, inaudito e irracional que pudiera sentir algo similar al amor por esa mujer.

No.

Imposible.

Jamás de los jamases él, que podía tener a cualquier mujer a sus pies, que había seducido a las damas más bellas de Florencia, iba a enamorarse de *ella*.

Ni siquiera pensaba permitirse algo así, menos aún que aquel pensamiento divagara en su mente. Solo era una confusión provocada por el deseo y el ímpetu que sentía hacia la dama.

Nada más.

Ella no era la primera mujer hacia la que se sentía atraído y desde luego, no sería la última.

Por supuesto que no.

—Entonces eres un hombre afortunado —dijo con una débil sonrisa—. Reconozco que no soy hombre de una sola mujer, aunque eso no es ningún secreto —añadió con ironía—, así que lady Georgia será mucho más afortunada a tu lado de lo que podría haber sido al mío.

Gabriele estaba a punto de marcharse, no sabía exactamente hacia donde, pero le valía cualquier lugar en el que pensar no fuera una opción.

—Un día conocerás a esa dama o tal vez ya la conozcas, pero no te habías dado cuenta como en mi caso y entonces querido primo, no tendrás escapatoria. Podrás huir, decirte a ti mismo que no es cierto e incluso convencerte de que tus sentimientos no son auténticos, pero la realidad es que no se puede evitar porque es incontrolable.

Quiso responderle que el amor solo era para los débiles y que alguien como él jamás se vería envuelto en las redes de una mujer que pudiera anular su juicio, pero las palabras no salieron de sí mismo porque en su interior se iniciaba una batalla que precisamente vaticinaba lo que su primo le acababa de decir y lo último que pensaba hacer en ese momento era admitir que podía sentir algo por ínfimo que fuese hacia lady Camelia.

—Soy un duque —respondió y decidió volver a coger el vaso que había dejado en la mesilla auxiliar—. Mi matrimonio jamás será por amor —afirmó vaciando el contenido en su estómago, depositándolo de nuevo en el mismo lugar y se marchó sin esperar a que Carlo pudiera decirle algo más que supusiera un martirio para aquella confusión que se apelotonaba en su fuero interno.

Capítulo 29

El baile de los Bersini era el último de la temporada y el más esperado de todos, puesto que no solo anunciaba los últimos compromisos que en algunas ocasiones solían ser inesperados, sino porque se celebraba en los jardines del palacio del conde y cada año la decoración y despliegue artístico era mejor que el anterior.

Nadie. Absolutamente nadie se perdía dicho baile, ni siquiera el duque de Guicciardini que, a pesar de su ausencia en las últimas semanas, todos los asistentes sabían que a esa cita acudiría sin falta.

Para las parejas comprometidas como lo estaban Carlo y Georgia, escabullirse unos instantes entre los arbustos y jardines del gran palacio era un deleite, pero sin duda, también lo era para el duque, que conocía lo suficiente el laberinto que aguardaba y los secretos de los que había sido testigo cada año por esas fechas.

Camelia se hallaba junto a Elisabetta y Sofia muy cerca de la pista de baile, pero no lo suficiente para demostrar que ambas aguardaban pacientemente a que algún caballero las invitase. Georgia y Carlo danzaban desde hacía dos piezas musicales y todo le hacía pensar que continuarían una tercera, al igual que otras parejas comprometidas.

—Carlo es tan atento... —mencionó Sofia—. Desde luego no tendrá el título del duque, pero mirad como la mira —suspiró con tanto énfasis que Camelia y Elisabetta volvieron la vista de nuevo hacia la pareja.

—¿Vivirán en la casa de los Guicciardini cuando se casen? —exclamó Elisabetta.

—Supongo que si, es algo de lo que aún no han hablado a pesar de que solo falta un mes para el matrimonio —contestó Camelia sin admitir que en el momento que su hermana menor se marchase al igual que lo hizo Alessia en su día, sentiría realmente la soledad de aquella casa al quedar únicamente padre como compañía.

—Sería lo más lógico dado que Carlo es hijo único, ¿Como será vivir en la misma casa

que el duque? —preguntó Sofía y Camelia vio que su expresión cambiaba por completo, es más, comprobó que la de Elisabetta también lo hacía cuando percibió que alguien se acercó lo suficiente a ellas.

En el momento que Camelia se apartó y alzó la vista, comprobó que el propio duque del que sus amigas hablaban estaba allí, completamente solo y durante unos segundos sus ojos parecieron fundirse conforme esa incuestionable ola de fuego se acrecentaba en su estómago. Notó como él desviaba sus ojos verdes hacia su amiga Elisabetta y esta se quedaba petrificada.

—¿Tendría el placer de concederme el próximo baile? —preguntó con tanta cortesía y notó como a ella no le salían las palabras, simplemente afirmaba con un gesto de cabeza.

Camelia observó que le ofrecía la mano y ella colocaba la suya con delicadeza para después ver que efectivamente el duque la arrastraba a la pista de baile sin apartar los ojos de Elisabetta.

Un sentimiento irascible comenzó a acrecentarse en el pecho de Camelia y, muy a su pesar, por más que intentase calmarlo o decirse a sí misma que Elisabetta era libre de decidir en su nombre, lo cierto es que no podía soportar verle cerca de su amiga. ¿Es que no le había bastado su flirteo con Georgia que ahora tenía que elegir a una de sus mejores amigas?, ¿Que es lo que pretendía ahora? No es que Elisabetta fuese una mala elección como futura esposa, no albergaba la dote de su hermana, tampoco era hija de un lord y aunque ella la consideraba una dama hermosa, no estaba entre las beldades del momento. ¿Que era lo quería de ella?, ¿Tal vez llevársela a escondidas y besarla como hizo con ella?, ¿Usarla en ese tipo de juego macabra que solo a él le divertía?

—¿Que probabilidad hay de que el duque invite a bailar a Elisabetta si no tiene interés en cortejarla? —exclamó Sofía.

—Esta misma temporada también me pidió un baile y desde luego no alberga ningún interés en cortejarme —decretó Camelia apartando la vista de la pareja. Sin darse cuenta había apretado sus puños y notó que las uñas se habían clavado en la piel de sus manos enrojeciéndolas. Ese gesto le causó aún más rabia por hacerle el causante de su mal humor y decidió fingir que no existía—. Me preocuparía más que el duque tenga intenciones ocultas antes de que realmente fuesen honestas —dijo apartándose de la pista con la intención de encontrar una copa de vino que no estuviera aguada.

Por más que fingiera no detectar la presencia del duque de Guicciardini, lo cierto es que sus ojos le buscaban por cada rincón del jardín. Le vio bailar de nuevo con Elisabetta cuando ella lo hacía con Riccardo, no habían sido dos bailes seguidos, pero aquello demostraba que podía tener un interés real en la dama. Las habladurías de que el duque deseaba una esposa

comenzaron a ser el motivo principal de todas las conversaciones en las que se hallaba y que nadie hablase de otro tema que no fuese su excelencia, empezó a martillear su cabeza de tal modo, que se vio obligada a apartarse y buscar refugio en el laberinto. Una malísima idea si tenía en cuenta que su tercera copa de vino le había obnubilado parcialmente la mente.

Durante el primer tramo había visto con frecuencia a damas que paseaban, pequeños grupos e incluso sirvientes que llevaban comida y bebida ofreciéndoles a los asistentes, pero hacía un buen rato que no se cruzaba con nadie y que cada vez estaba en menor medida iluminado. Podía oír la música, pero cada vez que intentaba acercarse al origen de donde provenía, se encontraba con un muro de hierba impenetrable.

—¡Maldito duque!, ¡Maldita fiesta y maldito vestido! —bramó cuando volvió a engancharse el tul dorado en una de las ramas impidiéndole avanzar.

Escuchó que alguien se acercaba y suspiró aliviada, con suerte se trataría de uno de los sirvientes que podría conducirla hacia la salida, pero descubrir que se trataba del duque de Guicciardini le hizo dar un paso atrás y darse media vuelta como si fingiera no haberlo visto.

—¿Porqué no me sorprende verla en esta parte del laberinto? —exclamó con énfasis.

—¿Acaso interrumpo una de sus citas clandestinas? —La mención le hizo recordar a Elisabetta y eso acrecentó su furia—. Elisabetta no es una de sus amantes, así que déjela en paz.

Gabriele se percató de la intensidad que había en su mirada y dio un paso hacia ella.

—¿Es que desea ocupar su lugar? —bramó con una inusual carga de emoción.

Reconocía que la dama a la que había invitado a bailar no llamaba su atención, ni albergaba ningún tipo de intención, pero sí que había deseado despertar aquel ímpetu vibrante de lady Camelia como lo había hecho al cortejar a su hermana y no estaba demasiado desencaminado al ver el fuego que aquellos ojos ambarinos desprendían.

—Lo único que deseo es que desaparezca de mi vista —dijo tratando de apartarse de él para ir en la misma dirección de la que provenía el duque, asumiendo que por allí debía encontrar la salida.

—Con mucho gusto —respondió con una cortesía excepcional dejándola pasar mientras la veía caminar airadamente y engancharse el vestido en las ramas que sobresalían.

Un gruñido de exasperación conforme la veía tratar de arrancar el fino tul de las espinas al tiempo que rasgaba la tela le hizo apretar los labios para no reír ante aquella demostración de brío inaudito. Se acercó a ella lo suficiente para desenganchar el tejido ya de por sí rasgado y en cuanto se soltó, vio que ella se alzaba la falda lo suficiente para ver el inicio de sus piernas completamente desnudas, algo que no había esperado en absoluto contemplar y que hizo que la

sangre de sus venas refulgiera con intensidad. ¿Por qué no llevaba medias como cualquier mujer normal?

—¡Todo esto es culpa suya! —exclamó refiriéndose al laberinto, la fiesta o el vestido, lo cierto es que a Gabriele le importaba muy poco a lo que se hiciera referencia.

—¿Que se haya perdido o que no encuentre la salida? —preguntó sin dejar de mirarla ni apartarse de ella.

—¡Arg! —bramó dándose la vuelta—. ¡Es un necio petulante embustero! —aclamó con los brazos abiertos y soltando de nuevo su falda—. ¿Que pretende acercándose a Elisabetta? Primero mi hermana y ahora una de mis mejores amigas... ¡Aléjese de ella!, ¡Ambos sabemos que sus intenciones hacia Elisabetta no son bienintencionadas!

Gabriele dio un paso hacia ella y se inclinó para encararla al ser más baja de estatura que él.

—Para odiarme tanto parece conocer mis intenciones demasiado bien —dijo en voz baja—. Una vez me dijo que podría elegir a cualquier dama siempre y cuando no fuese su hermana. ¿Ahora tampoco puede ser una de sus amigas?, ¿Que excusa pondrá la próxima vez?, ¿Ninguna dama de Florencia? Porque no es sincera consigo misma y admite que está celosa de una maldita vez.

Camelia le miró con intensidad, casi la misma con la que él la observaba a ella y aquel despliegue de egocentrismo solo provocó que su ímpetu fuera aún mayor.

—¿Y porqué iba a sentir celos de un hombre que ni siquiera sabe lo que quiere? —clamó con verdadero desprecio—. ¿O que tiene el mismo sentido de la decencia de un mosquito?

—Sé exactamente lo que quiero a diferencia de usted —declaró con un énfasis colosal.

Camelia se detuvo entonces en la postura que él tenía sobre ella, en que estaba mucho más cerca de lo que le gustaría, en su respiración agitada, el modo de observarla y sin darse cuenta, entreabrió los labios percatándose de que había puesto tanto empeño en detestarlo y en que aquella belleza que él emergía no la afectara, que ahora le resultaba impensable sucumbir al deseo que en ella despertaba.

—¿Que es lo que quiere? —Su voz salía débil, como si hubiera perdido toda su fuerza hasta convertirse en aquel hilo sutil apenas perceptible.

—¿Quiere que se lo diga o mejor se lo demuestro? —gimió acercándose a sus labios hasta rozarlos y Camelia sintió como su propio cuerpo se dejaba caer en el del duque.

Camelia dio un paso atrás en un ejercicio de control de su propio impulso y tuvo que apartar la vista de él para no decepcionarse a sí misma de lo que aquel hombre provocaba en

ella.

—¿Del mismo modo que pensaba demostrárselo a la dama con la que pensaba verse a escondidas? —exclamó sin mencionar el nombre de una de sus mejores amigas porque la simple idea de que Elisabetta hubiera aceptado verse a escondidas con el duque la martirizaba—. ¿O de las múltiples damas que probablemente haya citado en este lugar cada año?

Gabriele movió la cabeza en un gesto de negación y volvió a acercarse a ella.

—¿Veis aquí a alguna dama aparte de vos? —exclamó con una oscuridad creciente en sus ojos por la ansiedad con la que deseaba besar sus labios—. Decidme ahora ¿Cuántas veces habéis deseado que os hubiera besado en nuestro último encuentro? —preguntó atrapándola entre el muro de hierba y su propio cuerpo acercándose lo suficiente para que sus extremidades se tocaran.

—Si cree por un solo momento que he pensado en usted de un modo que no sea el de... —Camelia se vio acallada por los labios de él que presionaron los suyos con intensidad durante un instante y después, con la misma fuerza que ejerció para presionarlos se apartó rudamente.

—Puede llamarme como quiera, insultarme o discriminarme, puede que me deteste, que me odie, que no tenga ningún tipo de condescendencia hacia mi, pero su cuerpo habla por sí mismo y su corazón late tan rápido en mi presencia que solo demuestra el ardor que siente cuando rozo sus labios. Me desea lady Camelia y si quiere continuar negándolo no me importa, pero ambos sabemos que si la beso ahora mismo me responderá con la intensidad y magnitud de alguien a quien no le resulto indolente como quiere hacer creer. —En el momento que terminó de decir aquello, la rodeó con un brazo por la cintura y con el otro acogió su nuca como si no pudiera escapar, pero a diferencia de otras veces, ella no hizo ningún movimiento para apartarse, simplemente se limitó a observarle directamente a los ojos tratando de averiguar algo que él no entendía.

Camelia no quería ser partícipe de su juego, no quería verse inmersa en esa red en la que todas y cada una de las damas se veían atrapadas. Ella se había creído inmune a su encanto irresistible, incluso llegando a no entender que era lo que esas mujeres veían en el duque, pero ahora, estando en esa misma situación, sentía como le resultaba imposible apartarse de él mientras sentía que cada músculo y extremidad de su cuerpo clamaba porque sus manos la tocaran.

—Le detesto —afirmó Camelia perdiéndose en sus labios—. Y eso nunca va a cambiar.

—Lo sé —admitió él acercando los labios a los de ella sin llegar a tocarlos.

Camelia se inclinó sutilmente abandonándose al deseo, sabiendo que se arrepentiría más tarde de ello, pero igualmente siendo presa de ese aura de atracción inevitable que su cuerpo

sentía por el duque. Los labios de él acogieron los suyos con una intensidad sublime conforme acercaba su cuerpo alzándola del suelo para estrecharla con vehemencia. El instinto fue afirmarse colocando sus manos entorno a sus hombros y rodear con sus dedos la cabeza de lord Guicciardini para afianzar aquel beso. La música dejó de sentirse, las risas eran lejanas, las voces se difuminaron en el ambiente para dejar únicamente paso a las oleadas de placer que su cuerpo deseaba sentir a manos de su excelencia.

Camelia sintió como su cuerpo se adaptaba al de él en un modo completamente indecoroso, pero lejos de abrumarse, solo era capaz de percibir la intensidad con la que él la besaba y dejarse arrastrar por el fulgor que su propia impulsividad desprendía. Necesitaba explorar, saber, conocer... ansiaba descubrir más de aquella acrecentada sensación que la envolvía y por esa misma razón avasalló con su lengua la boca del duque para entrelazarla con la suya tal y como él le había mostrado previamente.

Un gruñido emanó de la garganta del duque y notó como él se apartó bruscamente para después mirar hacia ambos lados del recorrido del laberinto en el que se hallaban como si reconociera el lugar, acto seguido entrelazó su mano con la de ella y estiró sin preguntarle o decirle que debía seguirle. Camelia se vio arrastrada tras él que iba con paso decidido sin importarle que pudieran o no cruzarse con alguien que pudiera reconocerles y lo que este hecho supondría.

No sabía si el duque había perdido el juicio tal como parecía haberlo hecho ella, pero la penumbra se hacía cada vez mayor hasta que vio como este atravesaba una puerta falsa que conducía a un estanque privado lleno de rosas, lirios y eucalipto. La única luz que alumbraba el lugar era la proveniente de la luna llena y arrojaba cierta claridad sobre el agua del estanque en el que algunos pétalos y peces surcaban sus aguas. ¿Como conocía el duque ese lugar? Era evidente que no se trataba de la primera vez que lo visitaba y antes de poder preguntarle en cuantas ocasiones había estado allí, volvió a abalanzarse sobre sus labios mientras la arrastraba hasta uno de los bancos de piedra que rodeaban el estanque.

Camelia solo era capaz de sentir en aquel instante, quería, deseaba y necesitaba sentir aquello que él le proporcionaba, aunque posteriormente se arrepintiera el resto de su miserable existencia. La maestría en los dedos del duque hizo que rápidamente su vestido se aflojase y el acceso a sus insurgentes pechos fuera más fácil. La devoción y el ardor con el que surcaba la piel de su cuello conforme descendía la hizo gemir y percibió como las manos de lord Guicciardini abandonaban su espalda y se dirigían al borde de su falda para tocar sus piernas desnudas.

Había cometido la imprudencia de no llevar medias debido al calor que acrecentaba las últimas semanas, pensó que nadie podría darse cuenta salvo ella de este hecho, pero ahora que el duque ascendía con sus manos por el interior de sus muslos, el gemido de inesperado placer

porque alguien la tocara íntimamente fue una sorpresa inesperada. Debería sentir pudor, vergüenza y reparo, pero lo único que logró hacer fue aferrarse a los hombros del duque y aferrar con fuerza su camisa mientras él no dejaba de proseguir con sus dedos hacia el centro de su intimidad y con su boca se abría paso hacia su prominente escote.

En el instante que uno de sus pechos se liberó del corsé y él lo introdujo en su boca dio un pequeño grito de placer que se volvió aún más intenso cuando su mano atravesó las calzas y tocó los pliegues de su feminidad. La sensación fue tan abrumadora que tuvo que morderse el labio para no estallar allí mismo de aquel sublime deleite. No sabía que le estaba haciendo, pero sí que no quería que se detuviera.

Gabriele estaba inmerso en la lujuria, tan perdido, exhausto y consumido por la suavidad de su piel, la fragancia que emanaba su cuerpo, el candor que emitía su entrepierna y cuando sintió que se arqueaba hacia él solo quiso poseerla, hundirse por completo en ella y hacerla suya de un modo con el que jamás había deseado tener a una mujer.

—Sois tan suave como lo imaginaba —susurró deslizando sus dedos suavemente entre sus piernas y provocando que ella misma se frotara contra él ante la necesidad de seguir sintiendo aquella emoción nueva que abrumaba cada uno de sus sentidos.

Camelia estaba perdida entre aquella vorágine pasional que la consumía. El duque la estaba tocando de un modo tan íntimo, impúdico y obsceno que debería gritar ante tan desvergonzada hazaña, pero lo único que era capaz de hacer es gemir ante la agilidad de sus manos, su boca y el ardiente cuerpo con el que la apresaba. Desconocía el hechizo que había surtido para nublar su juicio, pero necesitaba saber que había al final de esa percepción creciente en el interior de sus muslos que la hacía desear descubrir aquello que él le ofrecía.

—Para afirmar que no soy el tipo de mujer por el que os sentís atraído pensáis demasiado en mi, excelencia—gimió cuando él abandonó su pecho expuesto y parecía dirigirse hacia el otro.

Gabriele cambió de opinión y se inclinó para regresar de nuevo a sus labios, pero no llegó a besarlos, sino que comenzó a abrirse paso con sus dedos en el interior de sus pliegues percibiendo que estaba húmeda para él. La observó atentamente mientras lo hacía, comprobando que aquel gesto evidenciaba que nadie salvo él había explorado aquella parte de su cuerpo y sintiendo una satisfacción plena de ser el primero a pesar de que anteriormente ese hecho nunca le había importado.

El hecho de desearla solo para él se afianzó de un modo plausible en sus pensamientos y se aferró a que en aquel momento era suya, únicamente para él, completamente a su disposición.

—Pienso en tocaros de este modo desde el momento en que os encerrasteis conmigo en

aquel minúsculo armario —jadeó adentrándose cada vez más con sus dedos para explorar su esencia—. En sentiros bajo mi cuerpo y haceros arder de placer.

Camelia exclamó un jadeo imposible de contener cuando deslizó los dedos en su interior hacia abajo y después volvió a introducirlos con menos suavidad. ¿Que era aquello?, ¿Que se suponía que era esa cosa que se acrecentaba y amenazaba con arrollarla por completo como si quisiera estallar en su interior?

Se aferró con fuerza al duque mientras este le concedía placer con sus dedos y se lanzó a su boca con tanta vehemencia que mordió su labio inferior en un arranque de delirio ante lo que su cuerpo sentía. Percibió como aquel fuego creciente de su interior se extendía, era incomprensible, salvo por el hecho de que el causante de aquella espléndida percepción era el mismo al que ella despreciaba con todas sus fuerzas y aún así, no quería que parase y mucho menos se apartara de ella. Desconocía lo que le estaba haciendo y aún así, no deseaba que se detuviera a pesar de que una parte ínfima y minúscula sabía que más tarde cuando pensara en ello se odiaría a sí misma.

Gabriele acrecentó el ritmo de sus dedos deseando probar con su propia boca la esencia que envolvía su mano. Quería descubrir su sabor, explorar cada pliegue de su entrepierna y perderse entre sus muslos aferrándolos con fuerza, pero en el momento que sintió como se arqueaba para él, como se rendía ante la apoteósica culminación. Se apartó ligeramente de sus labios para ver con nitidez como era presa del delirio que ejercía sobre ella, de sentir que se deshacía entre sus brazos hasta estremecerse con una vibración inconfundible.

Camelia no entendía lo que le ocurría, en sus libros de anatomía no se hablaba del placer que un hombre podría ofrecer a una mujer de ese modo, en realidad, no se hablaba de satisfacción con aquel acto en ninguno de los tomos que ella había inspeccionado y el misterio se hacía aún más plausible ante el misticismo de lo que se supone que ocurría en un encuentro de esa índole, aunque lo había presupuesto, la realidad era mucho más placentera de lo que habría podido imaginar antes de sentirlo y cuando aquella explosión interior se abrió paso logrando que su cuerpo emitiera espasmos incontrolables de la sensación más apoteósica de su existencia, perdió la consciencia de todo cuanto sabía, era o conocía salvo aquella indudable satisfacción que la acogía en su fuero interno.

Su respiración era errática y acelerada cuando recuperó la consciencia del momento abandonando aquel lugar etéreo al que había viajado perdiendo la percepción del tiempo y al hacerlo, contemplo los ojos verdes del duque aún observándola, con un brillo de evidente satisfacción en ellos que le hizo afrontar la realidad de lo sucedido en un solo golpe.

Se había convertido en una más de esas mujeres que caían rendidas ante los encantos de

lord Guicciardini. Ella. La misma que se había vanagloriado de ser inmune a la fascinación que desprendía y por la que todas las damas deseaban ser el objeto de su deseo. Ella, que se había jactado frente a él de que no le encontraba irresistible y que estaba exenta de caer en sus redes. Ella, quien en tantas ocasiones no comprendía por qué ninguna dama le rechazaba, por qué se sentían atraídas como abejas a la miel.

No solo cayó en su trampa, sino que además había sido incapaz de resistirse. Le apartó bruscamente para alzarse y sintió que perdía la estabilidad así que tuvo que detenerse un momento, dándose cuenta de que tenía uno de sus pechos completamente expuesto, seguramente su cabello se habría desprendido de los cientos de alfileres que Franca le había colocado y sus labios... ¡Dioses!, ¡Seguro que estaban hinchados y exhaustos por besar al duque!

—¿Estáis satisfecho? —clamó con verdadero pánico en su voz.

—Creo que la única que ha obtenido satisfacción sois vos —puntualizó el duque alzándose para acercarse a ella mientras Camelia se peleaba al tratar de meter su pecho en el interior del corsé apretado—. Puedo ayudaros...

—¡Ni se os ocurra volver a tocarme! —exclamó con más fervor.

Lo peor no era que no quisiera que la tocara de nuevo por resultarle un completo horror como habría sucedido semanas atrás, sino porque ella misma aún temblaba ante el placer que le había hecho sentir entre sus manos y temía no ser capaz de negarse como evidentemente había ocurrido un instante atrás.

Gabriele alzó las manos, era la primera vez que una mujer se comportaba de ese modo tras estar con él, pero ya debía haber presupuesto que todo con lady Camelia sería muy distinto a cualquier otra, incluso también lo había sido la pasión arrolladora que había sentido mientras se deleitaba otorgándole placer y tocándola en lugares en los que nadie antes la había tocado.

—¡Muy bien!, ¿Queréis negar lo que ha sucedido?, ¿Queréis negar que os habéis entregado a mi por la inevitable atracción que sentís?, ¿Queréis rechazar que a pesar de todas y cada una de las razones por las que no debería suceder esto ha sucedido? ¡Hacedlo! —bramó Gabriele—. No tengo ningún inconveniente en fingir que vuestros jadeos, vuestros gemidos y el placer al que habéis sucumbido no ha tenido lugar, pero os aseguro que vos no podréis hacerlo.

—Es eso lo que pretendíais desde un inicio, ¿No es cierto? —clamó Camelia enfrentándole, importándole muy poco que aún pudiera apreciarse parte de su pecho—. Queríais verme sucumbir ante vos porque vuestra magnificencia no os permitía vivir sin que una mujer os rechazara, porque vuestro egocentrismo es tan plausible que no podéis admitir que una mujer no sucumba a vuestros encantos...¿Estáis satisfecho?, ¿Ya habéis quedado complacido?

Gabriele quiso responder que no. No lo estaba en absoluto, como no estaba seguro de

controlarse a sí mismo y volver a besarla pero esta vez acabar con aquello que había empezado, hacerla enteramente suya y no pensar en las consecuencias que aquel acto tendría para una dama de buena reputación aún inocente como lo era ella.

—Por supuesto —contestó con amargura en su voz—. No podía ser de otro modo —afirmó dando por hecho que esa había sido su intención desde un inicio y dio varios pasos atrás alejándose de ella y caminando hacia la salida de aquel rincón secreto—. Si giráis siempre a la derecha encontraréis la salida en el otro extremo del laberinto. Adiós, lady Camelia —mencionó antes de salir sin volver la vista atrás, siendo consciente de que estaba usando el último resquicio de juicio que aún conservaba en su mente.

Por primera vez, no pensó en su propia satisfacción, sino en complacer a la dama y también por primera vez se retiraba antes de finalizar aquello que había iniciado en deferencia a la mujer que deseaba. Debía estar loco, completamente demente para obrar de ese modo y fue ahí, en ese preciso instante que tomó consciencia de lo importante que era para él la aflicción que sentía en ese momento lady Camelia y la contrariedad de lo sucedido.

Necesitaba marcharse de allí, es más, ahora se arrepentía de no haberlo hecho tras la fiesta campestre en la que la había besado de aquel modo y en el que fue testigo de lo que ella despertaba en él. Debía irse. Tenía que alejarse lo suficiente para no volver a verla, al menos no hasta saber qué demonios le estaba ocurriendo y porqué era incapaz de controlarse frente a ella.

—Me pregunto quien habrá sido la afortunada a juzgar por la sangre que llevas en el labio. —Estaba tan abstraído consigo mismo y sus pensamientos, que no había visto a Mateo, uno de sus grandes amigos, aunque no confidentes, probablemente no confiaba lo suficiente en nadie para revelar sus propios secretos.

—¿Acaso importa? —exclamó sin negar que volvía de una cita clandestina.

—Debe ser muy fogosa para que no menciones de quien se trata... —contestó y por alguna razón aquello le molestó a pesar de desconocer por completo el nombre de la dama en cuestión.

—O tal vez me importe demasiado poco y he olvidado su nombre —contestó en un tono seco—. Florencia comienza a resultarme tediosa, necesito un cambio de aires.

—Igual estás de suerte —mencionó Mateo—. Mañana parto con uno de los navíos de mi padre rumbo a Londres para llevar un cargamento de seda, ¿Tal vez te apetezca unirme a la travesía? Allí la temporada termina más tarde que aquí, tal vez te apetezca hacer una visita a tu beldad inglesa —dijo comenzando a reír al saber que lady Catherine no llegó a formar parte de su larga lista de amantes, aunque estaba convencido de que lo habría hecho de no aparecer su esposo en el momento menos oportuno.

La idea de marcharse a Londres le resultó tan magnífica que sería capaz de dormir esa noche en el navío para asegurarse de que no zarpase sin estar a bordo de él.

—No podía haber elegido un mejor destino —afirmó al saber que la travesía duraría varios días mientras bordeaban las costas españolas hasta llegar a Inglaterra.

Capítulo 30

Hacía varios minutos que Camelia había perdido el hilo de conversación que mantenían sus hermanas sobre la composición floral del ramo que Georgia llevaría en su boda. Su indecisión le había llevado a hacer tantos cambios en los últimos días que apenas le quedaba tiempo para decidirse, puesto que en dos días tendría lugar el enlace y esa misma tarde esperaban a Carlo junto a su familia para hospedarse en la casa familiar donde celebrarían el banquete.

Hacía un mes que no veía a lord Guicciardini. Treinta días en los que había maldecido tanto su nombre como suspirado entre gemidos cuando no era dueña de sus propios sueños. Habría deseado admitir que no volvió a pensar en lo sucedido, fingir que aquel encuentro no había tenido lugar y que el placer que obtuvo no fue real, pero la realidad es que no podía olvidarse de ese momento a la vez que le enfurecía el poder con el que él dominaba esa parte de su irracionalidad.

—Lirios. Lirios y rosas —decretó Georgia y Camelia tuvo que apretar con fuerza las manos porque precisamente esas flores le recordaban aquel rincón secreto en el que había compartido aquel momento de intimidad extrema junto al duque.

Sabía por las cartas de Carlo que él estaba de viaje, se había marchado tras su encuentro, de hecho, había partido a la mañana siguiente con el primer barco destino a Londres y eso aseveró aún más su acreciente seguridad en que solo se había tratado de un juego para él, uno en el que ella había perdido estrepitosamente.

—Las margaritas eran una elección más acertada —dijo Alessia dando un sorbo a su taza de té mientras se acercaba a la ventana para ver a la niñera entreteniendo a sus dos hijos.

—Creo que si le añades algunas ramas de eucalipto quedará precioso —mencionó Camelia haciéndose partícipe de la conversación a pesar de su humor irascible.

Su contrariedad de emociones y sentimientos era tan dispar que deseaba verle casi tanto como anhelaba que no asistiera al matrimonio. No soportaba sentir aquello hacia él, esa magnitud de placer que significaba estar con él y a la vez, sumergirse en un pozo profundo de

martirio por caer como una ilusa en sus redes. Aunque lo peor no era haber cometido ese reprochable error, sino que a pesar de su tormento interno, de que no soportaba la petulancia, engreimiento y altivez del duque, no podía evitar desear volver a sentir el placer que obtuvo aquella noche cuando la tocó de ese modo.

Recordar como sus manos recorrían sus piernas desnudas, se adentraban en su carne, la vertiginosa oleada de placer estallando entre sus piernas y aquella boca fusionándose con la suya eran tan sublimes que por un momento se dejaba arrastrar volviendo a ese instante y la percepción del mundo real volvía a dejar de existir para ella. Lo quisiera o no reconocer, el duque le había dado algo que solo él era capaz de ofrecer y eso volvía aún más irascible su mal humor.

—Demasiado atrevido. Además, es una ceremonia campestre y las margaritas son una magnífica elección, quizá con un poco de gisófila, muy apropiado para esta época.

El mohín de Georgia indicó que no estaba convencida con la elección de su hermana mayor y a Camelia le parecía una discusión tan absurda que se incorporó decidida a marcharse de allí, prefería mil veces la compañía de sus sobrinos que la harían correr sin límite por el jardín antes que volver a hablar de lirios, rosas o cualquier cosa que le recordase al duque, pero que hablasen o no de él, carecía de importancia o, peor aún, provocaba que sus recuerdos se incrementasen con el paso de las horas porque lord Guicciardini no apareció con los primeros invitados en llegar, ni junto a la duquesa viuda y su hija lady Valentina y tampoco lo hizo en vísperas de la ceremonia donde nadie mencionó la destacada ausencia como si dieran por hecho que no asistiría.

¿De verdad pensaba perderse el matrimonio de su primo Carlo?, ¿Bajo que excusa? Era evidente que su viaje fuera de Florencia solo se debía al placer y no al deber, algo tan habitual en el duque que no extrañaba a ninguno de los presentes, pero ver a la duquesa viuda apacible y relajada sin hacer referencia alguna a la ausencia de su hijo dejaba claro que los motivos por los que pensaba ausentarse eran justificados.

Aquella noche casi todos los invitados se habían retirado a sus aposentos temprano, Camelia aguardó un momento más con los últimos vestigios que el sol arrojaba sobre el camino de entrada augurando que una figura apareciese. No supo si lo deseaba para reprocharle su comportamiento, para maldecir que se hubiera instalado de ese modo en sus pensamientos o porque necesitaba verle solo para reiterar cuanto lo odiaba y despreciaba, pero fuera cual fuera la razón, aquella necesidad de que sus ojos verdes volvieran a posarse sobre los suyos era lacerante, tan dolorosa que sentía la falta de aliento y un desazón constante incapaz de consolar.

No le amaba. ¡Por supuesto que no lo hacía! Solo se debía a que había sido el único hombre con el que había intimado de un modo sin precedentes y eso provocaba aquella confusión de sentimientos incapaz de controlar.

—Por fin la encuentro a solas —dijo la inconfundible voz de Riccardo acompañada con una apacible sonrisa.

—¿A solas? —exclamó Camelia sorprendida.

—No malinterprete mis palabras —dijo enseguida alzando las manos en señal de calma—. Hace varias semanas que deseo hablar con usted sobre un asunto de índole personal y hasta ahora no había encontrado el momento.

Camelia observó con mayor precisión al primo de lord Guicciardini. Era apuesto, no tanto como el duque, pero lo suficiente para no sentir desprecio, aunque su estatura discrepaba de las de sus primos ya que se asemejaba bastante a la de una mujer, aunque no le habría dado importancia a ello hasta ahora que se fijaba realmente en él.

—¿Quiere realizarme alguna confesión amorosa?, ¿Tal vez pedirme consejo? Si es así no creo ser la más indicada para ello, sinceramente no creo que...

—En realidad, no —aclaró irrumpiéndola—. Quiero decir que no es una confesión, no propiamente dicha, sino más bien una... ¿Proposición? —parecía dudar de sus propias palabras.

—Ahora me tiene realmente intrigada —contestó frunciendo el ceño.

—Permítame ser honesto, lady Camelia, pues no sé obrar de otro modo que no sea el de la franqueza y tendrá que disculparme si mi propuesta resulta abrumadora, pero he meditado muy bien sobre ello hasta llegar a la conclusión de que ambos podríamos beneficiarnos si aceptara.

Por un momento el suelo tembló bajo sus pies ante lo que ella imaginó que Riccardo hacía referencia. No podía ser cierto, ¿Quería proponerle matrimonio?, ¿Por qué? Había flirteado con él, pero estaba claro que entre ellos no existía ningún tipo de afecto que derivase en un cortejo.

—¿Lo ha meditado? —preguntó en un tono de voz demasiado agudo.

—Sé que no debe ser fácil para usted asumir que tras cuatro temporadas no ha logrado una propuesta de matrimonio y también sé de su fracaso con lord di Montis y que éste se ha prometido con otra dama dejándola de nuevo con ese peso sobre sus hombros. No voy a adornar sentimientos que no profeso, pero si le puedo asegurar que complaceré cada uno de sus deseos y que no la obligaré a hacer nada que no quiera. Le ofrezco una vida llena de inesperadas aventuras y descubrimientos, puede viajar a mi lado si es lo que quiere o permanecer aquí si eso le complace, no la constreñiré a obligaciones conyugales que no desee, sino que respetaré cada una de sus condiciones sin presionarla o imponer normas absurdas que jamás he comprendido. Sé que es una amante del conocimiento y puedo brindarle las puertas a todo cuanto desee saber, si quiere dedicar su vida al prójimo lo respetaré, si desea no tener familia o hijos, lo aceptaré y ambos no tendremos que enfrentarnos a ese insufrible mercado matrimonial lleno de condiciones absurdas en las que no creemos.

Camelia entreabrió los labios dispuesta a contestar y después los cerró siendo consciente de que había pasado media vida deseando aquello. Un hombre que la viera como igual, que respetara sus deseos, que no le impusiera sus normas establecidas, que la dejara ser libre para hacer o deshacer cuanto quisiera sin presionarla a ser alguien que no era.

—¿Su proposición sería igualmente honesta sin la dote que ofrece mi padre? —preguntó siendo consciente de que el gran interés de lord di Montis y probablemente el de Riccardo era el mismo, aunque prefería mil veces la sinceridad de este último.

—Reconozco que la cuantiosa suma nos permitiría a ambos obtener lo que deseamos, pero no le realizaría una proposición si no estuviera convencido de que su carácter y el mío son compatibles y que ambos nos beneficiaríamos de dicho acuerdo. —Camelia vio como él se acercaba hasta tocar su mano con la suya y sintió la caricia delicada que su dedo recorría en el dorso.

Se suponía que debía sentir aquella sensación de inquietud, de aturdimiento en sus sentidos, pero lo único que deseaba era apartar su mano de la de Riccardo y alejarse. Iba a hacerlo, tenía toda la intención de dar un paso atrás para alejarse y entonces él estiró de su mano para acercarla a él y se lanzó a sus labios en un movimiento rápido y preciso. En el momento que sintió su brazo rodeando la cintura y la intención de introducir su lengua en la boca, la sensación de aversión hizo que le diera un empujón con todas sus fuerzas para apartarse.

—Lo lamento —advirtió rápidamente—. No debí hacerlo, no sé en qué estaba pensando y creí que... os pido disculpas por mi atrevimiento.

Camelia solo podía pensar en una cosa. Una única y singular certeza. No había notado lo mismo que sentía cuando el duque la besaba y aquella veracidad dolía más que su propia fustigación por dejarse atrapar en las redes de lord Guicciardini.

—Acepto vuestras disculpas —contestó Camelia ante la necesidad de escapar de allí—. Y pensaré en vuestra propuesta con determinación.

Cuando cerró la puerta del desván las lágrimas surcaban su rostro de un modo silencioso. Se suponía que aquel momento debía ser de dicha, alegría, incluso tendría que estar agradecida de que alguien como Riccardo hubiera aparecido en su vida y, en cambio, lo único que podía cerciorar es que no sentía absolutamente nada hacia él, aquel beso, aquella caricia que él le había dado solo demostraba que sus sentimientos hacia el duque eran reales.

Le deseaba. Le anhelaba con un fervor que había nublado su juicio y su razón. ¡Y lo peor de todo es que él solo la había manipulado para estar a su disposición! Tendría que sentir verdadera repulsión hacia él, odiarle con todo su ser, sentir tanta aversión que recordar sus besos y caricias fuesen algo aterrador y en cambio solo podía imaginar en repetir una y otra vez ese momento rememorando cada una de sus palabras afirmando que la deseaba, que había imaginado tenerla de aquel modo demasiado tiempo como si realmente fuera cierto.

Tal vez era mejor que no hubiese acudido a la ceremonia ahora que la realidad la había golpeado tan abruptamente que no sentía fuerzas para levantarse y quizá, si se esforzaba lo suficiente, convertiría aquello que él había despertado en ella en un lejano recuerdo que podría haber sido perfectamente parte de un sueño.

El ramo de flores fue de lirios, margaritas y eucalipto, en el momento que Camelia lo sujetó para que su hermana menor subiera al carruaje percibió que su labio temblaba ante todo lo que estaba sucediendo. La realidad de sus sentimientos, el que Georgia fuese a casarse con el hombre que amaba y que él amaba a ella. La felicidad que desprendían ambos eran tan real, tan nítida que por un instante deseo poder sentirse de ese modo una única vez en su vida e irremediamente después, supo que jamás lo haría, que tal vez, la mejor de sus opciones era aceptar la propuesta de Riccardo. Quizá no tendría amor, ni pasión, ni placer... pero obtendría respeto y la seguridad que el matrimonio le ofrecía.

La iglesia era pequeña, pero con suficiente capacidad para albergar a los invitados y cuando Camelia se apeó del carruaje para que descendieran su padre y su hermana, sintió que alguien le ofrecía la mano para bajar. Alzó la vista hacia el caballero de gesto amable que había tenido la cortesía de ayudarla pensando que se trataría del marido de su hermana Alessia, ya que habían llegado justo antes que ellos, pero se encontró con unos ojos verdes que desprendían una vibrante luz bajo el sol de aquel día especialmente caluroso.

No estaba preparada para verle cuando había asumido que no asistiría a la ceremonia, en cambio, estaba allí cual fantasma y mirándola de un modo que tampoco había esperado.

—Tengo indicaciones de acompañarla hasta el altar —se apresuró a decir.

Habían pasado muchas cosas en aquellos treinta días que llevaba sin verla, pero si le había servido de algo marcharse lo suficiente lejos para aclarar sus ideas, es que ahora que tenía a lady Camelia frente a sí, se daba cuenta de que sus creencias tomaban forma y se hacían reales.

Estaba de algún modo inexplicable enamorado de esa dama. No podía ser de otra forma cuando lo único que deseaba en ese instante era besarla frente a todos sin importarle lo que eso supusiera. Sin cuestionarse las consecuencias que tendría obrar de ese modo. Porque la idea de pasar el resto de sus días al lado de lady Camelia era mas seductora que no volver a verla o saber que nunca sería suya.

—Si. Por supuesto —respondió Camelia al salir del trance en el que se hallaba cuando los pequeños gritos de sus sobrinos le devolvieron al momento crucial en el que se encontraba.

Alessia clamaba a su esposo que contuviera a los pequeños que debían caminar por el pasillo mientras soltaban pétalos de rosas blancas. Se giró hacia atrás para ver bajar a su hermana menor y su inmaculado vestido blanco descender del carruaje y sonreír con esa felicidad plena que ella siempre había deseado para ella. Alguien les alentó para que comenzasen a entrar y Camelia observó como el duque le ofrecía el brazo con una cortesía impropia de él. Se agarró

con firmeza sintiendo de nuevo aquella calidez en su pecho, la misma sensación que había buscado en Riccardo y no encontró un resquicio que se pareciera.

—Resulta sorprendente verle tras su excesiva ausencia, ¿Sintió remordimientos y decidió adelantar su regreso para la ceremonia? —preguntó Camelia en cuanto pusieron un pie la entrada de la Iglesia.

Gabriele tuvo que morderse el labio para no sonreír. Su dama estaba tardando demasiado en mostrar aquel ímpetu irascible que le había fascinado.

—Acepté ser el testigo de Carlo en la celebración, por tanto, no estaba en mis planes ausentarme de forma prolongada —contestó sorprendiendo a Camelia.

—Casi llega a sorprenderme que a veces coloque el deber por encima del placer —susurró Camelia observando como sus sobrinos lanzaban pétalos tan efusivamente que los invitados no dejaban de reír.

—Siempre he colocado el deber por encima del placer, aunque usted no lo crea así —contestó Gabriele con tesón.

—Tras nuestro último encuentro, permítame dudarlo —decretó ella sintiendo que la confesión había salido de sus labios mucho antes de procesar realmente lo que estaba diciendo.

Capítulo 31

Llegaron al altar donde Carlo aguardaba y Gabriele se separó de lady Camelia para colocarse al lado de este mientras veía como ella se situaba al otro extremo para aguardar la llegada de la novia, salvo que él solo tenía ojos para observar a la hermana de ésta.

Georgia recorrió el pasillo del brazo de su padre mientras Camelia sentía la emoción que se generaba en aquel momento. Apartó la vista cuando las lágrimas nublaban su visión y se dio cuenta de que el duque la observaba minuciosamente. Al llegar, su hermana le ofreció el ramo que ella acogió con dulzura mientras se fijaba en como los contrayentes se observaban y volvió a imaginar que nunca viviría ese momento, al menos no del mismo modo en que ellos hacían; con nerviosismo, felicidad y un amor cargado de veracidad. Se obligó a no volver la vista al duque, pero acababa alzando sus ojos de forma inevitable como una mariquita se siente atraída hacia una flor y cuando lo hacía, él continuaba observándola, importándole muy poco que alguien se diera cuenta de que no apartaba su mirada de ella. Le abrumaba, le hacía disminuir sus sentidos hasta lograr que todo se dispersara y que, en aquel lugar repleto de personas, solo existieran únicamente ellos dos.

En el momento que Carlo y Georgia dieron el sí quiero e intercambiaron los anillos, el sacerdote les dio su bendición y todo se convirtió en júbilo salvo por su hermana Alessia que no dejaba de llorar de emoción.

Lord Vassati había decidido servir toda la cosecha de ese año en la celebración, por lo que las botellas de vino iban agotándose al mismo compás que los invitados estaban cada vez más alegres. Las miradas entre el duque y ella eran cada vez más frecuentes y a pesar de que no habían cruzado ninguna palabra desde el recorrido al altar, no dejaba de observar como él la buscaba entre la multitud.

La presión en su pecho comenzó a ser insoportable, sentía que el corsé la ahogaba o tal vez era el vino, o el hecho de que su hermana se marchara al día siguiente de casa para no

regresar como en su día lo hizo Alessia. Los días se volverían silenciosos y nadie tocaría el piano por las noches. Tal abrumación en conjunto le hizo escabullirse por las escaleras y cuando llegó a la segunda planta se dirigió hacia el final, donde estaba situada la escalera que llevaba a la buhardilla. Al hacerlo, escucho pasos que se acercaban y dio por hecho que se trataría de uno de los sirvientes, es más, rogó porque se tratara de su doncella Franca.

Vio la silueta de lord Guicciardini al pie de la escalera y en cuanto reparó en ella comenzó a caminar decidido en su dirección. Camelia sintió como su corazón se aceleraba y cuando contemplo la ira en su rostro simplemente agarró la falda y comenzó a subir las escaleras que conducían al desván sintiendo como él aceleraba el paso tras ella. Abrió la puerta con premura y se escabulló dentro maldiciendo no tener una llave que le impidiera entrar, así que se colocó con todo su peso cargándolo en la hoja de madera y sintió como él maldecía al otro lado.

—Abrid la puerta ahora mismo —dijo sin alzar demasiado el tono, sino que incluso ella misma apreció que parecía estar controlándose.

—No —negó sin saber exactamente porqué estaba así o cual era el motivo de su ira hacia ella o porqué no había tratado de entrar.

—No me iré de aquí hasta que abráis esta puerta y me digáis lo que quiero saber.

Camelia no comprendía que era lo que él necesitaba saber para enfurecerse de aquel modo, pero sabía que carecía del valor suficiente y entereza para enfrentarlo, sobre todo después de ser consciente de lo que él provocaba en ella.

—¡No tengo nada que deciros! ¡Entre vos y yo no existe nada para que os creáis con el deber de exigirme algo, excelencia! —bramó Camelia cerrando los ojos con fuerza.

En ese momento sintió como la fuerza con la que lord Guicciardini abría la puerta la empujaba hasta abrirse paso con gran facilidad y encararla.

—¿Habéis aceptado casaros con mi primo Riccardo? —preguntó buscando la verdad en sus ojos y Camelia no supo qué decir, claramente no había esperado algo así.

—¿Que os importa si he aceptado o no? —contestó alejándose de él y sobre todo, rompiendo aquel contacto visual que le aterraba por las emociones que en ella despertaba.

Gabriele dio un manotazo a la puerta para que esta se cerrase y bloquear de ese modo la salida, al girarse para ver hacia donde se había ido comprobó que había una cama situada en la esquina y hacia el otro lado se apilaban objetos cubiertos con sábanas y mantas que serían los culpables del olor ligeramente rancio que desprendían el lugar. Solo necesito ver un par de vestidos sobre la butaca para comprender que aquel sitio se había convertido en su improvisada habitación.

—Me importa. ¿Le habéis dado vuestra palabra?, ¿Le habéis aceptado? —exclamó acercándose a ella hasta romper toda la distancia que les separaban.

—No —susurró Camelia—. Aún no —agregó dándole a entender que muy posiblemente lo hiciera, que tenía mas intención de aceptarle que de negarse a pesar de que no sintiera una ínfima parte por Riccardo de lo que sentía por él.

Gabriele alzó su mano lentamente hasta rozar el dorso de la mejilla de ella y observó como cerraba los ojos con suavidad ante su contacto. Podía negarlo cuanto quisiera, insultarle, aborrecerle, pero era mantequilla entre sus dedos, ligera como una pluma a su contacto y la atracción era tan evidente que notó el tirón de su entrepierna aguijoneándole.

—Muy bien, porque no vais a casaros con él —determinó continuando con aquella caricia en su mejilla y provocando con sus palabras que ella abriera los ojos repentinamente.

—¿Ahora vais a decidir con quien puedo o no puedo contraer matrimonio? —gritó con énfasis—. Primero os atrevéis a acercaros a mí, a martirizarme con vuestra insolente presencia una y otra vez. Os excedisteis al besarme, al cruzar la línea de todo lo decoroso y solo para demostraros a vos mismo que estáis por encima de todo aquel que se os oponga y no os brinde pleitesía. ¿Me queríais a vuestros pies?, ¿Deseabais que os suplicara?, ¿Que os rogara? No soy esa clase de dama, lord Guicciardini y jamás lo seré. Sigue repugnándome quien sois y el poco honor que tenéis y... —su voz se rompió porque era incapaz de admitir que ella misma no había sido lo suficientemente fuerte para resistirse, que ella misma sentía algo por ese maldito canalla tan apuesto y admitirlo la quebraba por dentro.

—¿Y qué? —bramó él acogiendo su rostro entre sus manos para obligarla a mirarle—. ¿Y no podéis evitar sentir lo mismo que siento yo?, ¿Que no podéis conciliar el sueño?, ¿Que no podéis pensar en otra cosa que no sea en nuestro último encuentro?, ¿Que por más que haya intentado olvidaros, alejaros y desprenderme de vos, no puedo? Os deseo lady Camelia, os anhele... —gimió acercándose tanto que rozó sus labios con los suyos—. Y una parte de mi muere cada instante que no estoy junto a vos.

Gabriele hizo un amago de besarla y notó como ella aflojaba sus labios para entregarse a los suyos, así que la alzó hacia él para estrecharla entre sus brazos y poseer su boca con una fuerza inimaginable conforme ella colocaba sus manos en su cuello para afianzar aún más aquel beso. Sus manos descendieron hacia la cintura y comenzó a deshacer la lazada del vestido que la cubría, rápidamente se dio cuenta de que ella comenzaba a quitar el nudo de su pañuelo sin que ninguno de los dos dejara de besarse, sino con el ansia y frenesí que emanaban dos amantes. Su chaqueta cayó al suelo a la par que lo hizo su vestido y el chaleco voló por los aires poco antes de aflojar el corsé para liberar aquellos turgentes senos en los que deseaba perderse.

Camelia metió sus manos bajo la camisa y tocó por primera vez el torso desnudo del duque, gimió ante ese estremecedor contacto. No era del todo consciente de sus actos, sino de la lujuria que nublaba todos y cada uno de sus pensamientos. Solo quería sentir. Sentir aquel placer de sus manos tocándola de nuevo. Él la condujo hasta el lecho, donde la hizo sentarse mientras se quitaba la camisa y ahora podía ver con sus propios ojos la piel que cubría su pecho.

Gabriele se inclinó sobre ella para besarla de nuevo y sintió como lejos de apartarse volvía a aferrarse a él para introducir su lengua en un juego placentero. Se deleitó en un vaivén de embestidas que solo auguraban el placer que les aguardaba conforme le deshacía todos los nudos del corsé para después lanzarlo lejos del lecho. Las calzas y medias eran lo único que separaban a lady Camelia de la completa desnudez, y él se deleitó paseando la vista por aquel pecho desnudo ahora que podía verlo en completa nitidez. Acogió ambos entre sus manos y vio como ella gemía arqueándose para él.

—No os podéis imaginar cuanto deseo poseeros y el fervor con el que me consumís cuando os rendís ante mí de ese modo —gimió antes de introducir uno de sus pechos en su boca con total libertad.

Camelia emitió un pequeño grito y antes de que pudiera decir algo más, el duque metió una mano bajo sus calzas abriéndose paso entre sus nalgas.

—No es una rendición —gimió ella mordiéndose el labio al sentir que él metía sus dedos en su interior y se deslizaban con una facilidad pasmosa—. Yo jamás me rendiría ante vos —insistió obligándole a volver a sus labios para besarle con un salvajismo propio del ardor que sentía en sus entrañas.

Gabriele apartó su mano y ella protestó, pero no dejó de besarla mientras se deshacía de sus calzas y se apresuró a deshacerse de su propio pantalón. En el momento que su cuerpo cubrió el suyo en cada palmo de piel ella sintió su peso y aquello le hizo abrir los ojos con una intensidad propia de alguien que sentía curiosidad por todo aquello que era nuevo.

—Trataré de no haceros daño —susurró colocándose apropiadamente para adentrarse en ella.

La presión entre sus muslos era extraña, no tan placentera como habían sido sus dedos y entonces se dio cuenta de lo que realmente estaba sucediendo entre el duque y ella, de que iba a poseerla, de que una vez que se adentrara en su cuerpo sería completamente suya. Sintió como se abría paso, como lentamente se hacía dueño de lo que encontraba y en lugar de una protesta, lo único que logró emitir de sus labios fue un jadeo cuando percibió como era sentirse llena. No había dolor, solo una presión extraña en la parte que sus cuerpos se unían y cuando comenzó a moverse creyó que moriría, que esta vez realmente su cuerpo expiaría el último aliento ante

aquella magnanimidad que comenzaba a surgir por lo que él le hacía.

Su propio cuerpo tomó el control y comenzó a acompasar los mismos movimientos que él obraba, queriendo más, anhelando más, provocando que la poseyera algo inaudito hasta ahora desconocido y sus gemidos crecían con cada una de sus embestidas acercándola al abismo, lanzándola a un lugar al que anhelaba ir con todas sus fuerzas. Se aferró al duque con firmeza y sintió la sacudida con la que su cuerpo vibraba al mismo tiempo que el suyo, oyéndole jadear en sus labios, sintiendo que ambos habían logrado alcanzar un clímax único e inequívoco.

Definitivamente no había palabras que pudieran describir algo así y si lograra encontrar cada vocablo que conformara con detalle preciso lo que había sentido, describirlo con una minuciosidad única, era impensable palpar la inigualable sensación de caer en un abismo tan placentero que no importaba la vida o la muerte, solo era importante ese momento. Camelia abrió los ojos percibiendo el calor que el cuerpo desnudo de lord Guicciardini desprendía hacia el suyo. Estaban completamente unidos en el sentido más fiel de la palabra y aún podía notarle en su interior. La acreciente certeza de que se había entregado por completo a él no fue tan aterradora como había imaginado, tal vez porque aún sentía el resquicio de ese vibrante espasmo que había vivido con intensidad y quizá era el culpable de que aún no fuera consciente de las consecuencias que aquel hecho implicaba para ella.

—¿Estáis bien? —preguntó con una delicadeza que logro estremecerla.

—Si —afirmó tratando de removerse bajo él para incorporarse—. Deberíamos regresar a la fiesta antes de que se den cuenta de nuestra ausencia.

—Están demasiado alegres para percatarse de algo que no sea de ellos mismos —contestó levantándose y echando un vistazo a su cuerpo desnudo únicamente ataviado con las medias y los zapatos.

Era deliciosa. Absolutamente perfecta. ¿Como había podido estar tan ciego hasta ahora? Cada curva de su cuerpo se ajustaba al suyo como si hubiera sido creada para él.

Camelia se dio cuenta de que él observaba con hambre en sus ojos cada rincón de su cuerpo y trató de taparse con las manos al sentir un pudor que previamente bajo el arrullo de la pasión no había sentido.

—Le dije a vuestro primo que regresaría enseguida —advirtió Camelia tratando de incorporarse.

—Pues que siga esperando —comentó ajustándose cada botón de sus pantalones y vio como ella se colocaba la camisa para cubrir su desnudez.

—¿Obráis del mismo modo con los maridos de vuestras amantes? —exclamó en un momento de irritación.

—Vos no sois mi amante —dijo Gabriele acercándose a ella y colocando su dedo bajo el mentón.

—¿Y a qué llamáis esto? —clamó con ironía.

—No vais a casaros con Riccardo. No aceptaréis su proposición —decretó sin responder a su pregunta.

Camelia le dio un manotazo para apartar su mano de la cara y fue a por su vestido. Le daba igual no llevar corsé en esas circunstancias, pero por nada del mundo iba a pedirle ayuda a él.

—¡Usted no me da órdenes y menos aún pienso acatarlas! —exclamó realmente enfadada.

¿Quien se creía que era para deshonrarla y después ordenarle con quien podía o no contraer matrimonio?

—Lo haréis —aseguró poniéndose de nuevo la camisa—. Por supuesto que lo haréis.

—Debería conocerme lo suficiente a estas alturas para saber que no me dejo amilanar —decretó Camelia.

—Y usted para saber que siempre consigo lo que me propongo.

Su respuesta solo incrementaba la furia que sentía ante aquella desfachatez reconociendo que ella solo había sido un reto que acababa de ganar. Era capaz de aceptar la propuesta de Riccardo únicamente para saciar esa sed de rabia que él despertaba en ella y restregarle en la cara que no iba a dominarla como creía esperar. Camelia terminó de vestirse bajo la creciente mirada del duque que anudó los lazos de su vestido y la siguió a través del pasillo que conducía a la escalera para bajar al piso inferior.

—¿Por qué? —exclamó Camelia en el último tramo de escalera—. ¿Por qué tiene que ser tan canalla y mezquino?, ¿Por qué juega de ese modo con los sentimientos de otras personas?, ¿Es que no le importa nada salvo usted? Pensé que era un patán egoísta y miserable que no merecía la atención de ninguna mujer. Ahora no solo lo confirmo, sino que tiene mi total desprecio. ¡Espero que haya disfrutado de su juego, excelencia, porque no obtendrá más placer de mi del que ya ha tenido!

Gabriele percibió el tono débil en su voz, la evidencia del dolor y por primera vez sintió realmente culpable de ser el causante de todo aquello. ¿Podía culparla por pensar de ese modo?

—¡Camelia! —bramó la voz de lord Vassati llamando la atención de ambos—. Excelencia, disculpad a mi hija por su atrevimiento, estoy seguro de que no pretendía decir nada de lo que ha dicho.

—No debe disculparse lord Vassati, pues su hija tiene razón.

Camelia agrandó los ojos sorprendida y casi extrañada de que él no se defendiera o simplemente aceptara una disculpa para continuar con su flamante orgullo intacto.

—Por supuesto, excelencia —contestó lord Vassati casi sorprendido y un tanto anonadado.

—Sé que no es el mejor momento, pero dadas las circunstancias creo que es lo más apropiado. Me gustaría pedirle formalmente la mano en matrimonio de su hija lady Camelia.

—¿Qué?, ¡No! —bramó Camelia adelantándose a su padre.

Por un momento el conde miró a su hija, después al duque y posteriormente a su hija otra vez.

—¿Quiere casarse con Camelia? —exclamó aturdido.

—¡No! —clamó Camelia—. ¡Jamás!, ¡De ningún modo pienso casarme con él! —gritó a su padre para que negara su petición.

—Antes de que dé una respuesta —dijo Gabriele con una calma asombrosa dirigiéndose hacia el conde Vassati—. Debo confesar que he comprometido el honor de su hija de un modo irremediable.

Camelia creyó que moriría.

—¿Como de irremediable? —exclamó ahora lord Vassati mirando únicamente a Camelia.

—Del que puede tener consecuencias —aseguró el duque y Camelia quiso asesinarle con la mirada, pero lo único que obtuvo de él fue una flamante sonrisa.

Maldito. Maldito y mil veces maldito.

—¿Es eso cierto, Camelia?

Quiso mentir. Negarse. Ocultar la verdad a pesar de que si el duque lo había mencionado no había nada que ella pudiera decir para desmentirlo. La palabra de él valdría mucho más que la suya propia y con aquello, estaba condenándoles a ambos. ¿Por qué?, ¿Que sacaba él con aquel matrimonio absurdo?

—Tres semanas —dijo su padre ante el silencio de Camelia y se dio media vuelta para marcharse.

—Tres semanas, ¿Qué? —bramó ella al aire.

—Tres semanas es el tiempo mínimo para que se realicen las amonestaciones —contestó Gabriele—. En tres semanas serás la duquesa de Guicciardini.

Capítulo 32

«Duquesa de Guicciardini»

Ella no podía llevar ese título que tanto había detestado y provocado verdadera aversión. Ni hablar. Jamás de los jamases. Absolutamente no.

—No me ama y desde luego yo tampoco a usted. Y está claro que tampoco necesita la dote que mi padre ofrece porque es lo suficientemente rico para casarse con quien desee. Se ha vanagloriado de que no estoy a su altura, de que jamás podría considerarme agradable o hermosa. ¿Es capaz de obligarme a casarme con usted solo para que no pueda aceptar a su primo?, ¿Es eso?

—En primer lugar debería pensar que tal vez lleve al futuro duque de Guicciardini en su vientre —contestó con tesón y ella sintió que su piel se erizaba ante aquella aseveración.

Cuando lord Guicciardini había mencionado a su padre que la había comprometido de un modo que podría tener consecuencias, solo pensó en su inocencia respecto al matrimonio y lo que esto podría suponer si decidiera casarse, pero hasta ese instante no había pensado que aquello a lo que él hacía referencia era un hijo.

Su hijo.

Instintivamente se llevó una mano al vientre tomando consciencia de que existía esa probabilidad y que a pesar de no ser la primera mujer en la que se hallaba bajo las mismas circunstancias por alguna razón el duque había decidido ser responsable de sus actos y cumplir con honor.

No era propio de él, no lo era para nada.

—Los dos sabemos que no sería la primera vez que obvia este hecho importándole muy poco las consecuencias —decretó ella sin aceptar aún que debiera casarse con él solo por las posibles consecuencias de sus actos.

¡Demonios!, ¡Ella sentía demasiadas cosas por ese hombre y sabía lo desdichada que

sería si se unía a él en matrimonio!

—A diferencia de la opinión que parece tener sobre mi, no tengo una extensa lista de bastardos sin reconocer, de hecho, he tenido especial cuidado hasta ahora —confirmó mirándola fijamente creyendo que de ese modo podría creer en sus palabras.

—¿Va a decirme que soy la excepción? —reclamó con cierta ironía.

—Lo es —corroboró dando un paso hacia ella—. De lo contrario no querría que fuese mi esposa.

Camelia sintió que aquellos ojos verdes volvían a mirarla con intensidad, con una devoción que casi deseaban engullirla y tuvo que apartar su vista por ese creciente ardor que se instalaba en su interior cada vez que la observaba de ese modo.

¿En que momento lord Guicciardini quería que fuese su esposa? No entendía nada, como jamás había comprendido algo de ese hombre.

—Si espera una esposa fiel y obediente, no lo seré —afirmó aún sin creer que iba a casarse realmente con él.

—¿Fiel? Si, lo será. ¿Obediente? Me basta con que lo sea en el lecho.

El descaro hizo que Camelia le enfrentase de nuevo y se oyeron algunas voces que se acercaban hacia ellos.

—¿Pretende que su esposa sea fiel cuando está claro que usted no lo será? —exclamó y vio la silueta de su hermana Alessia junto a varias de sus primas riéndose de alguna broma que carecía de importancia para ella en esos momentos.

—¡Oh, Camelia! —clamó Alessia—. Tienes que escuchar esta historia, ¡Es demasiado graciosa! —insistió haciendo un movimiento con la mano para que se acercara y Camelia descendió los últimos peldaños de la escalera para acercarse al grupo que conformaba su hermana.

La historia sobre lord Cossu y su perro robando las salchichas del puesto de carnicería mientras éste le perseguía por todo el pueblo no le resultó tan graciosa como si lo era al resto de presentes, aún así fingió una sonrisa y observó a su progenitor hablando seriamente con lady Lucía. ¿Podría remediar de algún modo el desastre que estaba a punto de ocurrir? Supo que no habría marcha atrás cuando su padre llamó la atención de todos los presentes y la buscó entre los asistentes hasta percatarse de su presencia.

—Hoy es un día importante para nuestras familias cuyos lazos de amistad finalmente se han visto enlazados por la unión de este matrimonio del que estoy seguro os hará realmente dichosos. No hay mayor felicidad para un padre que ver la dicha en los ojos de su hija. Mi

querida lady Georgia, gracias por traer a lord Edmondo a nuestra familia, siempre ha sido como un hijo para mi y sé que no podrías haber escogido un mejor hombre con el que compartir tu felicidad. —La voz de lord Vassati se debilitó parcialmente y bebió un trago de la copa de vino para proseguir—. Como anuncié hace tres meses, hay algo en este maravilloso lugar que saca una parte desconocida de nosotros y tal vez por eso los afortunados contrayentes eligieron este sitio para unir sus vidas mediante el matrimonio. —La sonrisa de Carlo y Georgia fue complaciente y ambos se miraron con mutua complicidad—. Y para que vuestra felicidad sea aún mayor, es un inmenso placer para mi anunciar el compromiso de mi querida hija lady Camelia. —La conmoción de sorpresa fue tal que la aludida sintió como todas las miradas se centraban en ella, como si pudieran leer en su rostro el nombre del caballero con el que se había comprometido—, con el duque de Guicciardini.

Los gritos de sorpresa no se hicieron esperar y Camelia buscó con la mirada al que oficialmente acababa de convertirse en su prometido. No tardó en encontrarle al otro lado del pequeño circulo que habían conformado alrededor de su padre, muy a su pesar, parecía bastante complacido con el asombro general que entre los invitados se había instaurado sin dar crédito a lo que el padre de Camelia acababa de aseverar.

—¡No se soportaban! Incluso debían estar distanciados en la misma mesa para no dar lugar a una discusión. —Camelia se detuvo al escuchar la voz de su hermana Georgia antes de entrar en el salón donde estaban sirviendo el desayuno. Evidentemente estaban hablando de ella, el duque y el inesperado compromiso que había dejado a todos sin habla.

—Tal vez nos equivocábamos... —dijo Carlo en un vano intento de comprender la situación.

—¿Debo recordarte lo absolutamente decidida que estaba a impedir mi compromiso con el que ahora será su marido? —volvió a proclamar Georgia—. Hay algo que se me escapa en este asunto y lo único que he sido capaz de sonsacar a nuestro padre es que el duque le pidió la mano de Camelia unas horas antes del anuncio.

Estaba tan concentrada en prestar atención a la conversación de sus hermanas sobre su reciente compromiso que no se dio cuenta de que alguien se acercaba a ella hasta que notó como algo rozaba su cintura y se irguió asustada, pero sintió el agarre decidido y como la estrechaban contra un cuerpo firme.

—No pensé que le gustase espiar conversaciones ajenas —susurró acercándose a su oído y aspirando aquel aroma que desprendía su cabello—. Hoy oléis a lirios en vez de a rosas —aseguró apartándose lentamente.

—No espío conversaciones ajenas, no a menos que se me mencione en ellas —se defendió haciendo omisión al hecho de que él se hubiera fijado en el perfume que usaba.

—¿Acaso importa el motivo por el que contraeremos matrimonio? Lo que deba ocurrir en nuestra alcoba es algo que solo atañe a nosotros.

—Mencionáis demasiado un hecho que evidentemente no va a ocurrir —contestó Camelia alzando su mentón—. Puede que me case con vos, pero eso no quiere decir que cumpla con mis deberes conyugales, aunque no debería importaros teniendo presente que buscareis consuelo en otra parte.

—¿Estáis diciendo que no podré tocaros, pero me dais el permiso para que si lo haga con otras mujeres? —proclamó Gabriele con evidente sorna en su tono de voz.

—Dudo que necesitéis mi permiso para tal cosa —afirmó tratando de apartarse.

Gabriele la cogió con más fuerza y la arrastró hacia la puerta que había tras la escalera y que llevaba a la otra parte del jardín, el mismo en el que solo tres meses atrás la había besado con ímpetu tras liberarla de las garras de lord di Montis.

—Aclararemos esto ahora y de una maldita vez —dijo él liberándola de su agarre—. Me deseáis tanto como yo os deseo a vos, podéis negarlo cuanto queráis, podéis esconderos tras

cientos de insultos y palabras malsonantes pero jamás os habríais entregado a mi de no ser cierto —continuó en un tono serio—. Y maldita sea si no me fui hace un mes a Londres precisamente para sacaros de mi mente, para olvidarme de vos y de vuestro carácter salvaje. ¿Sabéis que es lo único que conseguí? —exclamó con aire irónico y Camelia estaba cautiva de aquel arranque pasional que desprendían sus palabras—. Admitir que tenía sentimientos hacia vos, que no sé porqué, ni cuando, ni en qué momento me enamoré de vos.

—No —negó ella—. No. No. No... —continuó dando varios pasos hacia atrás y él la siguió.

—Y sé que jamás habríais permitido que os poseyera si no sintierais lo mismo hacia mi, aunque os empeñéis en negarlo como yo lo he intentado en cientos de ocasiones, aunque os aferréis a esa idea nefasta que habéis conformado entorno a mi persona, sé que inevitablemente debéis padecer la misma angustia, desconsuelo y aflicción al no poder controlar vuestros propios sentimientos —confesó situando sus manos a ambos lados de sus brazos de un modo suave y delicado.

Camelia cerró los ojos e inevitablemente sintió como una lágrima surcaba su mejilla. Los dedos del duque la apresaron rápidamente y por un momento quiso creer que todo era cierto, que de verdad alguien como él podría amarla realmente y que aquello que inevitablemente había comenzado a sentir era correspondido. Quiso aferrarse a esa posibilidad, lo deseó con tanta vehemencia que estuvo a punto de permitir por primera vez en su vida, dejar aflorar lo que realmente sentía.

—No puedo creerlo —afirmó apartándose de él—. Sé como sois, llevo viendo toda mi vida como jugáis con los sentimientos de todas esas damas, ¿Y ahora pretendéis que crea que me amáis?, ¿Sin más?, ¿Después de haber jugado conmigo todo este tiempo y admitir que jamás me veríais como igual?, ¿Después de planificar casaros con mi propia hermana solo por vuestra mezquindad? —exclamó con amargura en su voz—. Me casaré con vos porque no puedo evitar este maldito matrimonio, pero vuestras palabras no tienen validez alguna para mi.

Camelia dio un paso atrás para dirigirse de nuevo hacia la casa y comenzó a caminar dándole la espalda, dejándole allí de pie, estático, sin mover un solo músculo de su cuerpo como si no hubiera esperado que ella reaccionase de ese modo.

—¿Que debo hacer para que me creáis? —gritó antes de que se alejara lo suficiente.

—Tendréis que descubrirlo vos mismo, excelencia —contestó sin darse la vuelta y adentrándose de nuevo en la casa, esta vez importándole muy poco si sus hermanas continuaban hablando de ella.

Capítulo 33

Debía ser cierto lo que dicen que cuando uno no desea que llegue cierto momento, el tiempo pasa tan veloz como un día de intenso viento, pero cuando se anhela, todo parece detenerse hasta parecer eterno. Eso mismo había ocurrido en aquellas tres semanas desde que se habían anunciado las amonestaciones para la ceremonia y la publicación en el periódico de su próximo enlace había provocado todo tipo de rumores, el más común entre todos aquellos disparates era que había sido acordado entre ambas partes cuando Georgia se comprometió con Carlo, evidentemente su hermana había sido la primera opción, pero al no estar disponible, debía ser Camelia quien ocupase su lugar.

Ciertamente prefería esa versión que la real, al menos nadie vertería rumores falsos si realmente esperaba un hijo del duque por nacer antes de tiempo y, a pesar de que desde el anuncio hasta la ceremonia habían pasado solo tres semanas, nadie pensó que el motivo de dicha premura era el de esconder un posible embarazo, como si esa posibilidad no pudiera existir entre ambos. De hecho, la excusa que su padre ofreció para ello fue la de aprovechar el buen clima de verano con un matrimonio al aire libre en los jardines del gran palacio.

Si hubiera podido elegir, habría realizado una ceremonia íntima y privada en la capilla familiar, pero muy a su pesar, toda la nobleza florentina había abandonado sus casas campestres para no perderse la que sin duda era la ceremonia del año y más aún, teniendo en cuenta que había sido completamente inesperada. Conocía de sobra la razón por la que nadie se perdería dicho evento y es que toda aquella multitud de rumores vertidos en torno a ella y el duque cobrarían vida una vez se dieran el sí quiero.

—¿No crees que llevo suficientes florecitas en el pelo ya? —preguntó sintiendo una carga sobre los hombros.

En realidad, todo le irritaba, desde las flores, hasta el vestido absolutamente precioso en tonos dorados como a ella le gustaba y el despliegue de joyas que Alessia y Georgia habían elegido de la colección familiar.

—En unas horas vas a convertirte en duquesa y para eso nunca es suficiente —respondió

Alessia con solemnidad.

En lo que menos había pensado durante aquellos veintiún días era en la posición que ostentaría, igual porque el título aún le ponía la piel de gallina.

—Sé que nuestra madre te habría preparado mejor de lo que Georgia y yo podríamos hacer, pero es importante que conozcas lo que muy posiblemente suceda en tu noche de bodas —comenzó a decir Alessia con cierto azoramiento y vio a través del espejo las mejillas sonrosadas de su hermana menor.

—Es molesto solo la primera vez —aseguró Georgia cogiendo las joyas como si necesitara tener algo entre sus manos.

—Si —afirmó Alessia—. También algunas veces puede no ser demasiado agradable... y... —parecía buscar ayuda en su hermana recién casada.

—Si vais a decirme que es lo que se supone que debe suceder para concebir un hijo, no hace falta. He tenido instrucción suficiente —advirtió haciendo que sus dos hermanas la mirasen expectantes—. Me refiero a los libros, claro —agregó provocando que las dos se calmaran—. Y porque ya ha ocurrido entre el duque y yo —añadió frotándose las manos al recordar ese momento en el que intimaron y que por más que había querido desechar en todo el tiempo transcurrido no había podido evitar recurrir a él en multitud de ocasiones.

No quería pensar si esa misma noche se repetiría, de hecho, se había dicho a sí misma que no volvería a yacer con el duque jamás, pero conforme iba acercándose el momento de la ceremonia, su determinación flaqueaba casi al mismo ritmo que avanzaban las agujas del reloj.

—¡Oh, Dios mio! —gritó Georgia llevándose una mano al pecho—. ¡Ahora entiendo todo! —clamó sorprendida.

—Pero él... te... —a Alessia no le salían las palabras—. Te obligó a...

—No —negó Camelia apretando los labios.

—¡Oh, Dios mío! —volvió a gritar Georgia cogiendo un abanico que había sobre el aparador para agitarlo con brío y calmar la evidente conmoción.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Alessia con una dulzura excepcional mientras colocaba las manos en sus hombros para reconfortarla.

¿Lo estaba? Porque había querido pensar que no, es más, se había obligado a pensar que aquello que sentía hacia él, fuera lo que fuese, no era amor.

—No. Por supuesto que no —advirtió una vez más queriendo aferrarse a dicha aseveración.

—Que no desees amarle no significa que no puedas hacerlo. A veces no podemos comprender los dictámenes del corazón, ni porqué elige sin escucharnos, pero tal vez un día descubras que le amas sin darte cuenta de ello.

¿Como podía amar a alguien si le repugnaban sus actos? ¿Si él era todo cuanto ella

despreciaba en un hombre? No. Era impensable. Podía admitir que había algo en el duque que al tocarla su cuerpo vibraba como una sinfonía en manos de un experto pianista, pero eso no era amor, era lujuria y pasión.

Y unos ojos endemoniadamente bellos que le hacían olvidarse del mundo entero.

—Sería una insensata si lo hiciera —aseguró—. Amar a ese hombre solo significaría vivir una vida de lamento y dolor.

Ninguna de sus hermanas mencionó nada y la llegada de su doncella Franca para ayudarla a vestirse hizo que aquella conversación se diera por concluida. No pensaba confesar su desliz junto al duque, ni que ese había sido el verdadero motivo de su matrimonio, pero hacerlo hizo que una parte de sí misma se liberase y dejara de sentir esa rabia hacia sí misma por aquella debilidad carnal que él le profesaba.

Los violines podían escucharse desde la entrada a la iglesia y cuando Camelia se agarró al brazo de su padre con firmeza éste trató de sonreír.

—Nunca pensé que llegaría este momento —dijo viendo como sus hermanas entraban antes de ellos.

—No le culpo por pensar que nunca me casaría —afirmó—. Yo misma también creí que no lo haría.

—No. Siempre supe que te acompañaría al altar —decretó—. Lo que no esperaba es que lo hicieses con un hombre que realmente te mereciera —afirmó el barón.

Camelia apartó la mirada de la puerta de la Iglesia para observar el rostro de su padre.

—¿Lo decís porque es un duque? —exclamó ella no dándole ninguna importancia al título.

—Aceptaría a un hombre sin título si supiera que os merece. No. No es por el ducado, ni porque este matrimonio os convierte en una de las mujeres más influyentes de Florencia, sino porque él ha visto en ti lo que yo llevo viendo muchos años —aseguró apretando su mano.

—¿El qué? —preguntó sin saber a qué se refería.

—La verdadera belleza.

Camelia nunca había pensado en la distancia exacta que había desde la puerta de la catedral del Duomo hasta el altar donde lord Guicciardini aguardaba en ese momento, pero tampoco creyó que algún día debería recorrer ese tramo a paso lento junto a su padre, ni que a pesar de la grandeza en su interior los asistentes ocuparían cada hueco libre para no perderse la ceremonia más importante de los últimos tiempos. Hasta ese momento no le había dado importancia a la belleza, ni a su aspecto, ni al hecho de llevar un vestido que encajaba con la moda del momento, pero al tener todos aquellos cientos de pares de ojos sobre ella se sintió demasiado pequeña, ínfima e insignificante, comprendió que todas esas personas no la consideraban digna del hombre que aguardaba al final del pasillo que en ese momento recorría y la presión en su pecho hizo que cada inspiración doliese aún más que la anterior, amenazando con desmoronarse allí mismo.

La música procedente de uno de los laterales del altar fue *in crescendo* hasta llegar a su punto álgido y Camelia observó la figura alta que aguardaba de espaldas a ella girarse por completo. Siempre había admitido que el duque era realmente bello, pero aquel día lucía realmente espléndido. Vio como él se deleitaba observándola y aquella opresión en su pecho disminuía con cada paso que le acercaba a él. En el momento que llegó hasta su misma altura su padre unió su mano con la de él para después apartarse dejándoles a solas.

—Por un momento pensé que no vendríais —susurró sin dejar de mirarla.

—Por un momento pensé no hacerlo —contestó a pesar de no ser cierto.

—Entonces me alegro de que decidierais venir —continuó él.

—Aún no he aceptado, tal vez esté a tiempo de huir —susurró sintiendo que los dedos de él acariciaban los suyos.

—Os atraparía antes de que pudierais hacerlo —respondió recorriendo su cuerpo con la mirada y deleitándose en que aquel color dorado hacía resplandecer su piel.

La música cesó y el sacerdote comenzó a officiar la ceremonia aunque Camelia era incapaz de prestar atención al discurso sobre el sacramento del santo matrimonio. La turbación que previamente había sentido disminuía a la vez que constataba lo que ese momento cambiaría el resto de su vida. Y sin apenas pensarlo, se vio alentada a dar su consentimiento para unirse de por vida al único hombre que había odiado, del que llegó a compadecerse por su futura esposa sin saber que sería ella quien ocuparía aquel lugar como mártir.

No existían los nervios incipientes de una recién esposa, pero sí la incertidumbre de como iba a ser su vida a partir de ahora. Cuando su esposo le ofreció la mano para subir al carruaje tras salir de la Iglesia, fue la primera vez que estaban a solas sin pensar en las posibles consecuencias de un encuentro furtivo, siendo ahora marido y mujer.

—Creo que no os he dicho lo increíblemente hermosa que estáis con ese vestido —dijo Gabriele sin dejar de admirarla.

Camelia lo observó. No necesitaba elogiarla, ni tampoco tenerla en consideración. Estaban casados, es más, era él quien había deseado ese matrimonio ya fuera por un honor que desconocía que tuviera hasta ahora o por alguna intención que hasta el momento se escapaba a su razón.

—¿Ahora soy hermosa? —preguntó con ironía.

—Siempre lo habéis sido —constató él—. Solo que os apreciaba del modo equivocado.

La vibrante sensación de furor que sintió en su estómago ante esa revelación fue inesperada. Había pasado toda su vida discutiendo con el duque cada vez que hablaban, sin llegar a un entendimiento, a un acuerdo, a un consenso. Y ahora simplemente no imaginaba como sería mantener una conversación con él en la que no estuviera alerta, como si tuviera que defenderse del enemigo porque si bajaba sus defensas entraría y arrasaría con todo a su paso. El problema es que ya había destruido una puerta lateral por la que se estaba infiltrando y aunque trataba de colocar sus defensas, éstas no eran lo suficientemente fuertes para paliar los estragos de la masacre que estaba a punto de acontecer.

Camelia inspiró hondo y apartó la vista para no dejarse llevar por la emoción que le hacía sentir aquellas palabras. No sabía si su torbellino de sentimientos era un cúmulo de sensaciones por todo lo que conllevaba convertirse en la esposa de ese hombre.

—Este no es el recorrido al palacio real —dijo al ver que iban en dirección contraria.

—Le he pedido al cochero que se detenga en un lugar antes de continuar la marcha —Camelia frunció el ceño y volvió a alzar las barreras que siempre mantenía altas cuando se trataba de él.

Aquel solo sería otro de sus macabros juegos con el que hacer revolotear sus sentimientos.

El carruaje se detuvo y Camelia reconoció sin lugar a duda el lugar que se trataba y del que tantas veces ella había acudido a escondidas cada jueves al alba. ¿Por qué la llevaba a la biblioteca el día de su boda?

Gabriele la ayudó a descender y entrelazó su mano con la suya mientras la arrastraba al interior del edificio y recorrían los mismos pasillos que meses atrás habían sido testigo de una situación muy distinta a la de ahora, cuando él la perseguía al descubrirle junto a la baronesa di Rosso en una situación comprometida. No la llevó a la misma sala, sino a otra privada bajo llave y en la que Camelia jamás había estado. Cuando la hizo pasar, descubrió innumerables tomos antiguos de primeras ediciones que no estaban al alcance de cualquier visitante, sino que era una

colección privada de la familia Guicciardini.

—¿Por qué Carlo no me hablo de este lugar? —exclamó completamente abstraída de la belleza que sus ojos veían.

—Está terminantemente prohibido hablar de este lugar por el inmenso valor que posee. Hay ejemplares muy antiguos que se han traído hasta aquí para preservar su contenido.

—¿Y porqué me lo muestra entonces? —preguntó girándose lentamente para verle ya que desde que la había introducido en aquel lugar sus ojos no podían dejar apreciar todas aquellas ediciones antiguas, papiros, jeroglíficos e incluso escritos sobre lenguas muertas que nadie hablaba.

—Porque quiero que confiéis en mi. Que confíes en mi —recalcó demostrándole una cercanía propia de lo que ahora significaba para ella—. Y no dudes de mi palabra cuando afirmo que estoy enamorado de ti.

Camelia estaba abrumada, quizá por lo inesperado de que él la hubiera llevado a un lugar así y en segundo lugar por todo lo que significaba la ceremonia y estar casada con alguien como él.

—Es... es demasiado difícil para mi —admitió bajando la vista y sintiendo que sus labios temblaban.

Gabriele acortó la distancia y acogió su rostro entre sus manos, obligándola a mirarle de nuevo.

—Es aún más difícil negar lo que sientes y eso solo nos provocará daño a ambos — Gabriele se inclinó y depositó en sus labios un cálido beso, tan tierno y delicado que logró hacerla suspirar. Abrió su mano y colocó la llave que había utilizado para abrir la puerta a esa habitación secreta—. Este sitio es tuyo, te ofrezco mi posesión más valiosa, todo lo que hay aquí tiene un valor incalculable, pero sé que no hay nadie en este mundo que pueda apreciar más este lugar que mi esposa.

Camelia tuvo que ver con sus propios ojos la llave sobre la mano para percatarse de lo que él le estaba entregando y hacerlo provocó que esas barreras que mantenía bien altas se desplomasen sin aviso, sin flaquear, simplemente se desmoronaron para dejar aflorar sus sentimientos, para admitir que por más que quisiera negarlo, desmentirlo, rechazarlo y prohibirse a sí misma hacerlo, estaba enamorada de su marido.

Capítulo 34

Camelia apretó con fuerza la llave y contuvo la emoción que le hacía querer llorar de una felicidad extraña.

—Una vez afirmó que una mujer no necesitaba conocimientos, que su lugar estaba en su hogar cuidando de sus hijos y que este sitio solo era una pérdida de tiempo —recordó aquella cena meses atrás cuando había comenzado a perseguirle para evitar que cortejara a su hermana.

—Si. Es cierto —confesó Gabriele sin poder evitar tocarla, apreciando la suavidad de su rostro con sus dedos—. Y después descubrí que mi afirmación hacia la dama más inteligente que he conocido solo era una falacia. He pasado toda mi vida admirando la belleza de un modo equivocado, creyendo que solo el aspecto importaba y dejándome llevar por las apariencias o creencias desacertadas. Sólo ahora me doy cuenta de que mis convicciones estaban erradas y de que no deseo a alguien a mi lado del que únicamente aguardo sumisión y obediencia. Quiero más. Deseo mucho más que una madre para mis hijos. Quiero una compañera de viaje, una confidente de sueños por explorar, la amante de mis noches y aliada de mis días. Quiero todo eso y lo quiero contigo.

Camelia se lanzó a sus labios y él los acogió con firmeza, dejando que introdujera la lengua en su boca por la pasión que desprendía en aquel momento. La sensualidad con la que sus labios unían a los suyos hizo que se pegase completamente a su cuerpo y notó como él la estrechaba con fuerza. No pensó en todos esos invitados que aguardaban en el palacio real a su llegada para iniciar el convite, como tampoco pasó por su mente que al convertirse en duquesa no debía acatar las normas firmes de las que hasta ahora se había visto obligada a someterse. Lo único que quería en ese momento era al hombre que le había declarado firmemente que la amaba y que, pese a toda reticencia, ella también a él.

—No dejéis de besarme —susurró en sus labios aferrándose a él.

—Jamás dejaré de hacerlo —contestó con una voz casi rota por el deseo que emanaba de poseerla.

Gabriele la alzó entre sus brazos y la sentó sobre una mesa que hacía función de escritorio para el uso de algunos de aquellos libros, sin abandonar un instante sus labios, se colocó entre sus piernas permitiéndose acariciar con sus dedos el rostro, la garganta y prosiguiendo con el incipiente escote de su vestido. No tenía intención de desnudarla, ni siquiera había tenido intención de poseerla allí mismo, pero la pasión que desprendía era mucho más fuerte que su resistencia para no dar rienda suelta a lo que sentía por ella.

Camelia pasó sus manos por el pecho del duque sobre el chaleco, la camisa y llegó hasta la cinturilla del pantalón, se apresuró a desprender la hebilla del cinturón y sus dedos se abrieron paso hasta tocar la piel de la zona baja de su abdomen. Escuchó como él gemía en sus labios y notó que la alzaba de nuevo para quitarle sus calzas. Ella desabotonó el pantalón y tuvo un acceso completo a su virilidad, pudiendo tocarlo por primera vez hasta darse cuenta de su envergadura.

En ese momento Gabriele se inclinó impidiendo que pudiera seguir tocándolo para no perder la compostura y se inclinó de rodillas en el suelo ante la estupefacción de Camelia.

En el momento que sintió como la lengua de su ahora esposo se paseaba por su entrepierna exclamó un gemido de sorpresa que poco después fue acompañado por un jadeo de auténtico placer. Camelia tuvo que cerrar los ojos mientras él la deleitaba con una singular destreza haciéndole sentir que estaba en una nube celestial de la que no deseaba descender. Cada movimiento la acercaba un poco más a una estrepitosa caída que aguardaba con devoción y sus gritos se volvieron incontrolados, incesantes, no importándole el lugar, las circunstancias o si era lícito aquello que él estaba practicándole. En el momento que creía que iba a estallar y ambicionaba ser colmada de todas las maneras posibles, se irguió y buscó que él se inclinara de nuevo hacia ella.

—Quiero ser tuya —jadeó Camelia—. Quiero sentir que formas parte de mi, que es real y no un sueño del que no deseo despertar.

Gabriele aferró con una mano la suya y la condujo hasta su bragadura, haciendo que fuera ella quien la introdujera en su interior, permitiéndole marcar el ritmo a la vez que se dejaba seducir por la lujuria que emitían aquellos ojos ambarinos.

—Eres mía —afirmó cuando entró en ella y vio como se arqueaba para él, se entregaba con auténtico placer sobre aquella mesa—. Solo mía —afirmó con una posesión única y comenzó a moverse con ligeras embestidas

Camelia se aferró al duque en cada movimiento y comenzó a moverse al mismo compás que se unían sus caderas conforme aumentaba el ritmo y la vehemencia en cada una de sus embestidas. El fuego arrasaba sus entrañas y la intensidad con la que sentía que alcanzaba el culmen de la pleitesía se acercaba en cada estocada con la que ambos gemían hasta que ella cerró los ojos y gritó ante aquella vibración intensa que la arrastraba hacia algo desconocido, como si

su cuerpo la abandonase durante unos instantes en el que existía el vacío, pero la sensación de satisfacción era extraordinaria.

—¿Eres mío, Gabriele Edmondo de Guicciardini, cuarto duque de Guicciardini? — preguntó cuando logró abrir de nuevo los ojos y se percató de que su voz aún era descompasada debido a la falta de aliento por la forma frenética en la que se habían poseído.

—Lo soy —agudizó él con una sonrisa y besándola de nuevo—. Por supuesto que lo soy —afirmó otra vez más sonriente provocando también la sonrisa de ella.

—En ese caso, deberíamos irnos antes de que tu madre y mi padre decidan organizar una partida de búsqueda por creer que estamos intentando matarnos —afirmó Camelia sin dejar que él se apartase de ella.

Aún podía notarle en su interior y la gloriosa sensación de sentirse llena ante aquella unión.

—No creo que eso les preocupase demasiado —afirmó apartándose de ella para ayudarla a incorporarse y volver a recomponer sus ropas—. Siempre han sabido que saldríais vencedora.

Camelia no comprendía exactamente a qué se refería e hizo un mohín que no correspondía a lo que él hacía alusión.

—Tu madre sólo me soporta porque soy una Vassati —mencionó colocándose sus propias calzas.

—Mi madre siempre ha elogiado tu carácter y decisión, de hecho, estoy seguro de que se vanagloria por mi elección y no únicamente por la unión que tanto deseaba entre nuestras familias, sino porque te considera una de las damas más portentosas de Florencia, aunque ella siempre imaginó que tu unión a la familia sería a través de Carlo.

Siempre había pensado que lady Lucía solo la soportaba por su amistad con su padre y la buena relación que guardaba con Carlo, ahora empezaba a darse cuenta de que quizá estaba equivocada en algunos aspectos que no había tenido en cuenta.

—Tal vez ahora tendremos la oportunidad de conocernos mejor —dijo con cierto rubor en sus mejillas al admitir que a partir de esa noche abandonaría su hogar para mudarse al de duque de Guicciardini.

—Solo hasta que Valentina contraiga matrimonio, después la casa será solo para nosotros —advirtió con cierto regocijo—. Tú y yo completamente a solas, como debe ser.

Los rostros se difuminaban uno tras otro mientras se acercaban para felicitarles por la unión y durante las siguientes cuatro horas, Camelia no cruzó una sola palabra con su recién esposo, esta vez no es porque rehuyera del duque, ni porque les hubieran sentado muy lejos el uno del otro, sino porque el despliegue de damas intentando ganarse su favor mediante la complacencia era casi abrumador.

De entre todas las presentes, divisó a la baronesa di Rosso acompañada por su marido, éste parecía tener una conversación más que entusiasta con el duque y las imágenes del encuentro furtivo del que fue testigo en la biblioteca regresaron a su mente sintiendo una punzada de celos que en su momento no había sentido.

—Mi mas sincera enhorabuena, lady Camelia —dijo la baronesa di Rosso alejándose de su marido para acercarse a ella—. Me temo que para la mayoría de las damas presentes hoy es un día lúgubre —admitió con sorna—, pero desde luego no lo es para usted.

—¿Se incluye entre las damas? —mencionó Camelia sin detenerse a mirarla fijamente para estudiar su rostro.

No sabía si su rechazo hacia aquella mujer era porque fue amante de Gabriele, porque traicionaba a su esposo o porque aún tenía interés en su marido.

—En absoluto, aunque la inesperada elección del duque ha generado un repentino interés —agudizó y Camelia dispuso sus sentidos en alerta—. Se rumorea que un acuerdo familiar, más aún cuando lord Guicciardini mostró sus intenciones hacia su hermana lady Georgia son la causa de este enlace, ¿Es eso cierto? —preguntó con tanta destreza que casi parecía hacerle un favor si contestaba a su pregunta.

—Me temo baronesa di Rosso, que no hallará la respuesta que está buscando —dijo Camelia luchando para no apretar sus puños y mostrar la rabia o el enfurecimiento que sentía hacia esa mujer y su osadía—, y le convendría dirigirse hacia mi como duquesa.

—¡Oh!, ¡Desde luego, excelencia! —exclamó la dama casi sorprendida de no hallar una mujer callada y retraída como había imaginado que lo sería la esposa del duque.

Lord Guicciardini se acercó en ese momento junto al barón di Rosso y Camelia pudo atisbar la turbación en su rostro al darse cuenta de quien permanecía a su lado.

—Hacen una pareja espléndida, ¿Verdad, querido? —clamó la baronesa enlazando su brazo al de su marido sin apartar la vista de Gabriele con un descaro impropio.

—Desde luego, querida —contestó este con un recato propio de su posición.

—Se lo agradezco baronesa. Soy el primero en admitir que he sido realmente afortunado —dijo rodeando con su brazo la cintura de Camelia para acercarla a él.

Camelia contempló como el barón y la baronesa se marchaban poco después y ella se apartaba de su esposo.

—Si vas a continuar con tus ilícitas aventuras amorosas quiero saberlo ahora mismo, porque me ha quedado muy claro que la baronesa tiene intenciones de continuar sus escarceos y al igual que ella, la mitad de las damas presentes en nuestro propio matrimonio —advirtió con una solemnidad poco propia de la furia que sentía en su interior por el descaro de aquella dama.

Sentía celos cuando antes le había importado muy poco quienes fueran las amantes del duque, sin embargo, ahora que sus sentimientos se habrían pasado ante la innegable convicción de que amaba a ese hombre, la seguridad que siempre tuvo en sí misma flaqueaba ante la firmeza de la decepción si él la engañaba. Podría aceptar sus aventuras y apartarse de su vida, pero no podría vivir fingiendo que no existían al mirar hacia otro lado y saber que la intimidad que ella compartía junto a él, en realidad no significaba nada.

—Soy tuyo, ¿Recuerdas? —susurró perdiéndose en sus ojos—. Tu y yo, sin nadie más —advirtió llevándose una mano a los labios para depositar un beso sin apartar su mirada.

Le creyó. En ese momento supo que confiaba en él, que no había podido orquestar todo aquello y constreñirla a casarse con él uniendo el resto de sus vidas si de verdad no la amase. Que, contra todo pronóstico y predicción, aquella aversión mutua se había convertido en amor.

Amor real. Tangible. Verdadero. Único.

Y aquella noche cuando Gabriele le llevó a sus estancias privadas, diciéndole que no le permitiría que pasara una sola noche alejada de él a pesar de poseer su propia alcoba, Camelia dejó que la desnudara lentamente, que posara sus labios en cada fragmento minúsculo de su piel demostrando una complacencia única. Gritó de placer sin importarle que alguien pudiera oírla, sin pensar en la larga lista de amantes que él había tenido para convertirse en un experto seductor.

No le importaba.

Porque el duque de Guicciardini le estaba demostrando que ella era la única mujer a la que él había amado y para ella, eso lo era todo.

Capítulo 35

Camelia abrió los ojos sin reconocer el lugar en el que se encontraba, tuvo que parpadear un par de veces hasta que la penumbra de la habitación comenzó a ser reconocible. Las paredes en tonos azul topacio con florituras de color dorado contrastaban con el techo blanco y la lampara de araña cuyos cristales reflejaban la poca luz que se filtraba por las cortinas de espeso terciopelo oscuro. El perfume varonil que desprendían las sábanas de seda le hizo constatar con mayor veracidad que se hallaba en el lecho del duque, o mejor dicho, de su esposo y que con toda seguridad no sería la única vez que despertara entre sus brazos.

La constatación de este hecho le hizo sonreír y estrechar aún más el contacto con el cuerpo desnudo que tenía tras ella y el confort que le provocó ese hecho le hizo cerrar los ojos al sentir un placer inmenso hasta ahora desconocido. Era la primera vez que dormía con un hombre. Que dormía desnuda. Que estaba en un lugar desconocido y lejos de su padre. De su hogar. De todo cuanto la había mantenido segura.

Y en cambio jamás se había sentido más protegida que entre aquellos brazos que la rodeaban.

¿Era eso el amor?, ¿Sentirse tan plena que podía estallar de felicidad? Se giró lentamente sobre sí misma y contempló los rasgos perfectos que poseía el duque.

—Gabriele —susurró paseando uno de sus dedos sobre la sien donde caía un mechón rebelde de su cabello castaño y comprobó como él abría los ojos y la contemplaba fijamente.

Camelia sintió como la mano de él recorría su espalda desnuda, bajaba hacia sus muslos y le obligaba a colocar una pierna sobre la suya, haciendo que el contacto entre sus cuerpos fuese más cercano.

—Buenos días, esposa —jadeó rozando su nariz con la suya y después navegó hacia su cuello haciendo que ella sintiera cosquillas y se encogiera.

Gabriele no dejó que se apartara y buscó su boca en un ardiente beso que demostraba cuanto la deseaba en aquel instante, así que a la vez que introducía su lengua en la cavidad de su

boca, se adentraba sin reservas en su interior volviendo a poseerla. La facilidad con la que se abría paso le daba a entender que ella estaba húmeda y cálida para él, propio del deseo que en ella despertaba y ser consciente de aquello le hacía sentir un placer aún más vibrante del que le provocaba el ardor de su cuerpo.

Camelia se deleitó tocando con las palmas de sus manos el pecho, su cuello y finalmente entrelazó sus dedos en el cabello de él para obligarle a besarla con ahínco, demostrando un salvajismo en cada embestida de su lengua que igualaba al ritmo frenético de las estocadas con las que arremetía cada vez que se adentraba en ella. Su culmen llegó cuando él agarró firmemente sus nalgas y la obligó a abrirse más para él, logrando que aquella creciente oleada de placer explosionara en su interior y sus gemidos murieran en su garganta.

—Definitivamente ahora sí son buenos días —logró decir Camelia cuando logró recuperar el aliento.

—En ese caso, tendrás que acostumbrarte a este despertar cada mañana, ¿Crees que podrás soportarlo? —exclamó rozando sus labios con una gran sonrisa.

—Será una penitencia que estoy dispuesta a soportar como duquesa de Guicciardini —sonrió y él volvió a arrancarle otro beso, esta vez mordiendo su labio inferior.

—Acabo de poseerte y aún no estoy saciado de ti, ¿Como es posible? —gimió más para sí mismo que para ella viajando con sus ojos hacia sus prominentes pechos desnudos.

—Tal vez tenga remedio para eso —concretó ella empujándole para que cayera de espalda sobre el lecho y se colocó sobre él a horcajadas.

Realmente no sabía que estaba haciendo más allá de un impulso irracional del momento, pero cuando notó como él la guiaba para situarse sobre él y volvía a llenarla, comenzó a moverse instintivamente como si le cabalgara. Aquello la hizo sentirse poderosa, grandiosa, sentía que tenía el control y podía apreciar el exorbitante placer que sentía a través de su cuerpo. Verle perder todo vestigio de dominio le hizo alcanzar un clímax tan pleno, que estaba segura de que sus gritos habrían recorrido toda la mansión.

Tal vez por esa misma razón, dos horas más tarde era incapaz de alzar la vista hacia lady Lucía, que tomaba apaciblemente el té mientras comentaba con su hija lady Valentina lo espléndida que había sido la ceremonia.

—¿Habéis decidido cuando partiréis de luna de miel? —preguntó dando un pequeño sorbo a su taza.

En realidad no habían tomado decisiones respecto a nada porque desde que se anunció el compromiso hasta la ceremonia solo se habían visto en dos ocasiones en las que ni siquiera habían hablado.

—Tengo que resolver algunos asuntos en la ciudad que me retendrán algunos días. Después partiremos aunque no creo que regresemos hasta finales de otoño.

—¡Eso es espléndido! Carlo y Georgia partieron esta misma mañana, retrasaron un poco su salida para despedirse de vosotros, pero teniendo presente que había algo más importante que os retenía en vuestros aposentos, decidieron marcharse. Tal vez podáis coincidir con ellos en alguno de vuestros destinos —dijo la duquesa empleando un tono dulce que escondía claramente la certeza de que sabía perfectamente qué les había retenido en el dormitorio.

—Eso dependerá de si a la duquesa le complacería visitar Sicilia —dijo Gabriele acercándose a su esposa para sentarse en el mismo sillón que ella se encontraba.

—Me encantaría —concretó sin admitir que en realidad le gustaría cualquier cosa siempre y cuando fuera junto a él.

Notó como él entrelazaba su mano con la suya y le sonreía. Aquella muestra de cariño frente a su madre y hermana hizo que su pecho se llenase de una rebotante sensación de felicidad.

Había guardado la esperanza de encontrar a un hombre que la respetase, valorase y no la obligara a ser alguien que no era. Le habría bastado un caballero con el que mantener una conversación formal y hacer vidas completamente separadas como la mayoría de matrimonios concertados que conocía. En cambio, nunca se le habría pasado por la mente hallar el amor, aquella indiscutible atracción y ahora confiaba en él hasta el punto de saber que iba a respetar sus decisiones por encima de todo.

—¡Estupendo!, ¡Entonces habrá que darse prisa antes de que partáis! —exclamó lady Lucía alzándose de su asiento.

—¿Prisa en qué, madre? —proclamó Gabriele.

—En mostrarle cuáles son las funciones de la duquesa de Guicciardini, por supuesto.

Habían pasado cinco días desde la ceremonia y a pesar de que siempre había visitado aquella casa por breves espacios de tiempo, ahora podía verla como el hogar en el que construir su familia junto a su marido. A pesar de que apenas se veían durante el día porque él permanecía demasiado ocupado ultimando los asuntos referentes al ducado antes de iniciar su viaje de luna de miel, el cual no había querido compartir ningún detalle con ella para que fuese una sorpresa, pero podían gozar de plena intimidad durante las noches.

Camelia no solo había descubierto que gestionar el alto prestigio del ducado de Guicciardini requería mucho más trabajo, esfuerzo y dedicación del que había pensado, de hecho, descubrir a un Gabriele disciplinado en aquellos pormenores le hizo ver una parte de él hasta ahora desconocida. Albergaba la esperanza de que tras regresar de su viaje, pudiera compartir con ella sus preocupaciones y en la medida de lo posible, tratar de ayudarle para que aquella carga no recayera únicamente en él.

Visitaba a su padre cada día, de hecho, solía prolongar su hora del té hasta poco antes de la cena, donde con frecuencia le invitaba a ir con ella a la casa de los Guicciardini pero este se negaba para no ser una molestia. Sabía a ciencia cierta que no debía pedir permiso a lady Lucía para invitar a su propio padre, es más, ésta le había dado a entender que lord Vassati podía frecuentar la casa todo cuanto quisiera ahora que se había quedado desprovisto de toda compañía al casarse las dos únicas hijas solteras que convivían con él. En gran parte, su viaje le preocupaba por esa misma razón, entendía que su progenitor se abastecía a sí mismo muy bien y que los sirvientes cuidaban al detalle cada mínima petición, pero era la falta de compañía en casa lo que la mantenía inquieta y quizá, lo que le había hecho rogar a lady Valentina y su madre que lo visitaran con asiduidad en su ausencia.

Es por esa misma razón que la última noche antes de partir en su viaje decidió acompañar a su padre en lugar de volver a insistir en que este fuese a la mansión Guicciardini.

—¡Mi lady!, ¡Mi lady! —La voz de Franca parecía realmente alterada y Camelia se preocupó al verla entrar abruptamente en su dormitorio.

Los baúles estaban abiertos y distribuidos por su habitación para meter los últimos vestidos que aún debía recoger de la modista. Lady Lucía había insistido en que la duquesa de Guicciardini jamás podía lucir una prenda que no estuviera a la moda o hubiera sido confeccionada con los mejores tejidos, así que había encargado tres vestidos con tejidos únicos y exclusivos para ella provenientes de la india.

—¿Que ha ocurrido?, ¿Se trata del duque? —exclamó sintiendo que su corazón se aceleraba.

—No —negó con la voz entrecortada por la agitación ya fuera de la carrera o de aquello

que la mantenía alterada—. Un mensajero ha dicho que que hubo un accidente con un carruaje en la plaza y que algunos de los puestos mercantes se vieron afectados, no ha sabido decirme si...

Camelia comprendió enseguida porque estaba así, el marido de Franca trabajaba en un puesto de pescado en la plaza, de hecho, era el proveedor de la casa Vassati y ahora también de Guicciardini.

—¡Ve! —exclamó con rapidez—. ¡Vamos!, ¡Ve!, ¡Ve!, ¡Ve! —insistió haciendo aspavientos con las manos.

—Pero mi lady, ¡Sus vestidos! —clamó señalando los baúles abiertos.

—Yo me encargaré de todo esto, no puede ser tan difícil —mencionó con una sonrisa—. Pediré a Bruno que pase por la modista antes de ir a cenar a casa de mi padre. Regresa mañana temprano si todo está bien, por hoy no necesitaré de tu ayuda, ve tranquila. Solo espero que Rafaele esté bien.

El alivio en el rostro de Franca hizo que Camelia sonriese.

—¡Gracias, mi lady! —exclamó antes de volver a apresurar el paso para alejarse de su alcoba.

No tendría la misma habilidad que Franca para doblar los vestidos de tal modo que apenas se arrugaran, pero en aquel momento era lo que menos le preocupaba. Iba a pasar dos meses y medio a solas con su esposo. Sin sirvientes. Sin suegras o hermanas. Sin interrupciones por la mañana. Sin mensajeros de noticias que les hicieran salir de la alcoba. Sin abogados, contables o consejeros.

Dos meses y medio siendo únicamente ellos.

Diez semanas en las que conocerse en profundidad porque a pesar de pasar toda la vida cerca el uno del otro, habían descubierto ser dos completos desconocidos.

Una hora más tarde sus vestidos estaban envueltos en una tela fina y atados con una cinta en el asiento de su carruaje mientras recorría las calles de Florencia hacia la casa de su padre. El sol se escondía en el horizonte y eso hacía que el río Arno brillase con una luz especial provocando que el agua resplandeciese entre los arcos de los catorce puentes que comunicaban ambas orillas. Su cochero giró a la izquierda para encaminarse hacia la mansión Vassati cuando identificó el carruaje del duque en dirección contraria a la suya. Se asomó por la ventanilla a pesar de ser algo impropio de una dama, pero observó como giraba hacia la derecha para ir en dirección a una parte muy específica de la ciudad.

Camelia abrió rápidamente la trampilla que comunicaba el interior del carruaje con su

cochero y alzó la voz.

—¡Bruno!, ¡Da media vuelta y sigue el carruaje de su excelencia! —exclamó airosa y con una sensación que oprimía su pecho lo suficiente amarga para no dar rienda suelta a sus pensamientos.

Había perdido de vista el carruaje cuando llegaron al puente, ella solo había estado en aquel lugar de paso y solo cuando había sido completamente inevitable, pero no le hacía falta ir hasta allí para saber qué era lo que se encontraba en esa zona de la ciudad.

—Mi lady, no es apropiado que esté aquí —mencionó su cochero Bruno.

—¡Me importa muy poco si es apropiado o no!, ¡Quiero saber si el duque está aquí! —bramó con ímpetu poco propio de ella hacia sus empleados.

—Por supuesto, mi lady —contestó con sumisión.

Tal vez no estaba siendo racional o quizá solo estaba haciendo unas suposiciones desacertadas. ¿Que posibilidad había de que solo hubiera pasado por ese lugar para llegar antes a su destino? Alguien como Gabriele estaba más que habituado a frecuentar esos lugares de aspecto pintoresco y en cuyo interior se ocultaban los secretos y placeres más reservados. Y precisamente esa era la razón de que se ocultara tras las cortinas de la ventanilla deseando que el carruaje del duque no se hallase entre aquellas calles.

Podría haber usado su propio caballo, un carruaje de alquiler o prestado, pero el duque de Guicciardini no parecía tener nada que esconder para que su coche de caballos cuyo color azul noche con decoraciones doradas estuviera aparcado en la puerta de uno de los prostíbulos más reconocidos de la ciudad.

—¿Desea que entre y comunique un mensaje a su excelencia? —preguntó el cochero con una voz tan baja que fue casi inapreciable.

—No —contestó Camelia con la voz rota—. Lléveme a casa de mi padre —dijo antes de dejar que las lágrimas la avasallaran.

Le había mentido. Todas aquellas malditas confesiones solo eran palabras sin valor para él. Y lo peor es que ella había sabido que eso sucedería, desde el principio supo que no podría confiar en su palabra, que no debía creerle, que no debía... enamorarse, porque lo que había visto con sus propios ojos sucedería más temprano que tarde. Por sus pensamientos se cruzó la forma en la que aquella misma mañana le había hecho el amor, de un modo dulce, apasionado, delicado... y ahora la simple idea le asqueaba al saber que para él no significaba nada, que todo cuanto habían compartido en los últimos días no tenía valor.

Todas sus confesiones de amor solo eran una vil mentira. Se preguntó si todo era una

farsa, si aquel matrimonio no había sido desde un principio un acuerdo conveniente para ambas familias y la idea de hacer que ella se rebajase frente a él enamorándola, haciendo que todas aquellas creencias y convicciones se volvieran en su contra un juego macabro añadido al beneplácito de esa unión satisfactoria.

De repente se sintió estúpida. Demasiado ridícula para pensar que alguien como lord Guicciardini podía cambiar, podía ser alguien muy distinto del que ella imaginaba. Ella quiso evitar este momento y si hubiera seguido sus instintos, si hubiera hecho caso a su propio asentimiento no sentiría que algo dentro de su pecho se resquebrajaba hasta el punto de sentir un dolor visceral e insoportable que la quemaba.

Había sido una idiota por enamorarse de él, pero aún más idiota por creer que él la amaba realmente.

Capítulo 36

Sus ojos estaban hinchados cuando llegó a la mansión Vassati y a pesar de aclararse varias veces antes de que su padre la viera, éste se mostró especialmente preocupado.

—Estoy bien, padre. De verdad. Lo estoy —dijo antes de que pudiera preguntar algo.

Si había una cualidad de lord Vassati que ella apreciara, era el respeto hacia la privacidad. Su padre no le preguntó a qué se debía su estado, como también la excuso todas y cada una de las veces en las que le hacía una pregunta y ella no respondía por estar demasiado distraída. Envío a su cochero Bruno a casa de los Guicciardini tras la cena con el mensaje de que esa noche se quedaría en su antigua casa para hacer compañía a su padre. Evitó pensar todo lo que pudo en su marido, sobre todo, porque si lo hacía no podía evitar recordar aquella vez que le vio besando a la baronesa di Rosso una y otra vez martilleando sus pensamientos hasta anular cualquier otro.

—¿Estás segura de querer permanecer esta noche aquí? —exclamó su padre observando el tablero de ajedrez.

—Lo estoy, padre —contestó y vio como él asentía.

—¿Sabes? Aún hecho de menos las veces en las que tu madre y yo discutíamos, esos momentos donde ella me gritaba, exponía sus razones, todos los sirvientes se escondían en alguna parte de la casa para no cruzarse con la vajilla china que tu madre amenazaba con tirarme y al final, llegaba una emocionante reconciliación entre ambos donde me daba cuenta de porqué había elegido a esa mujer y porqué la amaba. Supongo que la soledad te hace recordar ese tipo de cosas que jamás volverán a suceder —mencionó moviendo una de las piezas del tablero—. No sé que es lo que ha ocurrido entre lord Guicciardini y tú, pero huir no es la solución, Camelia. Tú jamás has rehuído de nada, ni siquiera de él.

—Quizá no soy tan fuerte como mamá o como imaginabas que era —contestó conteniendo las lágrimas.

—No. Desde luego que no —contestó su padre cogiendo sus manos por encima del tablero y evitando que moviera alguna ficha—. Tu templanza es mucho más fuerte que la de cualquiera de nosotros, menos cuando estás con él. Siempre he creído que tus sentimientos hacia lord Guicciardini escondían mucho más de lo que mostrabas, por esa misma razón no pensé por un momento en oponerme a este matrimonio. Le quieres y sé que te ha costado aceptarlo si es que has llegado a hacerlo, pero retirarse antes de que acabe la batalla nunca ha estado en tu naturaleza. —continuó soltando sus manos y alzándose del asiento—. De repente estoy cansado, te veré durante el desayuno si decides quedarte, de lo contrario, mi cochero te acompañará a tu nuevo hogar si así lo deseas.

Camelia se quedó un buen rato mirando el marco de la puerta por el que había desaparecido su padre. No había sido un hombre de sentimentalismos, aunque siempre tuvo buenas palabras hacia su madre, llevaba seis años solo desde la muerte de lady Federica y hasta ahora no se había planteado si volvería a casarse algún día. Ahora comprendía que el amor que había sentido hacia su condesa, lo seguía sintiendo a pesar de estar todos esos años sin ella.

¿Le sucedería lo mismo?, ¿Tendría esa sensación persistente de dolor en su pecho el resto de su vida? Se había resistido a esos sentimientos por una razón muy concreta, no quería dejar que salieran a la luz precisamente para no sentir lo que ahora sentía. Y no había servido de nada porque tal como ella imaginó, el duque no podía evitar ser quien era y sus más bajos instintos perseguirían lo que había llevado haciendo toda su vida.

Se levantó abandonando la silla junto al tablero de ajedrez y se fue hacia la licorera de su padre. No le gustaba el coñac, ni el brandy, solo el vino, pero ahora necesitaba algo fuerte que aturdiere sus sentidos. ¿Era capaz de obviar que él la engañase de ese modo?, ¿Le quería lo suficiente para mirar hacia otro lado y quedarse con las migajas que él le ofreciese? Llenó el vaso a la mitad mientras divagaba en aquellos pensamientos y de forma inevitable rememoraba las veces en que le había hecho el amor, en las delicadas caricias y en como había llegado a creer que en su mirada había amor.

Pero lord Guicciardini era un experto conquistador, un tunante mentiroso capaz de manipular a su adversario hasta lograr lo que se proponía. Ella había visto con sus propios ojos su lado adulator y como todas las mujeres caían rendidas ante sus halagos y galanterías. Hasta hacía muy poco pensó que ella era inmune a sus encantos, hasta luego a preguntarse como era posible que no viesen su lado farsante y ahora era ella misma la que había caído con todo su peso en sus redes eliminando uno a uno sus principios, convicciones y creencias hasta dejarla indefensa. Si esa era su intención desde el principio, su macabro juego, sin lugar a dudas había vencido.

Camelia miró el vaso aún lleno a la mitad y se lo llevó a los labios para vaciarlo en su

garganta de una sola vez. El líquido quemaba todo a su paso, era demasiado fuerte, amargo y asqueroso, pero igualmente se bebió hasta la última gota y después lanzó el vaso vacío a la chimenea provocando que estallara en mil pedazos.

Puede que hubiera vencido, sí. Puede que le amara con todo su corazón, sí. Y puede que jamás dejase de hacerlo porque aunque quisiera odiarle y estaba llena de una furia atroz, aún sentía amor, pero si su marido creía que encontraría a una esposa frágil e indefensa que aceptara con resignación sus escarceos y fuera el hazmerreír de Florencia como probablemente creyó desde un principio, iba a saber realmente el tipo de esposa que había elegido.

El juego no ha terminado lord Guicciardini, simplemente acaba de empezar.

Gabriele regresó a la mansión Guicciardini cuando su madre y su hermana aún cenaban. Se excusó pidiendo que llevaran la cena a su despacho, quería acabar cuanto antes las gestiones que le habían demorado más tiempo del que supuso y a los acuerdos que logró cerrar esa misma tarde. Deseaba dejar todo bien estipulado para su contable antes de partir al día siguiente, por esa razón apenas levantó la vista cuando su madre entró en su despacho avisando que el cochero de Camelia había regresado con la noticia de que su esposa decidió pasar la noche en casa de su padre.

La afirmación a este hecho le sorprendió, desde que contrajeron matrimonio hacía seis días no habían pasado una noche separados y a idea de encontrar su lecho vacío provocó una sensación extraña.

No le apetecía en absoluto dormir solo, quería sentir su cuerpo cálido junto al suyo después de un arduo día sin verla, deseaba perderse en su cuerpo, en su mirada y amar cada palmo de su piel al recorrerla con su lengua.

—¿El conde está bien? —preguntó al creer que el motivo de que su esposa no regresara era por un estado delicado de su padre.

—Si, al menos no me consta lo contrario. Probablemente quiera pasar su ultima noche dedicándole algo de atención, ayer me rogó encarecidamente que Valentina y yo le visitáramos con frecuencia ahora que Georgia también está fuera de la ciudad. Por supuesto que le prometí visitarle cada día, pero creo que le preocupa dejarle solo —comentó Lady Lucía dando algunos pasos hacia el interior del despacho de su hijo.

—Prefiero asegurarme, pasaré por la mansión Vassati cuando acabe con esto —aseguró echando un vistazo a los informes que aún debía repasar, modificar y después transcribir para su abogado.

Notó la suave risa de su madre y aquello le llamó la atención.

—Si me hubieran dicho que te vería así de enamorado algún día, no lo habría creído. No después de la terrible fama que te precede. Sabes que jamás me he entrometido en tus asuntos y no pienso comenzar a hacerlo ahora, pero me resulta demasiado gracioso verte actuar de este modo, preocupándote por alguien más que no seas tú mismo. Convertirse en duquesa es un cambio muy brusco para ella, necesita volver a ser quien era una vez más, así que déjala estar con su padre esta noche, la tendrás únicamente para ti durante diez semanas y cuando regreséis sus obligaciones apenas le permitirán un pequeño respiro.

Gabriele observó con detenimiento a su madre, ella había sido la duquesa de Guicciardini durante treinta y tres años, nadie mejor que ella para saber en qué consistían esas obligaciones y que Camelia a pesar de estar instruida y preparada para asumirlas, tal vez necesitara tiempo.

—Gracias, madre —afirmó con solemnidad.

—Cuidala Gabriele —contestó girando sobre sí misma con la intención de salir—. Tal vez sea la dama más obstinada que he conocido, pero la única que está a la altura de ser la duquesa de Guicciardini.

Gabriele se dejó caer sobre la silla mientras veía a su madre alejarse.

—¿Por qué nunca insistió en que me acercara a ella o trató de convencerme para pactar un matrimonio con lady Camelia? —exclamó—. ¿Pensaba realmente que entre Carlo y ella existía algo?

—Tu esposa y Carlo siempre han mantenido una relación fraternal, aunque reconozco que en ocasiones pensé que podrían querer casarse solo para estar juntos. Me sorprendió como a todos los verdaderos sentimientos de tu primo hacia lady Georgia, reconozco que no los vi venir. —Durante un momento se quedó en silencio, tal vez pensando en como decir lo que deseaba con las palabras adecuadas o si debería dar rienda suelta a esos pensamientos en lugar de acallarlos—. Camelia y tú siempre habéis tenido una relación intensa, tanto como para plantearme qué debió ocurrir entre vosotros para que no fuerais capaces de mantener la cordialidad estando cerca el uno del otro y llegué a la conclusión de que ella es la forma de tu espíritu, saca lo mejor de ti y te hace ser la persona que realmente eres, al igual que lo eres tú para ella.

Lady Lucía se quedó aguardando en silencio un rato más hasta que comprobó que su afirmación había dejado a su hijo demasiado abstraído, en ese mismo silencio abandonó su despacho y cerró la puerta con suavidad para dejarle completamente a solas con sus pensamientos. Gabriele abrió el cajón que tenía cerrado con llave y sacó el collar de oro que había comprado tanto tiempo atrás, cuando ni siquiera se planteó la posibilidad de que aquella mujer se infiltrara en su corazón hasta hacerse dueña de él. Lo aferró con firmeza y dibujó una sonrisa en sus labios con la seguridad de que encontraría el momento adecuado durante su viaje para entregárselo.

Capítulo 37

El dolor de cabeza era persistente cuando abrió los ojos y decidió no volver a tomar una copa de coñac en su vida. Se había quedado dormida en el sillón del salón mientras su vista viajaba hacia el ventanal que daba a la calle, como si una parte de ella creyera que él vendría a buscarla y a la vez, conforme pasaba el tiempo sin hacerlo, su rabia crecía.

Su doncella Franca apareció cuando estaba por finalizar el desayuno y se alegró de que su marido no hubiera sufrido algún rasguño durante el accidente, pero no se podía decir lo mismo del puesto en el que trabajaba y es que los daños, la pérdida de especia y el coste para subsanar aquel desastre iba a consumir todos sus ahorros, por esa misma razón le ofreció una de las pocas joyas sencillas que tenía y se la ofreció a pesar de la reticencia de su doncella.

—No la necesitó Franca y probablemente no tenga la oportunidad de volver a ponérmela teniendo en cuenta que ahora soy duquesa. Acéptala. Considéralo mi regalo por todos estos años de servicio.

—Sois demasiado generosa, excelencia. Alguien tan bueno como vos, siempre entregado a los demás... el duque es demasiado afortunado al teneros, mi lady.

—Si —dijo sin demostrar la vulnerabilidad que la mención de Gabriele ocasionaba en su pecho, tal vez había acumulado tanta furia en su interior que no le permitía demostrar alguna emoción—. Es muy afortunado —agregó con la firme decisión de regresar a la mansión Guicciardini para emprender su viaje nupcial.

Los baúles ya estaban cargados en el carruaje cuando llegó a su nuevo hogar y vio como bajaban algunos más pequeños por la escalera antes de cruzarse con su marido que entregaba a uno de los sirvientes varias cartas selladas.

Al verla, notó como parecía iluminarse su rostro y se acercó rápidamente a ella con la intención de besarla, pero Camelia solo pudo pensar en su traición, en que aquel carruaje apostado en la puerta de ese prostíbulo solo significaba que él había estado con otra mujer, así que giró el rostro provocando que aquel beso muriera en su mejilla.

Por suerte lady Valentina apareció para abrazarla y comunicarle que esa misma mañana el conde di Santis había pedido formalmente su mano en matrimonio.

La emoción del momento hizo que ambas emprendieran rumbo a sus aposentos para cambiarse antes del viaje y no cruzase palabra alguna con el duque, que simplemente las observaba atento. Mientras se quitaba el vestido, aseaba y colocaba uno mucho más cómodo previamente elegido por su doncella para el largo viaje, escuchaba a Valentina fascinada y plenamente feliz mientras hablaba de su compromiso. Se percató de que a pesar de confiar en sus amigas Elisabetta y Sophia, nunca había tenido una confidente real, una persona a la que contarle sus más ínfimos secretos, alguien a quien revelar todo el torbellino que acontecía en su estómago en esos momentos.

Carlo había sido lo más cercano a un confidente, un amigo fiel que había librado sus mismas batallas y le extrañaba demasiado. Quería llorar en su hombro, gritar, sacar toda esa furia que sentía en su interior y que la estaba matando lentamente por tener que fingir una calma inexistente. Le prometió a Valentina estar junto a ella para organizar su ceremonia a su regreso y se despidió con un fuerte abrazo cuando aceptó la mano de Gabriele para subir al carruaje y emprender su viaje.

Estaban a solas y lo estarían durante diez largas semanas, así que cuando él se colocó a su lado y cogió su mano de un modo enternecedor, ella giró su rostro hacia él mirándolo directamente a los ojos y apartó bruscamente su brazo deshaciendo el contacto.

—No volváis a tocarme, jamás. No volváis a acercaos a mí, jamás. Os creí una vez. Os creí con toda mi alma y me entregué a vos por completo. Creedme, no volveré a hacerlo. Juro por Dios que os sacaré de mi corazón aunque tenga que arrancármelo con mis propias manos, pero no dejaré que juguéis otra vez conmigo, os advertí una vez que no sabíais de lo que era capaz y os garantizo que clavaré un puñal en vuestro pecho antes de permitir que volváis a tocarme de nuevo. —Su voz parecía más calmada de lo que esperaba, al menos se alegró de que no se le hubiera roto la voz mientras decía aquello y observó como él la miraba confuso, pero no quiso continuar mirando aquellos ojos y sentir como le afectaba.

Ni siquiera fue consciente de que hasta ese momento no había admitido que le amase, al menos no en voz alta. No le había dicho ni una sola vez que estaba enamorada de él. Le amaba. ¡Maldita sea cuanto! Sentía el dolor en su piel ante la falta de su contacto y deseaba por encima de todo que la estrechara entre sus brazos, que la colmara, que volviera a darle esa seguridad que solo sentía junto a él. Respiró profundamente para contener las lágrimas y notó como el peso del carruaje cambiaba haciendo que él se sentara frente a ella.

—No lo haré —dijo él con decisión—, pero al menos decidme porqué.

Camelia apretó fuertemente los labios con la vista lejos de él y no fue capaz de mirarle, simplemente su voz salió sin encararle.

—Ayer os vi —decretó—. Vi vuestro carruaje en la puerta del prostíbulo, ni siquiera os importó esconderos, después de todo ¿Que importa? Debéis ser un cliente demasiado habitual para que a alguien le sorprenda que ni una semana después de vuestra boda ya busquéis refugio y consuelo en los brazos de una cortesana.

El silencio le dolió aún más que la posible disculpa o arrepentimiento. El silencio clamaba a gritos el desinterés y la poca empatía que aquel gesto significaba para él. ¿Creía que serle infiel con una cortesana en lugar de una dama le afectaría menos?, ¿Le hacía menos culpable porque aquellos burdeles estaban plagados de hombres casados?

—No estuve con ninguna mujer —contestó Gabriele con calma.

Camelia emitió un sonido agudo de singular sorna que evidenciaba la poca credibilidad en su aseveración.

—Claro —contestó ella—. Solo estabais allí porque las vistas son magníficas —añadió con una ironía evidente.

—Esto es absurdo, ¡No tengo ninguna necesidad de mentir! —bramó abriendo la trampa que daba al cochero—. ¡Jonás, necesito hacer un alto en la casa de Madam Lavender! —exclamó volviendo a cerrarla con ímpetu.

Camelia volvió entonces su mirada hacia él sorprendida y vio como los caballos se desviaban de su dirección para encaminarse hacia la zona de la ciudad menos frecuentada por las damas pertenecientes a la nobleza florentina.

—¿Que es lo que pretendéis? —exclamó siendo consciente de que había dejado de tutearle para referirse a él de nuevo de un modo distante.

—Una vez me dijiste que no confiarías en mis palabras, que tenía que demostrarte que te amaba. Pues eso hago, te demuestro que no tengo porque buscar el placer de otra mujer si únicamente deseo a mi esposa.

El carruaje se detuvo antes de que ella pudiera replicar y decirle que aquello no iba a servir de nada, que ella no iba a cambiar de opinión, ni a confiar en él de nuevo, pero en el momento que bajó del carruaje su fortaleza flaqueó, aún así dejó que él la arrastrase hacia el portón de ese edificio pintoresco y tuvo que llamar hasta en tres ocasiones antes de que un hombre fornido abrió la puerta.

—¡Excelencia! —dijo sorprendido con una voz algo adormilada y Gabriele no esperó a que le invitara a pasar, sino que se adentró tirando del brazo de su mujer como si conociera

perfectamente el lugar.

—Decidle a Madam Lavender que estoy aquí y que me urge verla de inmediato —decretó con paso decidido hasta entrar en lo que parecía un despacho.

—Quiero irme de aquí —comenzó a decir Camelia sin poder creer que él la hubiera metido en aquel prostíbulo.

Era surrealista. Demasiado para asimilarlo.

—Nos iremos en cuanto hayas oído lo que Madam Lavender tiene que decir. Después de eso prometo no tocarte, no acercarme a ti, no entrometerme en nada referente a tu persona si así lo decides, pero antes debes escucharla.

Camelia alzó una ceja bastante sorprendida y se cruzó los brazos como si tuviera repentinamente un frío inexistente, pero asintió, si ese era el único modo de acabar con aquello, lo haría.

—¡Lord Guicciardini! —exclamó la voz en el marco de la puerta y cuando Camelia se giró comprobó que se trataba de una mujer de mediana edad, probablemente similar a la de lady Lucía cuya vestimenta daba a entender que acababan de despertarla de un sueño profundo.

—Lamento la interrupción Madam Lavender, pero no estaría aquí de no ser algo realmente importante —mencionó y la mujer entró en el que quizás era su propio despacho al tener cierto toque femenino como el estampado floral de una de las paredes.

Madam Lavender vio entonces a Camelia en una de las esquinas de la pequeña habitación y se sorprendió enormemente.

—Creí por su conversación de anoche que había desistido en tener amantes tras contraer nupcias, ¿Ha cambiado de opinión? —preguntó inspeccionándola detenidamente.

—Es mi esposa —dijo contundente y la sorpresa se reflejó en el rostro de Madam Lavender.

Había pocas cosas que podían sorprender a esa experimentada mujer, pero desde luego, que uno de sus clientes más fieles durante años trajera a su reciente esposa era insólito.

—Un placer conocerla, excelencia. Mis chicas están descansando, así que les recomiendo regresar esta noche —aseguró volviendo la vista al duque.

—He tenido suficiente con todo esto —aseguró Camelia tratando de salir de allí, pero Gabriele la retuvo.

—No estoy aquí por un interés en alguna de sus chicas, Madam Lavender, sino para que le diga a mi esposa, lady Camelia por qué razón estuve anoche aquí.

Madam Lavender abrió los ojos estupefacta se echó a reír.

—Cierre al salir, lord Guicciardini —comentó vagando alrededor de la mesa y se detuvo en la licorera con un gran surtido que había en la esquina muy cerca de la única ventana—. ¿Prefiere el licor de mora o de manzana, lady Camelia? —preguntó sin mirarla.

—No quiero nada, Madam Lavender —contestó con bastante reticencia.

—Puede llamarme Lady Camelia —contestó aún sin mirarla—, al fin y al cabo soy la hija de un conde, al igual que usted. Le serviré manzana, tal vez tengamos más cosas en común de lo que parece a simple vista.

¿Aquella mujer era la hija de un conde?, ¿Y se llamaba como ella?, ¡No era posible!, ¿Como había podido terminar la hija de un conde dirigiendo un burdel?

Camelia notó que su marido se apartaba de ella y con cierta reticencia salía del despacho. Probablemente se quedase en la puerta o tal vez se iría a alguna parte de aquel lugar en la que prefirió no pensar, aunque la propia Madam Lavender había advertido que sus chicas dormían y no pensaba molestarlas. No. Él no podía tener la desfachatez de...

—Tranquila, está tras la puerta asegurándose de que no podéis escapar sin él —dijo Madam Lavender ofreciéndole un vaso pequeño con un liquido verdoso—. Reconozco que tenía curiosidad por veros, después de todo no se ha hablado de otra cosa durante los últimos seis días que de la nueva duquesa de Guicciardini —agregó sentándose en la butaca que había tras la mesa—, aunque no esperaba que me visitara en mi propio burdel, pero no sois la única duquesa que ha estado aquí, mi propia sobrina se hospedó durante un tiempo.

—¿Su sobrina es duquesa? —exclamó todavía mas asombrada y tuvo que dar un sorbo a ese licor para digerir aquello.

El sabor era agradable, infinitamente más que el coñac que se bebió la pasada noche.

—Si. Mi sobrina lady Catherine es la duquesa de Lennox, aunque imagino que no lo reconoce pues está en Inglaterra. Lord Guicciardini la conoció cuando se hospedó conmigo un tiempo y suele visitar con frecuencia mi país natal, por eso me hace el favor de llevarle algunos presentes en mi nombre cada vez que va.

Aquello le parecía más surrealista aún y una excusa demasiado banal para explicar su presencia la noche anterior en ese lugar. ¿Había ido hasta allí solo para actuar de mensajero? No era necesario que fuese él mismo, podría haber enviado a su cochero y... ¿Y si realmente él no estaba en el carruaje como había pensado?

—¿Está diciendo que mi marido vino anoche a este lugar solo como mensajero entre usted y su sobrina? —exclamó dejando el vaso sobre la mesa aplicando un tono de ironía.

—No —negó—. Y si Lord Guicciardini se ha enamorado perdidamente de usted,

deduzco que no es ninguna dama estúpida capaz de creer lo primero que alguien le diga. —Que mencionara el hecho de que su esposo estaba enamorado acrecentó los latidos en su pecho y no quiso revelar cuanto le afectaba aquella declaración—. Conozco a su esposo desde hace años, así que puedo asegurarle de que si, está enamorado de usted, de lo contrario no estaría manteniendo esta conversación conmigo.

—Albergo mis dudas —contestó alzando el mentón.

Madam Lavender rebuscó entre algunos documentos que había sobre su mesa hasta dar con uno concreto y se lo ofreció. Camelia lo observó reticente.

—¿Quiere respuestas? Léalo.

Titubeó al cogerlo, pero rápidamente se dio cuenta de que se trataba de una compraventa de terrenos que lord Guicciardini había adquirido no muy lejos de allí.

—¿Qué significa esto? —exclamó paseando la vista por las cláusulas de la venta de aquel terreno.

—La razón por la que su esposo estaba anoche aquí era para firmar este documento. Lamentablemente no se había podido agilizar con mayor premura todo lo necesario para formalizar la venta de estos terrenos, pero le urgía que fuese antes de que partieran de viaje hacia el extranjero. —Madam Lavender rellenó los dos vasos con más licor de manzana y dejó la botella a un lado para dar un sorbo de su propio vaso—. Se suponía que era una sorpresa que le mostraría a su regreso, cuando los trabajos de restauración estuvieran bastante avanzados.

—No entiendo nada... ¿Que trabajos?, ¿A qué se refiere?

—Lord Guicciardini adquirió ese terreno para restaurar el antiguo aserradero y convertirlo en un hospital infantil. —Camelia dejó el documento abruptamente sobre la mesa y miró hacia la puerta por donde había salido su marido—. El motivo por el que él estaba aquí anoche era usted, mi lady. Desea que el hospital lleve su nombre.

—¿Él...? —comenzó a decir y su voz se rompió—. No... —volvió a intentar, pero las palabras no salían de sus labios.

—Voy a confesarle algo que pocas personas saben —comenzó Madam Lavender—. No elegí esta vida, creo que ninguna mujer de alta cuna o bajos fondos la elegiría, pero me enamoré. Cometí el error de enamorarme perdidamente de un hombre que no me convenía y no lo quise reconocer. Había sentido las señales, incluso debí darme cuenta de que algo no iba bien, pero fue demasiado tarde y me vi inmersa en este mundo por culpa de mi orgullo, pero aprendí de mis errores, me encontré a mi misma y aunque he tenido la posibilidad de salir de aquí, e incluso de regresar a mi país y recuperar la dama que un día fui, mi elección sigue siendo esta. —Camelia la observó asombrada de que a pesar de poder salir de ese mundo aún quisiera permanecer en él.

—¿Por qué?

—Porque a veces en el camino incorrecto nos encontramos a nosotros mismos. Soy feliz en este lugar y no me arrepiento de mis decisiones, aunque haya sufrido en silencio durante años y luchado por llegar hasta aquí. A veces el miedo no nos deja ver, ni avanzar, ni confiar, ni entregarnos o abandonarnos a quienes somos de verdad. Yo sé que lord Guicciardini se ha encontrado a sí mismo y lo ha hecho a través de usted. Y si ahora mismo está aquí y ese caballero la aguarda tras la puerta, es porque también se ha encontrado a sí misma a través de él.

Camelia derramó dos únicas lágrimas de sus ojos mientras una leve sonrisa se dibujaba en su rostro. Tal vez fuera la experiencia de Madam Lavender lo que le había hecho ser demasiado conocedora de asuntos amorosos.

—¿Como sé que todo esto no es un ardid para confundirme? —proclamó en una voz tan baja que casi resultaba inapreciable debido a la emoción que sentía en su pecho por desear que todo aquello fuera cierto.

—Nunca podrá saberlo —confirmó Madam Lavender—. Por eso se llama matrimonio, debe confiar plenamente en él. Tal vez le mienta. Tal vez le diga la verdad. Usted elegirá qué debe creer y sea cual sea la opción que elija, convivir con ella el resto de sus días.

Madam Lavender se levantó y dejó la botella de licor en la bandeja donde múltiples bebidas de diversos colores aguardaban a ser ingeridas. Después cogió ambos vasos y los apartó a un lado, como si supiera que alguien más tarde se encargaría de lavarlos.

—Las puertas de mi hogar siempre estarán abiertas para usted si lo necesita. Y si no tiene nada más que preguntarme, le ruego encarecidamente que le de un abrazo cálido a mi sobrina Catherine cuando la vea —sonrió acercándose a ella—. Ahora es la duquesa de Guicciardini, tenga presente que sean cuales sean sus miedos, solo usted existe para él.

Capítulo 38

El carruaje continuaba su curso hacia el primer destino en su viaje, Camelia ni siquiera le había preguntado hacia donde se dirigían, en su momento él le dijo que deseaba sorprenderla y que si le decía cada lugar que recorrerían en aquellas diez semanas dejaría de ser una sorpresa. Al principio se conformó y le resultó aún más emocionante por no saber que lugares desconocidos descubriría, ahora se sentía demasiado confundida, desconcertada y afligida, porque la parte de ella que creía con fe ciega cada palabra de Madam Lavender le hacía sentirse demasiado culpable y la parte que quería no creerla para pensar que todo había sido un complot comenzaba a ser una fachada a punto de desmoronarse en un vano intento de protegerse a sí misma de sus sentimientos hacia el duque. Quería convencerse de que alejarse de él era la mejor elección.

¿Lo era?, ¿Sería feliz estando lejos de él?

No. Era evidente que no.

Desde que se habían despedido de Madam Lavender y subido al carruaje no habían cruzado palabra alguna y aquel silencio estaba rompiendo su alma y devorándola sin piedad.

—¿Por qué quieres construir un hospital infantil? —preguntó armándose del valor suficiente para enfrentarse a esa conversación.

—Porque me mostraste que debemos hacer del mundo un lugar mejor. Sé que, a diferencia del resto de mujeres, regalarte una joya de incalculable valor no tendría ningún tipo de efecto en ti, pero cambiar la vida de todos esos niños ofreciéndoles una oportunidad te haría inmensamente feliz.

Camelia tuvo que aguantar las ganas de llorar, pero esta vez muy distintas a las de la noche anterior. ¿Era posible que él hiciera aquello si realmente no la amaba?, ¿Que mayor demostración de que la quería necesitaba?

—Has... —Su voz se entrecortó y tuvo que respirar profundamente—. Has hecho todo

esto por mi y lo único que te he dado a cambio es desconfianza e incredulidad.

—No he tenido unos antecedentes que me puedan beneficiar, pero si, habría esperado algo más de confianza en mi esposa o al menos, que me hubieras permitido defenderme de las acusaciones sin juzgarme antes de preguntar —contestó con cautela.

—No quiero pasar el resto de nuestro matrimonio así. Teniendo la sospecha cada vez que llegues tarde. Inquietud cada vez que sienta que ocultas algo o incertidumbre cuando alguna dama mencione que tuviste algún tipo de escarceo. No quiero sentirme frágil, ni débil o volver a pasar por el mismo dolor que he sentido en mi pecho.

—Puedo pasar cada día del resto de mi vida intentando demostrarte cuanto te amo, pero no servirá de nada si no confías en mi, si no decides cruzar al otro lado del puente, coger mi mano y no mirar hacia atrás.

Tenía la libertad de elegir y eso hacía que fuera cual fuese su decisión la llevaría hasta el final sin consecuencias, sin volver la vista para preguntarse qué habría ocurrido si en ese momento y en ese instante hubiera tomado el otro camino. Sus opciones se limitaban a aceptar ese hombre y confiar con todo su ser en él sin preguntarse si podría o no traicionarla o apartarse para siempre y hacer vidas separadas.

Camelia miró en primer lugar sus manos, temblaban ligeramente aunque podía excusar al movimiento del carruaje de ello, pero después alzó la vista hasta contemplar su rostro y descubrió que estaba impaciente, que parecía conservar una calma que no era del todo cierta. Su impaciencia la reconfortó y le hizo saber que solo una de esas dos opciones era elegible para ella a pesar de que semanas atrás la habría considerado inviable.

—Mi mano es tuya —dijo colocando sus dedos entre los suyos—. Sin mirar hacia atrás, solo hacia delante, pero juntos.

Camelia sintió como él se abalanzaba sobre ella y sus labios se fundían con los suyos mientras la obligaba a abandonar su asiento y colocarse en su regazo para estrecharla entre sus brazos con la misma intensidad que emanaba aquel beso. Sus bocas se fundía en una sola al igual que el contacto de sus manos entrelazadas despertando en ellos el fuego de la pasión que les consumía. En el momento que Gabriele comenzó a recorrer con sus piernas desnudas bajo el vestido, ella emitió una mueca de diversión porque comenzaba a saber con antelación cuales eran sus intenciones, así que se colocó a horcajadas sobre él permitiendo un mayor acceso y apoyó sus brazos sobre los hombros inclinándose hacia él.

—Tu cochero va a oírnos —susurró sintiendo como aquellos dedos llegaban hasta sus nalgas y la hacía pegarse a él involuntariamente.

—Que nos oiga. No me importa —jadeó con una voz tan ronca que ella supo que era

presa del delirio mientras aflojaba aquel corsé para que sus pechos emergieran de la cueva en la que estaban presos.

No se desnudaron, ni se quitaron prenda alguna, pero cuando Camelia sintió como él se adentraba en ella, gritó cerrando los ojos por aquella sensación inigualable. Gabriele apresó su en su boca uno de sus pezones mientras la penetraba profundamente y escuchaba como ella se retorció de auténtico placer sobre él.

—Siempre supe que serías apasionada, pero desconocía que tanto —gimió haciendo que se moviera sobre él ayudándola a alzarse con las manos.

—¿Es eso malo? —contestó ella agarrándose firmemente al techo del carruaje para sostenerse e impulsarse de nuevo en un vaivén que la acercaba al placer extremo.

El paso inestable del carruaje ayudaba a sus movimientos y la pasión que cegaba sus sentidos hizo que fuera presa de sus propios instintos carnales, abandonándose al fuego que la quemaba y deseaba un huracán en su interior de forma incontrolable.

—En absoluto —contestó recorriendo el cuerpo de su esposa y viendo como se movía sobre él tal como haría una verdadera amazona. Sus pechos botaban al mismo compás que lo hacía su cuerpo y se deleitó en como aquella mujer pasional a la vez que salvaje, inteligente y brillante era únicamente suya—. Es todo lo contrario.

—Me alegro, jamás podría ser una esposa reprimida y sumisa —jadeó inclinándose para besarle.

—Nunca te habría elegido si lo fueses —gimió en sus labios poco antes de que aquel culmen les embriagara hasta perder el sentido y dejarse arrastrar por la emoción del placer que alcanzaban cuando estaban juntos.

El sonido de las ruedas en el camino, sus respiraciones agitadas, los cascos del caballo sobre la tierra seca era la certeza de que había regresado de aquel oasis inalcanzable. Camelia se había dejado caer sobre él cuando aquel clímax la había embargado así que se apartó ligeramente y él le impidió que rompiera el contacto.

—¿Por qué me elegiste, Gabriele? No soy ninguna beldad, ni poseo talentos que me hagan destacar sobre los demás. ¿Que viste en mí? —Tal vez confiase en él, pero aún así una parte de sí misma necesitaba saber porque la había elegido.

Gabriele sonrió y acarició su mejilla. Metió la mano en el interior del bolsillo de su chaqueta y sacó un pañuelo simple en el que estaban inscritas sus iniciales, no le resultó extraño hasta que se lo entregó.

—Ábrelo —dijo ofreciéndoselo y Camelia desplegó las puntas hasta que la joya de oro

engarzado se mostró ante ella.

—Es el colgante que vimos el día...

—Ese mismo día regresé a por él y ha pasado todos estos meses bajo llave en el cajón de mi escritorio preguntándome porqué me lo llevé.

Camelia apartó por completo el pañuelo y colocó la joya en su mano. Era sencilla, sin ninguna piedra preciosa, pero cuya labor de engarce tenía mucho más trabajo y precisión que el resto de joyas de aquella tienda.

—¿Y ahora sabes porqué la compraste? —preguntó curiosa.

—Si. Lo descubrí hace muy poco —dijo mientras le cogía la joya y comenzaba a abrirla para colocársela en su cuello con delicadeza—. Tú eres como esta joya, no necesitas adornos ni ser exuberante para ser la más valiosa, porque al igual que esta piedra su verdadero valor no reside en su apariencia, sino en lo que esconde.

Camelia sintió que sus ojos se empañaban y tocó aquel colgante que ahora tenía en su cuello con un orgullo que hasta ahora no había sido capaz de sentir. Pensó que no encontraría el amor como sí lo hicieron sus hermanas, creyó que pasaría el resto de su vida resignada a una insatisfacción constante y se había conformado con ello, incluso asumido que era lo que el destino le aguardaba.

Y el destino se había reído literalmente en su cara.

De pronto comenzó a reír con ímpetu impropio, como si hubiera descubierto algo realmente gracioso y observó el rostro de confusión de Gabriele mientras la contemplaba.

—Nos habríamos ahorrado mucho tiempo si aquel día en esa habitación minúscula en la que nos escondimos me hubieras besado —dijo cuando al fin logró articular palabra.

—Estuve tentado a hacerlo —constató él sonriendo también—, quizá vuelva a encerrarte en el mismo lugar la próxima temporada, aunque dudo que me limite solo a un beso.

—Eres un pérfido adulador —susurró acariciando su cuello.

—Soy lo que quieras siempre que sea contigo —contestó él acercándose a sus labios.

—Ya lo eres todo —dijo besándole de nuevo—. Mi corazón te pertenece Gabriele Edmondo de Guicciardini.

—Nunca pensé que llegarías a reconocerlo —sonrió Gabriele rozando sus labios con su pulgar.

—Que no me hayas presionado para hacerlo también forma parte del porque estoy enamorada de ti —reconoció y él sonrió con mayor fervor.

—Puede que ahora sí te haga reconocerlo cada noche y cada mañana cuando te haga el

amor —apremió robándole un beso.

—Tendrá que ganárselo, lord Guicciardini. Su duquesa tiene expectativas muy altas en cuando su satisfacción en el lecho.

Camelia sintió como la forzaba a besarle abriendo su boca y allanando con su lengua su cavidad en un beso tan salvaje y candente que se derritió por completo. Aún le sentía dentro y percibió como revivía en su interior conforme agarraba sus nalgas y la obligaba a hundirse en él provocando un jadeo que moría en el nacimiento de su garganta. Cuando sus dedos tocaron el punto exacto en el que sintió una llamarada de ardor, creyó que iba a sucumbir a la más estrepitosa y apoteósica sensación de placer.

—¿Y bien? —clamó él sin dejar de frotar aquel punto en el nacimiento de su entrepierna mientras ella se movía encima de él.

—¡Te amo!, ¡Oh, Dios!, ¡Te amo!, ¡Te amo!, ¡Te amo! —gemía una y otra vez sintiendo como era arrastrada al abismo y no le importaba caer.

—Te amo, Camelia Edmondo de Guicciardini y cada día te lo recordaré —susurró justo antes de sentir como ella se desplomaba de nuevo sobre él alcanzando el culmen del placer.

EPÍLOGO

Diez meses después.

La iglesia estaba llena de adornos florales por todas partes y el olor de las orquídeas impregnaba todo el interior envolviendo el lugar en una fragancia celestial. Nunca lo había visto lucir tan hermoso o tal vez era su percepción dado su estado.

Se había sentado en primera fila para no perderse ni un solo detalle de la ceremonia y a pesar de que habían elegido una misa corta en deferencia a ella, le importaba muy poco ponerse de parto allí mismo, pero no se iría hasta que el sacerdote bendijera la unión como Dios manda.

Observó la entrada del novio en la iglesia. A pesar de los títulos que ostentaban ambos habían decidido realizar una ceremonia íntima y con un número limitado de invitados. Sus ojos se empañaron de emoción cuando vio como se acercaba al altar y sonreía, Georgia estaba a su lado junto a Carlo y ambos se encargaban de asegurarse de que guardara la calma en todo momento hasta que Gabriele llevase a la novia al altar y pudiera regresar a su lado.

—¿Como te sientes?, ¿Sigues bien? —exclamó Carlo con evidente tono de alerta.

—El médico dijo que podría desencadenarse el parto, no que estuviese de parto. Tranquilos, estoy bien. Además, no me perdería este momento ni aunque tuviera que pujar aquí mismo para que nazca mi primogénito.

Georgia comenzó a reír.

—Bueno, más bendecido por Dios no podría estar —dijo mientras continuaba riendo, pero Carlo no dibujó ninguna sonrisa en su rostro—. Tranquilo, tu primo no va a cortarte nada por mucho que te haya amenazado con hacerlo. Ya la has oído, está bien.

—La conozco mejor que tú, querida. Sería capaz de aguantarse el dolor y hacer que el futuro duque de Guicciardini nazca aquí mismo antes que admitirlo y perderse la ceremonia.

Ciertamente Carlo no iba del todo desencaminado, aunque el dolor era demasiado soportable para imaginar que estuviera realmente de parto.

La musica comenzó a sonar desde el lado contrario al que se hallaban cerca del altar y vio como todo el mundo se giraba hacia el pasillo para ver a la novia llegar. La primera pareja en aparecer fue su cuñada lady Valentina junto a su marido el conde di Santis y tras ellos estaban Alessia, su marido lord Ferrari y los hijos de ambos que venían tras ellos.

Cuando su vista alcanzó a Gabriele acompañado al altar a su propia madre sintió que no podía soportar más las lágrimas de la emoción que le producía aquel enlace. En el momento que entregó a la duquesa viuda, supo que cuando aquello finalizara sería la nueva condesa Vassati.

Su madrastra.

Carlo se movió de lugar para dejar en su puesto a Gabriele cuando llegó junto a ellos y la envolvió con su brazo haciendo que tuviera que soportar menos peso.

—No estoy nada de acuerdo con esto, deberías haberte quedado en casa descansando —susurró observándole como si así pudiera averiguar su estado.

—Estoy perfectamente, así que déjame disfrutar de la boda de nuestros padres —contestó con ternura.

Sintió como él le daba un beso en la frente y la estrechaba aun más contra él.

La sorpresa a su regreso de que el conde Vassati y la duquesa viuda hubieran decidido contraer nupcias sorprendió a toda la familia y a su vez se alegraron enormemente por ambos. Habían pasado toda su vida deseando que ambas familias se unieran y ahora que lo habían logrado, se daban cuenta de que lo que quizás llevaban tiempo deseando era unirse ellos mismos, un amor profundo de amistad cargado de respeto y admiración del uno hacia el otro.

Camelia estaba tan emocionada con aquel momento que tardó en percatarse de como sus calzas se bañaban y empapaban sus muslos. Miró hacia su derecha donde estaban Carlo y Georgia con la vista fija en el altar. Después a su izquierda para descubrir el perfil de Gabriele con el rostro serio, pero inmaculado. Si su hijo se parecía a él, sería tan hermoso como un ángel. Acto seguido sintió una punzada mucho más fuerte que las anteriores en su bajo vientre y supo que ese día su felicidad iba a ser completa.

Cuando los contrayentes se dieron el sí quiero tras entregarse los anillos y prometerse fidelidad, los invitados comenzaron a aplaudir al ver como entrelazaban sus manos y volvían la vista hacia ellos.

—Les felicitamos y nos vamos a casa, sin protestas —comenzó a decir Gabriele—. Y no me vale... —Su vista se fue al suelo mojado y le cambió el semblante—. Dime que eso no es lo

que creo que es...

—No sé que crees que es —mencionó con inocencia.

—¿Que ocurre? —preguntó Carlo.

—¡Que ha roto aguas y ni siquiera lo ha mencionado! —bramó haciendo que todos los asistentes les mirasen, acto seguido la cargó en sus brazos y se dirigió hacia el lateral de la Iglesia para salir de allí cuanto antes.

—¿Alguna vez dejarás de ser tan terca y obstinada? —exclamó cuando la sentó en el carruaje mientras ponían rumbo hacia la mansión Guicciardini y Camelia reprimía un dolor intenso en el vientre.

—¿Te habrías casado conmigo si no lo fuese? —gimió cuando sintió que el dolor disminuía.

Gabriele emitió una maldición y tuvo que reconocer que muy probablemente no. De hecho, de no ser por el enlace entre sus padres, se había obstinado en dar a luz en Inglaterra donde se había hecho íntima amiga de lady Emily, lady Catherine y Lady Julia, quería que ésta última fuera la madrina de su hijo cuando le declaró que la última vez que estuvo en Londres ya le había confesado el amor que sentía por ella.

—Me habría casado contigo de todos modos —dijo golpeando el techo del carruaje para que emprendiera marcha a toda prisa.

—Mentiroso... —refunfuñó y sintió de nuevo como la contracción presionaba su vientre estrujándola desde el interior—. Prométeme que si no sobrevivo le hablarás de mi.

Desde que habían abierto el hospital infantil, habían recibido numerosos bebés cuyas madres habían muerto durante el parto, eso, unido a que la propia madre de lady Emily había muerto en su noveno parto había hecho que tuviera ciertos miedos durante todo su embarazo.

—No voy a hablarle de ti porque lo harás tú. No vas a morir. No hoy —mencionó con una calma poco propia del furor que había en sus ojos—. Te recuerdo que eres demasiado terca y obstinada para morir.

Aquello provocó una leve risa en Camelia hasta que llegó otra contracción y esta vez el dolor si era insoportable.

Una hora más tarde habían cambiado tres veces los paños empapados en sangre y Camelia no dejaba de gritar con cada empuje, pero el bebé no nacía. Estaba cansada, agotada, no tenía más aliento que dar del que poseía y sentía que la pesadilla cobraba vida y que aquello que había estado temiendo todo su embarazo se hacía realidad. No iba a sobrevivir, no iba a ver a su hijo crecer ni conformar la familia que tanto había soñado desde que supo que estaba

embarazada.

—Tiene que pujar con todas sus fuerzas excelencia. Debe hacerlo.

—No puedo. ¡No puedo más! —bramó Camelia con el rostro empapado y sintiendo que cada respiro suponía un martirio.

El medico miró a Gabriele con preocupación y en ese momento él se deshizo del pañuelo que tenía en el cuello, se arrancó la camisa de los pantalones y la rasgó para sacársela y quedarse desnudo de cintura para arriba. Todos le observaban extrañados y confusos ante lo que veían, pero a él no le importó, se deshizo de las botas y se subió al lecho colocándose tras su esposa, desprendiéndose de los almohadones que la mantenían erguida para poder pujar, haciendo que esta se dejara caer en él conforme la abrazaba desde atrás.

—Eres lady Camelia, la duquesa de Guicciardini, mi esposa y no voy a consentir que abandones. Demuéstrame que eres la mujer que robó mi corazón, que con su obstinado temperamento me enloqueció y me sigue enloqueciendo cada día. Te entregaste a mi como yo me entregué a ti y decidimos estar para siempre juntos, así que también haremos esto juntos. Agárrate a mi —dijo colocando sus manos bajo las suyas y entrelazando sus dedos—. Soy tu sostén y lo seré por el resto de mi vida, no me dejes ahora, no podría soportarlo. Sé que puedes hacerlo, creo en ti. Demuestra una vez más es ímpetu salvaje del que me enamoré perdidamente.

Camelia se dejó caer hacia atrás sintiendo como regresaba el dolor y el calor que él le proporcionaba con su cuerpo le hizo querer luchar.

—¡Ahora excelencia! —bramó el médico y sintió como Gabriele apretaba sus manos.

—¡Pase lo que pase no te soltaré!, ¡Empuja! —exclamó Gabriele cerca de su oreja.

Camelia sonrió y se irguió para contraer el vientre con su pecho emitiendo un aullido que salía desde el recóndito más oscuro de su garganta a la vez que sentía como su vientre se vaciaba. En el momento que dejó de gritar se dejó caer exhausta sobre el pecho de Gabriele y el silencio que había dejado tras su grito dio paso a un llanto de bebé.

Comenzó a llorar y a reír y a no saber ni como sentirse en ese momento salvo aliviada.

—He descubierto cual es tu tercer secreto —susurró Gabriele y cerró los ojos aliviado, exhausto por mantener aquellos nervios a flor de piel y casi perder la compostura.

—¿Tengo tres? —exclamó Camelia sin moverse un ápice entre los brazos de su esposo pero sin apartar la vista de su bebé y como Franca lo limpiaba cuidadosamente con una gasa minuciosamente.

—Si —afirmó—. El primero es que solo descubrí vuestra verdadera belleza cuando me permitiste acercarme lo suficiente. Y cuando lo hice fue tan espléndida que acabé rindiéndome

ante la dama más hermosa que he conocido.

Camelia sonrió a pesar de no poder verle, pero sentía como él continuaba entrelazando sus dedos con los suyos y manteniéndola en su regazo.

—¿Y el segundo? —preguntó con cierta satisfacción.

—Que vuestra bondad no conoce límites. Daríais todo cuanto poseéis por los demás si pudierais. Pensé que erais generosa, pero nunca mostráis cuánto —susurró dándole un beso en la sien y finalmente Franca colocó al bebé en su regazo.

—Felicidades excelencia, es un niño precioso —dijo Franca con una sonrisa en los labios.

Camelia observó aquel ser pequeño y diminuto que se movía entre sus brazos tan indefenso que lo colocó instintivamente en su pecho para que recibiera el calor de su contacto. El pequeño se calmó de inmediato y ella alzó la vista para ver los ojos verdes del duque observando a su hijo.

—Giacomo Edmondo de Guiciardini —susurró mientras no apartaba la vista del pequeño.

—¿Cuál es el tercer secreto? —exclamó Camelia tras un prolongado silencio en el que ambos se quedaron en completa mudez observando al pequeño.

—La resiliencia —afirmó mirándola ahora a ella—. Eres obstinada, persistente y la mujer más inteligente que he conocido, pero sin duda la fortaleza con la que eres capaz de no rendirte ante nada, de luchar incansablemente hasta el final hace que me enorgullezca aún más de que seas mi esposa.

Camelia sonrió mientras derramaba lágrimas de felicidad. Nunca creyó que aquello podría ser posible, menos aún junto a él si echaba la vista atrás y recordaba todos esos años en los que pasó detestando su mera presencia.

—No lo habría podido lograr sin ti —susurró Camelia.

—Lo habrías hecho, solo necesitabas que alguien te lo recordase. Gracias por traer al mundo a nuestro hijo —contestó dándole un beso en la mejilla—. Estoy seguro de que no podría tener una mejor madre para enseñarle los valores que un verdadero duque debe tener.

—Tendremos que recordarle que en ocasiones estar equivocado en nuestras propias creencias y reconocer nuestro error no es desacertado, sino que puede llevarte a al camino adecuado.

—Si. Desde luego que si —aseguró Gabriele colocando su mano sobre la cabeza del pequeño.

—Te quiero, Gabriele.

—Y yo a ti aún más, Camelia.

Continúa leyendo...

LA SEGUNDA CONSORTE



Lady Catherine Sylverston aguardaba impaciente su primera temporada en la alta sociedad. A sus diecisiete años, anhelaba descubrir un amor tan profundo y efímero como el que tenían sus padres, pero ser la única hija legítima del afamado duque de Sylverston la convierte en un aliciente demasiado tentador para sus futuros pretendientes y teme que lo único que pueda hallar, solo sea el interés que conlleva su cuantiosa dote.

Una citación real para acudir en nombre de la corona inglesa al aniversario de la proclamación del zar Nikolai I le da la oportunidad perfecta de asistir a un baile antes de su presentación. El protocolo dice que todas las damas sin excepción deben aguardar la elección del recién soberano para su primer vals, pero al verla, el emperador de todas las Rusias desea mucho más que un único baile.

Avance de La Segunda Consorte

Era un día tibio de primeros de julio cuando la familia Sylverston se encaminaba desde su mansión en el corazón de la alta nobleza inglesa hacia su finca campestre en Hertfordshire como llevaban haciendo los últimos catorce veranos en los que lady Catherine, la hija legítima del duque de Sylverston recordaba con precisión.

A sus diecisiete años la vida era aburrida, tediosa y con la falta de acontecimientos suficiente para suponer que aquel verano que tanto había deseado que llegase, de pronto iba a convertirse en el más horrible de su corta vida. Llevaba meses planificando con antelación como deseaba su vestuario para su primera temporada como debutante en sociedad, incluso ella misma había dibujado varios diseños gracias a los modelos de su madre que llevaba viendo desde que era una niña y que se pasaba horas tratando de imitar, pero en los últimos tres días todos sus planes habían sido pisoteados y destruidos sin posibilidad alguna de rehacerse.

—¿Vas a guardar silencio todo el verano? —preguntó su madre frente a ella.

Catherine se limitó a no observarla y dirigir la vista hacia la ventanilla donde el paisaje era mucho más atrayente que el interior del carruaje. Su hermana mayor Linette estaba inmersa en un libro lo suficiente interesante para no prestar atención a la conversación o fingir no hacerlo y su hermano menor Daniel dormía plácidamente dejado caer sobre un cojín de mullido terciopelo.

—Tendría razones más que suficientes para hacerlo, *madre* —dijo esta con cierto énfasis.

—La decisión de posponer un año más tu debut en sociedad no ha sido solo de tu padre, sino también mía y aún no es definitiva, pero podría ser prudente teniendo en cuenta que acabas de cumplir diecisiete años y eres la única lady Sylverston de la familia.

Todos sabían que eso no era cierto, su hermana mayor Linette poseía el color de ojos de los Sylverston, el mismo que tenían su padre y su hermano, pero ella no era la hija legítima de padre, sino William Barnes, cuarto barón de Brightdawn, el primer marido de mamá.

—Tengo la misma edad que tenías tú cuando te casaste con el padre de Linette, pero es evidente que mis argumentos no son válidos, aunque estén cargados de razón. Entiendo que creas que soy demasiado joven o que no podré lidiar con todos esos pretendientes que únicamente buscan unirse al apellido familiar, pero no es justo que tenga que pagar por los errores que papá y tú cometisteis cuando os conocisteis.

Puede que todo el mundo lo supiera y nadie se atreviera a decirlo en voz alta, pero en el fuero interno de la familia Sylverston eran muy conscientes de que la duquesa de Sylverston estaba embarazada de su actual esposo cuando se casó en primeras nupcias con el barón de Brightdawn.

Nunca le habían dado las razones claras del porqué, tal vez lo hicieran con Linette que a fin de cuentas era quien llevaba un apellido que no le correspondía a pesar de que su primogénito heredaría un título nobiliario en caso de ser varón. A pesar de las circunstancias, nunca había visto a su hermana mayor quejarse abiertamente de su situación, como tampoco del hecho de que en su primera temporada solo había recibido dos propuestas de matrimonio que padre había considerado desfavorables y poco dignas de su hija mayor.

—Sabes que precisamente fueron mis circunstancias las que hacen que tu padre y yo reconsideremos posponer tu presentación. A diferencia de tu hermana mayor, tu carácter es más voluble, imperioso y emocional. No digo que eso este mal, te pareces demasiado a mí en todos los sentidos y si hemos valorado esa decisión es por tu seguridad.

Catherine sabía que discutir con su madre era inútil, más aún lo sería si lo hacía con su padre, mucho más intransigente que su progenitora. Se cruzó de brazos y dejó caer la cabeza sobre la puerta acolchada del interior del carruaje. Un año. Esperar todo un año y otro largo verano le resultaba impensable. Ella deseaba fervientemente asistir a bailes de gala, cenas lujosas, conocer a personas fuera de su entorno, hablar de temas completamente desconocidos, vivir su primer enamoramiento con intensidad incluso a pesar de que éste no fuera correspondido, tener su primer beso...

Quería vivir fuera de aquella burbuja que sus padres habían construido en torno a ella. ¿Tan difícil era comprenderlo?

—En realidad no te pierdes demasiado. Si estuviera en tu lugar, aprovecharía para hacer todo aquello que no podrás hacer en el momento que debutes en sociedad —dijo Linette cerrando el libro.

—¿Te refieres a pasar diez horas practicando el piano forte o leyendo las otras cinco restantes que no estoy durmiendo? —preguntó en un tono cargado de ironía—. Prefiero escuchar como otros tocan el piano en una fiesta mientras danzo en la pista, parece mucho más divertido.

—Vuestro padre llegará en unos días a Hertfordshire, le plantearé de nuevo la cuestión y trataré de interceder por ti, pero si lo hago, y no te garantizo que pueda hacerle cambiar de opinión, bajo ningún concepto te alejarás de tu hermana Linette durante toda la temporada.

—Seré su sombra si es necesario—intercedió Catherine con una sonrisa que dejaba entrever unos dientes perfectamente alineados y comprobó como Linette negaba con la cabeza aguantando las ganas de sonreír a la par que volvía a abrir su libro de lectura.

Si. Decididamente Catherine era la viva imagen de su madre, lady Emily con el porte y la elegancia que solo podría poseer un Sylverston y decididamente el duque sabía que la belleza innata de su hija sumado a su apellido causaría un auténtico revuelo en sociedad cuando finalmente hiciera su debut.

La casa de campo en Hertfordshire era grandiosa, lo suficiente para invitar como hacían

cada verano a amigos allegados a la familia para pasar varias semanas de diversión y fiestas campestres. Aquel momento no solo era esperado por Catherine, Linette y Daniel, sino mucho más por la madre de éstos. Las amigas de lady Emily, duquesas de Lennox, Sheraton, Buccleuch y Savegner, pasaban tiempo juntas con frecuencia en la ciudad, pero solo en esas fechas se unía a ellas la duquesa de Leinster, cuya residencia habitual en Escocia le impedía verse con asiduidad, cuando ellas seis se unían en una misma estancia el resto de invitados quedaba obnubilado por aquel despliegue de belleza, singularidad y fascinación que desprendían.

Catherine siempre había llamado a todas las amigas de su madre tías, a pesar de que su progenitora tuviera ocho hermanas mayores, de hecho, debía su nombre a la duquesa de Lennox por ayudarla a nacer y poseía una relación mucho más estrecha hacia ellas de la que tenía con sus propias tías de sangre. Además, ese verano vendrían de visita también los duques de Guicciardini y eso le permitiría a Catherine practicar su italiano. A diferencia de su hermana Linette que solo se había limitado a ampliar su lengua al francés, ella sí sentía devoción por comprender otros idiomas que le permitieran viajar y conocer otras culturas muy distintas a la suya propia.

En cuanto se apearon del carruaje y los sirvientes comenzaron a descargar su equipaje, Catherine vio como el ama de llaves se dirigía hacia su madre con una bandeja de plata en la que había una carta a nombre de los duques y cuyo sello era el de la casa real.

—Llegó esta mañana mi lady —dijo la buena mujer ante la cara de confusión de lady Emily.

—¿Qué puede ser? La temporada ha terminado así que no puede tratarse de una invitación a palacio —decretó Linette igual de confusa que su madre.

Emily dudó en abrirla o esperar a su marido Henry, pero si había llegado esa misma mañana a Hertfordshire en lugar de enviarla a su casa de Londres es porque debía ser urgente y conocían la situación de traslado de la familia. Rompió el sello real y sacó del sobre el fino papel que había sido escrito pulcramente a mano por el escribano de la reina.

El texto no era demasiado extenso, a decir verdad, era escueto y preciso, pero no daba lugar a posible negativa ante la orden que emitía y que cambiaba todos sus planes desde ahora.

—¿Qué sucede mamá? —preguntó Catherine preocupada ante el gesto de conmoción de su progenitora.

—La reina nos ordena viajar a Rusia en representación de la corona inglesa en el aniversario de coronación del zar —dijo Emily sin saber si debía pedir a los sirvientes que volvieran a colocar sus pertenencias en el carruaje o no—. Y debemos partir de inmediato.

—¿Viajaremos a Rusia?, ¿Todos? —preguntó Linette extrañada, puesto que era un viaje en barco bastante prolongado y jamás habían navegado tan lejos.

—¡Si! —bramó Catherine—. ¡Será maravilloso! —exclamó de nuevo ante la euforia de conocer un país tan lejano al suyo y con costumbres tan distintas. Aquello era una aventura

demasiado apetitosa para dejarla escapar—. Además, nos prometisteis pasar todo el verano en familia —agregó para condicionar la imposibilidad de que pudiera negarse a que los acompañaran.

—Tienes razón, os prometimos pasar el verano en familia y así será. ¡Que coloquen de nuevo los baúles en el carruaje!, ¡Regresamos a Londres! —bramó la duquesa haciendo que el personal se detuviera y volviera a cargar las pertenencias en el mismo sitio del que las habían descargado—. Habrá que modificar el interior de los baúles y añadir vestidos de fiesta además de algunas joyas —comentó Emily en voz baja a su doncella personal.

—¿Podremos asistir a la ceremonia? —increpó Catherine.

—No señorita —decretó Emily—. Confórmate con que vendrás a Moscú, pero nada de acudir a fiestas o bailes, ¿Entendido?

El gesto de Catherine fue de enfurruñamiento, pero no pensaba perder el entusiasmo ante el viaje que repentinamente había cambiado la perspectiva de su verano. ¡Rusia!, ¡Viajarían a Rusia!

—¿Cómo se llamaba el zar? —preguntó a Daniel que hasta ahora se había mantenido callado todo el tiempo porque aún continuaba somnoliento.

—Nikolai Vladimir I —respondió sin pensarlo demasiado.

—Solo el nombre ya te hace pensar que será un bárbaro cincuentón con aspecto grotesco y semblante serio —dijo Linette volviendo a sentarse en el mismo lugar que había ocupado en el carruaje durante el trayecto dispuesta a abrir su libro otra vez.

—Pobre de su esposa —dijo entre risas Catherine—. No me gustaría estar en su lugar... —añadió volviendo a reír junto a su hermana mayor, pero agradecida de la existencia de ese zar porque le permitiría vivir una maravillosa aventura.

AGRADECIMIENTOS

A mi buen amigo José Domingo Seco Cuenca por la maravillosa colección de portadas que albergan estas obras. Y por soportar los innumerables cambios hasta conseguir lo que verdaderamente deseo de ellas.

¡Gracias amigo!

A mi querido grupo de escritoras; Nerea, Ruth, Alba, Leen, Adri, Gema y Maite que nos motivamos día a día para que el trabajo arduo salga adelante. ¡Gracias chicas!

A mis doscientas setenta mil florecillas que me siguen día a día, que me instan a seguir y aclaman esta fantástica serie para que continúe, estamos un paso más cerca de que acabe, pero aún nos queda Ordinales por gozar con los dos siguientes.

¡Sois increíbles mis bellas flores!

A mi familia, que desde la sombra apoyan cada paso y cada palabra que aquí se halla escrita. Ellos son el motor que me impulsa a seguir hacia delante.

Y por último, gracias a ti lector, por haber elegido esta historia para amenizar tus días, espero fielmente que hayas disfrutado de sus páginas como yo lo hice escribiéndolas y también, que me acompañes en la siguiente.

